

HQN™

Un desastre
fAbuLOso
MAITE
HERRANZ

START/STOP

Un desastre
fAbuLOso
MAITE
HERRANZ

Un desastre
FABULOSO

**MAITE
HERRANZ**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Maite Abascal Herranz
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un desastre fabuloso, n.º 236 - julio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-454-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Enero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Febrero

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Marzo

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Abril

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Mayo

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Junio

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Julio

Capítulo 22

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Agosto](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Septiembre](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Octubre](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Noviembre](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Diciembre](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Enero

Capítulo 1

Arrivederci, Bilbo!: Por favor, prometedme que, aunque la mozzarella, la lasagna, y el tiramisú me conviertan en un cachalote terrestre, me querréis igual cuando decida regresar de Italia. No me deis por perdida al menos hasta que descubra cómo freír la Nutella. Os ama, Alaia.

En diciembre de 2011, y con veinticuatro primaveritas, comencé la cuenta atrás, enumeré los planes, las ideas descabelladas, los propósitos, mezclados y desordenados. Resolví la idea de un blog para recordar todas las desventuras, para retener todos los instantes, y para seguir tratando de hacer reír a mi familia y amigos a distancia, en mi viaje a los arrabales de Bilbao. Roma, a fin de cuentas, tampoco quedaba tan lejos.

Después de mucho papeleo y varias entrevistas por Skype, conseguí un trabajo en una web de actualidad italiana llamada *Punto e a Capo*, que quería invertir en una versión española. Yo sería la última mona de una empresa que intentaba abrirse camino en el mercado ibérico desde su sede en Roma. Como había vivido un año en Bologna durante mi carrera de periodismo, hablaba bastante bien italiano, así que tenía el currículum adecuado. Me hicieron un contrato precario de un año, con remotas posibilidades de renovar, y estuve a bordo. Aun así, estaba feliz de tener una oportunidad en el mundillo, aunque todavía no hubiese decidido si el periodismo era mi verdadera vocación. La universidad solo parecía haberme confundido más. Mi vida por el momento era una cadena de distracciones y desorganización. Un desastre, que yo esperaba que algún día no muy lejano tomase sentido y metamorfosease en algo ideal. Mi propio, único y fabuloso desastre, si podía existir algo así.

Hice las maletas, y despedí a mi familia. Mi madre estaba desanimada. Mi hermana Edurne hacía ya casi dos años que vivía en Pekín, trabajando para la embajada española, y ahora me largaba yo. La crisis económica que sufría el país era un malvado cuco que estaba echando del nido a sus polluelos por la fuerza. Y aunque mi madre habría deseado gritarnos que nos detuviéramos, sabía que debía dejarnos volar, por más que esa idea no le levantase el ánimo. Mi padre la achuchó en el aeropuerto y bromeó diciendo:

—¡Se va Alaia, pero aún te quedo yo!

Además, nunca dejarían de tener niños a su alrededor. Ambos eran profesores de escuela, así que la paternidad en ellos parecía una condena infinita de niños que llegaban y adolescentes que se marchaban. Al menos se querían más que Romeo y Julieta, aunque en aquel momento mi madre miró a mi padre como si quien la achuchase fuese el jorobado de Notre Dame. Sonreí y lloré mientras los observaba en su singular dinámica amorosa que sin querer había puesto tan alto el listón de mis propias relaciones románticas. Los abracé, y les pedí que siguieran siendo los padres más geniales de la Tierra, o como solía decirles mi hermana Edurne: «Que no dejasen de molar».

Y logré decirlo por encima de mi cuerpo masacrado, y el miedo de que alguien decidiera sacrificarme porque me había convertido en un animal inútil. Esos últimos días antes de partir había incubado un salvaje catarro, justo después de una oportuna gastroenteritis que me había mantenido en cama toda la semana anterior. Además, una conjuntivitis decidió anidar en mi ojo y producir y llorar un horrible moco verde. Y, para terminar, como si mi cuerpo estuviera haciendo méritos para ser llevado al circo, cuando finalmente en el aeropuerto les dije a mis padres: «Bueno, ahora sí, me voy», empecé a sangrar por la nariz como si aquello fuera *La matanza de Texas*.

—¿La nariz también?! Joder, ¿y con las orejitas no sabré hacer algo? ¡Soy una ruina!

Era verdad. Debajo de aquel zombi, nadie habría adivinado que se escondía una chica. Muy flaca, pecosilla, con los ojos grises y la melena castaña. Todo eso lo cubría el estrés previo a la partida, y el enorme anorak beis que me acompañaba invierno tras invierno. Poco me importaba estar viajando a una de las mecas de la moda; mi armario siempre fue básico, cómodo y poco vistoso; o, en otras palabras, alguien podía haberme confundido con una sintecho.

Fuera aparte de aquella maravillosa despedida, aún me quedaba otra ardua

batalla: el transporte romano. Ya se me había olvidado, pero lo recordé cuando arrastré mi maleta de ochocientas mil toneladas por las encantadoras escaleras estropeadas del metro de Roma. Definitivamente, mi marcha tras el Año Nuevo no podía ser más revuelta. Además, era lamentable que la ciudad fuera tan endiabladamente romántica y yo apenas pudiera disfrutarla, sino más bien llorarla maldiciendo la ausencia de tiempos en los que la visité de mejores galas. La recordaba del viaje el año de mi Erasmus, cuando tomé un tren nocturno con Paul, mi amor a intermitencias, y nos la pateamos en tres días.

Al menos logré llegar a mi destino y acomodo temporal, y eso fue más de lo que habría esperado de mí, y de un minúsculo mapita que bien podía haber sido el laberinto infantil de la parte de atrás de una caja de cereales. Pensé que si descifraba el mensaje oculto tal vez los fabricantes me regalarían un piso para todo el año. U otra caja de cereales gratis, podría elegir.

Causa de la muerte... Mantequilla: Lo que tengo por el momento es un albergue igual de caro que cochambroso, y unas enormes alemanas de compañeras de habitación que roncan como si regalasen premios por ello. Tal vez el albergue los regala y sencillamente yo estoy mal informada. Pero según avanzan los días alojada en este antro, noto cómo voy perdiendo años de vida. Mi piel se arruga, mi pelo encanece... Un par de días más y moriré aquí mismo, nadie se lo explicará, hasta que, tras hacerme la autopsia, averigüen que la mantequilla rancia que incluyen las tostadas del desayuno me ha obstruido una arteria y provocado una embolia. Entretanto, mi conjuntivitis ya se ha contagiado a los dos ojos.

Aquellos primeros días, sobre todo, hablaba muchísimo con mis padres, nostálgica y desesperada, preguntándome si no me habría equivocado al lanzarme a la aventura. Pero ellos insistían en que no me desanimara, en que, sin lo malo no se podía disfrutar de lo bueno, y que pronto todo se estabilizaría. Por supuesto, y por más que me reventase a veces, los padres siempre acababan teniendo razón en todo. Supuse que había que parir churumbeles para alcanzar tal grado de omnisciencia, y lamentablemente yo

aún no estaba por la labor.

Cuando había buscado tantos pisos, que empezaba a ver gotelé al cerrar los párpados, encontré finalmente mi nidito de gloria. Era un viejo edificio señorial por el que pedían mucho para mi sueldo. Pero cuando hablé con la casera y regateé, aceptó sin mucho miramiento, incluso ignorando el sonido de chirriante desesperación mal disimulado de mi voz. Todo porque quería cobrar en negro. Ese era el *stile italiano*; iban sobre sus Vespas en trajes de Armani, pero te hacían mohines si les pedías un contrato de alquiler.

Al final me animé a ver el piso que, como estaba a dos calles de mi hogar de acogida, no me costó más que un paseo. Y la verdad fue que me enamoré en el acto. En el corazón del barrio de *Prati*, donde las lámparas de araña pendían de los cafés antiguos, las avenidas eran anchas y arboladas, y las italianas pudientes se iban a dar baños en leche de cabra. El edificio ocupaba toda una manzana, que daba a una vía larga y transitada por su parte frontal, en la que se encontraba encajado un cine antiguo. Pero la entrada al edificio estaba en la calle de atrás, y se hacía a través de un arco de piedra cerrado por una verja. Tras este, aparecía un magnífico patio ajardinado, coronado por una altísima palmera, y por el que se accedía a ocho portales diferentes. Alcancé el mío, y me encontré subiendo en uno de esos viejos ascensores que parecen una jaula hasta un quinto piso.

Me recibió la señora casera, una anciana con un grandioso collar de perlas, que hacía referencia a su vida de chanchullera acomodada. Pero era simpática, y me dijo que le había caído bien. «¿Y por qué no iba a caerle bien yo, señora chanchullera?», le quise preguntar, pero como no sabía decir «chanchullera» en italiano, no se lo dije.

La habitación que me tocaba era grande y luminosa, con una enorme cama. Una de mis ventanas daba al patio interior, y me regalaba un panorama equivalente al de la película *La ventana indiscreta*, pero codificado solo para ricachones y niños con traje de colegio. La otra, se asomaba a la ancha vía y al cine. Desde aquella altura podía ver los tejados de los palacetes, y al fondo, si sacaba mi cuerpo por la ventana y arriesgaba mi vida, también visualizaba la parte más alta de la Cúpula de San Pedro. Pero era la Cúpula de San Pedro, si moría arriesgando mi vida por verla, seguro que iría derecha al cielo. Sobre todo, si rebotaba lo suficiente.

Tenía una compañera de piso de Calabria, la región sureña que suponía el confín de la península italiana. Era de mi edad, y terminaba su último curso de

Derecho en la Universidad de La Sapienza. Cuando la vi me pareció una de las chicas más guapas que había conocido. Llevaba una media melena llena de rizos oscuros que caían con gracia alrededor de su cara tostada.

—Alaia, esta es Valentina —me presentó la casera.

Aquel día, Valentina mostraba un aparente aspecto sobrio, pero tardé poco en averiguar que este era solo un disfraz que se calzaba como parte de una magnífica tapadera. De hecho, cuando la casera se marchó y me dejó sola con ella, la propia Valentina me contó que la mujer era una vieja conocida de sus tradicionales padres calabreses, a la que habían confiado su tutela como única condición para dejarla partir a la capital. Pero ya llevaba cuatro años en Roma, ese año se graduaría, y hacía tiempo que se había sacudido aquellas rígidas ideas de pueblo, y me lo demostró calzándose un vestido espectacular. O a lo mejor era un vestido normal que simplemente en su cuerpo quedó espectacular.

***Sweet Home, Rome:** Definitivamente, me quedo en el piso. Además, aunque no para ir a pie, está cerca de mi oficina. La señora chanchullera me ha dicho que igual me cede una bicicleta ella misma. Cosas de chanchulleros, lo mismo te alquilan un piso, que una bicicleta, que doce kilos de cocaína.*

Terminé aquel día en mi nueva habitación, escuchando el contrabajo de la bellísima Esperanza Spalding. Me había venido inmediatamente a la cabeza después de conocer a Valentina, ambas se daban un aire con aquella cabeza llena de rizos.

Tumbada sobre la colcha de flores celestes miré al techo de mi habitación. Solo una semana antes me había despertado hecha un manojillo de nervios en mi familiar habitación de Bilbao y, ahora, en cambio, me encontraba en Roma, con un largo año por delante. De pronto me sentí tan vulnerable que pensé en derrumbarme y echarme a llorar desconsoladamente, moquear en mi nueva almohada y tratar de evocar el olor de la vieja, pero las lágrimas no asomaron a mis ojos. Intenté recordar cómo me había sentido en mi año Erasmus, pero me di cuenta de que entonces no había sido igual, había ido a una residencia de estudiantes con todo mirado y pagado desde casa. Aquello había sido solo

un prelude, el aperitivo de todo el banquete que me zamparía aquel año.

Capítulo 2

A la mañana siguiente desperté helada de frío. Nuestra calefacción se había estropeado, empezaba con buen pie. Aunque una sorpresa agradable me conmovió también. Los primeros haces del amanecer reflejaban toda la luz en los edificios de enfrente que se teñían de dorado y que a mí me dejaron boquiabierta. A pesar de haber dormido poco, me resultó alentador y me despejó. Salí animada a hacer mi primera compra en el supermercado más cercano, y volví cargada de cosas.

Como la casera aún no me había dado llaves, sino que andaba compartiéndolas con Valentina, esta me dijo que me las dejaría en el piso de nuestros vecinos de enfrente, donde vivía Gabriele, uno de sus mejores amigos. Pero cuando toqué la puerta me abrió un señor que por la edad no parecía ser Gabriele. Debía de tener unos 40 años, pero aparentaba unos cincuenta o cincuenta y cinco mil millones. Llevaba una chaqueta de tweed con coderas. Me recordaba ligeramente a Willem Dafoe, pero en versión bizca, y tuve que contener las ganas de señalarlo en pleno ataque de histeria y gritar: «¡NOSFERATU!».

Le expliqué que Valentina me había dejado las llaves allí, y si me las podía dar. Pero, aunque yo había esperado un asentimiento amable, el tipo decidió abrir su boca esperpéntica para decirme que él tenía muchas cosas que hacer y que le olvidara. Tal cual. «Me gustaría, pero no todos los días una conoce vampiros», quise decirle, cuando una vocecilla cabal en mi interior, a la que yo solía denominar SeñoritaRottenmeier, me obligó a callarme.

El tipo me dijo que las buscara yo misma, y acto seguido desapareció por la puerta de su habitación. Incluso con mi enorme abrigo y mi conjuntivitis retrocediendo, pero aún presente, debí de parecerle buena persona para que se fiase así de mí, e internamente lamenté no ser una psicópata sedienta de

sangre.

Traté de buscar las llaves alrededor de aquella salita ajena, pero me sentí incapaz de ponerme a abrir cajones. Terminé llamando a Valentina, que se cagó en el vampiro bizco, y regresó volando para echarme una mano. Al final, estaban en un platillo junto a la entrada, si hubiera sido un perro me habría comido. Las tomó y, cuando íbamos a salir por la puerta, Valentina pareció cambiar de opinión, se acercó a la cocina, agarró una taza de desayuno de la balda y escupió en ella.

—Pero ¿qué haces? —pregunté escandalizada.

—Estoy hasta el moño de sus chorradas —dijo mientras con el dedo extendía el escupitajo por la taza—. Siempre bebe de esta taza, todas las mañanas. Gabriele me dijo que una vez la usó y el tipo le montó un escándalo diciendo que esa era *su* taza y la de nadie más. La desinfectó con alcohol. ¡Será imbécil!

—¡Pero igual se da cuenta y se la carga Gabriele! —exclamé.

—¡Qué va! —descartó ella—. Lo llevo haciendo todo el año desde que se instaló. Cada vez que me jode escupo en su taza. Me da cierto alivio verle sorber sus manzanillas todas las mañanas con esa sonrisita de enfermo que tiene.

Cuando Valentina me decía esas cosas, dudaba de mi nivel de italiano, y me preguntaba si estaba entendiéndola bien. Enseguida comprendí que no tenía ningún problema con el idioma y que, sencillamente, ella era así de descarada. Se había liberado de su educación conservadora, y como para contrarrestar años de severidad familiar, y tal vez un poco por reafirmarse, tomaba siempre posturas extremistas. Le encantaba provocar en todos los sentidos de la palabra, y como aparte de descarar le sobraba inteligencia y también belleza, podía hacerlo.

—Alaia, tienes que conocer a Gabriele —me dijo al fin.

Gabriele era un chico genovés que había estudiado Historia del Arte y ahora realizaba la tesis doctoral en la Universidad de La Sapienza, mientras impartía algunas clases en ella. Era bastante alto, aunque andaba ligeramente encorvado. En su cabellera morena, algunas entradas delataban que había abandonado ya la veintena. Tenía un estilo intelectual, con chaquetas largas de punto, pantalones pitillos y unas enormes gafas de pasta que se calzaba cuando debía estudiar. Poseía una expresión melancólica a juego con su personalidad, un Quijote romántico atrapado en el siglo XXI. Chocaba continuamente con el

torbellino insolente que era Valentina, aunque, a pesar de lo diferente de sus personalidades, o quizá por esto mismo, se llevaban muy bien.

Gabriele en realidad solo tenía una pega. Su compañero de piso, el vampiro que al parecer era profesor en la universidad y también realizaba una tesis de algún tema interesantísimo que me perdí al bostezar. Cuando me lo presentaron oficialmente sentí unas ganas locas de preguntarle a cuántas de sus estudiantes les había chupado la sangre. Pero en lugar de eso nos saludamos cortésmente, y fin. Además, Gabriele nos comentó que su tétrico amigo se marcharía al mes siguiente, así que a aquellas alturas no había necesidad de ser hostiles. De todas maneras, por si acaso, aquella semana compré ajos y los agité por el rellano.

—Bueno, Alaia, ¿mañana te vendrás al Elephant? —me preguntó Gabriele la tarde que finalmente nos conocimos, cuando vino a ver a Valentina.

—¿El Elephant?

—Es un local muy chulo, ya veras, muy hippy, con una terraza enorme —me explicó Valentina desde el sofá donde ojeaba una revista—. Siempre organizan historias; mercadillos vintage, conciertos... Y este toca allí todos los jueves. Empezó como una *jam session*, pero el tipo se ha apoderado de ella.

—No me he apoderado de ella, puede tocar cualquiera —se defendió él de pie junto a mí.

—Gabriele toca el piano —explicó Valentina bufando y abandonando su revista para volverse hacia nosotros—. Pero cualquiera puede tomar los instrumentos y tocar. En los días que se llena, la banda se completa y es muy divertido. —Luego miró de reojo a Gabriele—. Por cierto, Aldo también quiere venir.

—¿Qué? ¡No!

—¿Quién es Aldo? —pregunté yo confusa.

—Es un amigo mío —explicó ella volviendo a su revista.

—¡Es un pesado!

—No lo es —lo defendió Valentina sin mirarnos—. Lo que pasa es que le pone cachondo Gabriele.

—A Aldo le pone cachondo el alféizar de una ventana...

—Bueno, por algo somos amigos —se rio ella.

All The Single Ladies: *Encontré mi nidito romano, el lugar en el que podré atiborrarme de Doritos con Nutella mientras bailoteo canciones de Beyoncé sin que nadie me juzgue.*

Tecleé aburrida en el blog. No había escrito nada desde que me había instalado, demasiado estrés. Esa mañana había sido el primer momento de tranquilidad en el que había decidido abrir el portátil para algo más que hacer pucheros con mis padres o con Edurne. En aquel instante era una suerte que mi hermana viviese en el otro lado del mundo, pues, con el cambio de hora, sabía que siempre me respondería si a las tres de la mañana me entraba la urgencia de hablar con alguien.

Ahora ya no necesitaba llamar a nadie para pedir socorritos. Mi ansiedad se había ido y había sido reemplazada por un extraño vacío. Valentina llevaba durmiendo toda la mañana, pero yo no podía, aún no era *mi* cama. Era el primer fin de semana que pasaba en Roma sin tener que buscar piso o trasladar cosas. Las tareas tras las que parapetarme se habían acabado y ahora solo me quedaba empezar a vivir esa nueva vida que acababa de comprarme.

A pesar del frío, hacía un magnífico día de sol, así que al final me calcé mi chaquetón, apelmacé mi larga melena bajo un gorro de lana y me decidí a acercarme a los bellos rincones de Roma. Tal vez así tendría algo más interesante que escribir en el blog.

Caminé hasta la *Fontana di Trevi*, donde hacía dos años, en pleno ardor amoroso con Paul, vaticiné mi vuelta al lanzar una moneda a la fuente como mandaba la tradición. Paul había sido mi novio adolescente, mi primer beso y el tipo de amor que nunca termina de llegar a buen puerto, y por lo tanto nunca acabamos de superar. Él había vivido siempre en Luxemburgo porque su madre trabajaba allí. Pero su padre era de Segovia y, al igual que mi familia, venía a pasar los veranos. Hablaba español perfectamente gracias a su padre y en el pueblo jugaba conmigo y con los otros críos. La historia debió de haber acabado igual que acaban los amores de verano: tan rápido como comienzan. Pero resultó que los dos lo llevamos con una madurez impropia de los dieciséis, y aunque cada uno siguió con sus vidas, de vez en cuando, siempre en el instante preciso, volvíamos a coincidir en alguna parte del mundo y volvía a desatarse todo.

Nunca nos habíamos abandonado completamente, y así la presencia de Paul

había seguido siempre viva conmigo, convirtiéndose en punto de comparación para todas las demás relaciones. Bueno, tampoco había sido muy difícil.

Amores moldeables: Mi relación más larga fue de seis meses, pero ambos teníamos siete años y terminó cuando él se comió mis plastilinas. Lloró mucho cuando rompimos, pero no sé si era porque estaba triste o por el lavado de estómago.

Así que, con cada nueva decepción con el mundo masculino, yo me agarraba más a la idea de que Paul debía ser el elegido. Una idea cursi y absurda que no reconocía a nadie, pero de la que no quería deshacerme, pues adoraba fantasear con ella. Bueno, adoraba fantasear en general.

A veces era divertido, como cuando pensaba en cómo clavar una estaca en el corazón del vampiro bizco que vivía con Gabriele y me figuraba que se transformaba en cincuenta murciélagos que volaban ansiosos desperdigándose por la noche italiana. Vale, era divertido y un tanto psicótico. Pero otras veces era mucho peor que mis sadismos momentáneos, cuando mi MariLoli interior imaginaba secuencias de película en rincones románticos de la manita de Paul, o del chico que en ese instante se entrometía en mi vida y apartaba ligeramente a Paul. MariLoli era el término que mi hermana y yo solíamos utilizar para referirnos a las mujeres florero, y que yo había acuñado para nombrar esa parte empalagosa de mí misma.

Probablemente esa era la fantasía a la que más enganchada estaba mi MariLoli. La de tener ensoñaciones sobre la cita perfecta y el Príncipe Azul que me llevaba en alfombra mágica. Mezclaba cuentos y películas, claro. Incluso mis fantasías eran complicadas y desorganizadas.

Pero mis encuentros con Paul habían sido lo más parecido a todas esas locas fantasías. Como cuando el año de mi Erasmus vino a verme desde Luxemburgo y juntos tomamos un tren a Roma. Fueron unos días bochornosamente románticos que se quedaron para siempre titilando en nuestro recuerdo. Y así era lo nuestro, intenso e intermitente. Tal vez, precisamente, solo era intenso porque era intermitente, pero mi fábrica de sueños rosados no me dejaba plantearme esas dudas razonables. Les hacía boicot y la industria seguía adelante.

Pensando en todo eso, paré en un horno de pizza *al taglio* y pedí algo para llevar mientras paseaba. Cuando la *mozzarella di bufala* fundida se me abrió en hilos, olvidé a Paul por un momento, convencida de que nadie necesitaba amor si tenía queso.

Pasé junto al Panteón, lleno de turistas que se hacían fotos y los guías que contaban historias. Me asomé a su extravagante agujero en el techo sin dejar de sorprenderme de que semejante monumento se encontrara encajado entre las viejas callejuelas adoquinadas de Roma, como si nada, como si fuese lo más normal encontrar algo tan descomunal tras un rincón del casco antiguo.

Me entraron ganas de parar y escribir sobre todo lo que estaba viendo y pensando. Apuntar notas para introducirlas en el blog más tarde, pero ya era tardísimo, llevaba horas andando y cavilando sola, y lo bohemio del hecho empezaba a mutar y a parecerme un agudo brote de autismo. Así que continué hasta llegar a San Pedro y finalmente a mi casa, donde me tumbé en la cama rendida ante el largo y curioso paseo.

Me puse a escuchar los vales callejeros de Beirut, para seguir embadurnándome bien de melancolía autodestructiva. Continué pensando pegajosamente en Paul, sin poder quitarme de la cabeza su cara, su voz, su olor, y para cuando quise darme cuenta estaba más salida que el pico de una plancha. Le escribí un e-mail diciéndole cuánto le recordaba en aquellos instantes, esperando con ardor que me respondiese con alguna bella coquetería que henchiría mi ego y calmaría la picazón de la morriña. Y de la entrepierna. Pero hasta su respuesta podía pasar tiempo. Estaba estudiando un máster de Periodismo en Luxemburgo y nuestros horarios andaban del revés. Además, ser inconstantes era precisamente lo que mantenía nuestra relación a flote.

Cuando Valentina tocó mi puerta y me invitó a salir, me quise morir allí mismo. Se había vestido para matar; sus rizos perfectos coronando su cabeza, como si fuera una negra peinada al puro estilo de los 80 y sus oscuros ojos enmarcados por toneladas de máscara de pestañas. Yo en cambio me sentía cochambrosa y deprimida. A su lado mis pechos y mi culo eran más esmirriados que nunca, mis labios una línea y mis ojos enanos. Pero ella no aceptó una negativa. Me ayudó a alisar mi melena castaña, sacó un vestido del armario que yo solo me habría puesto en primavera y me preparó unos espaguetis a la boloñesa para recordarme mi liviano año en la provincia, antes de empujarme a la fría noche de enero.

—Alaia, ¿no tienes otro abrigo? —me preguntó desaprobando mi enorme

anorak beis.

—¿Dices para ti? —le respondí yo burlona calándome el gorro.

El famoso Elephant estaba en el barrio del *Pigneto*. Era una de las zonas favoritas de Gabriele y el mejor secreto guardado de Roma, según él. El nombre derivaba de la presencia de una larga fila de pinos situados a lo largo de la muralla que rodeaba la *villa Serventi* y que nosotros atravesamos para llegar. Por allí se acababan los monumentos y las iglesias, los turistas ya no llegaban. En lugar de eso se extendía un laberinto ensortijado de calles llenas de bares y terrazas donde la gente iba a tomar el aperitivo a precios irrisorios.

—Este fue el barrio del polémico director de cine Pasolini —me explicó Gabriele—, porque lo usó como escenario al aire libre de su primera película, *Accattone*. Desde entonces el lugar ha evolucionado en los últimos años. Su espíritu de periferia proletaria se ha transformado en una suerte de rincón bohemio y cada vez recuerda más al Village neoyorquino.

Con el tiempo aprendería que Gabriele era como una enciclopedia de carne y hueso. Pero sin todas sus notas a pie de página, el Elephant me habría resultado igualmente una sorpresa encantadora, mitad cubierta, mitad descubierta. En invierno, las bancadas al aire libre, protegidas por tejadillos de choza y envueltas en jardín, tenían en marcha los calefactores para que sus cientos de visitantes noctámbulos se aglutinaran bajo ellos huyendo del frío. Pero imaginarme aquel lugar en verano, hizo que deseara un agosto temprano, para ver así a los romanos y expatriados dispersos en la *calda notte d'estate*, bebiendo *birra* y comiendo hasta la madrugada bocadillos y hamburguesas chorreantes, o deliciosos cruasanes de crema y chocolate a la luz de la luna veraniega.

Valentina me arrastró hasta un grupo heterogéneo, entre los que yo solo conocía a Gabriele, y pasó a presentarme a todo el mundo. Dijo nombres que correspondió con caras y apretones de mano, pero eran demasiados como para que yo retuviera tanta información. Terminé hablando con el único español del grupo que, al parecer, era además el más baboso de todos y se reía continuamente de forma estridente. Me disgustó profundamente aquella risa, tan fuerte, que hizo que todos se volvieran a mirarnos.

La risa es la mejor medicina a menos que tengas diarrea: Es algo superior a mis fuerzas. Ya puede venir Brad Pitt y jurarme que quiere

hacerme suya ahí mismo que, si a continuación se ríe y suena como un cerdo al que le están rebanando el cuello o le sale un ronquidillo entre carcajadas, la ha cagado. Se me cae la libido al suelo en un periquete. Una risa inapropiada puede joderlo todo. Es como lo de tener un trozo de peregil entre los dientes, o un moquillo exhibicionista asomado por la fosa nasal. Por más que lo intentemos, no se puede ignorar.

Decidí salir a la pista a bailar o, mejor dicho, a pegar brincos hasta que mi cuerpo no me sostuviera, y quizá así pudiese dormir en mi nueva cama de una vez. Cuando dimos la noche por terminada y tocó la vuelta, volví a la realidad. Donde las fiestas hippies no duraban más que unas horas, como el cuento de la Cenicienta, y había que olvidarse del carruaje de calabaza y tomar un taxi. Pero caí rendida en mi colchón, donde finalmente recibí el cálido abrazo de Morfeo.

Capítulo 3

Habían pasado dos semanas desde mi llegada a Roma y agradecí haberlo hecho con tiempo suficiente cuando aquella mañana me dirigí pizpireta a mi primer día de trabajo. La oficina de *Punto e a Capo* se encontraba casi en un extremo de *Viale delle Milizie*, en un edificio imponente y probablemente el más bello de toda la zona, pero que pasaba desapercibido en el lienzo engalanado que era la ciudad. Aunque me pareció un rincón romántico y primaveral para ir a trabajar, la ilusión me duró poco. Fui ignorada por casi todos los trabajadores de la web, incluso Giorgio, mi supervisor, un tipo calvo en la cuarentena, me presentó como «la nueva». Sonreí con una boca cuadrada que me produjo calambres el resto del día y juré que nunca más volvería a forzar una sonrisa en mi vida.

En realidad, no querían ser desagradables. El problema era una noticia que acababa de revolucionar la redacción, cuando un barco encalló frente a la isla toscana de Giglio en el que además de un número indecible de heridos, treinta y dos personas habían muerto. Tanto el capitán como el primer oficial habían sido arrestados bajo sospecha de homicidio involuntario, pues el barco había navegado mucho más cerca de la orilla de lo permitido. La noticia había saltado a los medios internacionales y tenía al país conmocionado. Así que mi presencia en la redacción aquel día me dejó sentada en mi nueva mesa, con unos increíbles poderes de invisibilidad que no logré decidir en qué emplear, mientras la gente corría de un lado para otro con datos y noticias de última hora.

A la jefa, por otro lado, alcancé a verla solo de lejos, aunque lo agradecí. Se llamaba Francesca y parecía una enana capulla que se dirigía a todo el mundo con una voz tan estridente como insolente. Aquel día vestía de cuello vuelto y más tarde descubriría que lo hacía siempre. Algo que estimularía mi

imaginación en una tira infinita de suposiciones del porqué de aquella decisión estilística: ¿Ocultaría algún tatuaje con el nombre de su primer exmarido? ¿Una terrible cicatriz tras una lucha a muerte con un tigre de Bengala? ¿Branquias?

Finalmente, una semana después, cuando Giorgio y el resto de trabajadores comenzaron a notar mi presencia, mi falta de quehacer inicial en un día estresante se transformó en una larga lista de tareas menores que iban desde la traducción de artículos a la copia de dossieres y a las humillantes fotocopias y cafés. Mi desagradable jefa, por su lado, decidió ser fiel a mi primera impresión, haciéndome sentir increíblemente intimidada y deseando cada día que pasase de largo sin acercarse a mi mesa. Además, iba siempre tan arreglada, que me parecía que mi desaliño general la molestaba particularmente.

La tentación vive en otra parte: Nunca he sido ese tipo de chica que bate las pestañas y provoca que todos los tipos caigan a sus pies. Y ahora, en Roma, me parece aún mucho más complicado, teniendo en cuenta que yo no encajo precisamente con el prototipo italiano, la curvilínea actriz, Monica Bellucci. Yo como mucho soy la mitad de esa señora. La mitad a niveles de masa corporal, por supuesto. No me refiero a que tenga un solo un ojo, una oreja, media boca, un pecho y una nalga. Aunque, de ser así, seguro que todos los tipos caerían a mis pies, pero del susto.

Por el momento aún no me dejaban escribir nada por mí misma, aunque yo fuese la única nativa de la redacción. Giorgio era hijo de madre española, y había otra chica que había realizado la beca Erasmus en Valencia, pero eso era todo. En cualquier caso, era mejor no quejarme, pues el día en el que Francesca le echaba alguna bronca a Giorgio, este solía somatizar su estrés conmigo mandándome a por café. Supongo que también para perdernos de vista a mí y a mis continuas preguntas. Pero entonces automáticamente todos los demás se apuntaban al carro y yo me convertía en la camarera de la oficina en menos de lo que cantaba un gallo.

Siete días y había vuelto malhumorada a diario. Pero aquel lunes fue aún

peor, pues además me sentía frustrada porque en el piso Internet se había ido a otra parte y ni siquiera podía ver si Paul había respondido a mi e-mail. Tampoco llamar a mis padres, ni a ninguno de mis amigos con los que berrear en confianza. O desahogarme en el blog diciendo alguna burrada políticamente incorrecta. Internet en aquel instante era mi ventanilla al mundo, mi único nexo de comunicación con el exterior, y sin este me sentía abandonada. De pronto pensé en las historias de mi padre sobre lo solo que se sentía cuando hizo la mili en Madrid. Siempre me había parecido que se ponía muy pesado hablando del tema. Mi madre, mi hermana y yo solíamos tomarle el pelo, pero en ese momento añoré sus historietas y las comprendí mejor. Yo también estaba lejos de casa, pero al menos a mí nadie me gritaba para que hiciera flexiones o mi cama. Aunque no me habría extrañado que Francesca un día me gritase:

—¡Alaia, quince sentadillas, ahora mismo!

De todos modos, no era solo Internet. Realmente parecía que la casa quería romperse por todas partes antes de que yo cumpliera mi primer mes de vida en esta. O a lo mejor no le había caído bien a Valentina y era ella quien estaba torturándome para ver si me echaba del piso. ¡Ay, Dios! ¡Tal vez también andaba lamiendo mis tazas! Me calmé al escuchar sus grititos de mosqueo porque no podía abrir Facebook para seguir tonteando con sus ligues. Terminó cruzando al piso de Gabriele para robarle el Wi-Fi.

Aún no me explicaba cómo Valentina y Gabriele no se habían enrollado jamás, teniendo en cuenta lo unidos que estaban y que Valentina, al parecer, no solía dejar títere con cabeza. Pero me lo explicó ella misma:

—¡Claro que he intentado tirármelo, lo que pasa es que él no quiere!

Valentina me contó que cuando llegó al edificio tres años antes, trató de ligárselo por todos los medios. Pero Gabriele le llevaba seis años a Valentina y a él le había parecido una niña. Además, sabía que si se acostaba con ella sería una cosa de una sola noche y, si bien esto habría sido un chollo para cualquier tipo, derrapaba en la romántica moral de Gabriele, que al contrario que Valentina, se había criado en la libertad de un hogar de intelectuales, valga la antinomia. Al chico no le gustaban los ligues de una noche, sino los amores épicos, como Marco Antonio y Cleopatra. Verdaderamente, oyéndole dar datos históricos alucinantes y recordando anécdotas absolutamente románticas, hacía que mi vida me pareciese *Sensación de vivir*.

El caso era que Gabriele, al final, se había resistido lo suficiente como para

que Valentina se diese por vencida y por fin lo aceptase como un amigo. Probablemente su único amigo, a fin de cuentas, pocos solteros se le resistían.

Sonreí para mis adentros y me convencí de que aquellos dos prometían darme buenos ratos, y que no debía impacientarme ante las pequeñas dificultades que ofrecía lo desconocido. Me había jurado a mí misma darme tregua antes de ponerme a hacer puchereros. No debía estar asustada ni preocupada, pero no podía evitar pensar que lo que más quería en ese instante era acurrucarme en la manta de mi sofá a ver una película antigua con mi hermana. O tal vez dar un paseo por Bilbao con mis amigos, callejear por su casco, salir en sus fiestas, ir al cine o de *poteo*. De pronto, en mi recuerdo Bilbao era soleado, sabía a verano y a primeras citas. Bilbao era mi casa, donde la gente me quería y no tenía nada que temer.

Cuando finalmente volvió Internet, conseguí llamar a Edurne por Skype. Hablamos de su visita por el fin de semana de Carnaval. Yo la había ido a ver a Pekín el año anterior, y ahora ella quería venir a visitarme a Roma. Mi hermana ya había estado en Roma otras veces, y no dejaba de insistir sobre la suerte que tenía al haber ido a parar con mi culo en la fabulosa Ciudad Eterna. De todos modos, la conversación duró poco más. Tenía que irse pitando con unos amigos a cenar pato a no sabía qué local nuevo que habían abierto en su barrio. Mi hermana siempre estaba haciendo cosas superinteresantes allá donde iba. Antes de Pekín había vivido en París durante la carrera, y después en Shanghái donde hizo un máster en Relaciones Internacionales y aprendió mandarino. Ahora iba y venía por la capital china, y organizaba viajes alucinantes con sus otros colegas expatriados a Mongolia, Corea o incluso Filipinas. Estaba convencida de que mis ganas de salir de Bilbao habían nacido observando sus idas y venidas.

La diferencia era que ella siempre tuvo claro lo que quería hacer con su existencia. Toda su vida estaba bien ordenada y dirigida, y su meta seguía siendo regresar a París para poder trabajar para la UNESCO. Apuntaba alto, pero era brillante y no me cabía ninguna duda de que lograría lo que se propusiese. Yo, en cambio, me sentía absolutamente perdida, y cuando Edurne o mis padres me animaban diciéndome que no me preocupase, que también yo lograría lo que me propusiese, pensaba que tal vez el problema era que yo no me proponía nada. Que no sabía lo que quería, y tal vez no lo averiguase nunca. Como *Punto e a Capo*.

Todos me decían que era una gran oportunidad y yo así lo había aceptado.

Pero jamás lo había deseado con verdadero fervor, al menos no más allá de por la posibilidad de mudarme de nuevo a Italia. Y encima las pocas expectativas que había llevado puestas habían sido aplastadas por la enana de cuello vuelto de mi jefa. En fin. Aburrída de mis quejas mentales, decidí salir a pasear.

Quería llegar a *Villa Ada* porque Gabriele me había hablado de una tienda de bicicletas de segunda mano cerca de allí, ya que mi casera chanchullera no había cumplido su promesa. Cuando alcancé la tienda de bicis se había hecho tardísimo y el dueño estaba prácticamente cerrando. Le rogué para que me dejará echar un vistazo y al final asintió. Me mostró varias bicis y probé un par. Al final me decidí por una verde, con un manillar ridículamente corto, pero bastante barata. Aun así, no tenía nada que ver con la bicicleta basura que usaba en Bologna.

Bicicletas de paso, que no de paseo: Una vez, volvía a por mi bicicleta y de pronto vi sorprendida que el candado no estaba. Pensé: ¿me han robado el candado? ¡Pues no! ¡Le había puesto el maldito candado a la bici de al lado! Y ni regalada me quiso nadie robar mi mierda de bici.

Regresé sobre mi nueva bicicleta usada más contenta que unas castañuelas, olvidando mi mal humor del principio del día, aunque congeladas mis manos por la falta de guantes. El aire helado me lijaba la piel sin piedad, algunos decían que tal vez nevaría aquel año, lo que no dejaba de ser histórico para la ciudad. Mi bici atravesó varios charcos dejando una huella efímera sobre la acera. Pasé puestos de flores y quioscos que cerraban bajo las luces titilantes de aquella ciudad de acogida que hacía de su decadencia algo romántico con sus callejuelas y sus edificios envueltos en hiedra. De noche se convertía en un laberinto de paredes desconchadas alumbradas por farolillos, restaurantes en medio de pequeñas plazas, con terrazas ajardinadas y escaleritas que llevaban a ninguna parte.

Pensé de nuevo en mi hermana y en la sombra alargada que a veces me parecía que proyectaba sobre mí. Como si ella representase ese futuro al que yo aún no había llegado. Pero estaba en marcha, estaba fuera, me dije. En el tiempo en el que yo había conseguido llegar a Roma y sobrevivir a la

búsqueda de piso y al inicio en un trabajo, en Bilbao y en mi casa, el mundo se había detenido, o se había ralentizado. Aunque no habían pasado ni tres semanas desde mi llegada a Roma yo me sentía como si hubiera pasado una eternidad. Recordaba el Año Nuevo como una época lejana y caducada. Pensé que siempre habría ratos en los que echaría de menos Bilbao, aunque este no dejase de ser un camino ya recorrido. En Roma empezaba una nueva ruta, paralela a la mía.

El camarero del café de debajo de casa sacó los cubos de basura fuera y me saludó cuando me vio pasar con la bici. La aventura acababa de comenzar.

Febrero

Capítulo 4

—Cuatro capuchinos, cinco expresos, dos *macchiato*, dos descafeinados, pero uno largo, un *Orzo*, y un *latte macchiato* —pedí a las diez de la mañana en el café bajo mi oficina, representando la rutina diaria de recadera de esta misma. Mi aventura al parecer llevaba cafeína.

La diversidad de cafés en Italia era tan amplia que pensé que debería existir un máster en cafetería para cualquier becario, recadero o último mono de oficina. Me había costado más aprender todos esos nombres que comprender el sistema de Intranet de nuestra web. Yo quería hacer las cosas bien, pero mi entrada en la oficina había sido tan desalentadora, que lentamente estaba perdiendo cualquier entusiasmo con el que hubiese podido llegar. Me rendía con facilidad porque nunca tenía claro lo que quería, así que nunca estaba segura de si valía la pena luchar por ello o no.

—¿Alaia? —me llamó una voz a mi espalda.

Me giré y me quedé planchada. Un chico con pinta de músico trasnochado me sonreía ahí plantado. Era alto y esbelto, con el pelo oscuro un poco rizado, las patillas largas y la barba de varios días.

—¡Madre de Dios! ¡Bruno!

Eso sí que no me lo esperaba. Se trataba de un conocido de Bilbao, un amigo de mi último exnovio, exrollo, exloquefuera, ElimbécildeIker.

ElimbécildeIker era el último en haber explotado mi hinchado globo de expectativas amorosas. El último gran y estrepitoso golpe. Habían pasado más de seis meses desde que aquel sinvergüenza me dejara sin ninguna explicación. Una nube de humo de ilusionista y ¡paf!, se acabó la magia. Nunca pude volver a llamarle solo Iker. Desde ese instante empecé a referirme a él como ElimbécildeIker, y posteriormente lo repetí tantas veces que incluso contagié a mis amigas en Bilbao. Así, cuando alguna lo llamaba simplemente

Iker, las demás teníamos que preguntar: «¿Qué Iker?». Y más por reflejo que por verdadera intención de insultarlo, la amiga en cuestión solía contestar: «El Imbécil». ¡Risa Malvada! ¡Mi maligno plan había funcionado!

El chico que tenía frente a mí en ese instante era Bruno, un amigo de ElimbécildeIker, al que yo había conocido ligeramente durante el par de meses que salí con este último. Aunque Bruno y yo no habíamos coincidido mucho, me caía bien. Nos habíamos visto un par de veces en algún bar, y él seguía parándose a saludarme y a intercambiar alguna broma, a diferencia del retrasado de su amigo, del que no había vuelto a saber nada.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —pregunté finalmente sin explicarme cómo demonios nos habíamos ido a encontrar de nuevo, esta vez en Roma.

—¡Yo estudio aquí! —me respondió él explicándose con algo de confusión—. Pedí el traslado del expediente para el último semestre de la carrera. Creo que ya te dije que cuando acabé Audiovisuales decidí hacerme los últimos dos años de Publicidad, ¿no? Porque me convalidaban los primeros años... Sí, lo sé, estoy muy mal de la maceta y nunca acabaré de estudiar —asintió con aburrimiento mientras se explicaba muy deprisa—. Bueno, total, que me lo han dado. Sabía que habías encontrado trabajo aquí. Me lo dijo Iker, creo que lo leyó en tu Facebook, o algo así. De hecho, pensé en llamarte, ¡nunca imaginé que nos encontraríamos así!

—¡Qué fuerte! —exclamé sin que se me ocurriese nada más inteligente que lograrse ignorar la mención a nuestro inútil nexo de unión—. ¿Hace cuánto que estas aquí?

—Nada, una semana, aún no tengo ni techo —respondió señalando hacia fuera del café—. Acabo de ver un piso en la zona, y he tenido que contener las ganas de preguntarles si habían matado a alguien allí. Era un zulo. —nos reímos—. ¿Tú ya tienes buzón en el que recibir cartas?

—En realidad, sí... —el camarero me acercó la bandeja de los cafés recordándome a lo que había ido y me di cuenta de que tenía que marcharme—. Mira, ahora tengo que volver al trabajo, mi redacción está aquí atrás, pero si me dejas tu número te llamaré después, y quedamos, y hablamos, y yo qué sé...

—Sí, claro, genial. Justo ayer me compré una tarjeta telefónica italiana, me estaba saliendo un ojo de la cara llamar a los anuncios de pisos... —se sacó un boli del bolsillo y apuntó su número en mi vaso de café con agilidad pasmosa.

—Claro, no hay problema —respondí aún con el cerebro hecho mosto—, ¡qué pasada verte aquí! Venga, te llamo, prometido.

Nos despedimos a la salida de la cafetería y apreté el paso hacia mi oficina. Qué shock. No había visto a Bruno desde hacía dos o tres meses, cuando me lo encontré en Bilbao a la salida del teatro Arriaga; ambos habíamos asistido a la misma función. Como aquella vez y las anteriores, ver a Bruno desató las involuntarias patadas en el higadillo que el recuerdo de ElimbécildeIker me provocaba siempre.

Era irremediable, aunque ya no sintiese nada por él o, mejor, sintiendo un rencor recalcitrante, no tanto por él, sino por mí misma. Por lo idiota que me volví en aquella época. Solo fue un verano, pero fue suficiente. Él me persiguió durante un montón de tiempo, me soltaba frasecitas de compromiso que yo ni siquiera había pedido, se metió hasta lo más profundo del jardín mientras yo me mantenía recelosa. Pero en cuanto me convencí, en cuanto me tuvo dentro, se aburrió y empezó a tratarme como basura. Desintoxicarme de aquello fue increíblemente duro para lo poco que había durado. Así que recordarle en cualquiera de sus modalidades me hacía sentirme una yonqui sin ningún respeto por sí misma. Algo de lo que pretendía huir como fuera. Al parecer, Italia no estaba lo suficientemente lejos, tal vez me habría hecho falta una escapada a un templo budista en el culo del mundo. O tal vez sería más sencillo encerrar al ElimbécildeIker allí hasta que se pudriese por inanición. Sí, eso me parecía más justo.

Trabajé esa mañana de forma acelerada, y cometí un montón de faltas de ortografía que Giorgio me señaló mosqueado. Parecía un buen tipo, pero su humor era cambiante según cuánto Francesca decidiese estresarlo. Lo cierto era que la mujer proyectaba una sombra de desasosiego sobre todos, aunque el trabajo en la redacción fuese más bien relajado. De pronto parecía enloquecer, como si fuese bipolar. Estaba tranquila y al rato chillaba como una urraca mojada al primer primo que pasaba por delante. Aunque lo de los gritos no era lo peor, eso le daba cierta humanidad. Lo peor era cuando te miraba con aquella cara de asco profundo, que, yo estaba segura, practicaba cada noche frente al espejo, y te soltaba alguna frasecita llena de desdén. Como si fueras retrasado, como si no supieses sumar dos y dos. No, como si no supieses qué era sumar. Te lo decía con toda su mala baba desde ahí abajo. Y eso sí que me reventaba. Era tan pequeñaja, que cualquiera la habríamos podido hacer volar de un guantazo. ¡Zasca! Contra la pared.

La nueva Supermujer mide un metro veinte: En una época prehistórica, mi jefa no habría sobrevivido ni un telediario. En una sociedad espartana la hubiéramos lanzado por la Roca de Tarpeya. Darwin se avergonzaría de nuestros nuevos parámetros de evolución, y Nietzsche tendría que comerse a su Superhombre. De hecho, mi propia jefa podría poner al señor Nietzsche a bailar. El mundo moderno está jodiendo la selección natural.

Pero tampoco podía columpiarme mucho. Porque, por deprimente que fuese mi trabajo, al menos tenía uno. En España, en cambio, se acababa de aprobar una reforma laboral que, aunque pretendía facilitar la contratación, lo hacía abaratando el despido, y repartiendo condiciones laborales de risa. Y a los italianos tampoco les iba mucho mejor: habían alcanzado el millón de desempleados en cuatro años. Pero donde España perecía, ellos solo se tambaleaban. En cualquier caso, mis ganas de escapar de mi empleo actual seguían teniendo las alas muy cortas.

Cuando aquel día llegué a casa, me encontré a Valentina sentada en el sofá pintándose las uñas de los pies.

—Hola —me saludó sin mirarme.

—¿Qué tal tu día? —le pregunté mientras me acercaba a la nevera y alcanzaba una cerveza.

—He desatascado la puerta del váter.

—¿Se ha vuelto a atascar? —exclamé con exasperación.

Empezaba a recordar cada día con más aprensión la peli ochentera de *Esta casa es una ruina*. Nuestro apartamento ya se mostraba como un auténtico despropósito: trozos de pared se desconchaban espontáneamente, la luz saltaba con una rara frecuencia, y hacía un par de semanas Gabriele atascó sin querer la puerta del baño por fuera, y casi nos dio un pampurrio. No fuimos capaces de abrirla en toda la tarde, lo que enseguida se manifestó como un problema serio cuando empezamos a necesitar hacer pis. Gabriele nos ofreció el baño de su casa, pero yo entonces seguía tratando de evitar al vampiro bizco, así que terminamos por salir a cenar a un chino para poder usar su váter.

Tratando de distraerme del descalabro en el que vivíamos, me puse a contarle a Valentina mi encuentro sorpresa con Bruno:

—Verás, el verano pasado estuve saliendo con... Estuve saliendo con un... Estuve saliendo con ElimbécildeIker —traduje al italiano *Ikerlostronzo*, evitando llamarlo algo tan benévolo como «un chico»—. Un día, ElimbécildeIker me presentó a un amigo suyo. Y yo te juro que el chico que salía conmigo era mono, pero cuando me presentó a este, en comparación, el mío empezó a parecerme bajito y simplón. Tenía los ojos muy pequeños y la nariz muy grande.

—Dios, qué horror, Alaia —se rio ella mientras yo me sentaba en una butaca a su lado—. Entonces, ¿te has encontrado con el guapo o con el feo?

—¡Con el guapo! —me reí, y tuve que reconocer internamente que ElimbécildeIker no era tan feo después de todo, pero mi despecho había mal transformado su recuerdo.

—Pues bien, ¿no? —siguió Valentina pintándose las uñas—. ¿Y qué hace aquí?

—Estudia Publicidad en la Universidad de la LUMSA. ¡Es su segunda carrera! Va a estar aquí al menos hasta el verano. Está buscando piso.

—¿Y no le has dicho que Gabriele busca inquilino? —Valentina se había enderezado y jadeaba como un cachorrillo que acaba de ver algo brillante.

La semana anterior, el vampiro que vivía con Gabriele había vuelto a Mantova, pueblo del que era originario, dejando a Gabriele con los gastos de todo el piso.

—Piénsalo, Alaia, sería tener acceso directo al piso del tipo buenorro —dijo Valentina, cuya mente funcionaba siempre a doscientos por hora.

—Tiene novia... —recordé de pronto tomando un trago rápido de mi cerveza.

—¿Y a quién le importa? Ya dejará de tenerla.

Para Valentina eso nunca era un impedimento, sino más bien un aliciente.

—Llevan como cuatro años... —opuse débilmente.

—¡Calamidad! ¡Cuatro años, van a ver juntos las Olimpiadas de Londres! —se levantó del sofá y caminó en bragas hacia su cuarto aún pitorreándose de mí.

Valentina se reía de todo lo que implicase amor y compromiso, quizá porque, como confesaba ella misma, en su familia siempre habían querido inculcarle el «Hasta que la muerte os separe». De hecho, de lo que más se

mofaba Valentina era de su propia familia, y del interés que tenían por casarla con alguien. Su rebelión formaba parte también de una táctica de defensa. Si no había novio, no podía haber marido.

A la tarde siguiente quedé con Bruno en *Campo de' Fiori*, cerca del albergue en el que se encontraba. Aunque hacía frío, el sol se había despertado aquel día dichoso y bañaba la plaza y a sus transeúntes. Sentado en el borde de la fuente, encontré a Bruno envuelto en un abrigo negro, todo estirado, leyendo algún tebeo a través de unas oscuras gafas de sol. Yo seguía con mi abrigo de esquimal y mi gorro de lana, y no me cambiaría hasta que la primavera decidiese asomar por esas tierras inexplicablemente frías.

Le conté la proposición que traía en mente. Le hablé de Gabriele, le dije que hacía el doctorado en Roma y que también era músico como él. Bruno tocaba asombrosamente bien la guitarra.

—El piso está en *Prati*. Creo que te viene bien porque está cerquita de la LUMSA. Es un poco viejillo, pero correcto, y Gabriele es muy majo — propuse mientras veía escapar el vaho de mi boca y trataba de enterrar mi naricilla helada en los cuellos de mi chamarra.

—¿Gabriele?

—Mi vecino —asentí—. ¿Quieres verlo?

—¿A tu vecino? —preguntó con una voz estridente que me arrancó una carcajada.

—A mi vecino también, pero hablaba del piso.

Al final asintió. Tomamos un autobús enfrente de *Trastevere* y charlamos un poco sobre banalidades varias, bordeando el tema de ElimbécildeIker con maestría. Le pregunté sobre cómo le iba con su chica, pero él respondió que muy bien y allí terminó todo el tema. Cuando llegamos y entramos en el patio interior de mi edificio, Bruno ahogó una admiración.

—Tu vecino y su piso tienen que ser horribles para que no me quede con ellos.

Al igual que yo a mi llegada, Bruno llevaba ya una semana alojado en un albergue, completamente desanimado, viendo pisos de mala muerte.

—Dijo que estaría en casa —informé tras tocar el timbre de Gabriele.

—Cuando dijiste músico, ¿a qué te referías? ¿A que toca las maracas? —me susurró.

—Toca el piano, pero no es que sea músico, prepara la tesis en La Sapienza y da algunas clases. Quiere trabajar como profesor de Historia del Arte en la

universidad. Pero ya te lo había dicho, ¿no?

Bruno me guiñó un ojo con simpatía. Quería que comprendiese que me estaba tomando el pelo. Me reí tarde y lo lamenté.

***Risas enlatadas:** Normalmente soy yo la que tiene que explicar los chistes a los demás y la situación contraria me resulta inusual. La gente no suele incitarme a decir más chorradas, sino que me dedica risitas nerviosas cuando hago alguna broma. El tipo de risita que no comprende bien lo que has dicho ni por qué, pero que no quiere cabrearte porque no sabe si tras tu absurdo modo de comportarte se esconde también algún desequilibrio mental.*

—Maracas las que tú tienes —respondí al final sonriendo—. En realidad, Gabriele solo toca el piano en un local, en casa tiene un teclado.

—¿Un organillo rosa? —insistió a mi lado.

—Sí, y una cabra —añadí y él sonrió satisfecho—. Ya abre.

Gabriele abrió la puerta con un jersey de renos y su sonrisa trágica de siempre. Le saludé:

—Hola, Gabriele, te traigo la pesca. Te presento a Bruno.

Se estrecharon la mano y entramos dentro, al piso que yo había evitado hasta ese momento porque no soportaba encontrarme con el vampiro. Aunque Gabriele juraba que se había ido en tren, yo estaba convencida de que se había transformado en murciélago y se había ido volado de vuelta a Transilvania.

—El piso es bastante viejo —le explicó Gabriele a Bruno, mientras nos quitábamos los abrigos y agradecíamos que la calefacción hoy sí funcionase en el piso—, pero te aseguro que se mantiene todo en pie y, si algo se viene abajo, la casera se hace cargo. Bueno, aquí, como ves, están la cocina y la sala. Es más espacioso así. Ahí hay un balconcillo, está lleno de trastos, quiero meterle mano un día, porque las vistas son estupendas, y estaría bien aprovecharlo.

—En eso tenéis suerte, nuestro balconcillo da al patio —dije mientras me quitaba mi gorro y les seguía por el pasillo hacia el cuarto.

Entramos en la habitación del vampiro, que hasta entonces yo no había visto nunca. Estaba prácticamente vacía.

—Y este sería tu cuarto —presentó Gabriele desde la puerta—. Cama y armario.

—¿Decoración minimalista, eh? —preguntó Bruno asomándose.

Me había dicho que solo había hecho un curso de italiano intensivo antes de venir, pero se las apañaba increíblemente bien. Bruno pasó dentro, donde dio una vuelta sobre sí mismo, se asomó a la ventana y abrió el armario vacío. Gabriele y yo lo observamos desde el canto de la puerta.

—¿No vas a decirle la verdad, no? —le pregunté yo a Gabriele fingiendo indignación.

Me había pasado todo el mes incordiando, diciendo que el señor con el que vivía era un vampiro. Diurno, pero un vampiro.

—¿Qué? —preguntó Bruno intrigado, cerrando el armario.

—Alaia cree que el habitante anterior era un vampiro —dijo Gabriele con un suspiro, abandonando el canto de la puerta para volver a la sala.

—¿En serio?

Bruno sonrió divertido y me volví a extrañar. Realmente, a Bruno parecía que le estaban gustando mis ideas descabelladas y eso hacía que él me gustase a mí.

—Era superfeo y vestía como del siglo pasado —me anime a explicar con una mueca de horror mientras seguíamos a Gabriele—. No nos decía ni Pamplona, nunca le vi comer un bocado, y se acostaba a las ocho de la tarde.

—Cenaba muy temprano... —explicó cansinamente Gabriele por enésima vez, deteniéndose en el centro de la sala. Pero el pobre no sabía a lo que se enfrentaba.

—A lo mejor no se acostaba, sino que salía volando por la ventana en busca de su cena —propuso Bruno levantando una ceja con teatralidad, y Gabriele lo miró con desazón.

—¿Es un graciosín! —me dijo.

—Ya te lo había dicho —me defendí bromeando, aunque, en realidad, de Bruno solo le había dicho que me parecía simpático.

—¿Le has dicho que soy graciosín? —exclamó Bruno sorprendido a mi lado—. ¿A mí me dice que eres un tipo muy majo que toca el piano y a ti te dice que soy un graciosín que toca el... triángulo?

Me eché a reír adorando a Bruno internamente, y de pronto lamenté muchísimo que fuera el amigo de ElimbécildeIker, pues entendía que él jamás me vería como a otra cosa que la ex de su amigo. Y uno no piensa en

enrollarse con los ex de sus amigos, por breve que haya sido el noviazgo, ¿no?

El cinturón de castidad imaginario de los ex: Es el método definitivo para no poner en riesgo mi amistad con nadie. Cuando una amiga me presenta a su novio, yo lo coloco en un segundo plano, como si no contase, como si fuera asexual. Es como si al presentármelo me dijeran: «Mira, Alaia, te presento a mi novio Pepe, que no tiene pito».

Así que, si Bruno se regía por mis mismos parámetros, en esos momentos, él debía de pensar que yo no tenía vagina. Imaginaba que así debía de ser, también porque él tenía novia. Aunque tenía novia en España. Tal vez se habían separado porque no se querían más. Tal vez Bruno estaba atrapado en una relación sin amor, y al conocerme volvería a recuperar la esperanza en este, y empezaríamos una historia romántica, y él me tocaría serenatas con su guitarra, y nos besaríamos al final de una noche fantástica paseando por Roma, y seríamos tan felices que algún día decidiríamos casarnos en la Ciudad Eterna para recordar cómo nos conocimos allí, y tendríamos niños tan guapos como él, y envejeceríamos juntos en un porche con mecedoras. ¡Pero para poder hacer todo eso Bruno debía comprender que yo sí tenía vagina!

Valentina llamó a la puerta en ese instante interrumpiendo mis desvaríos.

—¡Hola! —nos saludó cuando Gabriele le abrió, y se acercó a nosotros.

—¡Hola! Ah, mira, Bruno, ella es mi coinquilina calabresa, Valentina —les presenté.

—¿Al final te quedas con Gabriele? —le preguntó ella mientras le estrechaba la mano.

—Si él gusta...

—Tiene toda la pinta —asintió Gabriele.

—Pues ya tenéis a la banda completa, porque uno el piano, el otro la guitarra, y Alaia que berrea en la ducha...

—¿Ah, sí? —preguntó Bruno divertido volviéndose hacia mí.

—Michael Jackson sobre todo, en especial *The Way You Make Me Feel* — siguió Valentina mientras yo la desollaba con la mirada. Me gustaba destrozar mis álbumes preferidos desafinando bajo el agua caliente. Valentina lo había sufrido, y ahora, al parecer, se vengaba.

—Vaya, Iker odia a Michael Jackson —se rio Bruno—. ¿Tal vez rompisteis por eso?

¡Oh, no! Otra vez ElimbécildeIker, aquel desagradable nexo de unión que ponía de manifiesto que yo no tenía vagina. Si seguía hablando de él temía tener que bajarme los pantalones para probar lo contrario, aunque seguramente aquello no me ayudaría a la larga.

—¿Quién es Iker? —preguntó Valentina.

—Nadie —le respondí como un resorte, evitando por una milésima de segundo responder «El Imbécil».

Bruno se rio.

—Vale, pues nadie.

Valentina y yo nos despedimos de los chicos que se quedaron tramitando detalles, y regresamos a casa. Casi antes de abandonar el rellano, Valentina ya estaba diciendo:

—Pues tenías razón, está para darle un bocado...

—Ni se te ocurra. Roma está llena de tipos guapos con los que puedes acostarte. Este déjalo entero, Valentina —advertí amonestándola con dramatismo—. ¡A este solo yo puedo amarle en desesperado silencio!

Por lo menos tuvo la decencia de reírse en lugar de compadecerme, que habría sido en verdad lo más natural ante mi manifiesto patetismo. Ya me había vuelto a dar uno de mis sirocos y además en menos de veinticuatro horas. Pero si Bruno era amigo de ElimbécildeIker alguna pata de palo tenía que tener. Maldición, ahora empezaría a fantasear chorradas hasta que la descubriese.

—Por cierto, ¿quién es Iker? —me preguntó de pronto ella.

—El Imbécil.

Esta vez no me corté, y me supo a gloria decirlo con toda mi mala leche.

—¿El tipo de los ojos pequeños y la nariz grande? —me preguntó desde el salón, cuando yo me dirigía al baño.

Me hizo reír.

—¿Eso es todo lo que recuerdas de nuestra conversación? —le dije a través de la puerta, mientras me ponía pasta en el cepillo de dientes.

—No sé, Alaia, es lo que me pareció más relevante —dijo ella apareciendo y apoyándose en el canto.

La miré un segundo con el cepillo en la boca.

—Pues es verdad. A veces posees una razón aplastante.

—Y tengo que vivir con ello.

Capítulo 5

Navegaba a través de mi segundo mes en Roma y poco a poco me iba sintiendo mejor. Aún debía ir descubriendo las pequeñas cosas que echaba de menos, aquellas para las que me había preparado y aquellas para las que no. Todavía estaba a años luz de la felicidad edulcorada que viví en mi año Erasmus en Bologna. Por el momento, Roma solo era una bella ciudad en la que me sentía desorientada.

Tratando de abandonar mi disconformidad continua, el miércoles de aquella semana me dispuse a ir al MACRO, el museo de arte moderno de Roma, con Valentina y su amigo Aldo. El chico que supuestamente perseguía a Gabriele con fines erótico-festivos. Yo lo había llegado a conocer la noche que salí al Elephant con Valentina y Gabriele, pero aquel día había mucha gente y casi no habíamos hablado. Lo gracioso fue que Valentina terminó por descolgarse del plan cuando le salió un ligue de última hora y me dejó plantada con su famoso amigo. Por suerte, este hablaba por los codos, por lo que resultó una compañía estupenda.

Aldo era un personaje peculiar. Delgado, moreno, con ojos verdes y saltones. Llevaba una perilla perfectamente perfilada, y se calzaba camisas floreadas que solía llevar abiertas hasta medio pecho desde donde le asomaba pelo como para hacer un abrigo. Además, estudiaba diseño en una escuela de Roma, y siempre parecía estar a la última de todo.

Parloteó durante mucho rato sobre historietas extravagantes de mil tipos y me hizo reír a rabiar, mientras devoraba a otros hombres con la mirada. Comprendí por qué Gabriele lo temía y Valentina lo adoraba. Sencillamente, Aldo era un tópico andante, él estaba encantado de serlo y forzaba la caricatura continuamente.

Pero cuando pasamos dentro, incluso el parloteo de Aldo terminó. La

exposición de fotos era de Steve McCurry, el fotógrafo que sacó la famosa foto de la niña afgana de ojos verdes para el National Geographic. Me pareció espectacular. Lo envidié y admiré hasta hartarme durante toda la visita, hasta prácticamente rayar el odio, acosada por los celos de que él hubiera conseguido darle conciencia a su pasión, para después agarrar esa bola de color y denuncia y hacer de ello su vida. Pensé que yo estaba a siglos de conseguir algo parecido.

Evasión mental: ¿Qué tal si fuera periodista de guerra? ¿Viajando por el mundo y contando las miserias que nos acechan? Me temo que, ante tal sobredosis de realidad, mi hedonismo se tendría que volar la sesera.

Como para ponerme al día con ese hipotético futuro, entristecí en un pestañeo, pensando en que nunca descubriría qué quería hacer con mi vida. De provecho, o no.

Me sentía tan desanimada cuando salimos que Aldo insistió en invitarme a un café en una terraza junto al Panteón. Era uno de los cafés más antiguos de la capital y nos cobró sus cafés *macchiato* a cuatro euros.

—¿Si pides dos, ya te exigen un aval hipotecario, no? —pregunté—. Imagino que los asiduos tendrán un contrato de donación de órganos con los hijos de los dueños...

—Y total, a mí me sabe igual que cualquier otro. —él se encogió de hombros.

—Pero será culpa de tu paladar mundano —me burlé yo sarcástica.

Caminamos un rato más y encontramos una tienda de discos en la onda de la película *Alta Fidelidad*, y aunque estaba cerrada, tuve la imperiosa necesidad de entrar a rebuscar entre sus discos de vinilo pasados, ojear los grandes éxitos de los Bee Gees y Janis Joplin, aunque de momento supiera que no me iba a comprar ninguno.

—Cerca del *Castello di Sant'Angelo* siempre hay chiringuitos con libros de segunda mano y montones de discos —me informó Aldo—. También entre *Termini* y *Repubblica*.

Pero aquello era otra cosa, parecía un auténtico imperio retro de la historia

de la música. Confuso y abarrotado como deben de ser esos lugares donde el concepto de claustrofobia se evapora y uno puede pasarse la vida allí dentro.

—Mis padres tenían un tocadiscos que de niña yo ponía a funcionar con los temas de la serie *Luz de luna* o la banda sonora de la peli *Oficial y caballero*, y en general cualquier cosa que encontrara entre los viejos discos de mi familia...

—¡Oh! ¡*Oficial y caballero*! —suspiró él haciéndome sonreír en tanto que nos encaminábamos hacia *via del Corso*.

—Es igual —seguí mientras arrastraba mi bici—, esos días de gloria acabaron cuando alguien entró a robar en la casa cuando no estábamos. Que te roben la tele es malo, pero puedes comprarte otra. El tocadiscos y los vinilos, en cambio, fueron un puñal en mi corazoncito de trece años.

—Mi puñal en mi corazón a los trece años fue saber que Richard Gere era hetero.

Me reí con agotamiento, pero a pesar de todo agradecí la compañía animada de Aldo en medio de mi pequeña crisis existencial. Le pedí que viniera al día siguiente conmigo y los demás al Elephant, pero me dijo que tenía planes para salir por la zona gay del Coliseo con unos amigos, así que tendría que ser en otra ocasión. Nos despedimos prometiendo que nos llamaríamos.

Regresé a casa en mi bicicleta, respirando de nuevo la ciudad, como había aprendido a hacer desde que la compré. Aquello siempre me animaba. Roma me regalaba continuamente momentos encantadores que me atrapaban y me convencían despacito de querer amar su caos. Cada vez que salía a dar un paseo por sus calles, y a pesar del frío y de las pocas horas de luz, quedaba encantada.

De hecho, hacía tanto biruji, que a la mañana siguiente Roma no lo soportó más y amaneció finalmente nevada. Hollywood siempre recogía la veraniega estampa de la Toscana para sus románticas películas situadas en Italia, pero a finales de febrero el termómetro descendió en la capital italiana hasta límites insospechados, y dejó una extravagante postal de los monumentos romanos, normalmente bañados por el sol, entonces empapados por la nieve.

La Nieve solo mola si eres Papá Noel: ¿Es igual de romántico ver el Coliseo nevado si lo ves con los pies envueltos en bolsas de plástico en lugar de calcetines?

—¿Te has quedado fuera justo hoy? —exclamé cuando, volviendo del trabajo, encontré a Bruno helado, sentado en el rellano entre nuestros apartamentos, olvidadas sus llaves en el interior.

—Hoy nada funciona —protestó él—. Ni siquiera yo. ¿Has visto la que se ha montado por la nieve? Los italianos no tienen seriedad...

—Sí, ya sé —asentí mientras abría mi puerta y le dejaba pasar a por la copia de sus llaves que guardábamos nosotras—. Viven con la misma cachaza que el mexicano del chiste...

—¿Qué chiste? —preguntó él apoyando sus manos enguantadas en la calefacción de la entrada.

—El del escorpión —respondí distraída sacudiendo mi chamarra de la nieve—. El mexicano tirado en la hamaca que pide a su mujer: «Pásame el antídoto para la picadura de escorpión». «¿Por qué, te picó?». «No, pero se está acercando».

—¿Qué?

Terminé de quitarme las botas y recordé que no sabía contar chistes.

—Da lo mismo, era más gracioso en mi cabeza —respondí avergonzada, y decidí señalar—. Tus llaves están en el cajón de esa mesilla.

—Ah —asintió él sin moverse de la calefacción—. ¿Te importa que me quede por aquí a darte la tabarra hasta que vuelvan Valentina y Gabriele?

—No, que va —negué con una sonrisa del tamaño de un trozo de sandía.

Desde que Bruno se había mudado no habíamos coincidido mucho, pero cada vez que le veía mi MariLoli se apoderaba completamente de mí, y me ponía increíblemente tonta. Definitivamente, me había dado uno de mis cuelgues, basado sobre todo en la absoluta certeza de que él no me iba a corresponder. Por algún motivo, aquel tipo de desafíos eran como una llamada de la selva para mi yo romántico. Al menos Valentina había aceptado mis amenazas de muerte si intentaba ligárselo. Y ya sabía que tenía novia, pero como la tenía lejos, en mi imaginación podía fingir que no existía.

—¿Qué tal se porta Gabriele contigo? —pregunté mientras Bruno se acercaba a la cocina a preparar café, y yo me dirigía a mi habitación para ponerme ropa seca.

—Fenomenal. No hacemos más que tocar —respondió él—. Pensábamos que os estaríamos dando la tabarra de lo lindo...

—Yo no me he enterado —dije ya desde mi habitación donde me sacaba el

jersey—. Esta noche te oiré en el Elephant.

—Sí, por cierto, Alaia, una cosa: cuando me veas en lo alto del escenario, procura no correr hacia mi pidiéndome un hijo o que te firme en un pecho, lo odio —bromeó él boceando desde la cocina.

—Lo intentaré —dije sonriendo para mis adentros, mientras me metía en mi camiseta preferida de Pink Floyd—. El Elephant es un local muy bohemio, ya veras, te pega cantidad.

—¿Te parezco bohemio? —su voz sonó disgustada.

—Sí, yo que sé. Las patillas, los sombreros que sueles llevar... ¿Te molesta? —pregunté asomándome finalmente por la cocina y aceptando la taza de café que me ofrecía él desde el otro lado de la encimera.

—Un poco —dijo encogiendo los hombros—. Cuando pienso en alguien bohemio me acuerdo de los estudiantes de Bellas Artes de mi campus, que lo mismo vienen con un plástico por vestido como se ponen una corona de plumas o se embadurnan en harina para croquetas. Esa gente que pinta una raya en un lienzo y piensa que es artista, y tú gilipollas por no entenderlo.

Me vino a la cabeza alguna conversación pasada con él y recordé señalándolo:

—Tú me dijiste que odiabas a David Lynch...

—Pues mira, es un buen ejemplo, aunque a él nunca le he visto rebozado en harina de croquetas. Pero odiaré eternamente haber gastado dos horas de mi vida con la peli de *Carretera Perdida*.

Escudriñé a Bruno mientras se acababa su café. Definitivamente, tenía un aire de artista callejero, le gustase o no. Tal vez no le gustaba porque quería que fuese casual, o tal vez verdaderamente era uno de esos pocos tipos auténticamente genuinos, que se comportaban y se vestían como les daba la gana y odiaban ser etiquetados. Su animadversión hacia Lynch era sin duda una singularidad. Nadie en las facultades de Audiovisuales nombraba en vano el nombre del director. Ni mucho menos se meaba en él. Pero qué sabía yo.

Cuando Valentina y Gabriele llegaron, salimos a cenar al Pigneto. La nieve seguía cayendo y tuvimos que esperar al autobús aún más de lo habitual, pero finalmente llegamos a nuestro destino. Nos sentamos en un restaurante tan básico que rozaba la cutrez, pero allí servían los platos de pasta más enormes y humeantes de toda la capital. Su especialidad era el *cacio e pepe*, pero su carbonara despertaba a un muerto. También preparaban pollo al limón, albondiguillas de trufa, patatas al horno y guarniciones de deliciosas espinacas

con bechamel. Gabriele nos dijo que siempre estaba hasta los topes, y que había que andar corriendo y trajinando con los camareros para que te sirvieran un plato a última hora en las abarrotadas mesas de la terraza. Era el único restaurante de Roma que siempre estaba hasta arriba, pero solo de romanos.

Así, tras la inmensa pizza de setas y salchichas que no pude terminar, nos dirigimos al Elephant, donde tanto Gabriele como Bruno dejaron pasmados a todos los presentes tocando un blues eléctrico del cual el propio B.B. King habría estado orgulloso. Yo, entretanto, le daba al bar un toque veneciano inundándolo con la baba que se me caía. Cuando se cansaron, cedieron los instrumentos a otros músicos menos habilidosos, que no consiguieron superar el listón de nuestros amigos, por lo que, tanto Valentina como yo, estuvimos encantadas de presumir de tan ilustre compañía.

Gabriele en tanto había tenido un flechazo con la nueva camarera del Elephant, una chica bajita de impresionantes ojos azules que gustaba a casi todos, bien por belleza y simpatía, bien por novedad.

—Anda, cierra la boca que como te vea así va a pensar que estas catatónico —le dijo Valentina molesta al parecer de perder el centro de la atención.

Nos habíamos sentado en una mesa de fuera, bajo uno de los calefactores que nos mantenía lo suficientemente cálidos como para haber aparcado nuestros abrigo en una quinta silla.

—Es que me he enamorado —dijo Gabriele siguiéndola con la mirada desde su asiento.

—¡Ay, enamorado! ¡Es increíble! ¿Ves una cara bonita y ya crees que te has enamorado? —preguntó Valentina, experta en irse con caras bonitas, pero virgen en enamoramientos.

—En defensa de Gabriele diré que no es solo una cara bonita —intervino Bruno tomando su vaso de cerveza—. También tiene un cuerpezco.

Brindó con Gabriele y de pronto la camarera me cayó peor.

—¡Bah, que sabrás tú! —se quejó Valentina entretanto al hilo de mis pensamientos—. Si solo la has visto de lejos. A lo mejor bajo esos pantalones negros está el culo de Berlusconi.

—¿Berlusconi? —me extrañé volviéndome hacía ella.

—Bueno, pensaba en un culo desagradable.

—¡No tiene el culo de Berlusconi! —la defendió Gabriele horrorizado ante la aparición del culo del expresidente italiano en la visión de su camarera—. No es que importe, pero esa chica tiene un culo perfecto. Y vale ya de hablar

de culos, Valy. Tienes monotema.

—De todos modos, seguro que es una lela —resolvió Valentina tozuda, negando con la cabeza—. Gabriele, a ti te gustan estudiaditas. Y fijate, esa chica pasa demasiado tiempo arreglándose y poniéndose morenita para haber tenido tiempo de leerse a Tolstoi.

—Bueno, a lo mejor leía a Tolstoi en la playa... —dijo Gabriele sin mucho convencimiento, mirando a su camarera que repartía cervezas a lo lejos.

—Sí, la edición de bolsillo —me reí antes de beber otro trago de mi botellín.

Valentina estalló en carcajadas a mi lado y sentenció:

—No, ahora en serio. ¿Alguna vez has visto a un genio que además estuviera buenísimo?

—¡Qué tontería! —respondió Gabriele molesto, pues, aunque no era un genio, sí que era considerado por nosotros un ratoncillo de biblioteca.

—Mentira, no los hay —siguió Valentina como si nada, y se puso a enumerar con los dedos—. Atiyah, Hawking... todos feos.

—Marty Feldman... —apunté yo.

—Marty Feldman era actor —me corrigió Bruno confundido.

—Pues no fue un genio porque no quiso, porque feo era un rato —respondí encogiéndome de hombros. Él se mondó de risa, y mi MariLoli interna se regocijó sin pudor.

—Vale, o sea que, según esta teoría de que los guapos son anormales —le preguntó a Valentina cuando paró de reír—, ¿si tuvieras que elegir entre tirarte a Marty Feldman o a... David Beckham, tú elegirías a Marty Feldman?

—... Pero ¿por qué se supone que iba a tener que elegir entre esos dos? —se defendió Valentina molesta.

—Porque sí, es un Cuerno o Cola.

—¿Qué es un Cuerno o Cola? —pregunté yo.

—¿Qué preferirías, tener un cuerno o una cola? —me preguntó Gabriele apurando su cerveza.

—¡Y yo qué sé!

—Pues eso es un Cuerno o Cola.

Después de un millón de suposiciones absurdas regadas por mucha cerveza, nos tocó retirarnos. Tuvimos una suerte loca y conseguimos alcanzar el autobús nocturno de vuelta, lo que nos ahorra el paseo o la carrera del taxi. Fue un trayecto corto que me encantó. Todo estaba blanquecino y congelado, la

nieve no cuajaba, pero se quedaba como una capa de polvo mágica que languidecía las hierbas y rellenaba los imperfectos adoquines romanos. Yo me sentía despejada, sin sueño, en realidad, si no fuera porque no teníamos el calzado para ello, habría instado a los demás a caminar. Pero al mismo tiempo había bebido un poco, lo justo, y me mecía en un sopor agradable, placentero, envuelta en droga blanda que no me dejaba pensar en mi porvenir laboral, o en el hecho de que Paul estaba lejos, y Bruno creía que no tenía vagina.

Me habría gustado seguir en esa pausa semietílica, de paseo y cháchara toda la noche, a pesar del horrible frío que agitaba la urbe aquellos días. Pero era hora de irse a dormir y acepté el final de la noche.

Capítulo 6

Tinto anestésico: Tal vez solo es el bullicio social al que ha empezado a someterse mi persona, pero he encontrado una importante distracción a todas mis dudas existenciales. ¿Y qué si no las estoy resolviendo? De momento estoy en Roma y tengo vino.

El único problema era que aquel método me sometía a picos de felicidad efímeros y traicioneros. Era muy fácil para mí dedicarme al hedonismo, distraerme, beber, charlar y bromear. Pero cuando el ratito de distensión terminaba, volvía a quedarme con los mismos interrogantes sobre mi futuro, y con la sensación añadida de que no hacía otra cosa que perder el tiempo.

Así podía llegar encantada tras haber encontrado un nuevo rincón en la ciudad, un café romántico tras una callejuela en el que me había pasado horas leyendo a Paul Auster, o anotando apuntes para el blog, mientras los últimos restos de nieve se derretían. Tal vez sentada en *Piazza Trilusa*, que casi parecía un patio de vecinos donde la gente terminaba encaramada al muro o sentada en las escaleras, devorando algún aperitivo de los bares colindantes. Pasta, cuscús, verduras crudas, arroz, fruta en almíbar y una cerveza. Luego la luz se iba yendo, y me quedaba escuchando todo el ruido del loco tráfico de la urbe. Las luces de *Trastevere* se encendían y el barullo general llenaba sus calles. Era intenso, una marcha diaria, y me encantaba.

Claro que al día siguiente podía regresar a casa de trabajar agotada y enfurecida. Tal vez aquel día Francesca había cabreado al personal lo suficiente y yo había tenido que cargar con más cafés de la cuenta y traducir una cola de artículos insípidos. Volvía helada de mis viajes en bici, pero me negaba a gastarme dinero en el abono para el autobús en Roma, pues suponía

una lata de sardinas que se quedaba atrapada en el tráfico cada dos por tres. Era horrible.

Ruta secreta a Campo de Concentración en autobuses de línea romanos: Se trata de un serio problema de logística. Como hace tanta rasca en la calle, tengo que entrar en el autobús vestida igual que una cebolla, pero el trayecto dura tanto por culpa de los atascos diarios que el bus se convierte en una sauna móvil. Hay siempre tanta gente que el calor es insoportable, a la par que imposible hacerme espacio para sacarme el anorak. Ayer lo intenté y casi me disloqué un hombro antes de resignarme a sudar como un pollo. Así que me he rendido a la evidencia. Si debo viajar en algo que funciona a pedales, prefiero la bici, que al menos es gratis.

Para rematar, al llegar a casa descubría que una cañería rota nos había dejado sin agua en el piso, y aquello ya era suficiente para echarme a llorar ante una Valentina que me observaba pasmada:

—¡Este piso es un mondongo! ¡Estoy harta de las averías, estoy harta de este tiempo helado! ¿No se supone que en Roma hace bueno? No me quito el abrigo de la nieve, en la oficina me congeló, esta ciudad es una mierda, ¡debería estar en Bilbao en lugar de perder el tiempo aquí tontamente! Y además odio a mi jefa y que me manden a por cafés con el frío que hace.

—¿Mondongo?

El frío, al parecer, era algo que me ponía de muy mala leche y yo no lo sabía. Y es que, aunque en Bilbao llovía mucho más que en Roma, las temperaturas bajo la niebla siempre eran más cálidas que bajo aquel insolente cielo abierto que amanecía a diario con nosotros. En cualquier caso, aquello no era lo único que estaba aprendiendo de mí misma, ni desde luego lo más importante. Me había dado cuenta de que mi prosa importaba tres pepinos en la web en la que estaba destinada, que mis descuidos estilísticos me separaban en obvios y humillantes abismos de las arrebatadoras italianas, y que, al juntarme con gente de determinado intelecto, por estimulante que eso resultara, también evidenciaba que ya no era la más lista ni la más ingeniosa.

Y entonces me daba de nuevo una pereza inmensa escribir, o intentar buscar

otro trabajo, o sobre todo dedicarle algún pensamiento a mi futuro y lo que podía hacer con él, aunque ese hubiese sido en principio el objetivo central de aquel viaje. Me negaba. Simplemente apartaba esos pensamientos armándome de Nutella y palomitas, y me ponía a ver cualquier serie tonta que anestesiasse mi cerebro como lo hacían un par de copas de vino. Encontraba ese tipo de momentos curativos, o más bien anestésicos. Una cuarentena de ermitaña en la que me alejaba del mundo para rendirme a mi yo más huraño. Y pensaba en aquella frase de las tiras de Mafalda en las que Susanita decía: «Yo amo a la humanidad, lo que me revienta es la gente».

Vivía en un bucle en el que cuando se acababa la fiesta, me deprimía porque me sentía estancada y sin objetivos, y para animarme apartaba perezosa la idea de trabajar, y me volvía a ir de fiesta. La pereza hacia lo que quería conmigo.

La hipnótica salchichita bailonga: Ese momento en el que estoy tan aburrida, que ni siquiera soy capaz de saber cómo remediarlo. Pienso: «¿Qué me gustaría probar si ahora pudiese hacer cualquier cosa?». Y en mi cerebro se abre un vacío inmenso. Venga, cualquier cosa, podrías conocer a Ernest Hemingway, montar en dinosaurio, o viajar al espacio en triciclo, podrías transformarte en un toro en los San Fermes y armar la Marimorena. Pero nada. En mi cerebro solo se oyen unas chicharras cantándole al silencio sepulcral, y como mucho visualizo una salchichita bailonga que se marca los pasos de la Macarena. Nada más. Y lo peor es que mirar a la salchichita bailonga por horas sin hacer nada productivo es adictivo, puedo perder días bloqueada con ese salva-pantallas que produce mi cerebro cuando se estanca.

Encontrándome con que Valentina tenía ligue de nuevo, y Gabriele que estudiar, quedé con Bruno para dar una vuelta y acercarnos a la tienda de discos que yo había vislumbrado desde fuera en mi salida con Aldo. Valentina me dijo antes de salir:

—¿Así que vas de caza?

Me terminé de meter mi jersey y mientras me ataba mis botas suspiré agotada con la bromita que ya parecía repetirse en exceso.

—Oye, yo no voy de caza. ¡Bruno tiene novia! Y lo mío no es más que un cuelgue tonto, que se me pasará en un pis-pas. Me pasa todo el rato, en serio...

Era verdad. Mi MariLoli tenía una capacidad pasmosa para idealizar a los tipos y volverme loca por unas horas. Era una especie de patología romántica. *Quería* encontrar a esa persona perfecta para mí que le diera sentido a mi vida y me hiciera volar, aunque por otro lado mi SeñoritaRottenmeier, y a la que generalmente ignoraba, tenía terriblemente claro que esa persona no existía. No había un ser perfecto para otro, sino muchos imperfectos. Y en todo caso, si lo había, ese era Paul, no Bruno. El único problema era que Paul nunca parecía llegar y yo era demasiado impaciente.

Valentina me respondió con altanería, como cada vez que alguien la contradecía:

—Como quieras, pero Roma es una ciudad increíblemente romántica, tú misma lo reconoces, y es muy difícil escapar a su influjo. No sé lo que es, pero es mágico. Tiene que ver con sus calles desconchadas de cuento, las trepadoras, las luces junto al río... —suspiró—. En fin, voy a ver si follo esta noche. ¡Te veo a la vuelta!

Y se marchó cerrando la puerta de un golpe. Incorregible.

Me calcé mi abrigo y me dispuse a salir. Bruno me esperaba fuera junto con un viento helado que nos golpeó en la cara. Casi no quedaban restos de nieve, pero la rasca seguía presente. Así que tratamos de caminar por el sol, sin embargo, este no nos quiso hacer el favor y se puso tras los edificios enseguida hasta esconderse por completo.

—¿Es muy grande el sitio? —me preguntó mientras atravesábamos una calle y las *Vespas* nos esquivaban por delante y detrás sin esperar a que terminásemos de cruzar.

—No tengo ni idea, no llegué a entrar. Pero he visto vinilos y me he vuelto loca. Yo siempre he dicho que en cuanto tuviese una casa propia lo primero que querría hacer sería comprarme un tocadiscos —le expliqué a Bruno—. Me imagino el apartamento aún sin amueblar, sin colchón ni nevera, pero con un tocadiscos enchufado en un rincón en el suelo que sonaría mientras trasladaba mis cosas.

Él sonrió ante mi ocurrencia melómana. A veces me preguntaba si sonreía porque yo le hacía gracia en particular, o simplemente porque era así de amable con todo el mundo. Aunque en general yo prefería pensar que mi sentido del humor era la bomba y que Bruno me amaba en silencio.

Llegamos al lugar, y pasamos dentro, para sorprendernos de que además de tienda de discos, al fondo, tras una cortina, había otra sala llena de viejas películas y pósteres clásicos. Casi saltábamos de la emoción. Nos acercamos a ojear sus enormes y polvorientos catálogos llenos de películas del año de la Polichinela, y sus filas de VHS por secciones y perfectamente ordenadas. De vez en cuando uno de los dos sacábamos un título extraño o sugerente y se lo mostrábamos al otro.

—Mira, esta no la he visto —me dijo señalando una edición de *Titanic*—. ¿Es cine independiente o algo así? No me suena nada...

—Es una de un barco —le respondí risueña desde el otro lado del pasillo, mientras observaba un DVD de *Atrapado en el tiempo* que estaba pensando en comprarme.

—¡No me hundas el final! —me espetó riendo y abrió la cajetilla.

Me mostró el interno donde aparecía una imagen de la secuencia de Rose y Jack aferrados a un tablón en el agua helada.

—Tenía que acabar todo fenomenal, llegando al nuevo mundo y con los protagonistas casándose y siendo felices. Pero Rose no quiso. Le dijo a Jack: «Toma, sujétame este pedrusco». Y luego le empujó con la pierna para el fondo diciendo: «¡Pero si era pobre! ¿Que se había creído?» —teatralizó toda la escena con maestría mientras yo me moría de risa.

—Sí, además, a Rose no le podía gustar de verdad —seguí yo pasando mi mano sobre el lomo de otros DVD—. Si en su primera cita él le enseñó a escupir, ¡qué grotesco! ¿Cómo te va a gustar un tipo que en la primera cita se pone a regurgitar?

Avancé por el pasillo observando títulos, con Bruno siguiéndome de cerca. Me acordé súbitamente de una chica que conocí en Bologna.

—Por cierto, ¿sabes que una amiga mía se acostó con un tipo que le pidió que le escupiera?

—¿En el polvo? —me preguntó y reventé a reír.

—¡Hombre claro que en el polvo, no iba a ser en el restaurante!

—¿Te imaginas? Con los entrantes, ¡Venga, escúpeme! —dijo y volvimos a reír como locos—. ¿Y cómo acabó esa historia? ¿Le escupió?

—Sí —contesté deteniéndome para sacar de la estantería *El planeta de los simios*—, dijo que al principio le escupió, pero que luego el tipo se vino arriba y le pidió que le meara, y a mi amiga aquello ya le pareció demasiado.

—¿Qué me estás contando? —se escandalizó él mientras aún me seguía.

Definitivamente, mi sórdida historia le parecía mejor que todas las películas de la tienda. Yo me sentía feliz de atraer su interés, aunque fuese gracias al fetiche escatológico de un colgado que se trincó una amiga. Pero comenzaba a preguntarme si Bruno se sentía a mi lado tan a gusto como lo estaba yo. No era solo que estuviera al tanto de todos mis intereses, era ese sentido del humor que me encantaba, que tan poca gente comprendía y correspondía, y la sensación de inspiración que esto me transmitía.

Desde que era una niña me había gustado imaginar locuras, y escenarios absurdos. De adolescente escuchaba música «de viejos» y veía películas de John Ford con mi padre. Escribía cuentos, contaba tonterías, chistes y bromas. En general me gustaba hacer reír a la gente, pero a veces también echaba de menos que alguien me espolease a mí. Mis padres y mi hermana eran personas ingeniosas, pero yo era la que estaba loca de remate. Por eso también me resultaba difícil encontrar gente con la que conectar verdaderamente, más allá del baile de hormonas de mi MariLoli.

Bruno interrumpió mis pensamientos:

—¿Te vas a llevar a Murray o a Heston?

—No, a Murray —dije desechando *El planeta de los Simios*—. *Atrapado en el tiempo* es mi película preferida. La he visto un millón de veces, y la sigo adorando —expliqué yo, mientras seguíamos avanzando entre las filas de películas. Recité una de mis frases preferidas del film—: «¿Y si no hay mañana? Hoy no lo ha habido...».

—¿Qué harías si no hubiera mañana? Si todos los días fueran el mismo, ¿lo has pensado alguna vez? —me preguntó cuando nos acercábamos a la caja para pagar las películas.

—¿Otro Cuerno o Cola? —me reí pensando que Bruno no habría podido adivinar que ese era el pensamiento que más me estaba acosando últimamente. Qué hacer, teniendo toda la eternidad, o solo mi simple vida mortal. Pensé en mi hermana como a veces hacía cuando no adivinaba mi futuro.

—Pues no sé qué decirte, probablemente viajaría mucho. Iría al Polo, a la Patagonia y a Australia.

—En la peli no podías viajar... —me acusó mientras yo pagaba.

—Bueno —admití cuando el encargado me entregó la bolsa y salíamos del local después de casi dos horas en él. Volví a pensar en mis escasas dotes de canto y en la envidia que me suscitaban Bruno y Gabriele—, pues aprendería a tocar algún instrumento como hace él. Me convertiría en el Jimmy Hendrix de

esta generación.

No había casi nadie por la calle, el frío había arrastrado a todo el mundo a casa aquella tarde de sábado, así que regresábamos casi solos por las calles tan románticamente amenazadoras que me había prometido Valentina.

—¿Tú qué harías? —pregunté un poco turbada por el paisaje, tratando de distraerme.

—¿Yo? Sería un hedonista. —se encogió de hombros ufano mientras caminábamos—. Me atiborraría de cordero, de pulpo y de vino, conduciría coches supercaros a doscientos por hora y marcha atrás, probablemente los estrellaría todos. Follaría sin parar, aunque no sé si aguantaría. No me levantaría de la cama, dejaría de lavarme...

—¿Así que a eso es a lo que huele la inmortalidad? —me reí, tratando de ocultar el pensamiento que acababa de invadirme sobre follar por toda la eternidad con Bruno. En lugar de eso probé a decir algo más profundo y menos sexual—: Yo en cambio creo que terminaría llorando al descubrir que hay cosas que no lograría conseguir ni teniendo el infinito.

Al decirlo pensé en la exposición que había visitado con Aldo, y en la idea de que incluso toda la eternidad no me bastaría para crear algo genuino. Podría convertirme en una biblioteca andante como Gabriele, incluso acabarme *Guerra y Paz* como Valentina. Bueno, tampoco iba a exagerar, ni teniendo toda la eternidad podría acabarme *Guerra y Paz*.

—¡Pero eso es imposible! —sentenció Bruno optimista, y repitió—: ¡Tienes toda la eternidad! Batirías todos los récords Guinness. Podrías luchar contra un león porque sabes que vas a sobrevivir, podrías ser torero, alpinista, piloto, podrías arriesgar la vida cuanto quisieras porque no tienes vida que arriesgar. Es más, yo dejaría que un cocodrilo me comiese solo para vivir la experiencia.

—¡Ay! ¿Qué dices? Tiene que ser una experiencia horripilante... —me asqueé yo.

—Pero espectacular de contar.

Me reí mientras atravesábamos callejones adoquinados a la luz de los farolillos, *trattorie* con sus manteles a cuadros anunciando los menús, el río con los árboles inclinando sus ramas desnudas sobre este, el reflejo de todas las luces sobre el agua, igual que un espejo oscuro, perfecto. Como me había dicho Valentina, aquella era una ciudad que prácticamente te obligaba a estar enamorada. Un escalofrío me recorrió y me cerré mejor el abrigo, aunque en

realidad no tenía frío.

—La verdad es que el tiempo es extraño —dijo Bruno, y me sorprendió la seriedad de su voz, acostumbrada siempre a sus continuos chistes—. Hace unas semanas me despertaba en mi casa y volaba a Roma. Me da la impresión, sin embargo, de que haya pasado un lustro. Ha sido uno de los meses más largos de toda mi vida, y me resulta curioso, porque parece que debería ser al contrario, ¿sabes? Que la rutina alargara las horas y los cambios las aceleraran.

Enmudecí. Ese mismo pensamiento me había perseguido en mis primeras semanas allí. Traté de seguir caminando, ignorando la cúpula y las luces del Vaticano hacia las que caminábamos. Traté de ignorar su quietud, su belleza, y que Bruno decidiera pronunciar aquellas palabras justo en aquel instante. Pero supongo que era aquella postal que recorriamos la que también lo inspiraba.

—Creo que he descubierto el secreto de la vida eterna —dijo deteniéndose, y por más que lo hubiera evitado hasta entonces, yo también me paré y tuve que mirarle—. Una existencia llena de emociones.

Sonreí vagamente, aunque el comentario no era gracioso ni simpático, pero me había quedado sin nada inteligente que decir.

«¡Por Dios, Ámame!», fue lo único que se me ocurrió, pero gracias a los cielos, mi SeñoritaRottenmeier logró hacerse oír en mi vacío mental, y contuvo la salida. Tal vez aún podía lograr que Bruno no me considerara una psicópata afectiva.

Al final él mismo logró quitarle peso a la situación, y sonriendo rompió el silencio:

—Probablemente si tuviera toda la eternidad, volvería a ver *Atrapado en el tiempo*.

Capítulo 7

A mitad de semana había derbi futbolero de Roma-Lazio. Cero interés por mi parte, pero alto interés por parte de Gabriele, Bruno y Valentina. Así que al salir de la oficina me reuní con mis vecinos, que me arrastraron a un pub irlandés solitario al final de *Vittorio Emmanuele*.

Dentro, el ambiente era cargado, sin ventanas, lámparas verdosas, banquetas y butacas gastadas. Unas diez pantallas de televisión mostraban varios partidos simultáneamente. El local estaba lleno de expatriados: americanos, australianos, alemanes, ingleses, franceses, y también algún italiano que se había extraviado.

Yo me senté de espaldas a la pantalla, ya que a mí me la traía al paio el resultado o transcurso de la partida. Había salido sobre todo porque sabía que, si me quedaba en casa, el desasosiego por no estar haciendo nada productivo o apasionante con mi carrera se me merendaría. Y también porque con Bruno sufría el síndrome de Los Panchos en el que *si tú me dices ven, lo dejo todo*. Así que, mientras los otros jaleaban los ¡uy! y los ¡casi! de la partida, yo aproveché para responder algunos mensajes a familia y amigos, entre ellos a Paul. Y justo entonces mi móvil empezó a sonar. Era él.

El teléfono se me escapó de las manos por los nervios, igual que si fuera un salmón mojado, y lo salvé del suelo por un pelo, ante los ojos desconcertados de mis amigos. Sonreí con esa boca cuadrada que me daba calambres, y que siempre me juraba no repetir, y salí fuera del bar para poder hablar.

—¡Paul! ¿Cómo estás? —logré preguntarle cuando el frío de la calle casi me cortó la respiración.

—¡Hola, pequeña! Muy bien, tengo una noticia que darte —me dijo al otro lado del teléfono con su ligero acento luxemburgués—, no iba a decírtela hasta que fuera seguro, pero es que voy a reventar.

—¿Qué es? —pregunté curiosa.

—He solicitado una beca para hacer prácticas en un periódico de Roma.

—¿¿Qué?! —exclamé demasiado alto, y la gente que fumaba en la entrada del bar me miró sobresaltada. Bajé la voz—: ¿Cómo es eso? ¿Cuándo?

—Todavía no sé si me la van a dar, así que no te emociones, y solo sería por tres meses, justo antes de la Pascua...

Siguió contándome los detalles, aunque casi no escuchaba, ¡de pronto me sentía feliz! Si eso sucediera todo sería mucho más fácil: mi vida en Roma, el estar alejada de casa, mi horripilante morriña que con tan mala baba se apoderaba a veces de mí. Se me pasaría el estúpido cuelgue por Bruno, se me pasarían todos mis estúpidos cuelgues que en el pasado me habían inutilizado emocionalmente y me habían hecho caer en las garras de tipos insustanciales. Construiría una relación seria y equilibrada, con el que durante todos esos años había pensado podía ser el amor de mi vida. Nos casaríamos en Luxemburgo y tendríamos un par de niños de pelo cobrizo y ojos azules como lagunas. Trabajaríamos en redacciones distintas, y cuando él ganase el Pulitzer me lo agradecería a mí, la persona sin la que jamás hubiese llegado tan lejos: «A Alaia y mis hijos, Paul Junior y Alaia Junior». Vale, tenía que pensar mejor los nombres de los niños, pero por lo demás todo parecía más o menos resuelto.

Y aún no sabía si le darían la beca, pero se trataba de Paul, era un estudiante brillante, ¿por qué no iban a dársela? Colgué el teléfono en pleno éxtasis, y de pronto deseé con mucha intensidad que alguien marcara un gol para así poder gritar y desmelenarme como una loca sin que nadie se extrañara.

—¿Quién te ha llamado? —me preguntó Bruno cuando regresé.

—No seas cotilla —le espeté risueña sentándome a su lado, no tenía ganas de hablar.

Prefería sumergirme en la fantasía recién creada, y encontrar un par de buenos nombres para los potenciales hijos que había diseñado. Además, Bruno nunca hablaba de su novia.

—¿Paul? —intuyó Valentina, pues ya le había hablado de él en varias ocasiones.

—Paul —asentí mientras me sentaba y llamaba al camarero para pedirle otra cerveza.

—¿Quién es Paul? —preguntó Bruno pelando algunos cacahuets entretanto.

—Nadie —espeté, y miré a la pantalla, aunque no entendiese lo que en esta sucedía.

—Ah, pensé que *Nadie* era Iker —respondió él sin dejarlo correr, y se llevó los cacahuets a la boca—. Venga, ¿quién es? No voy a dormir esta noche. ¿Me lo vas a contar?

Miré de reojo a los otros que parecían atentos al partido, y con un suspiro expliqué:

—No hay nada que contar. Es un amigo. Mi primer... novio, por así decirlo. Pero el caso es que aún somos amigos, y hablamos de vez en cuando. —definitivamente, no tenía ganas de contarle muchos detalles sobre aquel tema.

Era como si hablándole de Paul colocase a Bruno definitivamente en la sección de amigos. Y aunque en mis ensoñaciones estaba casándome con Paul, pensaba que no me vendría mal tener un *Amante Bandido* como Bruno en la recámara, por si el éxito del Pulitzer se le subía a la cabeza a mi marido y terminaba largándose con una adolescente tetuda de la edad de nuestra hija.

—Parece algo incompatible, el primer amor es incombustible, se queda siempre titilando en la lejanía sin importar cuántas relaciones tengas —siguió bromeando Bruno, al margen de mis pensamientos.

Decidí cambiar de tercio.

—¿Quién fue tu primer amor?

—Esa es fácil, mi profesora de básica. Un amor puro y platónico —dijo tomando la pinta de cerveza con ojos soñadores.

—¿Puro y platónico quiere decir que no fantaseabas con verle las bragas? —pregunté yo.

—Que no fantaseaba con quitárselas —me corrigió brindando—. Aún les pido a las chicas que me soplen las heridas y me aten los cordones de los zapatos, es lo que más me pone.

Me partí de risa, y me sentí confusa de nuevo. Estaba claro que Bruno me hacía reír, pero en realidad no le conocía casi, por más que me estuviese esforzando yo. El tipo era como un muro. Raramente hablaba de sí mismo, echaba balones fuera en cuanto el tema se ponía personal y se quedaba bordeándolo con chistes ingeniosos que distraían a cualquiera. Sobre todo a mí. Pero, además, ¿cuántas veces lo había visto antes de que llegase a Roma? La mayoría de las veces los encuentros fueron demasiado breves como para que lograra evocarlos con claridad. Por ejemplo, recordaba una vez en una fiesta de amigos comunes que nos cruzamos entre el gentío y nos dijimos

cuatro frases rápidas de saludo porque la marabunta de gente nos arrastraba a cada uno en una dirección. En otra ocasión, sin embargo, en un concierto de jazz, su grupo de amigos se sentó junto al mío y estuvimos charlando por más rato. La verdad era que siempre coincidíamos en lugares que me encantaban, lo que podía haberme dado una pista de que teníamos cosas en común. Eso, o que me estaba acosando.

De pronto otra idea me asaltó. ¿Y si Bruno hubiera estado obsesionado conmigo desde que me vio la primera vez? Imaginé su alegría interna cuando ElimbécildeIker y yo lo dejamos. Vale, cuando él me dejó. Pero solo porque Bruno le había amenazado con que no se acercase a mí, ¡y por eso había desaparecido de pronto sin dar explicaciones! ¡Ahora todo encajaba! No me había dejado simplemente porque ya no le gustase más. ¿Cómo iba a ser eso? Era por miedo. ¡Eso sí que era el auténtico miedo al compromiso! Y entonces Bruno había dejado a su novia, concretamente la había dejado encerrada en su sótano para asesinatos. Por eso ahora ya nunca hablaba de ella, ni de sí mismo. Su aire misterioso era el aire de un acosador asesino. En tanto, hacía lo imposible para coincidir conmigo y que yo pensase que estábamos hechos el uno para el otro. Llamó a mis amigos y familiares con pretextos falsos para averiguar mis gustos y que pareciera que teníamos todo en común. Me siguió por mis locales preferidos de Bilbao, me persiguió incluso... ¡Hasta Roma!

La *Lazio* marcó un gol en ese instante y el bar se vino arriba sacándome de mi emocionante relato imaginario. Miré de reojo a Bruno, que observaba concentrado la partida de fútbol y de un solo vistazo me dije que nadie tenía cara de estar menos obsesionado conmigo, y volví a admitir molesta la idea original de que ElimbécildeIker me dejó simplemente porque ya no le gustaba más. Una pena, porque la historia estaba quedando la mar de emocionante.

Parecía bastante evidente que no debía perder el tiempo dibujando futuros imaginarios con alguien con quien apenas tenía pasado o presente. Además, en todas esas líneas temporales yo seguía sin tener vagina.

En cambio, a Paul lo conocía de toda la vida. Desde que correteábamos con sus primos en el jardín de sus tíos, o cuando de adolescentes nos veíamos en la plaza del pueblo para comer pipas y contarnos las batallas del último año. Cuando nos dimos el primer beso escondidos en los pórticos del cine viejo, cuando vino a verme a Bilbao un invierno lluvioso, o cuando nos escapamos a Praga un fin de semana de primavera. Yo sabía que Paul era mi destino y Bruno solo la distracción que pasaba por el parabrisas. Así que tal vez era

hora de que aquel cuelgue estúpido acabase, sobre todo si Paul conseguía finalmente su beca y teníamos que casarnos, ganar el Pulitzer y esas cosas.

A la mañana siguiente alguien llamó al diluvio y poco me faltó para sacar la canoa y remar hasta la oficina. Pero fue la llegada y no el viaje lo que me terminó de matar. Aunque entré con los pies mojados, no vi el enorme felpudo que habían puesto en la entrada para que la gente tratase de secar sus zapatos. O mejor dicho, sí lo vi, pero pasé sobre él distraídamente pensando: «¡Anda! ¿Y esto?».

Dejé un reguero de agua helada desde la entrada hasta mi mesa, y cuando Francesca lo vio, vino derecha hacia mí y, con un tono que de por sí solo podría matar cachorritos, me dijo:

—Pero ¿eres deficiente?

Me quedé en mi sitio sin ninguna capacidad de reacción cuando ella se volvió con cara de asco inmenso hacia su despacho. No se me ocurrió ni una réplica. Me levanté a tomar papel del baño para secar mi propio estropicio, sin que nadie reparase en que estaba tratando de contener lágrimas amargas, mientras me concentraba en la idea consoladora de alguien sacándole el higadillo a mi jefa. Posiblemente yo misma.

¿Por qué había ido a parar a aquella redacción? ¿Por qué intentaba trabajar en el periodismo si ni siquiera sabía si era lo que quería? ¡Ni siquiera sabía si quería escribir! ¡Si sabía escribir! ¿Además, qué era escribir? ¿Poner palabras juntas una detrás de otra con mayor o menor gracia? ¿Eso era a lo que quería dedicarme? Ni hablar. Roma y *Punto e a Capo* serían solo una etapa de mi vida. Algo con lo que alimentarme y punto. *E a Capo*. Me divertiría fuera de la oficina, e intentaría pasar mis horas dentro de ella con la ley del mínimo esfuerzo y el mayor maldito silencio.

Llegué a casa mojada y masticando mi horrible mal humor, para encontrar a Bruno sentado en mi sofá, tocando su guitarra. El rellano entre los dos apartamentos se había convertido prácticamente en un pasillo entre ambas casas.

—Ah, ¿estás aquí? —dije de pésimo humor, sacándome la ropa mojada—. ¿Está Valentina?

—¿Te parece que me ha dado por el allanamiento de morada? Claro que está Valentina, me ha abierto ella, está en la ducha. Ha quedado con un brasileño...

De pronto advertí que también él parecía estar de muy mal humor.

—Oye, ¿y a ti que te pasa? —le dije rebajando mi tono de voz, en solidaridad con otro espíritu deprimido—. Tienes una carucha...

—No tengo carucha.

—Sí tienes carucha.

—Soy yo, ¿o *carucha* empieza a sonar muy guay? —sonrió y me hizo reír a pesar de todo—. Nada. Me ha llamado Naia.

Naia, esa debía de ser la novia, el famoso tabú se desvelaba. No había mencionado su nombre ni para atestiguar que tenía novia, y aunque a mí eso debía darme igual, aquella omisión había ido dibujando lentamente en mi imaginación una posible ruptura entre ambos, o incluso un rehén en el sótano de los asesinatos. Me alegré de que Bruno no fuese un asesino en serie, pero la mención de su novia quizá me angustió más. Lo maldije casi tanto como a su facilidad para hacerme reír, porque habría sido mucho más fácil disimular la poca gracia que me hacía la existencia de Naia con mi cara anterior. Aun así, quise confirmarlo, me iba el masoquismo:

—¿Tu... tu novia?

—Sí, me ha dicho que viene el fin de semana de Carnaval —dijo encogiéndose de hombros y volviendo a su guitarra donde trataba de puntear *Wish You Were Here*, valga la ironía.

—¿Que viene, a dónde? ¿Aquí? ¿A tu casa? —insistí en lo obvio de nuevo con mi sonrisa cuadrada, y eso que ya tenía agujetas en la cara del día anterior.

Aún parada, de pie frente al sofá, me removí el pelo en un intento estúpido de secarlo. Yo lo que de verdad necesitaba era una ducha, y tumbarme en la cama, y ver *Las Chicas Gilmore* hasta que me supiera de memoria sus discursos acelerados, e hincharme a bocadillos de Nutella. No, sin pan, hincharme a cucharadas de Nutella. No, sin cuchara, lamer directamente el bote...

—¿Y cuánto se queda? —logré preguntar entre los kilos de Nutella imaginaria con los que pretendía morir ahogada.

—Hasta el domingo —dijo con muy poca alegría, de hecho, se atropelló al tratar de explicarse—. Es solo que, aquí me he creado mi pequeño microcosmos y no sé cuánto me gusta que ella venga a alterarlo. Quiero decir que sí me apetece verla, pero no sé si aquí... Bueno, aquí también, no sé lo que digo, ¡señoría, está acosando al testigo!

Bromeó para salirse por la tangente y mi MariLoli agitó las alas nerviosa preguntándose: «¿Problemas en el Paraíso?». Por suerte no pude empezar con

la retahíla de hipótesis descabelladas, porque Valentina salió del baño en ese preciso instante hecha una pantera, lista para su cita con el desconocido brasileño. Valentina tenía algunos ligues fijos, pero eran los menos, aperitivos para cuando tenía hambre, cosa que sucedía pocas veces. La verdad era que llevaba una dieta variada.

—¿Por qué tartamudeas, Bruno? —preguntó ella entonces acercándose al mueble de la entrada donde le esperaban su bolso y su abrigo.

—Se ha puesto nervioso hablando de su novia —me mofé yo. Meterme con Bruno aliviaba un poco el tormento del día.

—Entonces, ¿con quién has quedado? —Bruno desvió la conversación.

—¡Ay, madre, qué maromo! —exclamó ella mientras terminaba de ponerse su abrigo—. Os lo tengo que presentar, todo tostado y brillante, parece un delfín.

—¿Está casado? —pregunté yo temiéndome lo peor. Cuanto más difíciles eran las relaciones más solían gustarle a Valentina.

—Como si es mormón, ni lo sé, ni me importa —contestó ella ajustándose los pendientes—. Venga, que voy tarde. ¡Ya os cuento a la vuelta! ¡Ñam!

Salió volando por la puerta y yo suspiré agotada. Viendo que Bruno seguía plantado ahí y no tenía intención de irse, renuncié a ponerme morada a Nutella, y accedí a una medicina más genérica.

—Bueno, ¿pedimos unas pizzas?

Marzo

Capítulo 8

A la semana siguiente, quedé con Valentina y Aldo para tomar el aperitivo por *Campo de' Fiori*. Aldo había conseguido engatusarme con su impetuosa personalidad, y la verdad era que disfrutaba de su compañía en dosis moderadas.

En ese instante volvíamos a casa bajo los paraguas que trataban de espantar una lluvia fina y helada. La semana de la nevada, algunos aviones no habían despegado, y pensaba que ¡ya podía volver a nevar y dejar atrapada en Bilbao a la novia de Bruno! No me importaba tener que calzarme de nuevo bolsas de plástico sobre los calcetines para salir a la calle, si aquello se dignaba a suceder.

Valentina quería que le contara todo lo que sabía de la susodicha, pero se decepcionó al ver que sabía bien poco. Solo pude transmitirle que creía que era guapa, pues yo justo la había visto una vez cuando salía con ElimbécildeIker y nos encontramos con ellos. Bruno se acercó a saludarnos, pero ella se quedó parada a lo lejos y ni tan siquiera nos llegaron a presentar. De hecho, apenas recordaba la anécdota porque ElimbécildeIker ya había empezado a pasar de mí, y simplemente estaba agradecida de que aquella noche me hubiera honrado con su presencia, como para fijarme en la lejana novia de su amigo. En cambio, ahora, su visita me caía como un piano.

Naia. Naia significaba deseo en euskera. ¿Había algo más petardo que salir con alguien que se llamaba deseo? Debería escribir su historia de amor en una novelilla erótica y titularla: «El deseo por Deseo», y los dos serían felices y comerían perdices. Y se atragantarían con ellas.

El deseo por deseo: ¿Será mi destino convertirme en autora de

novelillas eróticas? Esas en las que en la portada sale un macizo de pelo en pecho abrazando a una doncella a la que la blusa le cae lánguidamente, mientras una puesta de sol los ilumina. Tengo imaginación de sobra para describir a Príncipes Azules buenorros que vienen a salvar a apáticas amas de casa. Pero no sé si tengo suficientes experiencias sexuales a mis espaldas para describir tantos encuentros apasionados. Probablemente no conseguiría trabajar y lo único que lograría sería revolucionarme las hormonas. Más. Por no hablar de que enseguida se me acabarían los sinónimos aceptables de «pene».

—Bueno, pues será una pava —Valentina me sacó de mi ensimismamiento, volviendo a insistir en su teoría del reparto equitativo de virtudes—. Yo no me habría acabado *Guerra y Paz* si me hubiera estado peinando unos bucles perfectos...

Aldo evitó un charco en el suelo por medio milímetro con la agilidad de un bailarín, y dijo:

—Valy, tú estás muy buena y no te has acabado *Guerra y Paz*.

—Bueno, tal vez —se encogió ella de hombros sonriendo y atusándose su bufanda—. Pero algún día lo haré mientras otras siguen rizándose el pelo.

—Definitivamente, tengo que conocer a este Bruno del que habláis —sentenció Aldo, y me dio la sensación de que estaba teniendo las mismas fantasías que yo. Bueno, probablemente, no exactamente las mismas.

—A mí me tendréis que contar cómo va la cosa —dije—. Mi hermana viene a visitarme por el Carnaval, así que estaré ocupada esos días.

Gracias a Edurne por esa aparición en mi vida. Si tuviese telepatía no habría funcionado mejor. Ella pasaba unos días en Bilbao con mis padres, pero antes de volver a Pekín haría una escala en Roma para verme.

Entretanto, ese jueves por la tarde apagué mi ordenador en la oficina, y me despedí de toda aquella humanidad que me ignoraba. Aquel fin de semana largo supondría un respiro a teclear furiosa mientras traducía artículos y trataba de recordar por qué había decidido enviar mi currículum a *Punto e a Capo*. ¿Cuál era mi maldito problema? ¿Iba a vivir siempre en una continua indecisión hacia todo lo que me rodeaba? Parecía un pato mareado. Tal vez, sencillamente, yo no era el tipo de persona con un destino concreto, sino alguien que simplemente viajaba. Tal vez mi objetivo era la propia búsqueda y

yo debía simplemente tratar de disfrutar de ella, o la vida se me pasaría en un suspiro intentando averiguar qué vendría después.

No Woman No Cry: *He empezado a considerar la idea hippy de que el trabajo ha de ser la herramienta para hacer lo que verdaderamente nos dé la real gana. Y no necesariamente nos tiene que gustar, de hecho, raramente lo hace. Así podría abrir un chiringuito en la playa sin ningún remordimiento, mientras toco el ukelele en pelota picada. Algunos de los grandes músicos de la historia compusieron así sus mejores canciones. Seguro que Bob Marley no pensaba en cuánto deseaba componer No Woman, No Cry, simplemente sucedió. Le llegó la inspiración divina. Vale, le llegó la inspiración divina y la droga.*

Dos minutos después, mi madre ya me estaba llamando para decirme que mi blog había empezado a rayar la apología a las drogas. «Sutil apología», puntualicé yo, pero por alguna razón aquella vez no le hizo gracia mi chiste. Me pidió que por favor no considerase seriamente la incursión en las sustancias psicotrópicas como medio de inspiración.

—Madre, empiezas a recordarme a Frances McDormand en *Casi Famosos* gritándole a su hijo delante de todos: «¡Nada de Drogas!».

Pero no hubo manera. Aunque mis padres eran personas liberales, la imagen de sus hijas en el consumo de estupefacientes no parecía entrar en sus esquemas por el momento. Le aseguré que solo era una broma y ella me prometió que acabaría sabiendo hacia dónde dirigir mi vida, que llegar a un trabajo nuevo siempre era complicado, y que sabía escribir, así que solo era cuestión de tiempo que alguien lo notase.

—Sí, y también soy la niña más guapa del colegio... —me mofé.

—No te equivoques, no lo digo porque sea tu madre —puntualizó—. De hecho, te digo siempre que vistes como una pordiosera, ¿no? Pero escribir, escribes muy bien.

—Gracias, creo —respondí con una mueca.

—Tu padre y yo creemos en ti, Alaia.

Mierda, ya se me habían llenado los ojos de lágrimas. Decir chorradas era mi modo de defenderme de las cosas serias. Pero si mi madre me atacaba con

sus armas emocionales de destrucción masiva me dejaba K.O. Me contuve sabiendo que, si abría el grifo, no sería capaz de cerrarlo durante horas.

—Te mandamos enseguida a Edurne con un abrazo virtual para ti —siguió ella mientras yo asentía sin abrir la boca. Mi madre pareció notarlo, por lo que sonriendo añadió—: ¡Y nada de drogas!

Finalmente me arrancó una carcajada que ocultó mi momento de vulnerabilidad. Todo estaría bien. Todo se acababa arreglando siempre y nada era nunca irremediable. Eran las sabias palabras de mis padres. Y si no, siempre me quedaba el chiringuito en la playa.

No Woman No Cry 2.0: *Vale. Prometo que de momento lo más cerca que estaré de las drogas será tarareando en la ducha* Lucy In The Sky With Diamonds.

Entretanto, Naia aterrizó en nuestro edificio aquella tarde, aunque yo no la vi. La información me llegó a través de Gabriele, cuando regresando de la oficina coincidí con él y Valentina, en el patio de casa. Me contaron que planeaban una escapada a esquiar aquel sábado. Que a ver si me animaba.

—De ninguna manera —espeté yo.

Llegaban con las compras del supermercado, y me esperaron sonrientes mientras aparcaba mi bicicleta y refunfuñaba por lo bajo. Yo era pésima en cualquier deporte imaginable, así que, aunque nunca antes había esquiado, no me hacía falta imaginar cómo se me daría. No, ya era bastante duro enfrentarme a Naia en terreno sólido, como para hacerlo sobre uno que patinase. Además, tenía que planear unas cuantas cosas de la visita de mi hermana, estaba ocupada. Pero tanto Valentina como Gabriele insistieron.

—Venga, yo tampoco sé esquiar bien —dijo Gabriele abriendo el portal—. Si vienes tú, tendré a alguien con quien ir. Y la temporada acabará enseguida. ¿No te gustaría volver a casa el año que viene diciendo que has esquiado en Roma? Recuerda lo de decir sí a todos los planes que te propusieran...

La semana anterior, Gabriele y yo habíamos tenido una de nuestras conversaciones filosóficas, esta sobre aprovechar el tiempo al máximo. Sobre la importancia de hacer los momentos recordables, porque nosotros éramos nosotros mismos gracias a nuestros recuerdos, gracias a las experiencias

vividas. Y si no recordábamos, perdíamos nuestra esencia e identidad. Bravo, Alaia, te había quedado precioso al decirlo y ahora te lo ibas a comer con patatas.

—¿Qué crees que recordarás en el futuro? —insistió Gabriele sujetando la puerta del ascensor—. ¿El haber ido a esquiar con tus amigos en Roma, o el haberte quedado en casa haciendo nada?

—Yo voto porque Alaia tiene que venir y punto —intervino Valentina levantando una mano.

—Y yo —asintió Gabriele imitándola—. Dos a uno, ganamos.

—Esta votación tiene más tongo que las últimas elecciones de Putin en Rusia —grazné desdeñosa, mientras pasaba dentro. Luego miré a Valentina—. ¿Tú tampoco sabes esquiar?

—¡Qué dices! —se mofó ella—. Yo soy buenísima.

Así que el sábado por la mañana Valentina y yo esperamos en el portal a Aldo. Este iba a llevarnos en su coche mientras que Gabriele acompañaba a la parejita feliz. El encuentro había sido algo incómodo. Los tres habían aparecido por el portal y nos habían saludado. Bruno hizo las presentaciones con Valentina, y Naia le lanzó una tensa mirada a esta. No era personal, era el sentimiento que provocaba Valentina en las novias del mundo entero.

Salieron un poco antes porque Gabriele dijo que no tenía ganas de ver a Aldo, aunque sabía que el encuentro y la persecución posterior serían inevitables. Así que se marcharon dejándonos a nosotras esperando bajo el frío de la mañana.

—Naia te ha mirado raro —me dijo Valentina.

—¡Que me ha mirado raro a mí! —exclamé yo sorprendida—. Pero ¿es que tú no has visto cómo te ha mirado a ti? Bueno, a lo mejor es que ya estás acostumbrada, y crees que todas las mujeres del mundo tienen esa mirada asesina en la cara.

Aldo llegó en ese instante con su pequeño Citroën y la tabla de *snow* amarrada al techo. Nos subimos a todo correr, pero Valentina fue más rápida y tomó el asiento delantero. Así que yo me tuve que encajonar en el trasero y comerme toda la música golfa de Aldo, pues había instalado los altavoces atrás. Realmente su gusto musical era más que pésimo. Además, fumó todo el camino, por lo que llegué con los pulmones hechos papel y el cerebro embotado para conserva.

Valentina y yo alquilamos los esquíes y nos reunimos con el resto, que se

habían encargado de comprar los *forfaits*. Hicimos una larga cola para subir a una pista de esquí verde. Durante todo el rato Aldo le tiró los tejos a Gabriele, haciendo pausas para echarle miraditas soñadoras a Bruno. Nada más verlo había aullado exageradamente. Había veces que me incomodaba un poco su teatralidad, aunque en aquel instante me hizo reír, y me aflojó el nudo de mi estómago. Sobre todo, al observar la cara de desagrado de Naia. Tal vez sí que miraba a todo el mundo mal.

Cuando llegamos arriba, casi me mareé, porque la pendiente me pareció horripilante, pero hasta los niños descendían, y yo había aprendido a hacer la cuña, así que me dije: «¡Tú puedes hacerlo!». Y comencé a bajar despacito. Gabriele me acompañó todo el camino a unos metros por delante. Había exagerado al jurar que no sabía esquiar, pues en realidad lo hacía muy bien, pero su caballerosidad era infinita. A Valentina en cambio ya la había perdido de vista cuando salió disparada como un Sputnik. Ya estaba llegando al final de la pista agradecida por no haberme matado y sudando la gota gorda por la tensión acumulada, cuando me adelantaron como un rayo dos figuras, que frenaron con maestría delante de mí. Bruno y Naia. A ambos les había dado tiempo a subir una segunda vez y adelantarme. Se me enrojecieron hasta las nalgas, suerte que nadie podía vérmelas cubiertas por los pantalones prestados de Valentina.

—¡Muy bien! —aplaudió Naia, y tuve la certeza de que se reía de mí—. Lo has hecho, Alaia, no era tan difícil. ¿Probamos ahora con la pista azul?

Bruno me miró de reojo, pensando que probablemente no estaba preparada. Aquello me terminó de matar, pensar que el resto del grupo tuviera que pasarse el día en una pista para niños por mí.

—No, id sin mí —dije yo queriendo hacer un ademán casual con el brazo, pero al hacerlo se me escapó uno de mis palos—. Yo me quedo en esta.

—¡No! —insistió Naia mirando no obstante con desconcierto a mi palo perdido—. Que es azul, pero es fácil, en serio, puedes hacerla.

—Pero ¿qué dices? —interrumpió Bruno—. Si casi se mata por la verde.

—¡No es verdad! —contradije yo a Bruno y a mi propio intestino, mientras intentaba recuperar mi palo con los esquíes en cuña y el culo en pompa.

Bruno me miró confuso. Naia lo miró enfadada, y Valentina soltó un bufido, aburrida:

—Alaia, no subas, te vas a matar —sentenció sin dramatismo alguno, como si solo hubiese sugerido que no me echase más sal a la ensalada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Naia, que no había entendido a Valentina hablándome en italiano, pero como nadie la respondió, continuó—: Haz lo que quieras, mujer, si te sientes más segura en la verde nos podemos ver luego, pero yo creo que no tendrás problemas, has bajado muy bien la otra.

—¿Seguro que puedo hacerlo? —inquirí una vez logré recuperar mi palo.

Naia volvió a asentir y Bruno se alejó de su lado pareciendo molesto. ¿Estaba yo provocando una bronca involuntaria entre ellos? ¿Tenía esa capacidad? La verdad era que no parecía que Naia y Bruno tuviesen mucha química. Hacia un mes que no se veían, deberían estar más acaramelados, ¿no? O tal vez no. Tal vez tenían una de esas sólidas relaciones nada pegajosas, que se basaban en años de conocimiento y respeto mutuo. En cualquier caso, Bruno se veía cabreado con las insistencias de su novia sobre lanzarme por el próximo abismo. Pensé que, aunque estuviese rozando el suicidio tal vez merecía la pena seguir por ese camino, si así forzaba un poco más la tensa cuerda que parecía compartir la pareja... ¡Dios mío, ardería en el infierno! Y además ardería enseguida, en cuanto me lanzase pista abajo. Me despeñaría por el primer precipicio, mientras se escuchaban las carcajadas del karma a lo lejos. O tal vez serían las malvadas carcajadas de Naia. La verdad era que, si la pista no era adecuada para mí, la que merecía despeñarse por insistirme y ponerme en evidencia era ella. O como alternativa a aquel cruel y sangriento destino que mi desquiciada imaginación estaba dibujando, quizá podía ser yo la que acabase en peligro, y Bruno quien tendría que rescatarme, salvándome en el último segundo, tras el cual nos daríamos un beso de película mientras algo explotaba a nuestras espaldas. No sabía el qué, pero siempre explotaba algo. Tal vez Naia.

Con esa última idea titilando en mi cabeza, decidí subir a la pista. Pensé que podía hacerlo ya que, por un lado, no me había caído por la verde, y también porque quería hacerme la valiente ante las continuas preguntitas de Gabriele: «¿Alaia, vas bien? ¿Seguro?». Su buenísima educación estaba provocándome ganas de matarlo, porque no me estaba dejando demostrar que no me importaba nada y podía hacer las mismas cosas que la presumida de Naia, y frenar en un giro vertiginoso a mi llegada. Definitivamente, aún estaba medio mareada por las curvas del viaje y el humo del tabaco.

Cuando montamos en el telesilla, empezó a nevar. El cielo se había nublado desde que llegamos, y amenazaba desde hacía rato con ello. Parecía que lloviesen bolitas de goma-espuma, tan gruesos eran los copos. Eso, y la altura

que tomábamos, me empezaron a acojonar seriamente.

Cuando llegamos arriba, comprendí que, definitivamente, mojarme era lo de menos, ya que la pendiente a la que me enfrentaba era mortal. Todos empezaron a descender, uno tras otro, hasta Gabriele bajó por delante de mí. Titubeé un poco, y finalmente comencé a deslizarme sobre la nieve, pero cuando conseguía dominar la cuesta, me entraba el pánico porque las esquinas de la pista eran sendos acantilados sobre los que podía volar si no giraba a tiempo. Iba en tanta tensión, agarrada a la idea de no despeñarme, que no pasé un segundo de frío. Empañaba las gafas con el propio estrés, parecía un termo humano. Así que ni frío, ni hambre, ni sueño, ni ninguna necesidad por básica que fuera ocupó mi mente en toda la bajada, porque lo esencial era permanecer viva para el final del día. E increíblemente lo logré.

Dos caídas espectaculares, como para hacer una película; los palos por los aires, una bola de nieve gigante, ¡es un alud! No, tranquilos, solo era yo. Pero rodando o deslizándome, lo importante fue que conseguí llegar.

Cuando nos reunimos abajo, Naia me pidió disculpas, alegando que había creído que la pista no era tan difícil. «Me cago en todos tus malditos muertos, hija de una hiena», quise decir, pero una vez más la Señorita Rottenmeier contuvo a mi monstruo interior.

Acabé el día hecha harina. Era lo que les sucedía a los que, como yo, no practicábamos nunca deporte, y un día nos daba por lanzarnos por la primera pendiente que nos ponían delante. ¡Hala, alegría!

Capítulo 9

Masqué la derrota de la nieve esa misma noche mientras esperaba en el aeropuerto la llegada de mi hermana. No dejaba de decirme a mí misma: «Ya lo sabías», cada vez que recordaba a Bruno y a Naia juntos. Pero tampoco dejaba de escocerme más que un limón en el ojo. Tal vez no eran Romeo y Julieta, pero además de mis padres, ¿quiénes lo eran? Eran pareja, se querían e iban a ver juntos las Olimpiadas de Londres, ¡así que ya valía! Que Bruno tuviese una lejana novia en Bilbao había permitido que mi fantasía se alargase más de la cuenta, había dibujado ridículas ideas en mi cabeza, ¡ridículas y peligrosas! Pues algunas de ellas habían estado a punto de acabar con mi vida en una pista de esquí romana. Que por cierto se llamaba *Campoamor*. Dios, qué cruel ironía. Mi inconsciencia no tenía límite o lo tenía muy lejano y minúsculo, pero gracias a los cielos o a los infiernos, por fin lo había alcanzado.

Naia existía. Lo había demostrado presentándose en mi vida, e induciéndome incluso al suicidio. Había captado el mensaje, no había por dónde seguir avanzando y mi cuelgue terminaba en ese instante. Aquel par de días con mi sabia hermana mayor tendrían que surtir efecto y, como un antídoto, cuando se marchase, me dejaría fresca y feliz de que Bruno tuviera una novia de perfectos bucles de no haber leído a Tolstoi.

Y como cada vez que sufría un desengaño, volví a pensar en Paul. Había dicho que empezaría las prácticas antes de la semana de Pascua, así que suponía que la ausencia de noticias por su parte a aquellas alturas solo podía significar que no había conseguido la beca. Sentí un retortijón de tripas. Llamaría a Paul en cuanto Edurne se marchase, tal vez podría incluso planear un viaje a Luxemburgo, si conseguía ahorrar algo de dinero. Hacía una eternidad que no nos veíamos. No tenía nada de particular, nuestra relación

siempre fue intermitente, pero en aquel instante me pareció extraño haber pasado tanto tiempo desconectados.

Eduarne llegó muy tarde al aeropuerto. Era casi media noche y yo estaba que me moría de agotamiento. Sin embargo, cuando por fin nos vimos, el sueño se evaporó, y nos fundimos en un abrazo de locas; chillando y cantando. Todo el mundo se volvió a mirarnos, solo nos faltaba marcarnos una coreografía. Habíamos pasado casi ocho meses sin vernos, desde el verano, cuando fui a visitarla:

—¡Sí que te ha costado llegar! —exclamé tras abrazarla.

Estaba muy guapa, con la melena rubia recogida en una larga trenza. La verdad era que no me gustaba aquel color de pelo, demasiado rubio, prefería su castaño natural, pero hacía años que se lo teñía y decía que se vería muy rara. Subimos a un taxi, y parloteamos como locas a pesar de la hora.

Mi hermana me habló de Pekín con un extraño amor-odio. Repetía que se había enamorado de todo lo grotesco y estrafalario, de los olores extraños que te golpeaban en la cara sin avisarte, del barullo, de los vendedores que te acosaban en los mercados, de los sabores picantes, amargos, dulzones que se escurrían palillos abajo hacia el bol. Del metro atestado de forma inhumana, de su enormidad, de todos sus contrastes. Los palacios, los templos, los Lamborghini aparcados junto a un carro de madera lleno de sandías. Los ejecutivos occidentales sentados en banquetas de plástico, apartándose la corbata para no meterla en un plato de humeantes fideos. Del ambiente grisáceo, la sospechosa niebla que siempre cubría el sol, y que le daba ese aire de misterio tóxico.

—Y, sobre todo —terminó casi agotada—, de la experiencia de caminar por la calle y ver que estás rodeado de chinos, ver que tú eres el único occidental en medio de una vía atestada, y el miedo que da saber que prácticamente ninguno te entenderá si tienes que hablarles.

Sonreí recordando mi breve experiencia en China durante mis vacaciones el año anterior. Entonces Eduarne llevaba solo unos meses en la ciudad, y aunque ya había vivido en Shanghái antes, la tradicional capital parecía desbordarla. Ahora, en cambio, su mandarino era más fluente y había encontrado el equilibrio para fascinarse y agotarse a partes iguales en una ciudad donde todo era absolutamente diferente. Como siempre me pasaba junto a mi hermana, me sentí pequeñita y muy ridícula, por haber permitido que Roma me tragase a mi llegada. Una cultura prácticamente igual a la mía, con un idioma prácticamente

igual al mío. Renové mi admiración por ella y me dispuse a absorber como una esponjita.

Esos días me la llevé de paseo por la clásica ruta turística, y algún desvío solo para los autóctonos. A mi hermana todo parecía hacerle gracia, incluso no siendo el Carnaval una fiesta multitudinaria en Italia, se reía de los niños que nos cruzábamos con sus trajecitos de Superman, animales de peluche o piratas. Los grupos de amigos que se habían convencido a travestirse de alguna tontería para salir aquella noche de sábado.

Ni siquiera le molestó el frío, y me recordó que había vivido un momento histórico en la ciudad con la nevada de aquel febrero. Y eso que a mí la nieve se me había estropeado para siempre tras mi incursión en el esquí. A partir de entonces aquel fenómeno meteorológico me recordaría siempre a la batalla final de O-Ren Ishii y La Novia en la película de Tarantino, *Kill Bill*. Mi imaginación volaba situándonos a Naia y a mí luchando ensangrentadas por el amor de Bruno. Claro que, si ella era La Novia, a mí me tocaba representar a O-Ren Ishii y, por lo tanto, morir bajo su catana, perdiendo la cabellera. Me pareció una violenta metáfora de lo que había sucedido el día del esquí, y me toqué la mollera un poco asustada.

Edurne y yo nos quedamos despiertas hasta tarde charlando de mil historias. Valentina se había marchado a Calabria a pasar esos días con su familia, así que la casa era para nosotras. En el rellano de enfrente un extraño silencio me sumía a veces en pensamientos divagantes. Gabriele también había vuelto a Génova, pero Bruno paseaba de la manita con su novia, por una Roma transformada en una preciosa tarta helada. No nos habíamos cruzado ni una sola vez desde el día del esquí, pero podía imaginármelo. Roma estaba hecha para los enamorados.

—Como te descuides, en uno de estos paseos te meto un beso de tornillo — bromeé con Edurne, cuando caminábamos solas por las bonitas callejuelas medievales de *Trastevere*.

La ciudad reglaba una quietud mágica cerca del espejo en el que se convertía el río. Una noche fuimos a cenar pizza a un local del centro. Detestaba el trato que dispensaban los camareros a los turistas, pero incluso en invierno estaban hasta arriba, así que suponía que les daba lo mismo que te cabreases y no quisieras volver. Contigo o sin ti, tenían hecho el agosto, o mejor dicho el marzo. Edurne me dijo en cambio que le parecía pintoresco.

—¿La mala educación? ¿Te parece pintoresca la mala educación? —

pregunté incrédula apurando mi copa de vino.

—Bueno, supongo que si viviera aquí me hartaría de esperar el autobús que no pasa, del tráfico, de la gente que grita y gesticula... —me dijo risueña mientras separaba un trozo de pizza—. Pero venga ya, no te quedas aquí para siempre, ¿no? Eres una turista con estancia extendida, y todo esto tiene algo de auténtico, de local. Y además la pizza está de muerte, así que, si me la lanzan con poca dulzura, me da lo mismo. Me la voy a zampar igual.

Sonreí a mi pesar. La energía y positivismo de mi hermana eran imbatibles. Acostumbrada a los brutales contrastes culturales en China, Roma le parecía solo un chiste «folclórico». De nuevo volví a pensar que el mundo era inmenso fuera de mi pequeña burbuja. Las opciones eran infinitas y de pronto me asustaba perderme algo, me asustaba no saber elegir y me preguntaba si quien solo conocía un camino en la vida lo tenía más fácil para ser feliz. Si las posibilidades y el conocimiento dificultaban la elección.

Miré hacia la calle, donde unos músicos tocaban para los comensales que habían elegido las mesas en la terraza. La terraza que en realidad eran unas mesas amontonadas en la estrecha calle adoquinada por donde pasaba gente continuamente.

—¿En qué piensas? —me preguntó Edurne cuando terminamos las pizzas y esperamos a que nos trajeran el *tiramisu*.

Suspiré.

—Pensaba... en cómo lo haces para parecerme siempre feliz.

Ella se rio y me contagió.

—Quiero decir... ¿No solo me lo parece, no? —pregunté—. Eres feliz, siempre, ¡maldita! ¿Cuál es el secreto y por qué nuestros padres te lo transmitieron a ti y a mí no? ¿Era algo que estaba establecido por testamento? A mi hija pequeña le dejó la casa del pueblo, y a la mayor el secreto de la felicidad...

Ella seguía riendo. Siempre la hacía reír y era algo de lo que me sentía tontamente orgullosa. No lo podía evitar, me gustaba ser la causante de su sonrisa. Era como un reconocimiento sin palabras, a carcajadas, de algo que yo sabía hacer mejor que ella. ¡Algo!

—¡Ay, mi pequeña Alaia! Sí, creo que soy feliz. Pero creo que el secreto nos lo han transmitido a las dos. O al menos nos han dado las piezas para que nosotras lo montemos.

—Ah, genial, nos tenían que dejar un secreto de la felicidad de IKEA —

negué distraída jugando con las migas del mantel. Luego cambié de tercio—: No quiero sonar fatalista, yo también creo que soy esencialmente feliz. Sé que tengo mucha suerte de haber nacido en una familia estupenda que me quiere, haber estudiado, y tener dos orejas, dos ojos y todas esas cosas. Es solo que... a veces me siento tan perdida, como si nunca supiese hacia dónde tengo que dirigirme, como si hubiera algún tipo de verdad que tarde o temprano se me debiese revelar. Solo que no parece revelarse, y entonces empiezo a dudar que exista, y no sé si estoy haciendo algo mal yo, o sencillamente ya he averiguado todo lo que tenía que averiguar de la vida y en realidad no hay más magia.

Mientras hablaba nos trajeron el *tiramisu*, y mi monologo existencialista se vio brevemente interrumpido por las babas. Cuando lo reanudé, mi hermana siguió escuchándome sin interrumpirme, e incluso se tomó unos segundos antes de responderme:

—¿Y esperas que yo te diga si hay magia? —me preguntó con una cara arrugada que escondía una sonrisa.

—En realidad estaría bien que me dijeras que *sí* hay magia y en qué coordenadas exactas puedo encontrármela. Y si además tienes los números de la lotería, ya sería ideal.

—Vale, sí hay magia —respondió riendo—. Pero las coordenadas son diferentes para cada persona. Quiero decir, que la vida es una búsqueda de esos puntos y a veces la magia también está en eso mismo. Tú estás aquí en Roma, realizando tu propio viaje y preguntándote sobre el destino de este. Hay gente que ni siquiera inicia el viaje, hay gente que ni siquiera se da cuenta de que puede realizarlo, o de que estamos en el mundo para algo más que comer y reproducirnos.

—Bueno, comer y reproducirnos está muy bien también —dije arrebañando los últimos restos de mi postre—, pero ¿qué pasa cuando emprendes el viaje y te sientes más perdida que antes de partir? Cuando de pronto las posibilidades te abrumen, cuando todo se dificulta y transforma, y te sientes pequeña e insignificante. ¿Es normal que a veces deseé tanto regresar a casa? ¿Tú no echas de menos Bilbao y la atmósfera de algo absolutamente conocido?

—Claro que echo de menos Bilbao... Los días de setas —recordó ella sonriente—, y las katiuskas, y los *talos* con chorizo que hacíamos en la chapa del pueblo. A vosotros, y a mis amigos de toda la vida, que son como una extensión de mi familia, con los que no tengo que esforzarme. Sí, claro que lo echo de menos. Pero buscabas la magia, Alaia. Y la magia nunca sucede

dentro de tu zona de confort. Esa es una frase muy manida y repetida por nuestros padres, no sé por qué necesitas que te la repita yo. Pero a lo mejor no necesitas una lección de vida, sino un repaso rápido, ya que te sientes vulnerable porque tu trabajo no era lo que esperabas y un chico que te gusta no te hace caso.

Bofetada. Abrí la boca para responder, pero no pude. Como siempre me sucedía junto a mi hermana mayor, mis pequeños problemillas se evidenciaban como pueriles y vergonzosos. Pequeñeces. Volví a mirarla un segundo y finalmente sonreí.

—Te veo bien.

—Es Pekín —asintió—. No creo que sea la ciudad para siempre, para quedarme y criar churumbeles, quiero decir. Pero ahora es un desafío, una aventura cada día y me mantiene activa, aunque aún no sepa qué vendrá después.

Lo que vendrá después. Yo siempre estaba preocupada por ello y siempre me parecía que los demás lo tenían resuelto, empezando por Edurne. Pero ni siquiera era cierto. Edurne encaminaba su vida hacia donde le parecía que la brújula señalaba, pero no tenía toda la ruta planeada.

Cuando nos levantamos para irnos abracé a mi hermana contenta, pensando que solo por aquel momento su visita ya había merecido la pena. Regresamos hacia casa bajo aquella noche nublada, como una de las mejores en Bilbao, con esa lluvia triste que cala hasta los huesos, aunque parezca que no. El frío había comenzado a batirse en retirada lentamente, y la temperatura subía algunos grados en el termómetro. Cubiertas por un paraguas volvimos charlando risueñas entre aquellas bellas calles desoladas, los cafés, las tiendas y las ruinas que emergían de vez en cuando en fosas cercadas por las que se escabullían algunos gatos callejeros.

Cuando llegamos a casa, Edurne se fue a acostar cansada, pero yo me sentía más despierta que nunca. Me preparé un té, puse a sonar a Norah Jones y, alumbrada a media luz, me senté a mis anchas en la butaca y abrí el ordenador.

Como el Ave Fénix: A pesar de todo, Roma traquetea como un motorcillo renqueante que nunca se detiene, aunque siempre vaya tarde. A pesar de todo, trata de ser fiel a lo que esconde en su corazón, a su Coliseo, sus fuentes asombrosas, sus iglesias, catacumbas y

secretos. Los esconde bien, y promete mostrárselos solo a quienes se lo ganen. La Ciudad Eterna es una piedra sólida, que ha soportado guerras, incendios, terremotos, culturas y sociedades que prosperaron y perecieron entre sus murallas. Una ciudad que creció sobre otra y otra más, resurgiendo de sus ruinas una y otra vez. Y si ella pudo hacerlo, supongo que nosotros también.

Escribí unas palabras poco humorísticas en el blog, a juego con mi complicado estado de ánimo, pensando en que, como a la ciudad, a mí también me tocaba construir sobre el pasado, y seguir adelante.

Capítulo 10

Cuando llegó la hora de que Edurne partiese, la melancolía ya se me había merendado. La vida era sencilla junto a ella. Roma era divertida, sorprendente y en su caos terminaba encontrando su propio orden. Un poco como yo misma.

Así despedí a mi hermana en el aeropuerto con un nudo en la garganta, pero mucho más animada que a su llegada. La vida seguía y el mundo giraba. Y como si mi nuevo espíritu se hubiese contagiado al propio ambiente, Roma perdía su tiempo helado. Ya no necesitaba atarme el chaquetón hasta el cuello como en los días previos a la llegada de Edurne. El invierno se batía en retirada, y me pareció un buen presagio.

Valentina llegó esa tarde a casa echa un desastre tras siete horas de autobús desde su tierra natal, con unas ganas locas de meterse en la ducha y rebotar a la cama. Pero incluso en ese estado no pudo evitar suspenderlo todo para preguntarme:

—¿Entonces? ¿Qué ha pasado con Bruno?

—¿Qué? —pregunté yo desorientada desde el sofá donde me había sentado a leer.

—¿Cómo que qué? —se extrañó ella soltando su mochila que cayó con pesadez al suelo—. Lo de que ha roto con su novia, ¿qué ha pasado?

La primavera la sangre altera: La llegada de la primavera al parecer trae muchas sorpresas. Quizá mañana en la oficina me dirán que mi jefa ha contraído una extraña enfermedad que la ha dejado muda de por vida. E inmóvil. ¡Estoy emocionada por saber qué más cosas estupendas me aguardan!

—¿De qué me estás hablando? —continué cerrando mi libro, aún confusa.

No entendía de dónde sacaba la información Valentina, cuando precisamente ella llevaba varios días fuera.

—¿No lo sabías? —se escandalizó con una maligna sonrisa de oreja a oreja—. ¡Qué fuerte! Pues no me he enterado bien porque venía en el autobús hablando por teléfono con Gabriele y me lo ha contado en plan rápido. Ya sabes que no es muy de cotillear... Pero al parecer ella se ha marchado esta mañana y han cerrado en esos términos. Creo que la bronca viene al menos desde el día del esquí...

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunté yo extrañada.

Llevaba todos esos días imaginando a una parejita de tortolitos enamorados y en cambio al otro lado del rellano se estaba llevando a cabo una batalla campal. Lo sentí por Bruno, pero el sentimiento fue difuminado por mi MariLoli, que empezó a maquinarse historias disparatadas. Tuve que concentrarme mucho para no dejarme arrastrar. Llevaba esos últimos días obligándome a no pensar en Bruno y había comenzado a conseguirlo. No debía retroceder de nuevo como un cangrejo desorientado. Yo quería mover ficha y seguir adelante, ni siquiera habría estado teniendo esa discusión interna unas horas antes. Pero aquella repentina ruptura lo cambiaba todo, ¿no? Mentira, no cambiaba nada. Que Bruno hubiese roto con su novia no tenía nada que ver conmigo, yo seguiría siendo la ex sin vagina de su amigo. Ya, pero ¿y si...? «¡NO! ¡Y si... Caca!», me amonestó mi SeñoritaRottenmeier, y logré obedecerla.

—¡Que te digo que no sé bien! —protestó Valentina entretanto, luego cambió el tono—. ¿No está Bruno en casa? Deberías pasar a preguntárselo tú misma. Creía que ya lo sabrías todo, ¡con las ganas que tenía de cotillear como una portera!

—Joder, soy lo peor —admití poniéndome de pie y sintiéndome increíblemente desconsiderada por no haber pasado ni una sola vez a verle. Pero ¿cómo demonios iba a saber yo que había roto con su novia?—. Vale, voy ahora. Tú date una ducha, anda, que hueles a muerto.

—Oh, qué encanto —me bufó ella cuando pasé a su lado—. Pégate siete horas de autobús con un señor que ocupaba dos asientos, el suyo y el mío, y me cuentas cómo olerías tú.

Ante la puerta de Bruno, intenté atusarme mi piojoso jersey, y me recogí la

melena castaña en una coleta alta para tratar de ocultar lo enmarañada que estaba. No pensaba salir a esas horas precisamente. Toqué la puerta dos veces. Pensé que tal vez me abriría Gabriele, pero me abrió el propio Bruno.

—Hola.

—¡Ey, Alaia! —me saludó con un corto y raro abrazo—. ¿Qué tal estás? ¿Tu hermana se ha ido ya? No quería pasar a daros el coñazo. Entra, Gabriele me ha llamado para decirme que al final toma el tren nocturno para volver de Génova, así que no llega hasta mañana por la mañana.

Hablaba deprisa, pero parecía ojeroso y cansado. Me alegré de no encontrarlo completamente destruido. Asentí mientras me sentaba en una de las banquetas frente al mostrador de su cocina. Él pasó al otro lado, y me preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

Yo negué con la cabeza, pero de todos modos él se puso a hacer café.

—Oye —me decidí tomando un hondo respiro—. Valentina me ha dicho que...

Bruno no se volvió para mirarme, sino que continuó poniendo agua en la cafetera de espaldas a mí. Aun así, tras la pausa me animé a terminar la frase.

—... me ha dicho que Naia y tú habéis roto. ¿Es... es verdad?

Él cerró la tapa del bote de café y se volvió hacia mí. No supe entender la expresión de su rostro. Era algo a medias entre la tristeza y la molestia. A lo mejor me estaba metiendo donde no debía, pensé demasiado tarde.

—Se ha ido ya —escupió al fin Bruno con la boca torcida, mientras daba vueltas a una cucharilla sobre el mostrador de la cocina.

—¿Estás bien? —pregunté con cautela.

—Ajá —asintió soltando la cucharilla y me dedicó una sonrisa melancólica—. Al menos ahora no deberá preocuparme hacer también las prácticas en Roma al terminar el curso.

Estaba demasiado acostumbrada a la sincera sonrisa de Bruno, y aquella tan forzada me estaba hiriendo más que si lo hubiera visto echarse a llorar.

—Lo siento mucho —le dije sinceramente.

Él aún mantenía el ceño fruncido, y yo tuve ganas de pasar mi mano sobre su frente para destensar aquella arruga. «¡Caca!», escuché nuevamente a mi Señorita Rottenmeier, y recuperé la compostura.

Él empezó a decirme algo:

—¿De verdad...?

Mantuvo la frase en el aire durante mucho tiempo aún escudriñándome.

—¿Qué? —pregunté confusa.

Pero no me respondió nada, sino que permanecimos mucho rato así, sosteniéndonos la mirada mientras yo trataba de adivinar qué quería preguntarme. ¿Intentaba preguntarme si de verdad lo sentía mucho? ¿Tal vez había intuido que Naia me había caído como una patada en el higadillo? ¿Creía que le guardaba rencor por haberme animado a lanzarme por la pista de esquí azul? ¡Oh, claro que se lo guardaba, pero ese secreto me lo llevaría a la tumba! Jamás admitiría el canguelo que había pasado por querer hacerme la valiente. ¿O había algo más? «¡Alaia, no te pierdas!», ordenó la Señorita Rottenmeier, pero sonó como un eco lejano que se perdía mientras Bruno y yo nos mirábamos.

¿Tal vez Bruno había correspondido remotamente a mis confusos sentimientos? Tal vez él también había sentido esa corriente que sentía yo cuando estábamos cerca y hablábamos de tonterías que nos aislaban del mundo. ¿Tal vez también él había conseguido saltarse el hecho de que tenía novia y de que yo era la ex de un amigo suyo? ¿Era posible? Pero bueno, ¿por qué seguíamos callados? ¿Bruno había ya completado su pregunta mientras yo cavilaba y no me había enterado? Ahora me daba vergüenza preguntárselo.

Finalmente, él sacudió la cabeza y dijo simplemente:

—Perdona, estoy cansado.

—Sí, no, perdona tú —respondí nerviosa levantándome, pensando que de algún modo yo era el objeto de su malestar—. Me voy ya.

—No, es solo que es tarde, ¿sabes? —dijo él parándose en el canto de la puerta para despedirme—. No es nada. Necesito descansar y ponerme un poco en orden. ¿Te parece bien si hablamos en otro momento?

—Sí, sí, claro. No te preocupes, han sido muchas cosas, ya me voy —le dije, y me giré hacia el rellano de forma un poco atolondrada sintiéndome muy incómoda, por lo que no calculé bien las distancias y me tropecé con él, demasiado cerca, invadiendo su espacio vital.

Se rio de mi torpeza y yo también sonreí con mi sonrisa cuadrada, por no echarme a llorar. Para haber finiquitado mi cuelgue, me seguía comportando bastante inútilmente frente a él.

—Buenas noches —me dijo.

—Buenas noches —tartamudeé yo y me fui.

Cuando me acosté caí rendida en un raro sueño en el que estaba en China,

pero en realidad estaba en Bilbao, y llevaba puesto un quimono blanco, y necesitaba una catana, pero en su lugar tenía un globo de feria rosa y trataba de defenderme con él, aunque no servía para nada. Al final aparecía Bruno y me daba la catana, pero me pedía que no la usase. Me sentía confusa, así que al final me marchaba, Bruno se convertía en Paul y todo acababa.

Me despertó el timbre de la puerta. Miré el reloj, eran las nueve de la mañana y tuve unas ganas inmensas de matar de las formas más retorcidas. Traté de alcanzar mi catana desde la cama, hasta que me di cuenta que todo eso había sido solo un sueño. El timbre sonó una segunda vez, grité un esperpento, y me puse en pie, mientras me recogía el pelo en un moño alto. Abrí la puerta, pero absolutamente nada me podía haber preparado para lo que encontré tras ella.

—Sorpresa.

—Pero... pero...

—Lo siento, ya he dicho una vez sorpresa, era todo lo que traía pensado decirte —dijo Paul con su encantadora sonrisa, sus ojos claros, su corte de pelo a lo James Dean.

Me quedé planchada, atónita, pensé que seguía dormida. No tenía palabras. Todos los pensamientos se agolparon al tiempo en mi cabeza: «¡Paul! ¿Qué hace aquí? ¡La beca! Pero no me avisó. ¡Ha dicho sorpresa! ¡Y qué guapo está! Dijo que vendría antes de la Pascua si conseguía las prácticas, ¡pero no me avisó! Ahí está la sorpresa. ¿Por qué no me acordé yo? ¡Está aquí!».

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —conseguí articular al fin, aunque ya me había respondido a mí misma.

—Me quedo —respondió él sin retirar la sonrisa—. Conseguí las prácticas, me quedo tres meses.

—¡Imposible!

—¿Me merezco ya ese abrazo?

—¡Ay, Dios mío! —grité.

Salté sobre él sin poder evitarlo. Me tomó por la cintura y me levantó como a una niña sin importarnos cuánto tiempo hubiese pasado desde la última vez que nos vimos. Y en medio del abrazo, sin que pudiera impedirlo a niveles físicos o mentales, me plantó un beso de película, de los que solo él sabía darme. Cuando me retiré, me di cuenta de que no estábamos solos en el rellano.

—Hemos oído alboroto —dijo Gabriele.

Él y Bruno habían salido a la puerta, y nos observaban.

—Lo siento, perdonad —respondí recuperando la compostura, aunque no podía dejar de sonreír—. Gabriele, Bruno, este es Paul. Ellos son mis amigos.

—Hola, ¿el famoso Paul? —se acercó Gabriele a estrecharle la mano sonriendo.

—¿Soy famoso? —se rio Paul mirándome.

Paul había estudiado un poco de italiano, y aunque no lo hablaba como el español, al igual que el resto de cosas en su vida, parecía dominarlo rápidamente.

—Alaia nos ha hablado de ti —siguió Gabriele—. Siempre bien, claro.

—Paul acaba de llegar a la ciudad —expliqué yo tratando de que no me temblara la voz—, ha conseguido unas prácticas y se va a quedar en Roma unos meses. No me había avisado.

—Le he dado un susto de muerte —dijo, y pasó su brazo sobre mis hombros cariñosamente.

Gabriele y Paul siguieron hablando de algunas banalidades, pero yo dejé de oír. La cara de Bruno era terrible, y no había dicho ni Pamplona, cosa nada habitual en él. Probablemente, con el amanecer le había caído el peso de los acontecimientos, de que la ruptura con Naia era real y no solo una pelea.

¿Pero había algo más? ¿Qué había querido decirme el día anterior? Traté de ordenarme, pero me dolía la cabeza por la falta de sueño y me sentía confusa con el pasar de los acontecimientos. Bruno se había puesto raro, había querido preguntarme algo, «¿De verdad...?», había dicho, pero nunca terminó la frase. ¿Qué había querido preguntarme? ¿Estaba tratando de decirme algo a mí concretamente? Algo como: «¿De verdad que no te has dado cuenta de que te amo con profusión?». Solo de considerarlo me entraba la risa histérica. No, no, tenía que ser otra cosa, era ridículo. Estaba dejando volar mi imaginación de nuevo, y no tenía sentido. Durante la visita de mi hermana casi me había convencido, y además ahora estaba Paul. Paul, todo lo que había soñado y querido durante meses, durante años de mi vida. ¿Así que por qué me estaba volviendo tan loca con una pregunta inacabada?

Tal vez Bruno solo iba a preguntarme algo tan razonable como: «¿De verdad que no era evidente que Naia y yo estábamos mal?». O quizá solo: «¿De verdad que no te gusta el arroz con leche?». En realidad podía haber tratado de decirme cualquier cosa, así que no entendía por qué estaba cobrando tanta importancia para mí, por qué me estaba poniendo tan ansiosa con la idea de

tener a Paul en Roma, con la idea de tenerle sin poder resolver antes lo que Bruno me había querido preguntar. Porque de pronto la que tenía novio era yo. Así de rápido. Pero Paul no era mi novio exactamente, ¿no? Y tampoco estaba segura de querer que Bruno pensase que lo era. ¿O sí lo era? Paul solo era alguien que iba y venía.

Aunque en esta ocasión venía tres meses.

Capítulo 11

Durante todo aquel día Paul y yo no paramos de hablar, nos contamos la vida en verso, y todos los detalles de su estancia en Roma. Estábamos atacados, sobre todo yo, que aún me sentía incapaz de asimilar tanta información.

Él me habló del periódico para el que trabajaría, y las oportunidades que esto podía brindarle. Ni siquiera se había tenido que preocupar por la búsqueda de piso, pues la organización de su máster se lo había encontrado. Hablamos de la visita de mi hermana, de mi vida en Roma. Hablamos de los últimos libros que habíamos leído, y recordamos algunos encuentros del pasado. Me dijo que le parecía genial que hubiera abierto el blog, que nunca se sabía quién podía estar leyendo.

Le llevé a una panadería que quedaba entre su casa y la mía, y que abría veinticuatro horas. Le mostré el lugar y casi nos mareó el olor de los cruasanes recién hechos, rellenos de Nutella, crema o mermelada, además todo increíblemente barato.

La dieta del cruasán: «Póngame dos cruasanes de chocolate blanco, dos de Nutella, una mil-hoja de chocolate y una langosta a la crema». «Un euro». Y así, hijos míos, fue como me convertí en obesa mórbida.

Caminamos hasta un pequeño parquecillo que había junto a mi casa, donde no había un alma, y como dos adolescentes nos sentamos en los fríos columpios mientras disfrutábamos del sol del mediodía que se asomaba perezoso esos días del final del invierno.

—... Oye —me aventuré al fin—, tengo que hablar contigo respecto al beso de antes...

—Sí, lo siento, me he precipitado —me interrumpió él antes de que pudiera decir nada—, ha sido la emoción de encontrarnos, y... perdona si te he molestado. Es que me ha dado tanta alegría verte...

—Yo también me he alegrado, pero no es como otras veces... —traté de buscar las palabras que quería pronunciar—. Es decir, vas a estar aquí por tres meses y luego te vas a volver a ir, y es complicado.

Dije esas cosas, pero en realidad seguía pensando en Bruno y en si me había perdido algo importante. Dije esas cosas pensando en que, aunque estaba feliz de ver a Paul, lo que más me apetecía en ese instante era subir al piso de mis vecinos y acabar la conversación con Bruno. O al menos entender si había que acabarla o en realidad ya se había terminado y yo seguía teniendo una imaginación desquiciada. ¿Aunque acaso importaba? ¿No se suponía que Paul estaba destinado a ser mi media naranja y Bruno solo era la última distracción de mi vida de solterona en Roma? Me sentía confusa.

—Nosotros siempre hemos sido complicados y nunca te ha importado —respondió Paul entretanto encogiéndose de hombros con ligereza, y buscando otro dulce en la bolsa de papel—, pensaba que nos gustaba así. La libertad, la promesa de que si llegábamos a los cuarenta solteros nos casaríamos...

Recordar aquella promesa me hizo sonreír. Paul y yo nos habíamos prometido en un autobús nocturno en Praga, cuando, muertos de risa, él hincó la rodilla entre los asientos vacíos y me puso en el dedo un anillo de maíz salado.

—... Realmente no sé qué decirte. Creí que pensabas igual que yo. Estás cambiada.

—Un poco —admití, y volví a pensar en Bruno.

Paul sonrió de todos modos. Para él la conquista formaba parte del ritual desde que nos conocíamos. Así que incluso le divertía que me resistiese un poco. Volvimos a mi casa mientras seguíamos charlando, encontramos a Valentina, que se estaba cambiando para salir, y nos indicó sin demasiado miramiento:

—Voy a una cena a casa de una amiga mía. Si venís, estad listos a las ocho.

Estaba de muy mal café a causa de la presencia de Paul. A Valentina le parecía que yo tenía que darme un homenaje al cuerpo con Bruno, este tuviera novia o no. Para algo ella se había abstenido de tirarle los trastos. Y opinaba

que me tenía que dejar de fantasías amorosas con el luxemburgués. Paul, o la idea de Paul, le había caído mal desde que lo mencioné la primera vez.

—No existen los chicos románticos, Alaia. Existen los chicos narcisistas que se comportan de un modo petulante para enamorar a las chicas y sentirse adorados como estrellas de rock, hasta que se aburren y las cambian por otras *groupies* —me había dicho una vez hacía tiempo.

Así que manifestaba su descontento con la aparición de Paul poniéndose tan borde como solo ella sabía ser. Aun así, Paul quiso ir y yo no me pude negar.

Aquella noche nos reunimos un grupo bien variopinto. Había algunos españoles, una americana, una canadiense, cuatro italianos entre los que estaba Aldo, que me saludó con una mueca guarra para referirse a Paul. A su lado estaba su compañero de piso, al que Valentina, para seguir con su línea de crueldad aquella noche, se refirió como uno de los chicos más feos que había conocido. Aunque la amonesté, lo cierto fue que no pude contradecirla. Parecía un langostino gigante, pero, al menos, seguro que era un maldito genio.

Después de cenar nos acercamos todos al Elephant, donde encontramos a Gabriele tocando el piano, aunque no parecía haber rastro de Bruno. Pensé que tal vez se había quedado en casa agobiado por la historia con Naia, y un retortijón lleno de remordimiento me apretó las tripas. No debía haber salido, debía haber despedido a Paul con alguna excusa. Le podía haber dicho que estaba cansada y que a la mañana siguiente tenía que trabajar. Tal vez a mí eso no me importase, pero él no tenía modo de saberlo. Aún podía escabullirme, ir a casa de Bruno y encontrarlo solo. Tal vez podríamos hablar y le explicaría que Paul me había besado a mí y no yo a él. Que estaba confundida. «Seguramente a ti esto no te importe», le diría, y entonces él me respondería que sí le importaba, que le había importado desde que me vio la primera vez. Que su pregunta era: «¿De verdad no te gustaría casarte conmigo?». Y yo gritaría: «¡Sí, sí, sí!», y no solo por la proposición de matrimonio. «Y por cierto, a ElimbéildeIker ya no se le levanta desde que te dejó», añadiría al final para mi propio regocijo.

Ya había decidido que debía buscar una excusa para irme a casa, cuando vi salir a Bruno del baño y una chica de pelo corto rubio pollo, con los pechos naturalmente más inmensos que había visto nunca, le saltó al encuentro abrazándolo. Lejos de apartarse, él se echó a reír, la tomó como si fuera un saco de patatas mientras ella soltaba grititos escandalosos y todo el bar los miraba. La sentó en una banqueta de la barra, pidió tragos y se sentó a beber

con ella. No había ni rastro de la mala cara de la mañana. O, mejor dicho, la había, pero en mí.

Cuando el concierto terminó, todos aplaudieron a Gabriele, que hizo unas reverencias de pitorreo y, tras lanzarle una mirada fugaz a Bruno que lo vitoreaba desde la barra, se acercó a nuestro grupo.

—¡Muy bueno! —exclamó Paul, que tocaba muy mal el piano, pero era un gran amante y conocedor de la música.

—Gracias, gracias —sonrió alagado—. Qué gusto da teneros de público.

—¿Quién es? —pregunté yo sin medias tintas, señalando a la tipa que estaba riendo de forma estridente junto a Bruno.

—No me preguntes —negó Gabriele con la cabeza—. Creo que es la peluquera de debajo de casa, siciliana. Y eso es todo lo que sé, aunque tampoco sé si hay que saber mucho más. En fin, ya sabéis lo que dicen, un clavo saca a otro clavo, y si a él le ayuda...

¿Un clavo saca a otro clavo? ¿Y usaba a *ese* clavo? Una chica con tal tamaño de pechos no podía tener cerebro. Era simplemente una evidencia fisiológica. La cantidad de sangre que necesitaba para irrigarlos le empobrecería el cerebro a la fuerza.

De acuerdo, estaba siendo una cretina. Esa chica podía tener los pechos enormes y un cerebro prodigioso, pero, en mi miseria, criticar su abundante fertilidad era el único consuelo. De nuevo con mis devaneos románticos, mi peligrosa imaginación, que había dibujado un algo entre Bruno y yo la noche anterior, removiendo de nuevo mi madura decisión de pasar página. Y una vez más la caída estrepitosa del pedestal, como siempre me sucedía. Alguna vez, de todas aquellas, tendría que aprenderme la copla.

Por alguna estúpida razón me entraron unas horribles ganas de llorar. Aunque en realidad no quería llorar por Bruno. Estaba cansada, confusa y aún no lo sabía, pero a la mañana siguiente me bajaría la regla. Me enfurruñé en un aislado silencio a pesar de los intentos de Paul por animarme.

—Estoy cansada —insistía cada vez que me preguntaba que qué me pasaba y me sentía aliviada porque no mentía del todo.

Finalmente me despedí de él amistosamente y me fui a la cama sin sueño, revuelta, y sintiéndome muy miserable. Ni siquiera me ocupé de cerrar las contraventanas de mi habitación. Pero no me importaba, me gustaba más así.

***La ventana indiscreta:** Desde mi habitación, se observa con claridad mi patio de vecinos, igual que en la peli de Hitchcock, La ventana indiscreta. Me encanta apagar la luz y observar la oscuridad del jardín, con la estampa de las luces de cocinas, salones y habitaciones, encendidas entre las ramas de los árboles. Aunque nada tan emocionante como un asesinato ha sucedido nunca, (a mi morbosa imaginación esto le gustaría tanto como le horrorizaría) es igualmente interesante cotillear lo que hacen los vecinos. Por las tardes, en la habitación de enfrente, una niña juega con sus muñecas, tras una cortina rosada que cubre las esquinas de su pequeño balcón, donde hay un molinillo de aire sujeto a los barrotes. Abajo, un gato ronronea en la mesa de madera de una cocina, y más abajo, la terraza ajardinada del piso inferior yace rodeada de plantas y cachivaches varios. Su dueña parece mayor para estar pasando aún la menopausia (todos en mi comunidad lo parecen), pero que le den sofocos menopáusicos me resulta la única explicación razonable a que, incluso en los terribles días de frío que hemos pasado, abriera la puerta de la terraza y se quedara sentada ahí, en una butaca azul marino mientras observaba la televisión.*

La vida seguía fuera de mi microcosmos. Parecía que se me había olvidado deprisa. Intenté recordar de nuevo la conversación con mi hermana en aquella pizzería del centro, traté de recordar cómo me había sentido en ese instante, y la eché de menos. Eché de menos de nuevo mi casa, y me llamé inútil una y otra vez por seguir sin ser capaz de pasar página, por seguir sin evolucionar. Por seguir estancada.

Para rematar, cuando a la mañana siguiente me levanté a trabajar, descubrí que la luz se nos había ido en casa otra vez. Mataría a nuestra casera chanchullera. Solo aparecía por la casa cuando era hora de cobrar, pero se evaporaba cuando le hablábamos de cualquier avería. El enchufe pelado de mi habitación, que bien podía haberme electrocutado, la caldera que se apagaba y encendía a voluntad, el Wi-Fi que hacía lo propio... La semana anterior me había quedado con el grifo de la cocina en la mano, y ahora teníamos que abrir el chorro de la fregadera con mucho cuidado, para que no saliera disparado como si de una fuente se tratase.

Eran las siete de la mañana y Valentina no había abierto un ojo, aún dormía la mona de la noche anterior. Yo imaginaba que Gabriele se habría levantado a pesar de haber trasnochado, pero no estaba segura. «¿Estaría la siciliana en casa de Bruno y Gabriele?», me pregunté entonces. Entre la curiosidad y la excusa de la falta de luz, decidí tocar la puerta de Gabriele con suavidad.

—Hola. —me abrió con una taza de café en la mano—. ¿Qué haces aquí tan pronto? ¿No vas a trabajar?

—Hola, sí, ahora mismo, es que se ha ido la luz en mi casa. Ya veo que aquí no —dije comentando lo evidente.

—Se te habrán saltado los plomos, pasa a veces si tienes muchas cosas en marcha.

—¿Qué tal ayer? —pregunté parada en el rellano mientras trataba de atisbar tras él, buscando algún indicio de que la siciliana estuviera ahí.

—Bien, me fui poco después de ti.

—¿Y Bruno? —pregunté sin poder contenerme mucho más.

—A Bruno lo he oído llegar esta mañana —sonrió él—. Al final se aplicó el cuento del clavo.

—Me había parecido oír tu voz, Alaia —dijo entonces Bruno para rematar. Había aparecido por el pasillo—. Buenos días.

—Mejores para algunos —respondió Gabriele apoyándose en el canto de la puerta, y dejándome una visión completa de su salón, por donde Bruno avanzaba hacia la cocina en calzoncillos, calzándose su camiseta amarilla de *Pulp Fiction*.

—¿No son espléndidas las mañanas de primavera? —dijo Bruno sonriendo a Gabriele al pasar, aunque a mí apenas me miró—. Sobre todo, si has follado la noche anterior. En fin, ¿qué más da que sea primavera?

Gabriele se rio con cansancio de la brutalidad de su compañero de piso, pero yo no moví una ceja. Bruno abrió un brik de zumo y comenzó a beber de este directamente. De pronto todo en él me resultó grotesco y decepcionante, de la talla de Elimbécil de Iker. Algo había tenido que unir aquella amistad, a fin de cuentas.

—Vaya, sí que te has despertado de un humor sutil —le dije desde la puerta con toda mi mordacidad.

—Qué puedo decir —dijo limpiándose con el dorso de la mano, aún sin mirarme—, estoy agotado de tanto ejercicio como para ponerme a pensar en chistes agudos.

—Por cierto, ¿tiene nombre o la llamas por su talla de sujetador? — pregunté haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta de su habitación—. «Dime C100, ¿te gusta el olor del cloroformo?».

Quería sonar casual, pero me estaba resultando difícil. Bruno me dedicó una mirada de desdén y encogiéndose de hombros se volvió a la habitación dando un portazo.

—Cretino —dije por lo bajo y me di la vuelta para irme.

Pedaleé con la bicicleta hacia la oficina y, justo cuando había arrancado, se desató una lluvia torrencial que me caló hasta los huesos de mi mal humor. La mañana no podía ir a mejor. La mala baba empezó a tomar mi espíritu y en mi cabeza se inició un cuento donde una heroína vengadora asesinaba de forma implacable al HombreMierda, representante de toda la superficialidad masculina, mientras explotaba los pechos de sus novias retrasadas. Vale, la sutilidad no era lo mío, pero la historia estaba allí. Solo tenía que presentarla, pensar qué clase de heroína se ocuparía de ese tipo de problemas. Porque sí, lo había comprendido: mis problemillas eran pequeñeces carentes de importancia, y debía firmar ahí mismo porque eso fuese todo lo malo que me pasase el resto de mi vida. Pero aun así existían y la gente teníamos que ocuparnos de ellos en nuestra cotidianidad. Se me ocurrió que podía llamar a mi superheroína, SuperCotidiana. La verdad era que no tenía la mente lo suficientemente despejada para pensar en un nombre mejor. Lo estampé en el blog, pensando en crear una sección interna donde dejaría escapar a mi yo más negro y surreal. Aún empapada por la lluvia, comencé a redactar la historia que tenía en mente, pasando del trabajo pendiente.

Las corrientes aunque asombrosas aventuras de SuperCotidiana:
Capítulo 1. No todos tenemos problemas serios como luchar contra el mal o ser atacados por villanos en calzoncillos y mallas de colores. Algunos de nosotros tenemos simplemente jefas enanas y cabronas, exnovios que merecen una patada en el culo, apartamentos que se caen a pedazos, o días horribles de reglas desmesuradas. Somos esas personas que no tenemos fuerza para abrir el tapón de una botella de agua, que nos olvidamos de los nombres de la gente según nos la presentan, ¡que sencillamente jamás logramos escuchar el nombre de la persona cuando nos la presentan! La gente que nos olvidamos el

paraguas en todas partes: en la farmacia, en casa de nuestro amigo, o incluso en la propia tienda de paraguas. ¿Y quién nos ayuda? ¿Eh? ¿Es que debemos permanecer abandonados a la sombra porque nuestros problemas no son lo suficientemente importantes? ¡Jamás! Para todos vosotros os presento a SuperCotidiana, la heroína de las pequeñeces.

Cuando llegó la hora del café, sencillamente me negué a ir. Lo único que me faltaba era tener el día de recadera con la que estaba cayendo.

—Tengo muchísimo trabajo, que vaya otro —le espeté muy simplemente a mi supervisor, y estuve a punto de añadir que me importaba tres pitos y medio que me echase por eso. Que fuera nueva no quería decir que fuera camarera. Giorgio se quedó mirándome un segundo en una especie de shock, y finalmente me preguntó:

—¿Qué es todo ese trabajo?

«Mierda», pensé para mis adentros, por eso sí que me podía echar. No tuve tiempo de ocultar lo que estaba haciendo. Vio mi blog, e insistió en leerlo. Yo no sabía a dónde mirar entretanto, sobre todo por la parte que había escrito sobre «jefas enanas y cabronas». Esperaba al menos que Giorgio no se diese cuenta de que me refería a Francesca.

—¿Lo de jefas enanas y cabronas va por Francesca? —me preguntó inmediatamente, y yo maldije a todos mis muertos.

Pero lo dijo riendo, se estaba riendo. ¿Era una risa malvada? ¿Era una risa de villano que logra que sus malignos planes salgan adelante? Ahora se quitaría su máscara como en *Misión imposible* y debajo aparecería Francesca con su risita chillona. «¡Te pillé, a la calle!», diría. Ni hablar, Francesca no era tan alta como Giorgio. Aun así, miré con aprensión la calva de Giorgio por si esta se movía como una misteriosa capa de gelatina que desaparecería bajo la cabellera de nuestra jefa. Pero Giorgio seguía riendo mientras leía. ¿Le... le había hecho gracia de verdad?

—Yo también me olvido siempre los nombres de la gente. A ti te estuve llamando durante semanas «la nueva» porque no conseguía recordar cómo te llamabas —dijo, y de pronto me sentí inmensamente aliviada al conocer ese dato y también al comprobar que la calva de Giorgio seguía en su sitio.

—Es una buena idea —sentenció refiriéndose al blog.

Abrí la boca, pero no articulé sonido. ¿Me estaba tomando el pelo? Giorgio

me había hecho un cumplido. Y un cumplido sobre algo que había creado y escrito sin faltas de ortografía. O quizá había alguna, no me había dado tiempo a controlarlo, pero se había reído lo suficiente como para no notarlo. ¡Había hecho reír a mi supervisor!

—Es muy mordaz, tienes un humor original —siguió y yo asentí confusa—. Pero, Alaia, tienes que hacerlo fuera del horario laboral, ¿entiendes?

—Sí, sí, lo sé —respondí nerviosa—. Es que lo tenía dando vueltas, y no podía... no podía...

—Vale, pues reza para que a Francesca no se le ocurra pasar por aquí cuando tienes algo así dando vueltas. —me guiñó un ojo y luego añadió—: Ahora ponte con lo de la huelga general española, que ya tenemos los números. ¿Tú cómo quieres el café? Que hoy voy a pedirlo yo.

Abril

Capítulo 12

De pronto tenía nombre en la web, ya no era «la nueva», era Alaia. Giorgio nunca más volvió a pedirme que fuese a por café, y cuando me tocaba ir siempre pedía a alguien que me acompañase. Empecé a tratar con la gente de la oficina y descubrí que la animadversión por Francesca unía a la redacción como un sólido pegote, a pesar de que la mayoría teníamos poco en común los unos con los otros. Pero establecer esa nueva situación de confianza me abrió la puerta para empezar a sugerirle a Giorgio los temas sobre los que me apetecía escribir. Al principio me miraba un poco dudoso, como si no se fiase de mi instinto, y muchas veces me decía simplemente que no. Pero poco a poco me fue dejando espacio. Aquel mes logré publicar un artículo sobre *Of Monsters and Men*, un grupo de música que me estaba volviendo loca últimamente, y otro más sobre el próximo estreno de la película *Antes del anochecer*. Aun así, nunca era absolutamente libre pues, en cuanto me ponía muy indie, Francesca tocaba la campanilla.

—Eso no lo conoce ni Dios, Giorgio. Se acabó, que lo reescriba y punto — le espetaba con sus siempre dulces y delicados modos.

Por lo que, aun así, me tocaba publicar basura en cantidades industriales sobre temas que me la seguían trayendo al paio, pero que vendían mejor y por lo tanto la publicidad pagaba. En cualquier caso, ya era distinto, porque ahora sabía que, aunque no mucho, mi voz contaba. Ahora sabía que alguien, además de mis amorosos e incondicionales padres, creía en mí. Aunque fuese solo para escribir articulillos de actualidad en una web que en España aún no leía nadie.

Entretanto, tal y como me había sugerido Giorgio, en mi tiempo libre me concentré en la nueva idea para el blog, que arrancó bastante bien, a pesar de que me estaba entregando a una escritura absolutamente infame y soez:

SuperCotidiana vs. el HombreMierda, el origen: Capítulo 2. Como cualquier Superheroína, SuperCotidiana también tiene su cola de villanos. Uno de ellos es el HombreMierda, ese tipo de mamarracho que interviene en la vida de cualquier chica, (Su hermana, la MujerMierda, también hace de las suyas en el mundo masculino) defecando por todas partes y anulando su capacidad para desenvolverse en la vida. De pronto nada de lo que una es importa, porque el olor a estiércol lo cubre todo. Y es que el HombreMierda tiene un intestino exigente, que se alimenta de mucha fibra Special K cada mañana para tener toda la caquita posible disponible. Todas estáis pensando en vuestro HombreMierda especial en este momento. SuperCotidiana os recomienda su remedio casero: cosedle el orto.

De acuerdo que la sutilidad no era lo mío. Pero mientras me concentraba en el blog y en el trabajo de *Punto e a Capo*, al menos podía evitar pensar en Bruno, en Paul y en lo que fuera a pasar a continuación. Estaba un poco asustada. Probablemente porque había soñado demasiado tiempo con ese encuentro con Paul, pero hacerlo real era un cantar absolutamente distinto. Me parecía que él siempre tenía la palabra justa, el tono adecuado. Nunca levantaba la voz, ni se reía a carcajada limpia. Seguramente él jamás había tenido que ver cómo la leche se le salía por la nariz en pleno ataque de risa. A mí tampoco, claro, a mí me lo había contado una amiga.

En cualquier caso, era el tipo de persona que nunca estaba de más ni de menos, y me preguntaba cómo alguien tan perfecto podía encontrar interesante un desastre como el que yo era. Me respondía pensando que no me conocía bien, que probablemente tenía una imagen fugaz de mí, la imagen que me había divertido proyectando junto a él en nuestros breves encuentros, pero que, en cuanto me conociese mejor, se daría cuenta de que mi alegre cháchara era en realidad una verborrea torpe y nerviosa, y que mi aire aventurero ocultaba solamente que no tenía ni idea de qué hacer con mi vida. Pero, sobre todo, que yo también iba al baño todas las mañanas. Porque eso estaba claro, no había mayor desalentador amoroso que aceptar que el objeto de tus deseos pasaba a diario un rato en el WC.

Me daba miedo volverme real para él. Paul había sido por mucho tiempo mi paracaídas de emergencia, y lo único en lo que podía pensar era en cuánto miedo me daba intentar abrirlo y que no funcionase. Aun así, sabía que no podría evitar tirar de esa manilla tarde o temprano, porque los otros paracaídas me habían ido fallando y yo seguía cayendo. Además, caía particularmente salida. Había contado los meses que llevaba sin echar una canita al aire y me daba vergüenza decir el número en alto. Sobre todo a Valentina, cuya entropierna vivía un continuo entrar y salir de hombres dispares.

Tratando de resolver semejante cacao mental, cuando aquel mismo sábado me invitaron a una fiesta, decidí que era hora de llamar a Paul. Él se mostró tranquilo, feliz de que llamase, pero sin ansia por verme, y a mí aquello me relajó un poco. Él sabía cómo hacerlo, siempre lo supo. Sonreí pensando en ello, en nuestros encuentros pasados y en las múltiples llamadas e e-mails que habíamos compartido a lo largo de los años, y me sentí un poco más confiada.

La fiesta a la que íbamos la organizaba Ilaria, una amiga de Gabriele a la que Valentina, chica de extremos, odiaba. Ilaria estaba dentro de un círculo de artistas del mundillo del cine porque trabajaba para una librería especializada en *Trastevere* y a menudo organizaba fiestas y eventos a los que invitaba a Gabriele o, como en esa ocasión, también a nosotros.

Acudimos pues juntos a la muestra. Expertos del género dieron una curiosa charla sobre el tema y el festival que planeaban para la provincia de Marche, bajo los flashes de algunos periodistas y el frenético pase de los bolígrafos sobre sus blocs de notas. Entre estos vislumbré a una chica llenita y vivaracha de pelo rizado. Era Federica, una compañera de mi oficina, que se ocupaba de la versión italiana de la web, como casi todos en la redacción. A mí aún no me habían enviado a ninguna rueda de prensa, charla o lo que fuera. Era cierto que escribiendo para la versión española era más complicado, pero pensé que se lo sugeriría a Giorgio de todos modos cuando tuviera un rato.

Tras la charla, la abarrotada librería-cafetería se aflojó el nudo de la corbata para dedicarse a un ambiente mucho más distendido en el cóctel posterior.

Celebrity: *Me sentía como en una película de Woody Allen, rodeada de críticos y actrices de morro pintado que sujetaban sus copichuelas*

de vino blanco y parloteaban aquí y allá sobre la conversión del cine de Lars von Trier a su yo más onírico y pedanterías varias. Yo, como cinéfila pero inculta total en lo que al quién es quién se refería, asentía en silencio, mientras me dedicaba a lo que entendía de verdad: engullir. Rodajas de salami, hojaldres de parmesano y, en general, todos los canapés que pasaban frente a mis ojos.

Entretanto, Valentina refunfuñaba mirando a Ilaria, diciendo que era una distinguida de medio pelo, y que si lo que quería era llevar gafas grandes, que ya le regalaría ella las de culo de vaso de su abuela, a ver si le gustaban tanto. Gabriele se recolocó las suyas incómodo y le pidió a Paul que lo acompañara a por una copa de vino. En realidad, lo que a Valentina parecía molestarle era que Ilaria, además de tener melena cobriza y facciones agradables, se había leído varios libros de Tolstoi y ponía, por lo tanto, en evidencia que Valentina no. Tampoco ayudaba el hecho de que le anduviese poniendo ojitos a Gabriele cada vez que pasaba por su lado. A Valentina nunca le gustaba que nadie le pusiese ojitos a Gabriele, a no ser que ese alguien fuese Aldo. Eso la mataba de risa.

Bruno llegó de la mano de la siciliana, que vestía de rosa chicle, apretada como una butifarra, con sus inmensos pechos asomándole por la garganta.

—Mira quién ha llegado —señaló Valentina innecesariamente.

—El bello y la bestia —dije yo.

—Una bestia de enormes tetas —comentó Valentina volviéndose para observarla—. Parecen un par de balones de fútbol.

—Podría ahogar a alguien entre sus pechos. No —me corregí a mí misma—. Podría enterrar al muerto entre sus pechos.

—Qué muerte más dulce —dijo Gabriele, que en ese instante regresaba con Paul y nos repartían las copas.

—¿De qué habláis? —preguntó Paul.

—De las tetas de la siciliana de Bruno —explicó Valentina simplemente mientras bebía un trago de su copa de vino.

Todos nos volvimos hacía ellos, que en ese instante andaban agarrados observando un póster de *La dolce vita*.

—¿La rubia esa? —preguntó Paul, que bien podía estar refiriéndose a Anita Ekberg.

—La de carne y hueso —se rio Gabriele, quien, a pesar de leer a

Shakespeare, no podía al parecer dejar de echar una ojeada ocasional a la *Playboy*.

Me volví hacía los chicos

—A vosotros no os gusta eso, ¿verdad?

—Eh...

Paul miró sonriente hacia otro lado, pero me guiñó un ojo con picardía. Un pequeño escalofrío me recorrió y no pude evitar sonreír.

—Alaia —resolvió Gabriele en tanto—, sabemos que es excesivo... Pero la verdad es que, al verlas, lo único que nos apetece es agitar la cabeza entre ellas.

Todos se echaron a reír e incluso yo lo hice a mi pesar. Sobre todo porque no era nada habitual escuchar a Gabriele expresándose de ese modo, ni siquiera en broma. Pero la siciliana de Bruno al parecer despertaba sexualidad en toda la sala, incluido en él.

—No hables así, Gabriele, tú no... —supliqué con fingidos pucheros.

Él sonrió y me tomó cariñosamente por los hombros como si quisiera decir que todo era broma y que, en realidad, él prefería a la Alaia de la plana camisa vaquera antes que a la vaca de las ubres rosas. Que me prefería si nos quedábamos atrapados en una isla desierta y quería cháchara. Pero que desde luego sus sueños eróticos estaban reservados para la vaca. No sabía si sentirme aliviada o deprimida.

—Estamos rodeadas de energúmenos —me dijo Valentina negando con la cabeza—. Venga, demos nosotras una vuelta y evaluemos los paquetes del personal.

—Vale —respondí con solemnidad, y agarradas del brazo nos fuimos a pasear por la fiesta.

Giramos por la sala y, por supuesto, como siempre, Valentina acaparó todas las miradas. Yo, en cambio, llevaba tres meses sola en Roma y aún no había sido acosada por el verdadero *Papagalli* italiano.

—Ya no sé si vestirme de ramera porque la presión es enorme —dije—. Todo el mundo me pregunta: «¿Qué tal te tratan los italianos? ¡Ten cuidado con los romanos! Habrás ligado mucho, ¿no?». ¡Pues no, nada, no me miran, seré un feto!

—¡Que vas a ser un feto! —se rio ella.

Tal vez no era un feto, pero no enseñaba ni muslo ni pechuga, no me maquillaba, y al menos hasta el momento me había vestido como un enorme y

acolchado Yeti. Pero, aun así, aquellos días en los que los hombres parecían elegir a sicilianas tetonas, me habría venido bien ser el centro de atención por una vez, sin que Valentina cobrara todo el protagonismo gracias a su llamativo pelo ensortijado y su tipazo. De hecho, un segundo después de que dijéramos esas cosas, un chico muy alto y con sonrisilla de cretino se acercó a nosotras y, sin que pudiéramos mediar palabra, se presentó estrechándole la mano a Valentina. Al menos se cortó y no le estrechó una nalga.

—¿Os vais? —preguntó con un fuerte acento romano.

—Enseguida —respondió Valentina.

—Ah, ¿calabresa? —preguntó él captando el acento de ella.

Por supuesto a mí me ignoró con absurda mala educación y se puso a acaparar a Valentina. De pronto me pregunté qué hacía lejos de Paul, el chico que en ese instante más fácilmente podía hacerme sentir el centro del mundo, y desde luego librarme de los ligues ininterrumpidos de mi amiga. Le busqué a lo lejos pero no le vi.

Valentina rio tontamente a mi lado:

—Vale —aceptó a las demandas de su interlocutor, y se intercambiaron los teléfonos.

Acabó la velada y volvimos a casa bajo la lluvia primaveral, que para no decepcionarme con una floja aparición decidió presentarse rabiosa y acompañarnos hasta casa, calándonos hasta los huesos, ignorando nuestros endebles paraguas de bolso. Al menos tuve la excusa perfecta para acompañar a casa a Paul: «Oh, pobre, no tienes paraguas, te acompaño a casa. ¿Vivías en el Machu Pichu, no? No, no, ninguna molestia».

El barrio estaba desolado por la lluvia y también porque en aquella zona en la que vivíamos la media de edad superaba la de mi vieja casera, y todos se retiraban a dormir con la caída del sol. De hecho, mis vecinos no me abrían nunca la puerta.

***El chicle de hierba:** Un día, cuando subía por las escaleras porque el ascensor no funcionaba, me topé a dos de mis vecinos en un descansillo, de charleta desde sus puertas. Era la primera vez que los encontraba porque vivían casi escondidos. Pensé que al verme tal vez se escabullirían como dibujos animados, dejando una estela en el aire, el sombrero o algo así. Pero decidieron permanecer en el marco de la*

puerta y pude observarles bien. En frente, una abuelilla en camisón y bata rosa, con el pelo cano y arrugada como una pasa. Al costado, un abuelillo en pijama y bata azul, con pelo cano y arrugado como... otra pasa. Parecían un chiste, salidos de una fábula, un cuento de los hermanos Grimm. El abuelo me observó subir mientras movía su boca desdentada como una vaca rumiante. Les dije «Buongiorno», pero solo me respondió la abuela. El abuelo, al parecer, seguía sin poder hablar con tanta hierba en la boca.

Mientras charlábamos, Paul y yo habíamos llegado a su portal. Me miró un segundo, nos miramos largo rato en realidad, y él supo que podía preguntarlo. Lo supo, como lo había sabido siempre en otras ocasiones.

—Estás empapada. ¿Subes y te invito a un café? Así además ves mi piso, que todavía no te lo he enseñado.

Ya, ya, café. Me quería dar Cola-Cao del bueno, pensé. Me paré unos instantes más a mirarlo, pero solo porque creía que me merecía esa pausa. Independientemente de mis mezclados y confusos sentimientos, Paul siempre había estado ahí. Había estado ahí todo ese tiempo, a pesar de las circunstancias que nos dificultaban encontrarnos. Eso era un verdadero amor, un amor de película, un amor en tiempos de guerra, digno de *La dama de las Camelias*, si Dumas me permitía la comparación. Un amor que se resistía a los golpes y hacía por salir adelante. Paul era mi sino, todas las señales parecían empujarme hacia allí, yo simplemente tenía que ver dónde me llevaban. Y en realidad absolutamente nada habría podido impedirlo.

Tal vez por eso, porque aquella situación estaba ya sellada desde hacía tanto tiempo, había decidido inconscientemente que quería subir a su casa incluso antes de que me lo preguntara. Ya lo había decidido cuando me había ofrecido a acompañarlo hasta su casa, cuando lo había invitado a la fiesta aquella noche, cuando apareció en el rellano de mi casa por sorpresa. No importaba cuánto me resistiera, cuánto quisiera alargarlo o pensarlo. Al igual que Miguel Bosé, sí, quería *Café*.

Capítulo 13

Querer y no poder: Ya tengo Layla, mi canción preferida de todos los tiempos. Finalmente encontré el disco acústico de Clapton en uno de los chiringuitos de Repubblica. Y sé que no tengo tocadiscos, pero no me importa. Me lo he comprado para mirarlo y quizá darle algún morreo a escondidas antes de acostarme.

Estaba feliz, no podía ocultarlo. ¡Caray, lo que un polvo podía levantar el ánimo! Solo me faltaba montarme una coreografía con el pizzero y el barrendero de debajo de casa de camino hacia el trabajo. «¡Todavía puedo!», sería el estribillo. «¡Y qué bueno!». ¡Si solo supiese componer! Tal vez Gabriele podría tocar su teclado mientras Bruno le acompañaría con la guitarra. ¡Bruno! Incluso mis historias hirientes de SuperCotidiana perdieron fuelle con mi dicha y escribí una historia en la que explicaba que el HombreMierda vivía en un estercolero de inmadurez, y que no era por maldad, sino por estupidez, lo de estar siempre recubierto de caquita. La historia me pareció compasiva. Hasta pensé que Francesca no era tan mala, solo que nadie le había dado un abrazo en mucho tiempo. O un baile.

Tampoco había podido ocultar mi alegría repentina a mis padres, quienes recibieron la noticia de la llegada de Paul a mi vida como un suceso esperado y tardío. Se burlaron de mí, y bromearon asegurando que los padres de Paul, y ellos mismos, planeaban nuestra boda como en un matrimonio arreglado desde que éramos unos adolescentes. Que querían unir familias y fortunas, así que no había nada más que hablar. En realidad, era una broma que me habían hecho ya en el pasado, al observar nuestras idas y venidas, pero que ahora parecía consolidarse dada la potencial duración de nuestro presente idilio. Por

supuesto, a juego con mi buen humor, los chistes dejaron de molestarme, y empecé a aceptar la posible idea de que nuestras familias hicieran comunidad como en una boda hindú. Y de pronto mi canción post-polvo imaginaria se transformaba en un colorido número de Bollywood en el que también participaban nuestros padres, mi hermana y unos cuantos elefantes. Mi padre y el de Paul además salían agitando sus vientres peludos.

De este modo, un par de noches después, cuando Valentina salía con el tipo repelente de la Librería de cine, mientras que a mí me tocaba hacer la colada, no sentí ningún escozor. Paul había aprovechado los días de Pascua para hacer una pequeña excursión a Venecia para visitar a un par de amigos de la facultad. Así que puse la primera lavadora y decidí abrir el bote de Nutella y prepararme un sándwich. Si hubiera estado deprimida me la habría comido a cucharadas, pero estaba feliz como una perdiz, así que me senté con la conciencia tranquila a ver por enésima vez la tercera temporada de *Friends*.

Cuando ya llevaba media maratón, sin embargo, sonó mi móvil. Bajé el volumen, y vi que se trataba de Valentina. Me reí pensando en que me llamaba en busca de una coartada para abandonar a su ligue, como hacía a menudo.

—¿Ya te lo has tirado y necesitas que te vaya a buscar? —pregunté sin previo aviso.

—Alaia...

No tuvo que decir nada más. Me enderecé asustada en el sofá. Nunca había escuchado la voz de Valentina sonar de ese modo.

—¿Qué pasa? —pregunté, de pronto tenía el corazón a mil pulsaciones por segundo.

—Nada, no sé —respondió ella asustada ante mi respuesta, como si pensara que tal vez estaba exagerando.

—¡Una mierda nada! ¿Dónde estás? —atajé enderezándome en el sofá—. Ahora mismo te voy a buscar.

—La dirección está en la encimera de la cocina. Alaia, ha cerrado la puerta con llave...

Casi me mareé, pero me repuse rápidamente.

—Llego en un minuto. —al otro lado, ella ya había colgado.

Agarré el papelito garabateado por Valentina con la dirección del chico y corrí al rellano casi sin pensar demasiado en qué estaba buscando. Bruno me abrió la puerta enfrente y maldije para mis adentros. Aun así, no tenía tiempo.

—Necesito ayuda —dije entrando sin esperar a que me invitara.

—No me digas —respondió él con sarcasmo—. Pues Gabriele no está.

—Es en serio, Bruno —intenté hablar muy deprisa—. Valentina me ha llamado, le pasa algo serio, un tipo con el que se ha liado, me ha dado su dirección, pero está lejos y, he pensado, el coche...

El cambio en su actitud fue tan fulminante que parecía que otra persona se hubiera apoderado del cuerpo de Bruno. De un manotazo agarró las llaves del coche de Gabriele de la encimera:

—Vamos, ¿dónde es?

El tráfico en Roma era una agonía, la gente conducía sin importarle nada si podía atropellar a alguien, y en esa ocasión nosotros tampoco fuimos menos. Llegamos a la dirección de Pirámide que estaba señalada en el papel, y no aparcamos, paramos el coche en doble fila, por llamarlo de algún modo. Tuvimos suerte, y cuando llegamos al portal unos vecinos salieron de este, de modo que pudimos pasar sin llamar. Subimos las escaleras hasta un octavo, no podíamos esperar al ascensor, yo tenía el estómago en la boca, pero aun así no dejé de correr tras las largas zancadas de Bruno.

—¡Abrid! ¡Abrid la puerta! —gritó aporreándola.

Si no abría, al menos todos los vecinos saldrían al rellano. Llamaríamos a los bomberos. Pero no fue necesario. Reconocí al tiparraco de la fiesta cuando nos abrió la puerta con gesto de sorpresa. Detrás de él apareció Valentina, entera, sana y salva.

—¡Alaia! —pasó junto a él y saltó detrás de mí.

No sé de donde saqué el valor, porque el tipo era mucho más alto que yo, y si me daba un mandoble me ponía a la moda. Pero la adrenalina había concentrado toda la sangre en partes de mi cuerpo que no identificaba, así que, hecha una furia, le empujé y grité:

—¡Apártate de ella!

—¿Quién coño eres tú? —respondió él con su exagerado acento romano, dispuesto a soltarme un bofetón.

Pero Bruno se metió entre medias, y aunque aquel energúmeno era alto, Bruno tampoco tenía nada que envidiarle.

—¡Eh! Mejor nos calmamos, ¿me oyes? —le dijo con más tranquilidad de la que yo habría esperado de nadie en esa situación.

Aun así, resultó increíblemente amenazador. Algunos vecinos ya se habían asomado a las puertas como había predicho. El tipo pareció no saber qué hacer.

—No estaba haciendo nada —dijo burdamente.

—Pues sigue sin hacer nada, imbécil —atajó Bruno ya totalmente delante de nosotras.

Durante un segundo nadie se movió y solo seguimos mirándonos. Al final reaccioné, temerosa de que el tipo enloqueciera de pronto, y dije:

—Vámonos.

Volvimos a bajar las escaleras al trote y sin pronunciar palabra. Nos subimos al coche que milagrosamente seguía en su sitio y no había provocado ningún accidente. Bruno condujo cabreado y deprisa hacia casa, yo me senté en el asiento de atrás con Valentina, que se abrazó a mí y solo nos aseguró que no había pasado nada, que había sido un susto, que el chico le había dado solo mala espina y que no había nada que denunciar. Bruno le preguntó cabreado que quién era ese tipo y de qué le conocía, que por qué quedaba con gentuza de la que no sabía nada y Valentina le respondió enfadada que los psicópatas no llevaban carteles luminosos con su condición. Empezaron a gritarse, hasta que al final les pedí que se callaran los dos si no querían que tuviéramos un accidente.

Cuando llegamos, Bruno entró con nosotras al piso, pero se quedó en el marco de la puerta dispuesto a despedirse, cuando Valentina dijo:

—Lo siento mucho.

Era tan inusual oírle decir eso, que me flaquearon las rodillas. Su tono de voz había sido como el de un corderito herido, hasta Bruno relajó los hombros.

—Lo siento —siguió ella, y rompió a llorar. Me descompuso verla tan vulnerable—, os he dado un susto de muerte, siento que hayáis tenido que venir a buscarme, ha sido culpa mía, y...

—Relájate, Valy —dije yo, acercándome y obligándola a sentarse en el sofá.

Bruno cerró la puerta tras de sí y se sentó enfrente, en la mesita del café de delante.

—Es culpa mía —decía Valentina sollozando—. En qué berenjenales me meto, ya me lo decía mi madre, que un día me iba a llevar un susto, y he tenido suerte, se fue al baño y te pude llamar. ¡Siento haberos metido en esto!

—Vale ya, cálmate —dije al verla temblar. Me daba cuenta de que estaba en shock—. No me jodas. Nunca será culpa tuya que alguien te acose o te asuste.

—Ya, pero... —contestó como una colegiala asustada mientras agarraba el

pañuelo de papel que le ofrecí y se sonaba la nariz con estrépito—. No debería quedar con desconocidos... Soy idiota.

—No, no eres idiota —negó Bruno viéndose arrepentido de cómo la había tratado en el coche—. Que no puedas quedar con desconocidos no es más que una consecuencia horrible de la sociedad machista en la que vivimos. Ya ves, yo me puedo ir con todas las tías locas del mundo, que jamás sentiré miedo de que peligre mi integridad.

A pesar de la situación, no pude evitar pensar si entre sus «tías locas» se encontraría TetasHinchadas. Pero igualmente sentí una corriente de gratitud por su solidaridad con nosotras.

—No me hizo nada —repitió Valentina terminando de limpiarse la nariz—. Pero cuando entramos en su piso se puso como muy raro, y me dijo que no iba a dejarme salir. Se supone que lo decía en broma, pero era raro. Cuando le vi que cerraba con llave me asusté de verdad. Igual no iba a hacer nada malo...

—Valy, has quedado con toda clase de energúmenos y nunca te había escuchado asustada —le dije yo abrazándola a su lado—. Si te dio mala espina seguro que era con razón.

Ella negó con la cabeza.

—Soy anormal.

—Ya, no te tortures más —animó Bruno comprensivo.

—Necesito una ducha —sentenció ella con la cara enrojecida por las lágrimas.

Valentina salió por el pasillo dejándome sumida en una confusión amarga. Realmente era una personita frágil en el fondo de su ser, pero nunca lo había observado. A menudo me cabreaba con ella por los ramalazos de su carácter, nunca era nada comprensiva ni paciente. Pero tal vez me había estado perdiendo algo todo ese tiempo. Tal vez todo aquel orgullo era solo una coraza.

—Historias de la cripta —dijo Bruno sentado aún frente a mí, sacándome de mis reflexiones.

Le miré por un momento. Me había olvidado de que estaba en la habitación. Pero él me sonreía, así que asentí sin saber qué decir. Finalmente me decidí a hablar, me pareció que se lo debía después de la hazaña de la noche:

—Oye... quería agradecerte tu ayuda. Has salido pitando sin casi tener explicaciones.

—No hacían falta —dijo él encogiéndose de hombros.

—Pensaba que sí. Como últimamente no hemos sido muy amigos... —lo dije con una sonrisa, tratando de restarle hierro al asunto—. Yo... de verdad que no quería juzgarte por lo de enrollarte con la siciliana... Si te ha gustado...

—La verdad es que ya no la veo —admitió él sin embargo mientras ojeaba distraídamente algunas postales romanas que había sobre la mesita de café. Sonrió—. Está como unas maracas.

Abrí la boca, pero no llegué a articular sonido. La siciliana había salido de nuestras vidas tan rápido como había entrado. Realmente había sido solo un clavo como había predicho Gabriele y yo me lo había tomado absurdamente a pecho. Me sentía avergonzada.

Cuando Bruno se aburrió de mis postales y se volvió a mí, conseguí recuperarme de mi pequeño ictus:

—Bueno, que lo habría entendido si hoy me hubieses mandado a freír espárragos... —bromeé torpemente ladeando la cabeza—. Así que, gracias... por no haberlo hecho.

Pero él me respondió muy seriamente:

—Lo importante es estar para lo importante.

Bruno parecía alguien ligero, que siempre estaba de buen humor y que jamás se tomaba nada muy en serio. Por eso cuando se le escapaba alguna frase como aquella me dejaba sin palabras. Cuando decía algo simple pero absolutamente cierto, cuando se quitaba ese disfraz de risitas y chorradas y me mostraba fugazmente lo que había más allá. Pero era extremadamente breve y yo nunca conseguía vislumbrar claramente lo que había detrás. Me costaba mucho entenderlo, pero en cualquier caso me gustaba que hubiéramos hecho las paces o lo que fuera que había sucedido en ese instante.

Le sonreí brevemente, y él me devolvió la sonrisa. Se había quedado muy cerca de mí. Yo aún sentada en el sofá y él sobre la mesita. Inclínados el uno hacia el otro, casi no pasaba el aire entre nosotros y yo podía diferenciar el intenso color chocolate de su iris del negro de sus pupilas... Valentina salió entonces de la ducha metida en su pijama de felpa, un pijama amarillo canario que normalmente no habría dejado que Bruno viera, pero estaba lo suficientemente cansada como para que no le importase.

—Bueno, chicos, yo me voy a la cama —nos dijo y yo pestañeeé confusa.

—¡Ánimo, Valy! Mañana le pedimos a Gabriele que nos haga una carbonara, ¡verás! —quiso animarla Bruno, fuera de cualquier trance que yo

hubiera podido imaginar.

—Soy afortunada —respondió Valentina, que, aunque lo dijo en broma, dejó correr una pausa lo suficientemente larga como para confirmar que era cierto. Después sacudió su melena de caracolillos—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijimos.

La puerta de la habitación de Valentina se cerró y yo miré de reojo a Bruno muy brevemente, antes de borrar cualquier delirio de mi imaginación.

—Vale —sentencié levantándome del sofá con un suspiro y encaminándome a la cocina—. ¿Quieres tomar algo? ¿Birra? Necesito un trago.

—Necesitas anestesia. —sonrió Bruno siguiéndome.

—Si tuviera morfina no te ofrecería cerveza —dije sacando un par de botellines de la nevera y extendiéndole una—. Por la paz.

Di un trago demasiado largo y la garganta me picó. Pero agradecí una sensación física más fuerte que todas las emociones mezcladas de la noche.

—¿La mundial? —me preguntó Bruno con una sonrisa trágica.

—La de este rellano —negué cuando logré tragar.

—Eres una soñadora —me dijo dándole un golpecito a mi botella con la suya.

—*But I'm Not The Only One* —canturreé en sus narices.

—Desde Lennon, sí —sonrió.

Me reí. Estaba bien. Tal vez aún había luz al final del túnel y Bruno y yo podíamos ser amigos después de todo.

Capítulo 14

Valentina pasó algunos días un poco paranoica. Cerraba la puerta con llave, dejando por primera vez fuera a nuestros vecinos, que tocaban el timbre desconcertados. Periódicamente miraba por la ventana de la sala hacia el patio como si esperase ver aparecer al tipo, pero, poco a poco, se fue relajando al ver que el psicópata no regresaba a nuestras vidas.

Ese lunes, y con vistas a animarla, Gabriele decidió cocinarnos su famosa carbonara. Aunque yo estaba más flaca que una tabla de planchar, desde que había llegado a Roma había engordado cuatro kilos, y prometía continuar en buen promedio si no atajaba la situación. Pero, según Valentina, que era toda curvilínea, me estaba sentando bien la pasta italiana, y ahora tenía con qué rellenar el sujetador.

—¿Cuántos tipos de pasta coméis?

—¡Ufff! —exclamó Valentina, que gracias a su tradicional familia calabresa conocía todas las clases. Luego, muy deprisa, y como si fuera el Bubbe de *Forrest Gump* hablando de gambas, me respondió—: *Penne* es el macarrón por excelencia, los *Spaghetti*, que para nosotros es muy típico prepararlos con almejas, los *Vermicelli*, que son un poco más finos que los *Spaghetti*, aunque la pasta más típica en Roma son los *Bucatini*, que son más gruesos que los *Spaghetti*, pero huecos por dentro...

—Ya... ¿Sabes que podrías hacer una tesis sobre esto, no?

—¡Qué va! Hay muchos más, lo que pasa es que no me acuerdo de todos, pero ya te los iré diciendo.

Cruzamos el rellano con un bol de macedonia, y nos abrió la puerta Bruno que se moría de risa por algo.

—Hola —nos saludó.

—Hola —saludamos Valentina y yo confusas—. ¿De qué os reís?

Pasamos dentro, donde, vestido de delantal, Gabriele cocinaba al fuego. Bruno había puesto la mesa y ahora volvía al sofá donde descansaba su guitarra. La tomó y se puso a afinarla. Yo me senté en el butacón frente a él y Valentina se dirigió a la cocina a guardar la macedonia.

—Nada —siguió Bruno probando el sonido de la guitarra traste por traste —, que aquí Gabriele tiene fobia a Kim Jong-un. Debe de pensar que viene a comérselo.

—¿Kim Jong-un? —le preguntó Valentina ya a su lado en la cocina mientras le robaba una aceituna y se la metía en la boca.

Hacía solo unos días el líder de Corea del Norte había lanzado un cohete destinado a colocar un satélite de investigación en órbita. El proyectil, sin embargo, había estallado a los pocos minutos de comenzar el vuelo, ridiculizando el régimen de Kim Jong-un, pero poniendo igual de nerviosa a la comunidad internacional.

—Ese hombre está muy cucú de la cabeza y armado hasta los dientes —explicó Gabriele girando la panceta en la sartén—. Pero no le tengo fobia a él. Es más al poder de la propia sociedad que gobierna. No hay nada que me asuste tanto como la masa. Los libros de George Orwell como *Rebelión en la granja* o *1984* me han puesto siempre los pelos de punta.

—El Gran Hermano te vigila... —respondí con teatralidad.

—Exacto —suspiró Gabriele apartándose del fuego y secándose las manos con un trapo de cocina—. Y lo peor es que quizá ni nos estemos dando cuenta...

—Esto te pasa por agnóstico —desdeñó Valentina aupándose para sentarse en la encimera de la cocina.

—Puede ser —admitió él sirviendo cuatro copas de vino y repartiéndolas—. Pero no puedo evitar pensar que en realidad todo puede ser. Que un dios nos haya creado, que todo esto sea en verdad el sueño de un gigante, que seamos los protagonistas de una novela como en el libro de *El mundo de Sofía*, que una comunidad extraterrestre nos haya puesto bajo su microscopio, o incluso que Kim Jong-un en realidad domine el mundo...

Mientras explicaba su complicada filosofía cuántica, escurría la pasta y la pasaba a una fuente con la salsa. Cocinar carbonara mientras hablaba de metafísica era su modo de que lo escuchásemos y aceptásemos sin burlarnos de sus cuentos. Éramos su particular perro de Paulov. Divagaba haciéndonos esperar ante la promesa de comida, y así, la siguiente vez que se ponía a

filosofar, nosotros esperábamos respetuosos. Y un poco babosos.

—*Fettuccine* —le interrumpió de pronto Valentina señalando la pasta que Gabriele cocinaba y guiñándome un ojo.

Yo me eché a reír mientras los chicos nos miraban confusos. Vale, teníamos la capacidad de atención de un mosquito. Luego ella continuó tozuda:

—¡Pues a mí me parece una tontería! Yo creo que no hay nadie que nos mira ni nos oye ni nos huele. No somos tan importantes. Tal vez el ateísmo duela, pero es la más esclarecedora de todas las teorías: No hay nada.

—Pues la verdad es que yo tengo que coincidir con Gabriele —admití desde mi butaca—. Aunque mis ideas son mucho menos místicas y bastante más absurdas...

—¡No...! —se burló Bruno.

—A veces imagino una especie de complot de gente adinerada que compra personas y apuesta sobre sus vidas —sonreí explicando algunas de mis ideas disparatadas—. Que de alguna manera deciden cómo quiere que nos vaya la vida, a quién debemos conocer, qué trabajó lograremos, qué oportunidades perderemos...

—Pues no es una tontería —dijo Bruno aún con la guitarra en el regazo—. A fin de cuentas, los millonarios lo tienen todo visto, se aburren. Necesitan vidas estrafalarias para divertirse.

—¡Traedme las siamesas y un poco de mantequilla! —se me ocurrió a mí brindando con mi copa al aire—. ¡Las asiáticas pelirrojas no! ¡Las otras!

—Tiene que ser increíblemente difícil hacerle un regalo a uno de esos tipos, lo tendrán todo —me respondió Bruno riendo—. Toma, te traigo la última pareja de una especie de lémures del Congo Belga.

—Ya tengo dos —le respondí yo risueña.

—No, los he matado, he exterminado la especie, te digo que solo quedan estos dos —insistió él fingiendo rudeza.

Me empecé a reír hasta que me saltaron las lágrimas. Bruno siempre me haría reír de ese modo tan bochornoso, pero después del rescate de Valentina, finalmente había quedado claro que entre nosotros solo habría risas. Y al parecer una ensalada de hostias si un día a alguien se le ocurría meterse conmigo como le había sucedido a Valentina. Me parecía un buen trato.

—Ya hemos entrado en una de sus conversaciones borregas —le dijo Valentina a Gabriele entretanto, refiriéndose a nuestros absurdos e interminables diálogos.

—Es como un bucle —le respondió él sonriente, luego hizo un último intento en redirigir la conversación—: ¿Al menos alguno de vosotros no ha leído u oído alguna vez la frasecita tópica de que el dinero no lo compra todo, que no compra la felicidad?

—Es verdad —asentí yo levantándome del sofá para sentarme a la mesa—, pero a mí no me importaría llorar en una mansión.

A juego con nuestro buen humor la primavera avanzaba por la ciudad, y esos días Roma olía a flores que alimentaba. Pasear bajo sus alamedas de árboles nunca fue tan romántico, ni tan tóxico si eras alérgico. El frío se había ido y yo me sentía más estable en el ámbito laboral y emocional. La vida parecía definitivamente haber encontrado el equilibrio perfecto.

Además, habíamos ampliado la tropa. Al piso de arriba se habían mudado una pareja de franceses que se pasaban el día fumando hierba y follando como cosacos. Lo sabíamos porque Valentina y yo oíamos sus gritos orgásmicos desde abajo. Los conocí cuando un día volvía toda cargada con la compra y una de las innumerables viejitas del inmueble se asomó desde su puerta en la entreplanta y no se dignó a ayudarme abriéndome el portal, sino que volvió a meter las narices entre sus paredes y cerró con llave, como cinco vueltas a la cerradura. Parecía la llave de un castillo.

En ese instante llegó la pareja de franceses desde la calle y me sujetaron la puerta. Camille y Nico eran dos hippies franceses sexualmente liberados y con más ganas de juerga que todos nosotros juntos. Ambos eran rubios con los ojos azules, Nico era altiricón y con la nariz prominente. Camille en cambio era pequeña y agitada, y no se depilaba un solo pelo de su cuerpo. Lo noté cuando observé el par de gatos rubios que parecía llevar atrapados bajo sus axilas.

Nico era paisajista para una empresa francesa con sede en Italia, y Camille había decido trasladarse a Roma y buscar trabajo en la ciudad. Llevaban en la capital un año, y finalmente habían contratado a Camille en la librería del Instituto Francés, cerca de *Piazza Navona*. Me parecieron muy simpáticos, charlamos un poco en el rellano y me invitaron a lo que ellos denominaron «Fiesta Cremallera», para celebrar su traslado al piso. El objetivo era invitar a todos los vecinos, pero los pobres no sabían aún que la mayoría en nuestro edificio avanzaban con taca-taca y jamás habrían llegado a la cita a tiempo. Al final, solo Gabriele, Bruno, Valentina y yo celebramos la llegada de sangre joven al barrio, con ellos y su gato. No uno de los que vivía bajo las axilas de Camille, sino uno de verdad.

Bullimic Cat, Bullimic Cat, Is Not Your Fault: *Tigrot es un gato pardo enormemente gordo, que merodea por el patio de vecinos en busca de algo que llevarse a su estómago mórbido, pero que cuando come demasiado vomita en las esquinas para disgusto del portero. Sí, es el primer gato bulímico que he conocido, estoy extasiada.*

En tanto, en la oficina Giorgio me había pedido que cubriese mi primer evento. Por fin. Esa semana se celebraba el festival de cine español en el *Cinema Farnese de Campo de' Fiori*. Algo sobre lo que me apetecía escribir, y sabía que podía bordar. Él también debió de intuirlo, porque decidió darme la oportunidad. Desde el incidente de mi blog, había ido levantando la barrera invisible que nos había separado hasta entonces. Aunque seguía salvando las distancias, sabía que cederme aquel evento era un pasito más.

Así que me pasé toda la semana cubriendo el festival, asistiendo a pases y conferencias de prensa, y escribiendo por las mañanas las reseñas. A la salida de la proyección final del sábado, Federica, mi compañera en la redacción, me invitó a quedarme con ella y otros periodistas a tomar una cerveza. Por un instante pensé que podía ser una buena idea, incluso podía hacer algún que otro contacto, pero ya había quedado con Paul y no estaba segura de cancelarlo. Había recibido grandes noticias de una cadena de televisión luxemburguesa para trabajar aquel mismo verano como reportero con ellos. Sería sobre todo para cubrir las noticias flojas del verano, sobre olas de calor y los concursos gastronómicos de las fiestas de los pueblos, pero era un comienzo. A Paul las oportunidades parecían perseguirlo.

Aun así, le llamé y le expliqué la situación:

—¿Qué me quieres decir? —preguntó él con mucha calma—. ¿Que no puedes quedar hoy?

—¡No! —deseché yo—. Solo... no sabía qué te parecía...

—¿Qué quieres que me parezca, Alaia? —siguió él con un tono risueño y no tuve claro si se reía con ternura o con ironía—. Es tu trabajo, tú sabrás si tomarte unas cervezas con esa gente te podría venir bien o no.

No supe qué responder, y me sentí muy torpe. ¿Quedar con esa gente me podría traer alguna oportunidad? Me imaginé a mí misma entregando tarjetitas

de visita en medio del cóctel glamuroso de un ático de Nueva York. «... Sí, mi última columna en el *New Yorker* ha tenido muy buena acogida, lo sé, soy muy guachi yo, me han hecho una oferta para que publique todo un libro con mis opiniones-Bla. ¡Oh, Madeleine, estás fantastichupi! Esos Manolo Blahnik que llevas te quedan chachipiruli». ¡Venga ya! ¿Qué me creía? ¿Carrie Bradshaw? La realidad era que me tomaría una birra y me quejaría de mi jefa enana con otros pringados como yo sin tarjetitas de visita. ¿Debería hacerme tarjetas de visita?

—No, es verdad —sentencié—. Que no me quedo, te voy a buscar ahora.

Así que me despedí de Federica y tomé el metro hasta *Termini* para reunirme con Paul, donde caminamos entre los turistas que iban y venían apresurados, los viajeros del metro, el tren, los que iban al aeropuerto.

¿Qué pensaría Paul? ¿Que me creía Carrie Bradshaw de verdad? Mis pobres vestimentas dignas de ir a la vendimia ya gritaban a los cuatro vientos que por ahí no iban los tiros.

—Oye, que te podías haber quedado con ellos si te parecía —me dijo tras un rato—. Si creías que te podía servir, no se trataba de que lo dejaras correr por mí...

—No, no, era una tontería —negué tratando de darle a entender que solo había sido una idea sin importancia y que yo sabía tan perfectamente bien como él oler las buenas oportunidades, y que era seria y buena escritora, y que encestaba todas las bolitas de papel que lanzaba desde mi escritorio a la papelera.

Aunque su nuevo y comprensivo tono de voz me hizo dudar, y por un breve instante pensé que, si me hubiera respondido así la primera vez, tal vez lo habría considerado.

Mientras pensaba en esas cosas, entramos en el barrio de *San Lorenzo*, y si *Prati* era el barrio de los abuelos, este era el de la juventud. Eso se debía sobre todo a la cercana Universidad de La Sapienza, que abarcaba casi todas las facultades de la ciudad, y había convertido su barrio colindante en una de las zonas más jóvenes y alternativas de Roma, al dar cabida en sus alrededores a los miles de estudiantes de toda Italia plus una obscena cantidad de Erasmus y otros estudiantes extranjeros en prácticas.

El aire cambiaba allí, los edificios cada vez eran más nuevos y las calles más corrientes y menos romanas, más alejadas del místico romanticismo de la ciudad de escaparate, la que descansaba junto al río para los turistas y los

fotógrafos. Como Valentina solía decirme, para los enamorados. Y sin embargo, pasear por esas calles era fantástico, alejarnos por un momento de las *trattorie* con sus camareros cantando el menú y llamando a los turistas, para regresar al bar moruno que vende kebabs. En todas las ciudades crece alguno. Las plazoletillas torcidas sin hojas de parra colgando de la fachada, pero con estudiantes sentados en sus escalones bebiéndose una cerveza y brindándose a la noche.

Pensé que Paul jamás se habría sentado allí, ni habría bebido cerveza barata en un vaso de plástico. Él nunca había tenido espíritu hippy, aunque era capaz de adaptarse a cualquier situación y nunca encontrarse fuera de lugar, su carácter no iba con ello. Pensé que quizá Paul suponía un alto rendimiento, pero yo había pasado esos difíciles parámetros suyos. ¡Yo! Paul jugaba en otra liga por la que yo acababa de fichar. Me acurruqué bajo su brazo, me sentí a salvo y decidí que había hecho bien en salir con él.

Capítulo 15

Presenté el trabajo del festival de cine, y la mirada de aprobación de Giorgio me valió más incluso que aquel Pulizer-bote de champú que fingía ganar en la ducha. Además, Federica me aseguró que la salida con los otros periodistas había ido más o menos como yo había imaginado y que ninguno de ellos publicó ningún libro aquella noche ni se calzó zapatos de marca en lo alto de ningún rascacielos de Nueva York.

Aun así, mi hermana pareció contrariada cuando en una conversación por Skype, le mencioné el suceso, junto con otro kilo de nuevas.

—¡Pero no hagas eso! —protestó.

—¿El qué? —me extrañé yo, pues justo en ese instante me rascaba una ceja.

—Perder el culo por un tipo...

—¡Ah...! Pero si es lo que hago siempre... —me reí.

En cambio,cambio, Edurne no reía, negaba con la cabeza con desaprobación.

—Alaia, es que te fundes con ellos. Pierdes completamente la perspectiva.

—... Perdona, la idea de fundirme con Paul me ha puesto un poco cachonda, ¿qué decías?

—Deja de tomarme el pelo —protestó—. Te estoy hablando en serio.

—Y yo. Ahora mismo estoy tan burreta que solo quiero llamar a Paul para que nos fusionemos física y psíquicamente. ¡Y lo que íbamos a ahorrar en papel de culo!

—Eres increíble...

—¡No! Ahora, ¡somos increíbles!

Edurne y yo nos miramos un rato más a través de la pantalla del ordenador, ella enfadada y yo desafiante. Era mi método de defensa más eficaz. Tomarme a broma todas las críticas que me lanzase mi oponente, hasta agotarlo.

Funcionaba siempre, aunque no con mi hermana. Edurne se había criado conmigo y estaba acostumbrada a todos mis latiguillos. Ya habíamos tenido fuertes discusiones por cualquier tontería, sobre todo de adolescentes, a las que nuestra madre tenía que poner fin mandándonos a distintos lugares de la casa. Luego, cuando nos habíamos relajado, era mi padre el que nos reunía de nuevo e intentaba hacer de árbitro, a veces con poco éxito, pues yo volvía a disparar ironías en cuanto escuchaba algo que no me gustaba, y así era imposible. Al final mi hermana había aprendido a adaptarse a mis respuestas sarcásticas y las batallaba con cierta resignación.

En realidad, tampoco tenía muy claro de quién había heredado eso yo. Mis padres y mi hermana eran en general mucho más tranquilos y diplomáticos. Yo siempre había sido la difícil. Mi padre solía decir: «Cuando Alaia está a buenas, alegría, y cuando está a malas, ironía» en referencia a que dejaba de usar mi humor para alegrar a los demás y empezaba a usarlo como arma de combate.

Pero era superior a mis fuerzas. Edurne estaba desbarrando por completo. Paul me gustaba, pero no me iba a «fundir» con él. No estaba tragándose mi personalidad ni nada por el estilo. Por favor, si había llegado solo hacía algunas semanas a Roma. Había dudado si tomarme una cerveza con compañeros de trabajo y había decidido que prefería pasar mi tiempo con él. De ahí a la fusión había, definitivamente, un abismo.

—No se te puede decir nada —concluyó mi hermana al otro lado—. Supongo que ya eres mayorcita y además Paul y tú os conocéis de toda la vida. Pero, por favor, recuerda que a él le gustas precisamente por tu independencia, porque siempre has seguido adelante y a tu aire todo este tiempo. Así que no te conviertas en una MariLoli.

Hacía años que Edurne no usaba ese nombre, y en ese momento me hizo sonreír sin querer.

—No habrá MariLoli ni peligros de fusión —acerté a asentir.

En ese instante mi móvil empezó a sonar, Gabriele me llamaba para proponerme salir al mercado de *Porta Portese*. Saludé a mi hermana con la mano y colgamos.

—Vale —seguí al teléfono con Gabriele—, pero ¿te importa que invite a Paul también?

En Roma prácticamente en cada esquina podías encontrarte un chiringuito que variaba dependiendo de la parte de la ciudad. Si estabas cerca de *Piazza*

Navona te encontrabas con todos los caricaturistas y otros artistas callejeros, si ibas cerca del Vaticano abundaban los rosarios, los imanes y otras naderías cuando ibas por el centro. Pero el rey de los mercadillos en la capital era el de *Porta Portese*. Siguiendo la estela del río, una calle interminable en la que vendían de todo. Y de todo era de todo. Calzado, verduras, películas, bicicletas, muebles viejos, ropa de segunda mano...

Fue a mitad de camino que perdimos a Bruno cuando se paró a hablar con unas chicas que conocía de su facultad, y lo reencontramos veinte minutos más tarde cuando volvía con una sonrisa de picardía en la cara.

—¡Tengo su teléfono! —exclamó.

—¡Bravo! —aplaudió Valentina, que trataba de adelantar a unos viejillos. El mercado estaba hasta los topes—. ¿Esta también tiene ubres en vez de pechos?

—¿Quién tiene ubres en vez de pechos? —le preguntó él siguiéndola.

Paul, que me llevaba de la mano, se rio cerca de mi oreja.

—¿Y lo preguntas? —le espetó Gabriele distraídamente parándose en un puesto de libros usados.

Me uní a él, y empezamos a buscar algo que valiera la pena. Encontré un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*, pero no me decidí, pues no estaba convencida de ser capaz de leérmelo en italiano. Se lo pasé distraídamente a Gabriele mientras los otros hablaban a nuestro alrededor.

—Esta es normal, lo juro —siguió Bruno—. Estudia Medicina, está de Erasmo.

—Siempre he admirado a los estudiantes de Medicina —intervino Paul—, sacrifican su juventud por curar a los que la viven en continuo exceso.

—Pues yo soy de esos, así que espero que no pase mucho tiempo antes de que tenga que examinarme —respondió Bruno a través de un grupo de japoneses que pasaron entre nosotros sacando fotos.

—Podrías fingir una enfermedad genital crónica —le propuse yo de espaldas mientras continuaba ojeando los librillos—, así tendría que examinarte todas las semanas.

—Me encanta cómo trabaja tu mente —me dijo apareciendo a mi lado—. ¿Se te ocurre alguna?

—¿Qué tal... se me está cayendo el pene a trozos? —me burlé mirándole a los ojos.

Se había quedado parado muy cerca porque había mucha gente apretándonos

por todas partes.

—¿En plan lepra? —me respondió y nos echamos a reír.

Paul me acarició la espalda por el otro lado y yo me sobresalté. Me volví hacia él y me señaló *La historia interminable*. Sonreí vagamente y le respondí que ya lo tenía. Entretanto, Bruno desapareció de mi lado.

Me di cuenta de que Paul me miraba con una ceja enarcada que probablemente quería decir: «Vaya sarta de tonterías que habéis dicho en un minuto». Y también: «Por favor, no digas pene». Bueno, quizá lo último no, pero enrojecí sin poder evitarlo y escondí mi cara entre mi melena mientras me concentraba en la búsqueda de libros. Si seguía diciendo chorradas, Paul me terminaría por considerar una pava y entonces jamás habría pedida de mano, ni matrimonio, ni Pulitzer, ni Paul ni Alaia junior. Se buscaría una doctora, ¡cirujana! O una jueza. Alguien realmente sería con quien casarse y tener conversaciones elevadas, y ganar un mojón y vivir en una mansión. Paul parecía tener materia de multimillonario, o de casarse con alguien multimillonario.

Al final acepté el libro que Paul me señaló. Era una versión de *La divina comedia* que, estaba convencida, jamás lograría acabar. Pero él insistió en que, si iba a intentar leer en italiano, mejor hacerlo con un clásico de Dante. Aun así, fue la última compra. Lo tumultuoso del mercadillo nos estaba agobiando, así que nos fuimos a dar una vuelta lejos del jaleo. Aprovechando la primavera que se extendía como una maravillosa pandemia que repartía aire tibio y rinitis por igual, terminamos adormilados entre el sol y la sombra de las enormes hojas de los plataneros de la bellísima *Isola Tiberina*. Esta emergía en el río Tíber, cerca de la colina *Capitolina*.

—¿Conocéis la historia de la isla? —nos preguntó Gabriele, recostados todos en los escalones de piedra.

Nos explicó que se decía que después de la caída del rey Tarquinio el Soberbio, el pueblo romano arrojó el cuerpo de este en el punto del Tíber donde luego surgiría la isla, ya que sobre él se habrían ido acumulando arena y sedimentos que traía el río, hasta formarse durante años un puente de tierra por el que cruzar. Y que, debido a esos oscuros orígenes, la *Isola Tiberina* había sido considerada por los romanos como un lugar de malos augurios.

—A tal punto estaba arraigada esta creencia, que los romanos rehuían acercarse, y únicamente los peores criminales eran condenados a pasar aquí el resto de sus vidas —contó, logrando engatusarnos con su relato—. Solo

después de que la peste azotara Roma y en consecuencia construyeran en la isla el templo del dios griego de la medicina, el mal fario de esta se esfumó, pues justo cuando la construcción del templo estuvo lista, la peste terminó de flagelar Roma. Los ciudadanos, maravillados ante tan milagroso evento, decidieron convertir la isla en lo que ya parecía ser: Un enorme barco anclado en mitad del río.

Nos quedamos un instante en silencio con el final de la historia hasta que Bruno exclamó:

—¡O sea que estamos encima de un maldito muerto!

Nos reímos todos, yo había pensado exactamente lo mismo, pero mi Señorita Rottenmeier me llamó al orden pidiéndome que dejase de decir tonterías delante de Paul, permitiendo que Bruno se me adelantase.

—¿Es que preferirías estar sobre un vivo? —preguntó Valentina, ocultos sus ojos tras las gafas de sol.

—¿Es otro Cuerno o Cola? —sonrió Bruno sentado un poco más arriba.

—¿Qué es Cuerno o Cola? —preguntó Paul, que tenía mi cabeza en su regazo.

—¿Qué preferirías, tener un cuerno o una cola? —le pregunté yo suavemente.

—Ahhh... —dijo él, pero no respondió.

—Tienes que elegir —le animé sonriendo.

Él nos miró un tanto desconcertado.

—Creí que era un modo de plantear una pregunta de respuestas imposibles.

—Sí —asintió Gabriele amable, compadecido de Paul—. Pero a ellos les encanta jugar a intentar responderlas. Por ejemplo, yo siempre dije que preferiría la cola porque es más discreta, pero Alaia dijo que ella prefería llevar el cuerno como la verdad, por delante...

—Es que lo de la cola me parece muy sibilino y traidor, y podía dar lugar a sorpresas desagradables... —me defendí aún acostada.

—... y que te comprarías esmaltes de colores para decorar el cuerno... —se rio Gabriele recordando otra de las tonterías que se me habían ocurrido.

—A menos que la cola fuera una cola de mono —corregí yo levantando un dedo amonestador—. Una cola de mono lo cambiaría todo. Podría descolgarme de los árboles con ella, y tener siempre las manos libres...

Todos se rieron con la ridícula hipótesis, incluso Paul, que terminó opinando que un cuerno sería probablemente incómodo para muchas tareas

diarias, y que, a fin de cuentas, los seres humanos ya tenían cola en origen.

Al final del día nos despedimos de los demás y yo acompañé a Paul hacia su casa. El tiempo era maravilloso, ni frío, ni calor. Corría un aire benévolo de final de atardecer, y caminamos junto al río observando la ciudad que se dormía, sus luces nocturnas se encendían y un azul intenso tomaba el horizonte allá por el este.

—Se está genial —dije sonriente con solo una chaqueta de punto sobre mi camiseta—. No sé exactamente por qué, pero este airecillo me trae memorias del verano, me recuerda a cuando de niña iba a buscar el pan para mi madre, y bajaba sola la cuesta corta que separaba mi casa de la panadería. Qué tontería.

—Sería verano —respondió él—. Ibas a hacerle los recaditos a tu madre porque era verano y no tendrías que ir a la escuela, ¿no?

—Pues nunca lo había pensado, pero claro, tiene sentido —admití yo mientras aún caminábamos—. Tengo un recuerdo lejano de mí misma descendiendo esa cuesta bajo un cielo soleado, con unas mallas rojas cortas y una camiseta a rayas. Las cosas raras que se guardan en mi Cajita de los Recuerdos...

—¿Tu Cajita de los Recuerdos...? —sonrió él cuando alcanzábamos nuestro puente y girábamos para sumergirnos en el barrio de Prati.

Yo también sonreí. Ahora atesoraba muy voluntariamente memorias específicas en la Cajita de los Recuerdos. La consideraba demasiado valiosa para llenarla al azar, y solo cuando me sentía particularmente feliz, cuando un instante era único de algún modo o me inspiraba por algún motivo no siempre identificable, trataba de recordarlo en toda su esencia. Me fijaba en todos los detalles, me concentraba en los olores, en los ruidos, y sobre todo los escribía. Los fijaba en mi memoria para poder llevármelos siempre conmigo. Pero de niña aún no había aprendido a hacer eso, por lo que los hermosos recuerdos que se habían venido conmigo en la Cajita no eran momentos escogidos, sino momentos perdidos.

—La Cajita de los Recuerdos es el modo que tengo para referirme al lugar donde van todos esos instantes bonitos que retenemos —expliqué y me di cuenta de que Paul me observaba con interés, por lo que traté de expresarme bien y no sonar ridícula—. Como el recuerdo de las piscinas municipales del pueblo. Es un recuerdo muy difuso, pero me acuerdo del olor a cloro, la sensación del bañador mojado pegado a la piel, la tiritona cuando tenía frío, las aguadillas con el niño que me gustaba...

—O sea yo —bromeó Paul risueño.

—Casi siempre tú —le dije asintiendo aún pensativa—. Durante toda mi adolescencia.

—Luego ya se te pasó, ¿no? —me preguntó empujándome suavemente con el codo—. Cuando viste que no sabía jugar a Cuerno o Cola...

Se rio, pero su declaración me sorprendió. Escuchar a Paul admitir que no sabía algo, aunque se refiriese a las reglas de un juego tonto, era una novedad, y por un momento pensé que quizá él también se podía sentir inseguro a veces, o no partícipe. Tal vez él también temía que yo encontraste a un artista, un galerista de arte o alguien muy guay e igualmente multimillonario con el que tener conversaciones no trascendentales y jugar a Cuerno o Cola. Me enterneció.

—No, tú eres para siempre, ¿te acuerdas? —me reí, y le mostré la mano donde una vez estuvo la alianza de maíz que él me había ofrecido—. Me pusiste una ruedita de maíz en el dedo, eso es sagrado.

Nos besamos y me reí feliz. Éramos tan monos que daba vergüenza mirarnos. La historia de nuestra promesa con la ruedita de maíz era lo suficientemente adorable como para contarla el día de nuestra boda. La contaría él, y bromearía diciendo que finalmente me había podido comprar una alianza de verdad. Una con muchos diamantes. Los invitados de la boda aplaudirían y se reirían, y abriríamos el baile con una canción de Marvin Gaye. Mi MariLoli estaba extasiada.

Con una enorme sonrisa interna, decidí que guardaría ese momento en mi Cajita de los Recuerdos. Ese sol de abril poniéndose aún temprano, esa brisilla nocturna, ese cielo que se acostaba, esas luces que se encendían, el *Castello di Sant'Angelo* a nuestra espalda, y Paul caminando junto a mí, tomándome de la mano.

Mayo

Capítulo 16

La primavera avanzaba amaneciendo mañanas soleadas y tardes tibias que acababan con aperitivos después de la oficina. Pasaba todo mi tiempo con Paul, y casi no pisaba mi casa. Se había hecho cada vez más complicado contactarme y mis padres me tomaban un poco el pelo acerca de ello, aunque en realidad se alegraban de que estuviera bien.

De algún modo, tener a Paul había congelado mi vida, casi como si ninguna otra cosa, aparte de él, tuviera mucha importancia. ¡Pero era porque se marcharía en un mes! Su trabajo como reportero para los informativos de aquel canal luxemburgués comenzaría ese verano, por lo que no podía de ninguna manera alargar su estancia, como una vez consideramos en los primeros tiempos. Así que, ¿qué más me daba el mundo, si solo teníamos el ahora? Incluso me resbalaba que mi hermana tuviese razón y que solo me faltase fundirme con él. No entendía por qué eso tenía que ser malo. A no ser que para hacerlouviésemos que meternos en un horno a mil quinientos grados y derretirnos, claro.

Por la fiesta del primero de mayo cerraron el metro de *San Giovanni* para evitar colapsos. En la plaza de San Juan de Letrán se celebraban unos conciertos en los que participaban un montón de grupos musicales italianos y extranjeros, y los alrededores de la catedral se llenaban de chiringuitos y de juventud de todos los colores.

Definida como «la Madre de todas las iglesias del mundo», la Basílica de San Juan de Letrán era la catedral de Roma, y representaba el nexo de unión entre la época pagana y la cristiana. Tal vez por eso no le quedaba mal la fiesta juvenil en sus derredores. Aunque lo que más me gustaba a mí era la adyacente «Escalera Santa» formada por veintiocho peldaños.

—Según la tradición, son los mismos que subió y bajó Jesús cuando fue

llevado ante Poncio Pilatos —me informó Gabriele.

—Eres una maldita enciclopedia andante —expresé maravillada por enésima vez.

Aquel día nos juntamos todos a beber, a bailar y sobre todo a ver pasar a aquella marabunta de gente. Paul parecía un poco tenso en aquel lugar donde gente como mis vecinos franceses, Camille y Nico, nos rodeaban en su mayoría, pero intentaba disimularlo. En los conciertos, personajes del panorama musical italiano como Capparezza o Nina Zilli se subían a la tarima. A mitad del concierto de los primeros, soltaron unas enormes pelotas por el aire que el público comenzó a pasarse en plan multitudinario. Nico fue el peor, se puso a saltar como un loco, porque quería atrapar una para dársela a Camille, pero en cuanto esta tuvo la bola en sus manos, un montón de gente se tiró a por ella y casi la tumban.

Paul y yo nos acercamos a Bruno, Gabriele y Aldo. El último siempre se encontraba al lado del anterior, probablemente para aprovechar la cercanía impuesta por el gentío que nos rodeaba.

—Bueno, pero ¿quién elegirías? —le preguntaba con insistencia en ese momento.

—De verdad, entre Valentina y tú me ponéis la cabeza como un bombo con lo del Cuerno o Cola —respondió Gabriele molesto volviéndose a su vaso de cerveza. Aun así, era tan diplomático que nunca lo mandaba a freír espárragos, y de eso se aprovechaba Aldo.

Bruno se mondaba de risa entre ellos.

—Venga, eso es lo interesante. Si tuvieras que enrollarte con un chico, ¿quién sería? —insistió Aldo con claro gesto de frustración.

En cuanto Gabriele se lo dijera, él trataría de adoptar el mismo look, con la absurda esperanza de que así le miraría por fin.

—Que no lo sé... —respondió Gabriele y se soltó el primer botón de su camisa, aparentemente sofocado.

—Piensa en alguien que no te disguste —propuse yo y le guiñé un ojo a Aldo.

—No se me ocurre ningún chico que no me disguste, son chicos —protestó Gabriele lanzándome una mirada asesina—. Tienen barba, y nuez.

—Y sobre todo, no tienen pechos —señaló Bruno con gesto contrariado.

—Se me olvidaba la importancia de los pechos para vosotros —suspiró Aldo mirándose a sí mismo, como sopesando el aspecto que podría tener con

ellos.

—¿A ti también te ha hecho elegir? —le pregunté a Bruno, mientras unas chicas pasaban tras de mí y me empujaban un poco hacia el centro de nuestro pequeño círculo.

—Ajá —asintió él—. Yo dije que aceptaría a Gael García.

—¿Quién es? —se interesó Gabriele.

—¿Has visto *Diarios de motocicleta*?

—¿La del Che? ¿Te enrollarías con el Che Guevara? —preguntó Gabriele impresionado.

—Con el Che no, con el chico que lo interpretaba —le corrigió Bruno, como si le indignase la comparación—. No te vayas a pensar que soy una fresca.

—Bueno, pero si lo interpretaba sería porque se daban un aire —silbó Gabriele a quien los personajes históricos siempre impresionaban incluso cuando se trataba de hipnotizar sobre el sexo con ellos—. ¡Al menos sería cañero contarlo! Me he enrollado con el Che Guevara...

—Sexo revolucionario —exclamó Aldo contento de ver que algún hombre le pudiera interesar a Gabriele—. Ese tipo tiene un filón gay alucinante y no lo sabe.

—Eh, dejaros de rollos un momento —dijo entonces Bruno atajándonos y saludando a lo lejos a alguien—. Acabo de ver a Tamara.

Tamara era la chica que estudiaba Medicina y a quien Bruno había pedido su número en el mercadillo. Miré al fondo y vi a una chica menudita de pelo rubio que trataba de hacerse pasar entre una línea de espacio apretado.

—Mira, aquí viene, ¡eh! —la llamó.

Tenía cara de niña, con las mejillas demasiado sonrosadas. Llevaba unos vaqueros, deportivas y una blusa rosa a juego con sus mofletes.

—Hola, ¿cómo estás? —la saludó Bruno agarrándola del brazo para ayudarla a acercarse al grupo—. Mira, te presento. Estos son Gabriele, Aldo, Alaia y Paul. Ella es Tamara.

—Hola —nos saludó con una voz adolescente.

Los demás la saludamos por turnos. Realmente parecía muy tímida. Se hizo un silencio un poco raro, pero Gabriele, con su saber estar de siempre, lo resolvió de prisa:

—Bueno... Bruno dice que estudias Medicina. —le ofreció una de las cervezas que habíamos traído nosotros, pero ella la rechazó.

—Sí —respondió y no añadió nada más.

—¿Y ya sabes en qué te quieres especializar?

—No —respondió de nuevo.

—Ah —asintió Gabriele, al que se le habían acabado las ideas.

Como notando el silencio que se había formado de nuevo, ella decidió añadir:

—Me gusta Pediatría, pero no sé.

—Ya.

El resto de la conversación fue parecida y Paul y yo nos apartamos un poco del grupo. Me pasó la mano por la nuca, y sonriente me acerqué a su abrazo. Cuando estaba cerca de su oreja, sonreí y le susurré:

—Pediatría... Casi tenía pinta de seguir acudiendo ella al pediatra.

—¿Por qué? —me preguntó Paul intrigado.

Me reí, pero como él seguía serio torcí un poco el gesto.

—No, porque... no sé, ese interrogatorio tan raro, ¿no? Solo le faltaba esconderse detrás de las faldas de Bruno y que él respondiera por ella. «Dile al señor qué quieres hacer de mayor, dile, anda...».

—Madre mía, Alaia, pero ¿tú escuchas las conversaciones de tus amigos? —respondió él con sorna—. Igual está un poco feo que llames niña a la estudiante de Medicina que solo ha hablado de lo que le gustaría hacer con su futuro, en lugar de decidir si se acostaría con el Che o no.

Abrí la boca, pero inusualmente no salió sonido de ella. Con Paul perdía toda mi capacidad de respuesta y me costaba muchísimo volver a arrancar. Probablemente porque la que estaba al volante en ese instante era MariLoli. Pero también porque cada cosa que él decía tenía en mí un efecto mucho más hondo que el de la mayoría de la gente, y sentía la necesidad de analizar siempre su significado: Paul pensaba que mis amigos eran unos críos y se maravillaba de que yo los encontrase interesantes. Tal vez pensaba que no podría invitarlos a los cócteles futuros en nuestra mansión, después de haber ganado el Pulitzer. Que empezarían a hablar de tetas y de culos, a pedir birra mala en vaso de plástico y a sentarse por el suelo cuando se cansaban. Eso no encajaba con la mansión en Malibú. No tenía muy claro dónde quedaba Malibú, pero al parecer nuestra mansión estaría allí y mis amigos no podrían venir si se seguían comportando así. De hecho, quizá yo tampoco podría ir y me cambiaría por su mujer cirujana. ¿Sería Tamara la mujer cirujana que sembraría la cizaña entre nosotros? Por lo pronto, Paul acababa de defenderla.

—Solo se están divirtiendo, están de fiesta... —logré articular.

—Claro que sí —respondió él muy simplemente.

¿Y eso qué significaba? Me quedé mirándole atontada mientras aún me sostenía en sus brazos, hasta que él se dio cuenta de que mi gesto había cambiado. Sonríe de lado, como si no le hubiese entendido bien o estuviese exagerando de alguna manera.

—Venga, Alaia. Era una tontería —dijo estrechándome un poco más—. En verdad estoy un poco cansado y me pongo gruñón. Creo que me gustaría irme a casa.

Aquello me terminó de rematar. ¿Se había enfadado? ¿Estaba quizá pensando que era igual de cría que mis amigos y que jamás entendería sus complicados pensamientos? ¿Que ni tan siquiera merecía la pena explicarme su punto de vista? ¿Necesitaba marcharse para tener tiempo sin mí y considerar si seguir viéndome? ¿O tal vez fantasear con la posibilidad de que Tamara fuese su nueva cirujana?

—¿Qué? Pero si acaba de empezar la fiesta... —supliqué tomándolo por el cuello—. No te vayas aún...

—Nah, de todos modos, no es mi rollo —respondió—. Hay demasiada gente y me estoy agobiando un poco. Pero no te preocupes, tú quédate.

¿Quería decir que no era su rollo, pero sí el mío? ¿Por qué? ¿Era por lo que le había dicho de Tamara? Yo también podía responder monosílabos cuando alguien me preguntaba sobre mi futuro. De hecho, mi estilo era más bien farfullar como un niño de dos años sin decir nada con sentido, pero podía perfectamente adaptar mi discurso a una ristra de síes y noes si era lo que a él le gustaba.

—¡No, no! —negué a juego con mis pensamientos, cuando la ansiedad me empezó a trepar por los tobillos—. Me marcho contigo, tienes razón. Si total esto es demasiado jaleo y no quiero que te vayas enfadado...

Él me observó confuso un instante:

—Alaia, no te vuelvas loca, no me he enfadado —y para corroborarlo me dio un largo beso—. Venga, quédate con tus amigos y diviértete. Nosotros hablamos mañana, ¿vale?

Se alejó entre la gente dejándome allí en medio de una amarga confusión. Los demás en cambio disfrutaron de aquel día todo lo que pudieron: Bruno se acabó enrollando con Tamara, y Aldo desapareció con un chico rubio y bajito que nadie conocía. Valentina, en cambio, aquel día se volvió pronto a casa

acompañada de Nico y Camille. No parecía la habitual alma de la fiesta. Había mirado alrededor varias veces entre el gentío, probablemente con la sólida paranoia de que su psicópata apareciese por algún sitio. Tendría que pasar algo de tiempo antes de que se le pasase por completo el susto. Aquel día, para empezar, no se ligó a nadie y procuró ignorar a casi todos los especímenes que se le acercaban. Aunque sí que zumbó alrededor de Gabriele como una abeja cerca de una amapola.

Observándola aquellos meses ya casi me había convencido de que estaba absolutamente enamorada de Gabriele por más que ella se lo negase al mundo o a sí misma. Luchaba por evitar mostrarlo, pero pasábamos demasiado tiempo juntos como para ignorarlo. Las malas caras cada vez que cualquier chica amenazaba con acercarse a él, ya fuese Ilaria o la nueva camarera del Elephant, lo habían ido subrayando. Pero era algo más. Aunque al principio me había pasado desapercibido, hacía tiempo que había comenzado a leer un significado oculto en algunas de las sonrisillas soñadoras que se le escapaban a veces a Valentina cuando no se creía observada, o cómo simplemente le cambiaba el humor cuando él estaba cerca.

Pero aparte del eterno rechazo al que él la había sometido y que obviamente la había acobardado por primera vez frente a un tipo, resolví que Valentina tenía un pánico innato al compromiso. En muchas ocasiones no se enredaba con nadie porque sencillamente no se sentía interesada, pero en el caso de Gabriele me parecía que era más un miedo atroz. A sufrir y a hacer sufrir. A cansarse después de lograr su parabién y tener que dejarle en la más absoluta de las debacles. Hacer daño a alguien que quería no era tan liviano como abandonar corazoncillos anónimos. Así que vivía su relación con Gabriele en una continua contención.

—Eso sí que no me lo esperaba —afirmó Gabriele cuando ambos regresábamos solos hacia casa en metro.

—¿El qué no te esperabas? —pregunté.

—Pues Valy. Me ha dejado pasmado, no solo que no se enrollase con nadie hoy, sino que no hiciese caso a ninguno de los tipos que se le han acercado —siguió él, al parecer ignorando las atenciones que le dedicaba su amiga.

En lugar de eso discutimos de nuevo sobre el terrible encuentro de Valentina con el psicópata. Gabriele me dijo que le había preguntado a su amiga Ilaria por él, ya que estaba en la fiesta que ella había organizado en la Librería de cine, pero dijo que no le conocía y argumentó que el evento era abierto, de

modo que no tenía modo de saber quién era exactamente. Hablamos de las agresiones sexuales en Italia y ambos coincidimos en que el modo de atajar el problema no era solo con campañas publicitarias hacia las chicas sobre cuánto debían protegerse o estar atentas, sino con la educación hacia los chicos sobre el respeto y la igualdad de género.

De pronto sentí muchísimo que Paul no estuviese presente en aquel instante, atendiendo a una conversación que no hablase de Cuerno o Cola. Que se diese cuenta de que mis amigos y yo también teníamos diálogos sobre la actualidad y el mundo que nos rodeaba. Que también teníamos nuestro espacio para filosofar y arreglar el planeta.

Sonreí observando a Gabriele. A él le sorprendía que Valentina no se hubiese enrollado con nadie aquel día, pero a mí me sorprendía que él no lo hiciese prácticamente nunca. Era uno de los chicos más agradables que había conocido jamás: educado y tranquilo, muy culto. Pero en el tiempo que llevaba en Roma no le había conocido más que un par de ligues. También su amiga Ilaria era su amiga solo porque él quería. Al principio no lo comprendí muy bien, pero después me di cuenta. Esperaba a su Princesa Azul, igual que yo. Solo que mi espera había sido siempre activa.

—De todas maneras —siguió él mientras salíamos del metro—, lo que más me ha sorprendido hoy no ha sido Valentina. Has sido tú, que te has quedado con nosotros, aunque Paul se haya ido...

Me paré en mitad de las escaleras de salida y le miré sorprendida. No me esperaba un ataque tan directo.

—Bueno, y que estés volviendo a casa conmigo —sonrió él deteniéndose un poco más adelante—. Es que últimamente te llamamos «desaparecida»...

Su tono era ligero, solo estaba dándome un toque amistoso, así que yo le correspondí con una sonrisa que quería reconocer sus palabras sin verbalizarlo.

—Es que en realidad no estoy aquí, Gabriele —dije con tono místico—, solo soy una proyección de tu imaginación...

Nos reímos, y reanudamos la marcha escaleras arriba, de vuelta a la Roma de la superficie. Lo cierto era que había aceptado quedarme con Gabriele hasta última hora, porque sabía que si regresaba a casa me comerían las paredes. Empezaría a darle vueltas a mi conversación con Paul, pensaría en su marcha y en la posibilidad de perderle, y me sentiría completamente angustiada. ¿Por qué el amor en todas sus variantes me ponía tan nerviosa e

insegura? Gabriele no lo estaba. Era un auténtico romántico, aquel que no tiene prisa porque sabe que el verdadero amor acaba llegando, hace por llegar. Se abre camino entre la rosaeda mágica, lucha contra el dragón y trepa hasta la última torre del castillo.

Comprendí por qué a Valentina le había resultado tan interesante, y es que, frente al resto de los chicos con los que ella salía, Gabriele suponía un reto real.

Capítulo 17

Tras mi pequeña incursión en el Festival de Cine Español, el trabajo había vuelto a su curso, y la falta de novedades o motivación me habían terminado volviendo a aburrir. Los continuos problemas de la crisis económica ocupaban casi todo mi tiempo en la web, donde el movimiento de los indignados comenzó a asomar como la punta del iceberg de un montón de gente agotada de la situación del país. Y lo único de lo que se hablaba era de Bankia, los continuos recortes que el gobierno español estaba aplicando, sobre todo en sanidad y educación, y de los desahucios. La situación era horrible y absolutamente deprimente. Cada vez que me tenía que poner a traducir o volcar algún dossier sobre el tema, me entraban ganas de hacer cualquier cosa más interesante, como, por ejemplo, entrar en estado vegetativo terminal.

Así el tiempo en la redacción eran solo horas que ocupaban mi día hasta que podía salir y anestesiarme con Roma y mi visión parcial del mundo. La oficina se había convertido, una vez más, en solo un trámite que me servía para alimentarme. A veces un trámite particularmente desagradable, como cuando a Francesca le daban sus arrebatos esquizofrénicos. El jueves de aquella semana, discutió con el director del grupo informático a decibelios audibles a dos manzanas, y culminó con ella dejando la sala de reuniones a portazo limpio y al grito de:

—¡Ya te puedes ir a tomar por el culo!

Así, sin eufemismos ni originalidad alguna. ¡Con todas las modalidades que había para mandar a alguien al otro país, me pareció un desperdicio de mala baba! Pero todo lo que le faltaba en originalidad le sobraba en ser una perra del infierno. Salió hecha una pequeña fierecilla de la sala de reuniones y todo el mundo agachó su cabeza de vuelta a su mesa, por miedo a los efectos colaterales de la explosión. Yo miré de reojo a Giorgio por encima de mi

ordenador, pero él se mostró concentrado en su tarea, dándome a entender que cualquier comentario sobraba en aquel instante. Así que me tragué las ganas que mi SuperCotidiana interior tuvo de comentar con voz infantil: «Francesca ha dicho culo».

Al menos mi estrés laboral no era el único: los universitarios tenían los exámenes a la vuelta de la esquina y por lo tanto mis amigos estaban histéricos. Valentina, además, presentaba al mismo tiempo su proyecto de fin de carrera. Era cierto que después del susto con el psicópata ya no tenía liges de una noche, pero también era cierto que no tenía dónde meterlos. Siempre que me iba de casa la dejaba enterrada en una montaña de libros y papelotes, y cuando regresaba ahí me la volvía a encontrar. Había terminado haciéndole de madre a tiempo completo. Le dejaba *tuppers* de comida en la nevera y hasta le hacía la colada.

—Los sobres de pasta fresca rellenos de espinaca y ricota son los *ravioli*, y parecidos a estos están los *Cappelletti*, que son bolsitas rellenas de carne — me soltaba de vez en cuando señalando los platos que yo le preparaba.

No sabía cómo le iba a ella el estudio, pero al parecer lo de darme clases sobre los tipos de pasta se lo había tomado en serio.

Bruno también tenía su dosis de estrés, pues quería graduarse aquel año, para así poder solicitar las prácticas en Roma al acabar el curso. Había hablado con Ilaria, la amiga de Gabriele, pues, en la Librería de cine en la que ella trabajaba, casi todos los años tomaban becarios por un periodo de tres o cuatro meses. Su intención era quedarse allí ese tiempo y después decidir qué hacer con su vida. Era la segunda carrera que traía a sus espaldas, y parecía que ya le llegaba la hora de abandonar su mochila de estudiante y adentrarse en el mundo de los mayores.

Aquella tarde Paul tenía cierre en el periódico y acababa muy tarde, así que yo traté de escribir aburrida en el blog sin mucho éxito. Estaba bloqueada. Nada divertido se me ocurría últimamente, y no solo a la hora de escribir. Me sentía algo aplatanada, aunque no entendía por qué. Todo en mi vida marchaba, tenía trabajo, tenía amigos y por una maldita vez tenía alguien que me quería. El universo estaba en paz y equilibrio. Sin embargo, parecía claro que mi fuente creativa se había agotado.

Pensaba en eso mientras miraba aburrida a la pantalla del ordenador, cuando escuché a Camille entrar en casa y parlotear con Valentina al otro lado. Al parecer venía a llorarnos para que saliéramos aquel viernes a una fiesta en

la Universidad de La Sapienza. Nico pasaba unos días en Lyon visitando a su familia, y ella, aburrída sin tener a nadie con quien destruir el somier, se había pasado llamando a nuestro piso toda la semana. Dos minutos después, Valentina entraba determinada en mi cuarto, seguida de Camille:

—Alaia, hoy salimos.

—¿No tenías que estudiar? —pregunté un tanto desconcertada ante aquel baile improvisado.

—Sí, pero todo lo que he hecho en las dos últimas horas ha sido hacerme la cera fría en las piernas y un té —se justificó—. Estoy saturada, no puedo seguir estudiando. Pero si salimos esta noche, mañana tendré menos tiempo, la presión aumentará y no me quedará más remedio que estudiar.

—Además, se te han acabado los pelos del cuerpo que quitarte y tendrías que empezar a depilarte las pestañas —apunté yo aún revirada en mi escritorio—. Es la teoría más absurda que he escuchado últimamente...

Me volví a mi ordenador pensando en que, si salía con ellas, perdería cualquier oportunidad de ver a Paul, aunque fuese media hora antes de irnos a dormir.

—Te dije que ella no saldría —señaló Valentina a Camille.

—¿Y eso qué quiere decir? —me giré de nuevo molesta.

—Nada —respondió Valentina de mala gana, a quien el estrés del estudio ponía más borde de lo habitual.

Recordé los modos más amables de Gabriele indicándome el mismo concepto que Valentina había insinuado con tono sarcástico, y decidí imaginarme que también ella se había expresado educadamente, en lugar de con su frecuente acidez.

—¡Vaaaleee! —acepté finalmente cuando ellas ya estaban saliendo de mi habitación.

Yo no lo sabía, porque hasta esa fecha ni siquiera había visitado la Universidad de La Sapienza, pero resultaba que era la universidad más grande de Europa y se encontraba entre las primeras del mundo por número de estudiantes. Su enormidad y superpoblación la convertían en una especie de colmena. Una suerte de barrio con sus cafeterías, bibliotecas, y parques. Demasiado señorial para el ambiente que la recorría día a día, que la dejaba ajada, como una reliquia de tiempos pasados ahora venida a menos. Igual que aquel viernes que se vistió de fiesta estudiantil con tintes de izquierdas. Pancartas, chiringuitos, cerveza mala, jóvenes tumbados en la hierba

fumándose la noche en tabaco de liar.

El ambiente me recordaba profundamente mis años universitarios, de los que ciertamente no me encontraba tan lejos, y sin embargo, a mis veinticuatro años, tuve una sensación de vejez prematura. Eran las camisetas estampadas, las mallas, las converse de colores, los cortes de pelo escalonados, la búsqueda de una identidad que todavía no se ha encontrado. O tal vez era la pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve... ¿Tú?

—*Vntictro*.

—Perdona, ¿qué?

—¡NO TE LO DIGO!

Aldo llegó un poco más tarde, y los cuatro nos sentamos en la hierba a beber cerveza de un chiringuito cercano, rodeados de otros estudiantes que hacían lo mismo. Bebimos demasiado, y aunque nadie tuvo que hacerme la coleta, me mecí en las risas templadas de mi ligera ebriedad. Las chorradas volvieron a mí. Las benditas chorradas que me definían, y que me dejaban espacio para la imaginación y las locuras, y de pronto me sentí inmensamente liberada.

El poder del efecto Spice Girl, la criptonita de SuperCotidiana:
Capítulo 9. Ese grupo de chicas lerdas que se visten igual y gritan mucho allá donde se encuentran, normalmente en el transporte público de camino o de vuelta de alguna fiesta. Alborotan tanto que todo el mundo las mira, y las acaba etiquetando como el grupo de las buenorras. Aunque no estén buenas. A veces son unos trolls, pero el efecto Spice Girl sobrevuela sobre ellas inutilizando nuestros filtros habituales. A SuperCotidiana le encantaría abrirles la tapa de los sesos y sorberles el cerebro, es bajo en calorías. Pero muchas veces pierde en esta pelea virtual, cuando el efecto Spice Girl se apodera de sí misma y termina con las lerdas, de pie en los bancos del parque, cantando Wanna Be.

Llevaba demasiado tiempo encorsetando mi verdadero yo, esa era la causa

principal de mi bloqueo. Mi Señorita Rottenmeier. Había estado más rígida que si me hubieran metido el palo de una escoba por el maldito orto. Y me estaba matando. ¿Hacía cuánto que no me reía a mandíbula batiente, bailaba como una loca sin sicomotricidad alguna o decía una burrada políticamente incorrecta? ¡Y yo lo necesitaba! Era mi modo de liberar tensión.

¿Y todo por qué? Por Paul, por no contrariarlo, por disimular frente a él que no había leído nunca a Tolstoi. No mostrarle ni remotamente que yo también iba al váter todas las mañanas. Pero eso era insostenible a largo plazo, uno no podía ocultar eternamente quién era, ni aguantarse la caca dentro sin explotar. Yo al menos no podía.

Mi hermana tenía razón después de todo; iba camino de fundirme con él. Realmente había interiorizado a la Alaia de Paul, renunciando a mis pequeñas idioteces, hasta había dejado de escribir en el blog, por temor a que él estuviese leyendo. Estaba ya agradeciendo esa salida lejos de los ojos de Paul, quien, al parecer, me creaba esa tensión no consciente, y pensando en que aquel veto voluntario debía acabar de inmediato, cuando Valentina y Camille regresaron del baño en pleno ataque de risa:

—¡Ay, Dios, no os imagináis lo que acaba de hacer esta loca! —exclamó Valentina señalando a Camille—. ¡Luego me llamaréis fresca a mí!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aldo curioso.

Las otras se volvieron a sentar con nosotros en el suelo, con poca delicadeza, pues ya estaban bastante achispadas.

—¡Se acaba de comer la boca con un tipo, ahí, a la salida del baño, mientras me esperaba! —señaló Valentina aún alucinada.

Aldo se sumó a las risas y la incredulidad, pero yo me sentí un poco incómoda.

—Camille, ¿qué dices? —pregunté—. ¿Y Nico?

Ella se encogió de hombros y bebió otro trago de su cerveza.

—Nico está en Lyon. Y de todas maneras tenemos una relación abierta.

Se sacudió su esponjosa melena rubia hacia atrás mientras los demás aún se carcajaban. Pero yo seguía sintiéndome confusa.

—Tenéis... ¿qué quiere decir que tenéis una relación abierta? ¿A Nico no le importa que te enrolles con otros?

Mientras hablaba, Aldo y Valentina se fueron calmando y Camille se volvió a mí sonriendo con simplicidad.

—No.

Su respuesta era tan honesta que no supe qué contestar, aunque probablemente el alcohol en vena tampoco me dejaba desengrasar mi rapidez mental, atrofiada en las últimas semanas. Pero tal vez comprendiendo mi silencioso desconcierto, Camille trató de explicarse mejor:

—Tampoco es algo que hagamos habitualmente y menos si está el otro delante. Pero comprendemos la relación como algo más que una lista de normas y prohibiciones —señaló como si hablase de algo absolutamente obvio—. La exclusividad es un invento de la humanidad. Comprendo el concepto de la monogamia como un método natural de criar a la prole, de crear un hogar, una familia. Pero el sexo, ¿qué tiene que ver el sexo con todo eso?

—¡Amén, hermana! —brindó Aldo con su cerveza y luego se echaron a reír.

Pero yo no supe qué decir. Por supuesto que había aceptado que, en la distancia, Paul y yo no habríamos tenido ningún compromiso. Pero Paul y yo no nos habíamos considerado novios desde la adolescencia. Después de eso, si lográbamos vernos una vez al año, solía ser un éxito, e incluso no siempre que nos vimos sucedió algo entre nosotros. Había sido tan imposible de sostener, que nuestra relación había quedado más relegada a una idea que una realidad física. Pero ahora que Paul estaba en Roma, ahora que todo parecía haberse concretado e intensificado, compartirlo me habría desquiciado. Ya me desquiciaba la hipotética jueza o cirujana con la que a veces lo imaginaba casado. Parte de mi relación con él se forjaba en la idea de que me había elegido a mí entre otras muchas posibilidades. Que veía en mí algo especial y que por ello era capaz de renunciar a un tentempié goloso una noche de fiesta.

—A mí me parece un planazo —respondió Aldo mientras yo seguía digiriendo ese nuevo punto de vista—. No habría presión alguna sobre las expectativas maritales. Yo me podría incluso casar con una chica con la que me llevase muy bien, hacer felices a mis padres, y después simplemente acostarme con quién me diera la gana. ¿Valy, estás libre?

—En realidad todo el concepto es genial —afirmó Valentina riendo—. Aunque yo no creo que pudiese practicarlo. Mi familia me ha grabado a fuego el concepto de matrimonio y ahora sería casi imposible que me lo pudiera saltar. Por eso de momento solo lo evito todo lo que puedo...

—Pero ¿y no tienes celos? —interrumpí dirigiéndome a Camille.

Valentina se adelantó a responderme con otro de los pellizquitos de monja que me venía dando desde el principio de la noche:

—Alaia, no todo el mundo tiene que concebir las relaciones de pareja como tú.

—Yo no he dicho eso... —respondí de mala gana, pensando en que follarse a todo lo que se moviera no podía ser encuadrado en ningún término como «relación de pareja».

—¿Tú tienes una hermana, no? —me preguntó en tanto Camille sin alterarse.

—¿Qué? Sí —respondí confusa volviéndome, pensando si acaso también quería enrollarse con ella—, tengo una...

—Y supongo que vuestros padres os habrán querido, abrazado y mimado a las dos, más o menos por igual —siguió mientras con la mano derecha pedía a Valentina que se calmase, pues parecía querer seguir increpándome—. ¿Tienes acaso celos de ella? ¿Te sientes insegura cuando tus padres pasan tiempo con ella y contigo no?

—Eso es diferente —negué balbuceante—, el amor paternal es casi incondicional...

Camille negó con la cabeza.

—Vale, te pondré otro ejemplo. ¿Tienes celos de alguno de nosotros? —miró alrededor para indicarme a Aldo y Valentina—. Todos somos amigos. A veces quedas con unos, a veces con otros. Tienes amigos también en Bilbao...

Abrí la boca para hablar, pero no pronuncié palabra y ella siguió:

—De hecho, a veces tus amigos quedan sin ti cuando no estás y a veces sencillamente no te llaman porque no se les ocurre, o porque prefieren ver a otros amigos ese día. Pero tú no te alteras. Ni desconfías, ni piensas que te quieran menos. ¿Por qué ese tipo de tranquilidad no puede extenderse al entorno de la pareja? —hizo una pausa, pero una vez más no supe qué responder—. Nico y yo nos queremos, no tenemos dudas de ello y por eso no es un problema cuando uno de los dos siente la necesidad de acostarse con otra persona, ya sea por deseo o por novedad. No cambia lo que sentimos por el otro.

Acabó su discurso con la misma sonrisa sencilla que llevaba puesta siempre, y ante mi pasmo continuo agitó los hombros y se volvió risueña a los otros, para servirse más cerveza. Su visión de la pareja era sin duda reveladora para mí y, a pesar de mi niebla mental, comprendía su punto de vista, aunque me negase a practicarlo. No podía evitarlo, al igual que Valentina, había sido expuesta a esas normas sociales el suficiente tiempo para sentirme culturalmente condicionada. Aunque admiraba la determinación de

Nico y Camille.

Pero eran las tres de la mañana y estaba un poco pedo, así que fui incapaz de verbalizar aquel bonito discurso mental, y en lugar de eso solo pude responder:

—Me sigue pareciendo una locura...

—¡Por Dios, Alaia! —estalló Valentina ya sin medias tintas—. ¡Abre un poco tu mente! No todo el mundo se quiere casar y tener hijitos como la Susanita de Mafalda.

Una especie de corriente eléctrica me recorrió la espina dorsal liberando mis poderes mordaces de SuperCotidiana, que normalmente tenía retenidos la SeñoritaRottenmeier, sobre todo en esas últimas semanas.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Las tres *Mosqueperras*? —respondí mirando a mis tres amigos que se sumieron en un silencio incómodo—. A ver si va a resultar que ahora tengo que repartirme a Paul con vosotras para tener la mente abierta.

—Ah, por eso no te preocupes —respondió Valentina con todo su sarcasmo—. Que a ninguna nos gusta Paul.

—¿Qué?

—A mí sí me gusta Paul... —quiso mediar Aldo en un susurro.

—A ti te gusta todo lo que pesa más de sesenta kilos —le espetó Valentina, antes de volverse a mí de nuevo—. Estás tan cegada en pasar con Paul cada minuto de tu vida, que ni siquiera eres capaz de ver que no nos gustamos. Ni él a nosotros, ni nosotros a él.

Al parecer esa noche se me iba a dormir la mandíbula de dejar tanto la boca abierta.

—¿De qué estás hablando? Paul jamás ha dicho nada malo de vosotros...

—Valy, venga... —pidió Camille tomándola del brazo, pero Valentina se había desatado.

—¡Oh, no, no le hace falta! La cantidad de muecas de mierda que puede dedicarnos ese chico en una tarde. Y tú ahí, embobada, pidiéndole que juegue con nosotros a Cuerno o Cola. ¡Como si nos estuviese haciendo un favor! ¡Que es un puto juego, que solo es para reírse! Joder, lo esnob que puede ser ese hombre...

—¿Esnob? —respondí desquiciada, poniéndome en pie, mientras Aldo hacía lo propio y me pedía a mi vez que me calmase sin ningún éxito—. ¿Y tú te atreves a juzgarlo? Al menos no es un maldito psicópata del que tenemos

que ir a salvar tu culo inconsciente. Tal vez si eligieras a tipos esnob en lugar de a cretinos descerebrados te iría un poquito mejor...

Y según dije eso me volví sobre mí misma y me fui dando zancadas, alejándome de Aldo y Camille, que me llamaban para que regresase.

No fue hasta que se me empezó a pasar la borrachera que comencé a sentirme avergonzada y sumamente arrepentida del modo ridículo en el que nos acabábamos de comportar. Quizá no estaba tan lejos de mi yo universitario después de todo.

Capítulo 18

«No, no, no», pensaba, y solo me faltaba darme de cabezazos contra algo para haber puesto más énfasis en mi negociación. ¿Qué estúpida discusión acabábamos de tener? Qué ridiculez, no hablaba yo, hablaba la cerveza. Todo había sido tan adolescente que solo me faltaba un pantalón de talle alto y una americana con las hombreras nevadas para completar el cuadro.

Valentina se había pasado catorce mil millones de pueblos, pero eso no era excusa. Yo no tenía que haber entrado al trapo. Quizá Paul no estaba exactamente en su salsa con mis amigos, pero yo no había mentido al jurar que nunca había dicho nada malo de ellos. Y era verdad que había pasado mucho tiempo con él últimamente, más del que seguramente recomendaría la Organización Mundial de la Salud, pero era porque él pronto se marcharía, concretamente en dos semanas, y sabía que nuestro tiempo juntos era limitado. Pero, sobre todo, ese era mi maldito problema.

No hay quien duerma con tanto jaleo ahí arriba: 4 de la mañana. Ojos abiertos. Calor. Sábanas para abajo. Xiiit. Sed. Agua. Gloglo. ¡Ahhh! Venga, ahora duérmete. Giro a la derecha. Garganta. Ejem. Tos. Tojotojo. ¿Pis? No, duérmete, te vas a desvelar. Pis. ¡No! ¡Pis! Vale, Pis. Psssss. Venga, ahora a dormir. Vuelta a la izquierda. Frío. Sábana para arriba. Xiiit. Garganta. Ejem. Tos. Tojotojo. ¿Hambre? No, hambre sí que no. Voz susurrante en mi cabeza: ha quedado pizza margheritta... ¡No! Pizza. ¡Que no! Pizza, pizza, pizza. ¡Basta! Pizza. Vale, pizza. Ñam, ñam, soy una cerda, ñam. Ahora ya sí, venga, duérmete. Giro a la derecha. Oh, ¿acidez? No, no, venga, duérmete. Sed. Agua. Gloglo. ¡A dormir! Cuenta ovejitas. Una, dos, tres... cuatro... Un alfiler cae en el piso de arriba. ¡DUÉRMETE!

Tras varias horas sin poder pegar ojo en mi cama, resolví que hablaría con Valentina en cuanto pudiese. Lo que no fue pronto. Ella al parecer estaba aún más enfadada que yo y me evitó todo el fin de semana, no la vi ni una sola vez por el piso. Suponía que se había quedado a hibernar en la guarida de Camille, pero cuando llegó el lunes por la mañana aún no nos habíamos cruzado.

Me sentía realmente mal por el modo en el que se estaba comportando, sobre todo porque no me había podido desahogar con nadie. No quería hablar con Gabriele o mi hermana, ni definitivamente con Bruno, personas que me habían dejado bastante claro que no les gustaba demasiado mi yo junto a Paul, y temía que me juzgasen o se pusiesen de parte de Valentina. Y desde luego no se lo podía contar a Paul, sin ponerle definitivamente en contra de ellos. Así que guardé silencio todo el fin de semana y, por una vez al menos, agradecí tener que ir el lunes a trabajar y poder concentrarme en otra cosa. Aunque lo agradecí muy brevemente:

—Alaia, Francesca quiere hablar contigo —me dijo Giorgio, y por su cara supe que nada bueno le podía preceder a tal afirmación.

Aun así, de camino a su despacho traté de concentrarme en algo bueno que Francesca pudiese decirme a mí, pero a lo que Giorgio jamás hubiera podido poner buena cara: «Alaia, hay un asesino a sueldo en el edificio que quiere acabar con mi vida. Tenéis que abandonar todos la oficina cuanto antes». La idea me animó por un instante. Era factible que hubiese un asesino a sueldo que quisiese acabar con la vida de Francesca, ¡cuánta gente pagaría por que algo así sucediese! Pero no debía ilusionarme. Ella jamás me avisaría para que nos librásemos los demás...

Cuando llegué, toqué la puerta abierta suavemente, y ella levantó la cara de su ordenador.

—Siéntate —me indicó con un levísimo golpe de mentón, y yo obedecí mientras me preguntaba si se pondría cojines debajo del culo para llegar a la mesa. Terminó lo que estaba haciendo en su ordenador, y pensé que quizá no estaba trabajando, sino comprando esos cojines para el asiento en Amazon. Volví a tierra cuando me di cuenta de que me estaba mirando fijamente.

«¿Qué mierda quieres?», quiso preguntar mi SuperCotidiana, cuando el silencio que manteníamos empezó a hacerse cada vez más opresor. En lugar de eso solo inquirí:

—¿Sí...?

Ella pareció molesta de que interrumpiese su momento de deleite poderoso, en el que le gustaba hacernos sentir como un insecto indefenso antes de ser aplastado.

—Estaba intentando darte la oportunidad de disculparte tú sólita, pero ya veo que ni eso eres capaz de hacer bien —respondió al fin.

«Aún no sé qué mierda quieres», volví a pensar, tratando de recordar qué había podido molestarla, y me preguntaba si en realidad no había nada y solo estaba practicando un jueguito psicótico conmigo, para ver si yo confesaba algo que ella no sabía.

Decidí cerrarme en banda:

—¿Disculparme, por qué?

Ella endureció aún más el gesto.

—Esto es alucinante —espetó girando su ordenador hacia mí—. Has publicado un artículo con información errónea...

Mi corazón empezó a acelerarse. ¿Era posible que la bruja de mi jefa tuviera razón y yo hubiese metido la pata hasta dentro del zancarrón, dándole todas las excusas para que me crucificase en ese instante? Yo no publicaba muchos artículos propios, casi siempre traducía los italianos o volcaba dosieres de prensa. ¿Qué había hecho mal?

—«Veintiséis personas mueren en los terremotos de *Bologna*» —leyó ella recordándome la noticia.

Enseguida me di cuenta de por qué me iban a caer sus gritos de Tarzán. O más bien de mona Chita. El artículo estaba mal titulado. De hecho, en el interior se especificaban los verdaderos datos, según los cuales, veintiséis personas habían muerto durante los fuertes seísmos sucedidos en la región Emiglia-Romana, concretamente en Finale Emilia y Medolla, y no en Bologna, ciudad principal de la región. ¡Pero aquel ni siquiera era mi artículo! Sino una traducción que me había mandado la propia Francesca de una noticia de la versión italiana de *Punto e a Capo*. El título me había parecido incorrecto, pero al leer el contenido había pensado que simplemente buscaban un titular sensacionalista que reportase más entradas, como hacía a menudo la web.

—¿Y tú sabes algo de geografía? —comenzaron los chillidos—. Esto es información absolutamente falsa. ¿Es que ni tan siquiera lees lo que escribes?

—Yo... no... —traté de explicarme con un hilo de voz—. Francesca, el artículo no es mío. Es una traducción que me pediste de la noticia que habíais

publicado en la versión italiana...

—¿Y a mí qué me importa eso? —volvió a gritar, y supe que daría igual lo que dijese en ese instante porque la tormenta acababa de estallar, y mi endeble paraguas de excusas no me salvaría de la que iba a caerme encima—. ¿Qué clase de periodista eres si no eres capaz de comprobar la fuente? No estás aquí para copiar como una autómatas. ¿Es que no puede haber un error? ¿Es que tus compañeros no se pueden equivocar?

«¿Es que tú no te puedes equivocar? Porque eres tú la que me diste el puto artículo original», pensé una vez más sin despegar los labios, aguantando el chaparrón con toda la solidez posible. Solo quería que aquella mujer se callase y me dejase marchar. Y tal vez que apareciese un águila y le picotease los ojos.

Siguió gritando esperpentos, llamándome inútil, y amenazando con despedirme si no espabilaba. Me dijo que ya llevaba muchos meses en la redacción para cometer esos errores y que, si quería hacer algo de provecho, mejor haría en poner más cuidado en mi trabajo. No cejó hasta que la garganta debió de empezar a picarle. Fuera, estaba segura, más de uno me compadecía, pero también se alegraba, porque a Francesca no solía darle la voz para más de una bronca gorda diaria, lo que libraría a los demás por aquel lunes. Me pregunté por un instante si en realidad tenía una lista de todos sus empleados por orden alfabético, y durante el año nos iba llamando por turnos para chillarnos, sin importar si había motivo o no.

Cuando acabó de dejarse los higadillos en mi bronca, me dejó ir. ¡Hala! Ya le había jodido la mañana a alguien y ahora podía seguir con su infeliz vida sin abrazos. A mí me temblaban las rodillas cuando me levanté para volver a mi mesa y me mordí la lengua hasta hacerme sangre para contener las inmensas ganas que tenía de echarme a llorar. Evité a todo el mundo, me escapé al baño con mi teléfono móvil y llamé a Paul mientras trataba de acordarme de una de las frases preferidas de mi padre, que siempre afirmaba que una persona feliz nunca intentaría hacernos daño.

Paul me escuchó, me pidió que me calmase y me prometió que todo estaría bien. Que él vendría a buscarme aquel día a la oficina, que solo tratase de secarme las lágrimas antes de salir y no le demostrase a la perra de mi jefa que me había perturbado lo más mínimo. Al menos yo sí tenía abrazos.

Y flores. Paul apareció por la redacción al final del día con un pedazo de ramo de rosas que llamó la atención de todo el mundo, incluida la de mi jefa, a

la que vi por el rabillo del ojo, asomada desde su oficina.

—Eres increíble... —sonreí a Paul por primera vez en todo el día, aunque al mismo tiempo volvía a pelear con las lágrimas.

—Y que tu jefa te vea salir bien feliz —sonrió él tomándome por los hombros.

Me instó a abandonar mi bicicleta en el patio de la oficina, y así caminamos abrazados todo el paseo hasta el barrio de *Monti*, el *Trastevere* alejado del río, encajado entre el Coliseo y *piazza Venezia*. Paseamos por sus callejuelas adoquinadas y en cuesta, llenas de cafeterías interesantes, bares llenos de modernos, heladerías y bocaterías pequeñas y abarrotadas con la media luz del atardecer y la llegada del aperitivo.

Me llevó a uno de mis locales preferidos: una suerte de imperio retro, situado en lo que podía haber sido el garaje de una casa en los suburbios americanos, donde organizaban una velada de música folk. Con la cerveza nos sirvieron bocadillitos de salami picantes, sándwiches vegetales, pollo salteado, tartaletas de champiñones y enseguida me sentí mejor. La comida tenía un efecto casi sedante en mí, y agradecía que mi genética no me hiciese pagar aquel vicio en la báscula.

Me achuché a Paul mientras escuchábamos el concierto de folk, feliz y a salvo. Borré todas mis consideraciones anteriores a la discusión con Valentina. ¿En qué estaba pensando? Paul era mi auténtico Príncipe Azul y se merecía todos mis esfuerzos. Además, se marcharía pronto de nuevo, teníamos que aprovechar el tiempo antes de separarnos. Solo teníamos el presente. Aunque fuese un presente demasiado corto, un presente que ya era viejo y tenía una enfermedad terminal.

Junio

Capítulo 19

Aquella semana en la oficina procuré llegar, trabajar y pasar de largo sin llamar la atención de nada ni nadie. Giorgio trató de decirme que no fuese demasiado dura conmigo misma, que esas cosas pasaban todo el tiempo y que ya sabía que Francesca no era muy delicada. También Federica y otros compañeros me dedicaron frases veladas de ánimo. Pero a mí me daba igual. Si ya antes había empezado a resbalarme más y más la redacción, en aquel instante todo lo que a ella se refería me pasaba como el aire de un ventilador. Buscaría otro empleo, el que fuera. A Paul le quedaba una semana en Roma y cuando se marchase aún tendría menos sentido todo. Tal vez podría buscar trabajo en Luxemburgo, aunque mi francés era bastante lamentable.

Tampoco Valentina y su estúpido enfado me podían molestar menos. Ambas nos evitábamos y nos ignorábamos con incomodidad cuando coincidíamos en la cocina o la sala. Y ni tan siquiera había querido hablar con el resto de mis amigos, pues suponía que Valentina les había puesto al corriente y a esas alturas todos ellos estarían de su parte. Seguro que me detestaban. Seguro que hacían quedadas a escondidas para reírse de mí, de mi relación y de mis pecas. ¡Pues a ver si se reían igual cuando llegase mi cumpleaños y no los invitase a ninguno ni les dejase jugar con mis juguetes!

El último fin de semana antes de que Paul partiese de nuevo hacía Luxemburgo, insistió en llevarme al Jardín de los Naranjos. A mí, personalmente, me habría encantado quedarme en casa acurrucada bajo mi colcha, llorando amargamente por el destino impuesto. Se marchaba, se iría y me dejaría sola en aquel mundo cruel. Pero él continuaba fresco como una lechuga, como si aquella noche no fuera la última de aquellas semanas que vivimos, como si aquella noche fuera cualquier otra en la que nos encontrábamos después de mucho tiempo, y ambos tuviéramos que poner

nuestra mejor cara, nuestra mejor sonrisa.

El Jardín de los Naranjos era un lugar para relatar en novelas de misterio y aventura, un rincón que usualmente pasaba inadvertido entre los visitantes. Claro que perdía un poco de romanticismo cuando se llegaba a la cima sofocada y sudada, pues el jardín se situaba en el monte *Aventino*, una de las siete colinas en las que Roma fue fundada. Pero el jardín era absolutamente encantador: había senderos de grava, grandes floreros, árboles centenarios y perfumados. Se disfrutaba de una serenidad y una atmósfera especial. En el camino y alrededor de aquel plácido jardín había lindas basílicas y estatuas. En cuanto al panorama que se podía apreciar desde allí era indescriptible. Ofrecía una de las vistas más románticas de Roma cuando llegaba el atardecer. Cosa que yo maldije dado mi debilucho estado de ánimo.

Aunque la magia del lugar se encontraba escondida esencialmente en una villa cercana que pertenecía a una de las órdenes militares más antiguas, la Orden de los Caballeros de Malta. No se podía entrar en el edificio, pero sí que se podía espiar a través del ojo de la cerradura del portón principal, y descubrir un pequeño tesoro: una vista espectacular de la cúpula de San Pedro enmarcada en los arcos de hiedra del propio jardín. Observar ese cuadro a través de un agujero tan pequeño como un dedal fue una de las sorpresas más bellas que me había dedicado la capital, de esas que prometían venirse conmigo en la Cajita de los Recuerdos.

—Curioso, ¿verdad? —me preguntó Paul, y yo solo pude asentir, porque si hubiera abierto la boca habría empezado a berrear como un niño al que obligan a volver del parque.

Paul me tomó por los hombros, tal vez para reconfortarme porque veía mi aspecto desolado, pero el efecto fue opuesto y tuve que morderme mi magullada lengua una vez más para no llorar. La pobre llevaba muy mala racha últimamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó él dulcemente.

—No me pasa nada —fingí muy mal.

No sabía por qué tenía que pretender estar bien, tal vez porque él parecía completamente entero, no se había derrumbado ni un segundo desde que le conocía y me avergonzaba que me viera llorando como cuando de niña me lanzaba castañas en el pueblo. Me daba vergüenza mostrar un sentimiento tan bochornoso frente a él, arrugar la cara, ponerme roja y moquear. Moquear mucho. Eso no era sexy, eso era patético, y yo no quería que Paul pensase que

era patética.

—No hay quien se crea eso —siguió él deteniéndome bajo la alameda de árboles que recorriamos—, ¿qué es?

¿Me tomaba el maldito pelo? «¿Qué es?». ¿De verdad? Tal vez estaba destinado a ganar el Pulitzer, pero tenía la maldita inteligencia emocional en el sobaco. Quise decir todo eso, pero como siempre a su lado, volví a contenerme. Además, no era solo él. Todo a mi alrededor era bonito, el tiempo era ideal. Ese único instante al año en el que no hace ni frío ni calor. La brisa que se movía era agradable, perfecta, y uno pensaba que así era como se debía de estar en el vientre materno. Y ahí estaba yo, como una bomba de relojería a punto de explotar y arruinar aquel paisaje fantástico. Al menos estábamos solos.

—Es que te vas —dije con un hilillo de voz, pensando en que, si usaba más aire, no podría contenerme y rompería a llorar.

—Pero eso ya lo sabíamos —respondió él tan racional como supuse que sería.

¿Por qué tenía que tomárselo así? ¿Por qué no podía montar un buen berrinche a la altura del mío? ¿Por qué los chicos no lloraban? ¿Por qué tenía que ser yo la que se convirtiese en la bola rosa de mocos? No quería ponerme así, ¡mentira! Lo estaba deseando, pero no ahí delante, y que se llevase después a Luxemburgo el recuerdo de Alaia, la bola rosa de mocos.

—Sí, pero ahora es ya —dije yo cuando la rabia llegó a mi garganta y con ella pude contener las lágrimas—. Es que, lo sabía. Siempre me cuesta despedirte cuando nos vemos, pero ahora que hemos estado tanto tiempo juntos, yo... te voy a echar tanto de menos...

Me callé porque no podía más. Las lágrimas asomaron a mis pestañas y el horrible nudo de mi garganta que tan polvo me estaba haciendo, se deshizo. Aquello terminó de ablandar a Paul.

—Eh, y yo a ti también. Ven aquí —dijo tomándome entre sus brazos—. ¿Crees que para mí no ha significado nada estar aquí contigo estos meses?

—Yo... —no sabía lo que había significado.

¿Y por qué no? ¿Por qué no lo sabía? ¿Por qué no me lo había demostrado? ¿Por qué no se lo había preguntado yo? Una parte de mí había temido siempre la respuesta. La seguía temiendo. Era la única razón por la que aún no había sido capaz de confesar a Paul que quería que se quedara o que quería escaparme con él. Que le había esperado, que siempre le había esperado y que

ahora no quería esperar más. Pero oír su respuesta me tenía muerta de miedo, petrificada.

—Ha sido increíble —siguió él—, ha sido la prueba de que entre nosotros hay mucho más que una idea romántica como a veces pensábamos. Ahora existe una consistencia que antes no había.

—Ya estás hablando en pasado... —balbuceé angustiada.

¿Cómo podía reaccionar así? ¿Es que él no había vivido lo mismo que yo? Hacía solo una semana me había salvado de las fauces de la dragona de mi jefa, había sido el mantra, el crucifijo y los ajos de todos mis fantasmas. Nos habíamos acompañado todas esas semanas en los ratos buenos, regulares y peores. ¡Qué demonios! ¡Había llegado desde Luxemburgo a Roma para estar conmigo! ¿No? No me había imaginado un Príncipe Azul, esta vez no. Esta vez...

Al final, temblando, decidí asomarme al vacío:

—Tú... Si ha sido increíble... no te vuelvas a marchar lejos olvidándote de esto como hacemos siempre; desconectando, haciendo nuestra propia vida, con otras personas, llamando solo de vez en cuando...

—Antes te parecía bien —acusó en un tono muy bajo.

Podía sentir cómo retrocedía, mientras yo me precipitaba al abismo que tanto había temido.

—Antes era antes, tú lo has dicho —respondí, y quise que mi tono fuera más leve cuando una pareja pasó de la mano a nuestro lado, aunque no lo logré—. ¡Flotaba en el aire lo que dices, esa idea romántica de una persona especial a la que ves de vez en cuando, que sabes que está ahí, pendiente, porque no ha podido suceder, no porque no quisiéramos! O al menos no porque *yo* no quisiese... ¿Es que tú...? —Tragué saliva incapaz de continuar, pero necesitaba continuar—: ¿Es que tú has estado jugando conmigo? ¿Tú solo te divertías conmigo, con esa chica que te quedó pendiente? ¿Es esto un jueguito para ti? ¿Es...? —abrí los ojos como platos, completamente desquiciada y, finalmente, con muy poco decoro y mucha mala leche exigí—: ¿Qué mierda es?

Como un caniche que de pronto ladra inesperadamente, Paul no pudo menos que sobresaltarse. No se esperaba ese tono en mí, no se esperaba un taco, no se esperaba ninguna barbaridad de su dulce MariLoli. Pero su dulce MariLoli ya no estaba allí. Se la había tragado la amenaza de mocos. Mi voz temblaba, mi cuerpo sudaba. No recordaba haber pasado tanto miedo en mi edad adulta.

Todos los fracasos sentimentales del pasado los había sobrellevado con cierta fuerza porque estaba Paul, porque existía, porque siempre parecía haber una salida. No tenía un plan B si Paul me fallaba, no había segundo paracaídas, no había malla de seguridad. Si salía mal, solo me quedaba el vacío al que acababa de saltar con mis preguntas.

Paul me miró desolado. Yo casi no podía respirar.

—¿Qué? —imploré. Mi cuerpo caía, atravesaba nubes empapadas, el viento me lijaba la piel.

—No es eso, pero... —dijo tan bajo que casi ni le escuché.

—¿Pero...? —chirrió mi voz. La tierra cada vez estaba más cerca.

—Pero... ¿por cuánto tiempo sostendríamos esto? —me preguntó recuperando la compostura—. Me refiero a que ni tú ni yo hemos tenido nunca muy claro lo que queríamos hacer de nuestras vidas, ni lo tenemos ahora. No tenemos planes.

—Eso hace las cosas más fáciles, somos libres —argumenté, pero ya solo quedaban unos metros para el golpe.

—No, somos esclavos de esa libertad, no la cambiaríamos por una relación, y si lo hiciéramos eso nos haría infelices —sentenció.

Bum. Una nube de polvo, y todos y cada uno de mis huesos rotos. El corazón aplastado como una masa deforme. Destruído, el golpe era metafórico, pero el dolor era real. Aun así, al parecer, Paul quería rematarme por si las moscas:

—Lo bonito de nuestra relación es que siempre ha sido fácil.

Me quedé planchada, incapaz de interiorizar lo que oían mis oídos. Él había hablado en plural, pero este era un eufemismo para referirse a su singular. Un singular que tenía mucho más en común con el discurso sobre las relaciones abiertas que me había dado Camille la otra noche que con las ensoñaciones fantásticas de mi MariLoli. Paul me acababa de mostrar sus cartas y yo inevitablemente recordé la frase de Bruno: «Lo importante es estar para lo importante».

Me había vuelto a equivocar. Y esta vez no con cualquiera. No con cualquier imbécil, no con cualquier chico que irrumpía en mi vida y ponía a tope todas mis hormonas adolescentes. A Paul le había querido. Le había conocido, o peor, le había creído conocer. Habría jurado que él jamás me habría hecho daño. Habría jurado que todo lo que nos unía era recíproco. O tal vez no. Tal vez una parte de mí siempre supo que no era así, pero no había

querido encararlo, había preferido disimular, adaptarme a él mientras miraba para otro lado. No había querido estropear la idea, la magia. Mi MariLoli había querido ignorar el hecho de que Paul no era la persona que yo creía que era, sino la que yo me había concienciado en inventar. Inventar un Príncipe Azul para cuando el mundo parecía lleno de ranas. Y quizá eso respondía a por qué nunca le había hecho todas esas preguntas hasta aquel instante.

En una fracción de segundo me sentí inmensamente estúpida. Me sentí una niñaata, una cría ridícula con la cabeza llena de pájaros. De pájaros enfermos. Rompí a llorar de nuevo, pero esta vez llena de rencor hacia mí misma. Llena de vergüenza, de culpa, de rabia que se derretía en lágrimas.

Paul se agobió, y volvió a abrazarme.

—No llores, por favor... —trató de explicarse mientras la luz del sol había comenzado a caer iluminándonos de costado y tintándonos de dorado—. Solo digo... Mira, lo siento, me parece que debíamos haber hablado de esto antes, pero la verdad es que...

Se calló. Se calló y entre el velo de lágrimas logré mirarlo, logré verlo, apenado, abrumado, pero aún Paul. Y por un instante tuve muy claro lo que necesitaba hacer. Tenía que oírlo. Necesitaba grabarme esa verdad que Paul no se atrevía a pronunciar y no olvidarla nunca. Recordarla en mis momentos de debilidad. Paul también advirtió la gravedad de la espera, la importancia de sus siguientes palabras, y supongo que, porque en el fondo me quería, trató de ser lo más honesto posible:

—Pienso que a mí me gusta la idea de estar viajando en un avión a Lima, o esperando en la estación central de Tokio, cuando en un instante, algo que leo o alguien que pasa, me traen a la memoria a Alaia, aquella chica que conocí de adolescente y con la que tanto conecté entonces. Aquella a la que puedo llamar sin presiones en cualquier momento y charlar sobre nada en particular, incluso coincidir en alguna ciudad romántica y pasar un par de días fabulosos. Alguien con quien tengo tal confianza y libertad que nunca será difícil tratar, con la que nunca tendré un momento incómodo. Y me gusta poder conservarte así, envuelta en esa idea romántica con la que dices que hemos acabado en estos meses aquí.

A mi pesar y como hacía siempre, consiguió tomar un puñado de palabras envenenadas y reunir las a modo de ramillete de flores. Pero esa vez no fue suficiente.

—Lo que dices es tan irreal que si no estuviera tan triste me reiría —le dije

cruzándome de brazos con más amargura de la que hubiera querido—. En algún momento, uno de los dos conocerá a alguien y rehará su vida sin el otro, y entonces toda esa magia se irá a la mierda, como la relación que nunca tuvimos.

Para mi sorpresa él se encogió de hombros:

—No lo sé. En realidad, yo solo creo que tú y yo somos el amor perfecto en el momento equivocado.

Me quedé boquiabierta. Mi romanticismo siempre me había parecido enfermizo, pero junto a Paul yo era una cínica. No tenía palabras, se me habían acabado todas.

—No me lo puedo creer...

—Es culpa mía —admitió aún frente a mí—, debí hablarlo antes contigo, pero pensé que no era cómodo y di por sentado que, como hasta ahora, tú pensarías lo mismo que yo. Lo siento.

Como hasta ahora yo pensaría lo mismo que él. Qué ironía. Nos miramos largo rato, pero no parecía que hubiera nada más que añadir.

—Yo también lo siento —asentí, y tras una pausa nos fundimos en un abrazo prieto y doloroso en el que me sostuve para abandonar todas mis expectativas, todos los sueños, los cuentos y mariposas hasta quedarme vacía. Hasta deshidratarme.

La belleza se había ido a otra parte, tal vez al encanto de ese atardecer anaranjado y la luz de las farolas que se encendían tenues, diciéndole adiós al largo día.

Capítulo 20

Cuando abrí la puerta de casa mis rodillas no me sostenían. Pero no hizo falta. Valentina estaba en el sofá viendo una serie en su ordenador, y una mirada le bastó para correr a socorrerme. Cerré la puerta tras de mí y me derrumbé en el suelo, desecha en hipos, lágrimas y los mocos que tanto me había preocupado en ocultar hasta entonces, mientras Valentina se sentaba en el suelo a mi lado y me abrazaba sin importar que lleváramos tanto sin hablarnos.

Los días siguientes fueron terribles. Tras la marcha de Paul me quedé desolada. Realmente no podía describir el dolor auténticamente físico que sentía en el corazón, los poetas tenían razón, ¡dolía! Me sentía tan destruida que terminé llamando a la web para decirles que había pillado una gripe y que no me podía levantar de la cama. A fin de cuentas, podía ser cierto. Mi habitación estaba llena de pañuelitos de papel, me pasaba el día en pijama comiendo Nutella a cucharadas y viendo la película *¡Solo tú!* en bucle.

Me di cuenta que en esa situación existía una especie de tendencia a la autodestrucción que me llevaba de manera irritante a ponerme las melancólicas canciones de Benjamin Francis Lewis que tanto me recordaban a Paul, como si me hubiese transformado en una suerte de Bridget Jones que se desgañitaba cantando *All By Myself*. Me regodeaba en mi miseria con un afán que daba un poco de susto.

Al menos Valentina fue genial. Y no solo porque de alguna manera intuí que quería redimir la estúpida pelea de borrachas adolescentes que habíamos tenido. Ella veía mi desolación y la falta de costumbre la había dejado absolutamente consternada. Durmió conmigo un par de noches, me preparó bocadillos y, en general, se quedó conmigo a pasarme la mano por el lomo y a acompañarme en mi incursión en el cine más rosa.

—Mira que te lo dije —me espetaba aun así, sin poder dejar de ser ella misma—. Que no existía el chico que estabas creando en tu cabeza, sino solo un narcisista de mierda que deseaba ser adorado a través de los tiempos. Deberías recomendarle *El retrato de Dorian Gray*.

—Ya se lo ha leído y probablemente todas las novelas de Oscar Wilde, ¡y todas las novelas de todos los irlandeses que algún día decidieron tomar una pluma! —protesté tapando mi cara con la almohada—. Y si estuviera aquí podría diseccionar el libro y darle la vuelta a todo lo que has dicho. Además, él sí es feliz, soy yo la que llora sobre un bote lleno de aceite de palma.

—Él cree, pero ya veremos cómo terminan las cosas.

—Las cosas ya han terminado y acaban así: yo aquí berreando en Roma contigo, y él de vuelta a Luxemburgo trabajando para una cadena de televisión luxemburguesa.

Y casándose con una cirujana que además seguro que estaba buena, porque de pequeña era gorda y le dio tiempo a leer a Tolstoi y cultivarse, antes de adelgazar en su etapa adulta y convertirse en un maldito cisne que viviría en la mansión de Malibú, donde tendrían a Paul Junior y a Cirujana Buenorra Junior. ¡Ay!

—Luxemburgo es un país muy pequeño, seguro que sus reportajes no los ve nadie —refunfuñó Valentina levantándose de la cama.

—Tráeme la caja de galletas —aproveché yo.

—Alaia, estás comiendo como una vaca. ¿No tienes ningún remordimiento?

—No —respondí molesta—. Y si tengo me lo como.

La comida siempre me hacía feliz, por lo que en aquel estado tenía más peligro que un zorro en un gallinero. Ella suspiró cansada, pero como le parecía que tenía dónde meter todos aquellos carbohidratos accedió. Lo bueno de Valentina había sido que no me había acosado a preguntas, ni había intentado que dejara de llorar. Ni tan siquiera había hecho mención a que siguiera durmiendo con aquella vieja camiseta de Paul, que ya necesitaba un lavado o un vertedero.

Aun así, su fiesta de graduación se acercaba. Había aprobado todos sus exámenes y presentado su proyecto de fin de carrera con éxito. La jarana era ineludible y había comenzado a insistir al respecto. Yo me había negado una y otra vez a asistir, hasta que nos plantamos en el susodicho día. En aquel momento, sentados en nuestro sofá estaban Bruno y Tamara, quienes aún se veían de cuando en cuando.

La melosa dulzura de la niña de los mofletes colorados ya me empalagaba normalmente, pero en aquellos instantes me daba arcadas. Al menos se marcharía en un par de semanas a España, mientras que Bruno había aprobado sus exámenes y parecía que haría finalmente sus prácticas en la Librería de cine de Ilaria.

—¡Eh, alma en pena! —me dijo Valentina cuando entré derecha a la cocina y arranqué de una estantería una enorme bolsa de patatas fritas—. Al final he hecho la reserva en el Elephant para mi fiesta de graduación, ¿por qué no te sacas el pijama y te pruebas tu modelo para esta noche?

—No, gracias —respondí agriamente.

—Venga, Alaia, la noche es joven y el disgusto no se te pasará si te quedas en casa tragándote las temporadas de *Las chicas Gilmore* por enésima vez —me dijo, y la fulminé con la mirada por airear mis secretos más sórdidos.

—¿Estás viendo *Las chicas Gilmore*? —Bruno trató de ocultar su sonrisa, pero no podía, era superior a sus fuerzas.

Les hice una mueca. No podía creer que me tomaran el pelo de ese modo, pero parecía haberseles acabado la paciencia conmigo. Aparentemente, dos semanas de luto ya les parecían demasiado.

Para mi sorpresa Tamara dijo:

—¡Ay, pues a mí también me encantaban *Las chicas Gilmore*!

Se encogió de hombros con su sonrisa azucarada, y tuve unas ganas inmensas de lanzarle un piano encima. Se me ocurrió algo sobre un hada empalagosa para las historias de SuperCotidiana, y aquello me pareció una buena señal. Era la primera idea que me rondaba la cabeza en semanas que no incluía llamar a Paul.

—¿Sabes? —dije quitándome los restos de patatas de los morros—. Tal vez sí que me anime a ir a tu fiesta.

—¿En serio? —exclamó Valentina contenta—. ¡Bien, esa es mi chica! ¡Pediremos ron y nos emborracharemos hasta cantar canciones de piratas!

Aquella noche el Elephant estaba lleno. Todos los amigos y conocidos de Valentina acudieron. Camille le había comprado una corona de laureles, típica de los graduados en Italia, pero había terminado calzándosela ella. Nico también estaba escogiendo el aperitivo mientras se liaba porros en el jardín del Elephant y Aldo le contaba historietas. También acudió el compañero de piso de Aldo, el langostino gigante, y otra gente para mí desconocida. Todos felicitaron a Valentina, era su noche y el centro de atención de todas las

miradas. Un montón de chicos distintos se acercaron por turnos con su mejor artillería, pero ella no pareció interesada. Bruno y Gabriele le dedicaron un conciertillo con sus canciones preferidas y lo coronaron con una sonata obscena en italiano, famosa entre todos los presentes.

Acabé sentada con Gabriele, él devorando el aperitivo y yo poniéndome ciega a copas. Cada vez que veía una parejita, pedía un chupito. El pobre Gabriele me aguantaba paciente, mientras yo trataba de enumerar las cosas que me disgustaban de Paul, pero solo conseguía recordar que era zurdo, y eso a veces era incómodo al comer en el mismo lado de la mesa.

En aquel estado me encontró Bruno:

—¡Madre mía! —exclamó—. ¿Pero qué has estado bebiendo, Alaia? En fin, yo en verdad ya me retiraba, Tamara se ha ido ya a casa y quería recogerme antes de que la tormenta fuera muy fuerte.

—¿*Tormera*? —pregunté yo mezclando las palabras. Agité la cabeza mientras los otros se reían—. ¿Tormenta? ¡Mierda! No tengo ni paraguas...

—Pedimos un taxi —propuso Bruno—. Si queréis lo tomamos juntos. Quería haber esperado a ver qué mozuelo elegía Valentina para la noche de su graduación, pero parece que quiere quedarse *single*. Está irreconocible.

Nos giramos para verla con su melena de caracolillos y el impresionante vestido rojo que había escogido para aquella noche. Sentada entre Aldo y Camille reía a carcajadas.

—Parece que ahora se ha relajado un poco —siguió Bruno—. A lo mejor por fin conoce al amor de su vida.

Un retortijón de tripas me apretó. ¿Había sido Paul el amor de mi vida? ¿Teníamos las personas racionado el amor y solo tocábamos a uno por vida? Como buena romántica no podía pelearle mucho a aquella idea, pero sí podía pelearle a la idea de que Paul fuese el amor de mi vida. No era él, me dije rotunda. Era imposible, ¿quién conoce al amor de su vida en la infancia? ¡Oh, maldita sea, eso sí que era romántico! ¡Romántico hasta lo baboso! Ese tenía que haber sido mi amor y punto. ¡Nos prometimos en un autobús! Con una ruedita de maíz, ¡era jodidamente adorable!

—¿Tú crees...? —interrumpió Gabriele mis desvaríos entretanto—. Porque yo también lo he estado pensando...

Había perdido el hilo de lo que estábamos hablando, pero un nuevo pensamiento irrumpió de nuevo en mi cerebro etílico: ¿Y si no? ¿Y si toda la historia con Paul había sido un entrenamiento? Unas prácticas muy puñeteras,

y mi verdadero amor aún esperaba ahí fuera. ¿Y si el verdadero amor de mi vida estaba en el Elephant en ese instante? ¿Y yo me estaba marchando? No podía irme, de ahí en adelante acamparía en el Elephant. ¡O quizá estaba en otro bar! ¿Cuántos bares habría en Roma? ¿Y cafés? Tendría que hacer una multiplicación rápida para calcular cuántos debería visitar al día. Pero ¿y si el amor de mi vida estaba haciendo lo mismo y nunca nos encontrábamos? Era el amor de mi vida, era fácil que estuviera tomando las mismas decisiones que yo. En tal caso, quizá fuera mejor que me quedase en el Elephant de modo permanente a esperar a que llegase. Aunque tendría que dejarlo antes o después para ir a ducharme. Iba a crear una impresión muy rara al amor de mi vida si me encontraba haciendo camping en un bar, sucia y desesperada.

—Bueno, algún día le tocará —sentenció Bruno en tanto, sin que yo pudiese recordar de qué hablábamos.

Asentí por si acaso y Bruno me miró risueño:

—Bueno, ¿qué, reina mora? ¿Os venís?

Gabriele decidió quedarse un poco más, pero yo acepté ser arrastrada hacia fuera para sorprenderme del Diluvio Universal que estaba cayendo.

—¡Pero si está lloviendo! ¿Por qué nadie me lo ha dicho? —exclamé, y Bruno volvió a reírse antes de tirar de mí.

Corrimos como membrillos bajo la lluvia mojándonos más que si hubiéramos tratado de caminar por la orilla. Giramos por una calle estrecha a toda leche, y como el suelo estaba mojado y yo tampoco estaba en un momento muy aerodinámico, patiné y me caí de culo, lo que terminó de provocar la risa histérica en Bruno.

—¡Ahhh, me acabo de reventar el tobillo! —protesté aún con el culo en el charco mientras me empapaba bajo aquella lluvia torrencial.

Bruno se acercó riéndose con los pantalones empapados hasta las rodillas. Me ayudó a levantarme, y supe que tendría que apoyarme en él todo el camino. Maldije el dolor, pero la borrachera me borró la vergüenza que habría estado pasando en una situación normal. La mañana siguiente sería dura, sin duda. Vaya ruina. La cabeza me daba vueltas, estaba empapada y el tobillo me dolía a rabiar. Por no mencionar las virguerías que me estaba haciendo la braga calada pegada al culo. Seguí cojeando sujeta a Bruno hasta la parada de taxis donde conseguimos tomar uno.

Los truenos vibraban en la lejanía, retumbaban siguiendo la cola de luz de los relámpagos, y la lluvia repiqueteaba incansable en las ventanillas. No

había transeúntes, los pocos que quedaban ya habían corrido a sus casas a refugiarse, las aceras mojadas se habían vaciado y los charcos reinaban en ellas, reflejando las luces de las farolas y los semáforos a los que nadie atendía porque ya no quedaba tráfico. A pesar del estado lamentable en el que me encontraba: borracha, mojada, con un tobillo hinchado y con el corazoncillo hecho jirones, me pareció que había algo mágico en aquel instante.

—La noche es nuestra —susurré, pero Bruno no me oyó.

Cuando llegamos a casa, él entró conmigo al piso, me descalzó y despojó de mis ropas empapadas. Aquella noche llevaba un buzo corto, lo que, aunque era más o menos cómodo incluso para dormir, cuando me levantara ciega en mitad de la noche con la necesidad imperiosa de hacer pis, sería toda una complicación, a parte del hecho de tener todo el culo empapado. Así que Bruno me ayudó a desvestirme y me di cuenta de que en circunstancias normales aquello me habría dado mucha vergüenza. Pero no eran circunstancias normales.

—Odio a los hombres —pensé yo en alto.

—Lo sé —sonrió él ayudándome a entrar en la cama.

—A ti también te odio —dije con mucha simplicidad, sentía que mi SuperCotidiana podía decir cualquier cosa que se me pasara por la cabeza en ese instante, pues la SeñoritaRottenmeier dormía borracha en algún rincón de mi cabeza—. No te odio por nada personal, pero es que no puedo hacer excepciones, si odio a los hombres, los odio a todos.

—Ante todo una chica con principios —asintió él y se dio la vuelta para marcharse.

Apagó la luz junto a la puerta.

—Yo ni siquiera le pedí que viniera —susurré en ese instante con cierta angustia.

En la oscuridad oí cómo Bruno suspiraba. Decidió volver a acercarse a la cama, y se sentó de nuevo en ella dispuesto a consolarme. Al parecer había sonado lo suficientemente patética.

—Ni quería enrollarme con él cuando llegó —aventuré cuando ya estaba a mi lado.

—Bueno, le diste un buen besazo cuando le viste —dijo riendo, tal vez queriendo quitarle hierro al asunto.

—Me lo dio él —contesté yo sintiendo un dolor de cabeza inmenso y

considerando muy ligeramente que tal vez no debía estar contándole aquellas cosas a Bruno—, yo no quería, se lo dije después, pero los chicos hacéis siempre lo que os da la gana, aparecéis en la vida de una chica interrumpiendo todo y después os largáis con viento fresco... —definitivamente, estaba muy borracha—. ¿Por qué me pasan siempre estas cosas? Sí, ya lo sé, es mi culpa, siempre dejo entrar a los imbéciles.

Pensé por un momento si tendría que empezar a llamar a Paul también *ElimbécildePaul*, o si debería dejar a esos chicos tranquilos y simplificar el asunto llamándome solo a mí misma *LaimbécildeAlaia*. Tal vez *Laimbe*, para acortar. O *Lai* a secas. *Lai*. *Lai* sonaba a nombre de perro, no estaba segura de si quería tener nombre de perro, aunque podía ser un buen nombre artístico si un día me dedicaba a algo fantástico. *Lai*. *Lai* la perra. Solo funcionaría si fuese rapera, y yo de rap no sabía nada.

Bruno balbuceó algo interrumpiendo la línea de pensamientos absurdos que habían estado a punto de llevarme al sueño:

—Yo pensaba que tú estabas... —dijo.

Pero no siguió hablando. A Bruno, al parecer, le encantaba dejar sin acabar las frases. A lo mejor si alguna vez acabase alguna podría comprenderle, conocerle más allá de la barrera emocional que nos separaba siempre. Nos quedamos un minuto en silencio con el ruido de la tormenta apagado. Bruno se había quedado parado demasiado cerca de mí. Casi podía oler su aliento. De hecho, estaba tan cerca que no pude evitar ponerme bizca.

—Tienes cuatro ojos... —dije súbitamente.

—¿Qué? —preguntó él retirándose.

—O tres, no estoy segura —traté de discernir.

Bruno estalló en carcajadas por enésima vez aquella noche y sentenció:

—Venga, anda, duérmete. Mañana será otro día.

Le obedecí con pasmosa celeridad y me volví a tumbar mientras él salía de la habitación apagando la luz. Me sumergí en un sueño inquieto en el que me había convertido en una rapera famosa, y tenía bastante éxito. Pero me encontraba con Paul y él me miraba de arriba abajo con una mueca terrible que jamás le había conocido. Yo llevaba una gorra pistacho para atrás, y la camiseta hecha jirones. Trataba de defender mi aspecto hablándole de la música y lo que el público pedía, pero las excusas se me iban acabando al ver que tampoco llevaba pantalones, y que estaba mostrando medio pubis. La angustia me desbordaba, cuando alguien empezó a gritar en alguna parte y la

luz entró en las oscuras bambalinas.

Era Valentina, que apareció como un torbellino en mi cuarto sacándome de mi ensoñación.

—¡Alaia! ¡Alaia, despiértate!

Sentí la boca pastosa, y una increíble mezcla mágica de dolores de cabeza, culo y tobillo. ¿Qué hora era? Miré de reojo mi despertador de mesa. ¡Las seis y media de la mañana!! ¡La madre que parió a Valentina! Me volví en la cama y me cubrí hasta las cejas con la colcha.

—¡Alaia, te estoy hablando en serio, voy a reventar! —Valentina se subió sobre la cama y empezó a tirar de la colcha conmigo.

—¡Déjame! —grité tirando de mi lado de esta—. ¡Me he acostado a las cuatro!

—¡Alaia! —suplicó—. Esto es importante. ¡Me acabo de enrollar con Gabriele!

Paré de moverme. Si había una frase que podía haberme hecho reaccionar, era sin duda esa. ¿O no había oído bien? Finalmente retiré la colcha muy despacio de mi cara, y me encontré con la de Valentina, que tenía un aspecto terrible. Aún llevaba el vestido rojo, acababa de llegar a casa.

—¿Que qué? —pregunté pensando que tal vez había soñado su última frase.

—Sí, joder —respondió ella levantándose de nuevo y empezando a dar vueltas por mi cuarto como un león enjaulado—. No sé qué me ha pasado, tal vez bebí mucho, o tal vez fue porque había terminado la maldita carrera y me sentía libre de cualquier otra discusión. Como si ya no me quedase más en lo que pensar. Pero... acabamos de enrollarnos... Y mucho.

No se me ocurría que nadie, especialmente Valentina, pudiese enrollarse poco. De haber sido capaz habría abierto ambos ojos como platos, pero mis pestañas aún estaban pegadas por legañas de máscara, así que solo logré abrir uno. Por suerte Valentina estaba demasiado alterada para reparar en mis extravagantes muecas.

—Pero ¿qué te ha dicho él? —pregunté mientras una arcada subía hasta mi campanilla distrayéndome. Conseguí contenerla más o menos y pude saborear mi terrible aliento en busca de saliva.

—No sé, nos quedamos solos y me dijo... —siguió Valentina, pero se detuvo en shock—. ¡Dios, le he visto desnudo! ¿Crees que se puede seguir siendo amigo de alguien después de haberle visto el ciruelillo?

—Valentina, por favor... ¿Que qué te dijo él? ¿Y de verdad tienes que

llamarlo ciruelillo? —pedí encogiéndome por si llegaba un nuevo grito que me taladraría la cabeza dolorosamente.

—Dijo que... Dijo que estaba enamorado de mí —terminó.

Dentro de mi maltrecho estado me pareció absolutamente tierno que mis amigos se hubieran declarado.

—Entonces fue cuando le metí la lengua hasta la campanilla —resolvió Valentina parándose al pie de mi cama.

Tierno brevemente.

—¡Valentina!

—¡Es que no me lo esperaba! —siguió ella, volviendo a caminar de un lado al otro—. Me empezó a decir todas esas cosas tan bonitas... Que nunca se había atrevido a dar el paso porque pensaba que yo no querría comprometerme y que le había dado miedo perder mi amistad si las cosas no funcionaban... Que había intentado olvidarme, pero que no podía, que me quería —terminó maravillada como si le pareciese casi imposible que un chico pudiese decir algo así sobre ella—. Así que, como no sabía qué decir, me lo tiré directamente.

—¡Valentina! —volví a exclamar, desarmada de mi locuacidad habitual.

—¡Sí, lo sé! ¡Lo he estropeado todo! Tenía que ser un momento romántico, pero no se me dan muy bien esas cosas... Así que pasé a lo que sí se me da bien —asintió como satisfecha de sí misma.

—No quiero detalles... —deseché escondiendo mi cabeza de nuevo bajo la colcha.

Pero Valentina volvió a tirar de ella.

—¡Alaia! —me llamó aún agobiada—. ¿Y si lo he arruinado todo? Y si él se piensa ahora que yo... ¡Oh, creo que lo he estropeado! ¿Qué hago si ahora no quiere volver a verme?

—Eso no va a pasar —deseché recostándome de nuevo, y pensar en el hipotético rechazo de Gabriele me recordó con escozor renovado que Paul me había dejado. Aun así, logré no venirme abajo y traté de concentrarme en el problema de Valentina—. Tendrías que hablar con él. De hecho, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no cruzas el rellano y tratas de hablarle ahora?

—¡Pero no sé lo que quiero decirle ahora, esto quizá haya sido un error! —se revolvió su melena de caracoles con rabia.

Luego, tras una pausa, pareció relajarse un poco. Se tumbó junto a mí en la cama y se tapó la cara con las manos para ahogar un gruñido de

desesperación.

—Siento haberte despertado —dijo al fin.

—Da igual —respondí, aunque todo mi cuerpo protestó en desacuerdo—. Intenta solo decirle lo que sientes. ¿Qué sientes? ¿Tú... tú también le quieres?

Valentina arrugó la cara tratando de contener las lágrimas.

—No lo sé —suspiró y me miró muy rápido como si quisiera asegurarse de que seguía ahí—. ¿Eso cómo se sabe? ¿Cómo se sabe cuándo se quiere a alguien? Yo... no sé... Es Gabriele...

Las lágrimas desbordaron de pronto sus ojos, como si aquella reflexión le doliese muchísimo. A pesar de no tener fuerza para moverme la abracé como pude, y como yo también estaba muy sensible y resacosa, o tal vez aún borracha, me contagié las lágrimas.

—Joder, Valy —blasfemé cuando ella se dio cuenta de que yo también lloraba—, somos un par de piltrafas.

Dije «Piltrofie» tratando de traducir la palabra al italiano, porque no sabía cómo se decía en verdad, y no tenía la cabeza para pensar en ello. Pero ni siquiera nos reímos. Nos quedamos en silencio hasta que Valentina dijo:

—«*Trofie*» es una pasta fina trenzada típica de Liguria.

Al final estallamos en carcajadas. Más valía tarde que nunca, aunque no pudimos evitar llorar mientras seguíamos riendo.

Capítulo 21

Afortunadamente, aquella misma semana sufrí una experiencia cercana a la muerte mientras me daba una ducha. Y «afortunadamente» no era un término mal escogido, pues dicen que cuando se toca fondo, ya solo queda subir.

Una ducha parecía algo inofensivo, pero no lo era. De alguna ridícula manera me las ingenié para respirar agua cuando estaba bajo ella. Algo que normalmente se resuelve con una tos, pero al parecer en esta ocasión resultó imposible. Había respirado demasiada, o se había ido muy al fondo, pero no había manera, me ahogaba. Trataba de tomar aire, pero no lo conseguía, mi tórax sonaba como un aspirador y nada de oxígeno entraba en mis pulmones, se habían cerrado a cal y canto. Nunca en mi vida había sentido algo parecido, me estaba ahogando de verdad y, para más inri, en pelota picada. Me apoyé en el lavabo y traté de vomitar. ¿Por qué? No lo sabía, mi ahogamiento no tenía nada que ver con el vómito, no se resolvería así, pero me ahogaba y algo tenía que hacer.

La verdad fue que durante unos poquísimos segundos pensé una cantidad alucinante de cosas absurdas: «Necesito ayuda, 112. No, 112 es para España, ¿qué número tengo que marcar en Italia? Mierda. ¿Para qué me grabó la publicidad estatal el 112 en la memoria, si no me sirve de nada? Bueno, y aunque me lo supiera, ¿qué más daría si no puedo hablar? ¡Dios, me voy a desmayar y me voy a dar una hostia contra algo! Me encontrará Valentina cuando llegue a casa, no, no podrá entrar porque la puerta está atrancada, me encontrarán Valentina y la casera chanchullera y tal vez un cerrajero, tirada en bolas en el suelo, ¿creerán que ha sido un crimen? La casera tal vez grite, o se desmaye. Vendrá la ambulancia y tal vez Grissom de la serie del *CSI*. No, Grissom está en Las Vegas. Ya, pero se casó con una española. ¿Y eso qué tiene que ver? Se casó con una vasca, y felicitó las Navidades en euskera por

la tele local. ¡Pues no te sirve, porque tú estás en Italia...!».

—¡Ahhh!

¡Al fin! Un hilo de aire pasó por mis pulmones en otro de mis intentos de aspirar todo el oxígeno de la habitación. Era una sensación extraña tratar de tomar aire con todas mis fuerzas y que apenas llegara nada. Pero fue suficiente para que mis niveles de angustia se relajaran. Conseguí toser a duras penas, escupir el agua a pocos y recuperar el aliento con lagrimillas en los ojos. Volví al baño tosiendo y con un dolor en el esternón como si lo hubieran usado como saco de boxeo. Me picaba la garganta y cuando intenté hablar con Valentina descubrí que me había quedado afónica del esfuerzo.

—A lo mejor es una señal para que dejes de cantar en la ducha —me dijo ella mordazmente. Se meó de la risa con mi historia.

Desde luego que era una señal, pero no para que dejase de cantar, o al menos no solo para eso. Aire. Qué cosa más tonta, algo que hacemos sin pensar, respirar. Vivir. ¡Y no solo vivir! Comer, bailar, soñar, viajar. Y además yo tenía la inmensa suerte de hacer todo eso en Roma: callejear, andar en bici, parar en cafés mal alumbrados, observar artistas callejeros, pasar bajo las inmensas alamedas de árboles de la capital, bajo el olor que despedían los pinos tras una lluvia rápida. Podía caminar hacia casa, sin pensar en que casa era Bilbao, pensando naturalmente que Roma ya era casa. Observar el Coliseo en plena noche iluminado con sus luces era sin duda particular, pero hacerlo con las llaves de casa en el bolsillo, lo hacía aún mejor. ¡Y yo me lo estaba perdiendo lloriqueando por Paul! Tenía que dejar su recuerdo atrás, tenía que seguir adelante del modo que fuera.

—Lo que en verdad tendrías que hacer es tirarte a alguien, Alaia —sentenció Valentina reapareciendo por la puerta del baño y despertándome de mi instante de epifanía.

Suspiré con agotamiento, mientras enchufaba el secador.

—¿Por qué esa es tu solución para todo?

—¡Nunca te tiras a nadie! —exclamó como si eso fuese un sacrilegio.

—Eso no es verdad —respondí yo descubriendo que mi orgullo se ofendía ante la acusación. Luego, con poco convencimiento, añadí—: Me tiraba a Paul...

—No, no, no. Con Paul hacías... —puso un terrible acento cubano imitando al cangrejo de *La sirenita*— *el amor*. Pero nunca te he visto follarte a nadie.

—Eso es porque creo que si estuvieses ahí mirando me cortarías bastante el

rollo —espeté sentándome en el borde de la bañera.

—Tampoco me lo has contado —refunfuñó ella incrédula cruzándose de brazos.

—¡Oh, perdóname! ¿Quieres que te llame la próxima vez que me ponga a ello? —agarré el secador como si fuese un teléfono imaginario—: «¿Valy? Hola, sí, que te llamaba para comentarte que me voy a tirar a un maromo, así que quédate tranquila, que no amo a Paul. Te dejo, que me están metiendo la puntita, te llamo luego».

Aún a su pesar, Valentina se echó a reír:

—Eres idiota, te estoy diciendo algo muy real. No hay nada que se cargue tanto el romanticismo como un polvo sucio y rápido.

—¿Eso es lo que has hecho tú con Gabriele? —se me escapó.

Valentina abrió mucho los ojos.

—¡Serás pajarraca! Estaba borracha, ¿vale? —respondió ella con su devastadora simplicidad—. No te lo tenía que haber contado. Además, eso no fue un polvo sucio... fue un momento de... *confusión*...

—No, eso fue sexo en defensa propia —me reí—. Pero ¿cuándo piensas hablar con él? ¿Se va en cuatro días a ver a su familia a Génova, no?

Fue suficiente para espantar las invitaciones de Valentina a que me pasase por la piedra a todo hijo de vecino, y salió pitando de mi vista.

Sonreí inevitablemente pensando en la impetuosidad de Valentina, y en Gabriele, que finalmente aceptaba que su Princesa Azul, más que un beso, esperaba que le robasen las bragas. Desde luego, el precipitado polvo de hacía un par de noches probaba seguramente la tensión sexual que ambos habían estado conteniendo, pero me parecía que ahora necesitaban comunicarse, o terminarían relegando el suceso de aquella noche a un momento de «confusión», como la propia Valentina acababa de definir.

Confusión. Un eufemismo del que probablemente yo debería empezar a abusar más. Cada vez me parecía más claro que un gran porcentaje de las veces que me había jurado a mí misma que estaba enamorada solo estaba en realidad confundida. En nombre de mi espíritu romántico había terminado por devaluar el amor, qué ironía.

Y al tercer día se levantó, y caminó: Podía haber muerto hoy en la ducha, pero de lo que me he dado cuenta es que no me habría

importado tanto morir como el modo de hacerlo. ¿Qué habrían tenido que explicar mis padres cuando la gente preguntase? «Mi hija murió de... ejem... ¡Droga! ¡Mucha droga! Sí, la droga la mató». Desde el más allá yo les habría agradecido esa mentira piadosa. Eso siempre sería mejor que la realidad. Tal vez eso mismo les pasó a los del Club de los 27. Tal vez tampoco ellos murieron por temas de drogas, quizá también ellos tuvieron muertes tan ridículas y poco glamurosas, que por respeto a su memoria los metieron en el dramático paquete de la sobredosis.

Escribí en el blog, tras semanas de bloqueo y mala gana. Hubo algo liberador en poder escupir toda mi baba interna, aunque fuese reflexionando sobre mi banalidad, y la muerte que podía haberme llevado de un día para otro mientras yo sufría de pequeñeces.

—Me siento como una mierda —le dije a Giorgio cuando le conté el incidente a la mañana siguiente en la oficina—. Y yo siempre quejándome de tonterías...

—Y eso que trabajas en una redacción —dijo él—. Tienes historias serias a punta pala para deprimirte: la interminable guerra civil de Siria, el descalabro de la crisis económica, los suicidios por desahucios, la muerte de aquel jubilado griego frente al parlamento de Atenas...

—Joder, Giorgio, qué depresión...

—Pues eso digo —se encogió de hombros—. Sabemos que pasan cosas horribles, pero inevitablemente a cada uno le pica lo suyo. Aunque nunca viene mal echar un vistazo alrededor y sentirnos agradecidos de que lo que nos pasa a nosotros sean solo tonterías.

Me ofreció una galleta del paquete que estaba devorando y yo la acepté mientras decidía que definitivamente Giorgio me caía bien. Él tenía razón. La salida de Paul de mi vida nunca fue mortal. Simplemente había pasado demasiado tiempo pensando que era él, y ahora me parecía complicadísimo hacerme a la idea de que ya no estaba. De que no podía llamarle cuando todo se torciese. De saber que había agotado una de mis fantasías más manidas y que no podría volver a utilizarla cuando me sintiese emocionalmente perdida. Aunque probablemente era mejor así. Parte de que me lanzase como un kamikaze en brazos de cualquiera que me echase una sonrisita, lo hacía porque

siempre había pensado que tenía a Paul de plan B. Sin él en mi vida, poco a poco se convertiría en una de esas pequeñeces que nos pican, hasta que con el tiempo logramos hacer de ellas una perla con la que decorar nuestro pasado. A fin de cuentas, para eso había creado a SuperCotidiana. Para que se ocupase de esos inocuos menesteres mientras yo me dedicaba a la vida.

Cuando salí de trabajar, evité regresar a casa y me obligué a salir a por aire fresco. Aire de verdad, ahora que afortunadamente me había dado cuenta de que podía respirar. Pedaleé en mi bici y, de camino al centro, me obligué a observar cada pequeño detalle, como si hasta el momento no me hubiese fijado realmente en nada. Los altos y retorcidos pinos de las alamedas, podados como un extraño ramillete seco, un bonsái de alturas imperiosas, que solo había visto en la provincia de *Lazio*. Las calles adoquinadas en las que me había ido dejando las tapas de todos mis zapatos y en los que no me había partido un tobillo de puro milagro. De pronto todo me maravillaba, y esa sensación de bienestar empezó a liberar mi mente embotada de las últimas semanas.

Aparqué la bicicleta para entrar en el coqueto *Chiostro del Bramante*, en el que en ese momento exponían a Miró. Su fachada daba a un famoso café con una terraza llena de turistas e italianos pijos y, sin embargo, tras un arco, una puerta oculta te llevaba al interior del museo, que poseía una cafetería en la parte alta del claustro. Pedí un *macchiato* y me senté allí, observando los tejados y las terracitas de alrededor, con la única compañía de las palomas que revoloteaban sobre las tejas, y me senté a escribirle una carta a Paul. Sabía que en el siglo que corría lo más habitual hubiera sido enviarle un mensaje de Facebook o algo así, pero me parecía que carecía de solemnidad para lo que quería decirle.

Mientras escribía intenté vaciarme de todo lo que me había llenado con él. Desde que le conocí, los recuerdos, las vivencias. Hasta lo que inventé, lo que imaginé, las fantasías, las exageraciones. Las horas que vivimos en Roma, y también la despedida. Y todo lo que esta me despertó: el dolor, la confusión, la tristeza, la rabia y la nostalgia. Llené las páginas de palabras para vaciarme de ellas. Para vaciarme de él.

Querido Paul:

Nunca pensé que tendría que escribirte una carta de despedida.

Lamento el modo tan infantil y dramático en el que hemos dado cierre a

tantos momentos bellos vividos. Porque, aunque no lo creas, me culpo a mí misma. Creo que he pecado de ingenuidad, o tal vez no pecaba, sino que me regodeaba en esa imagen difusa que me gustaba crear sobre mi futuro contigo. Pero lo cierto es que no he sido muy pragmática y me he cegado voluntariamente frente a lo que tú ya me mostrabas, aunque solo verbalizaste la última noche que pasamos juntos. Si no me hubiese cerrado en banda por tanto tiempo, probablemente todo habría sido mucho más fácil para nosotros, incluso puede que no hubiese derramado una sola lágrima con tu marcha. Pero tus palabras me pillaron desprevenida, y he tenido que asimilar a contrarreloj la realidad: tú no me quieres. O, mejor dicho, tú no me amas. Tú quieres un recuerdo, quieres una quimera a la que aferrarte cuando no queda nada más. Una idea romántica contra la que jamás habría peleado, pues la he utilizado con demasiada frecuencia, aunque con mucha más inconsciencia que tú. La diferencia es que yo la quería de momento y tú la quieres para siempre.

Tu ausencia no deja otra cosa que el hueco de un ahora que te has negado a vivir conmigo. Un vacío que, reconozco, he de aprender a llenar yo sola. Pero no te odio. O, mejor dicho, solo te odio un poquito de momento. Espero que, con el tiempo, el peso de todo lo que me has regalado, le pueda a la decepción de ese resbaladizo presente que no compartimos.

*Te quiere,
Alaia*

Así, con esa carta, logré cerrar ese capítulo, y también recordar algo importante. Yo no era la novia de Paul, yo no era la *nada* de *nadie*. Yo aún no sabía quién era y, sin embargo, había dejado esa búsqueda abandonada, como si ya no importase. Pero precisamente escribir era lo que me había rescatado. O, bueno, una muerte ridícula atragantándome con el agua de la ducha había sido la que me había rescatado. Pero escribir me había terminado de curar.

Aquella noche me asomé a la ventana de mi habitación y observé el patio en silencio. Tigrot había vuelto a vomitar hacía solo un par de horas, pero lo olisqueaba como si estuviese considerando su nueva ingesta. Me reí observándole, y me acordé de cuando me despertaba de niña con alguna pesadilla, y mi padre me llevaba en brazos a la ventana y me enseñaba la

noche. Aquella visión me embrujaba. Me susurraba: «Todo el mundo está dormido». Y yo me sentía muy especial por encontrarme despierta, observando aquella quietud, como si estuviera espiando algún tipo de secreto. La noche, la oscuridad y la soledad de la madrugada que, para una niña pequeña, significaba un paisaje fantástico.

La noche era silencio, era observar, pensar, y ver todo desde otro prisma, el de las sombras y las luces ladinas que mostraban un cuadro tan distinto al diurno. Mostraban un ángulo diferente sobre todo lo que habíamos dado por sentado.

Julio

Capítulo 22

Había vuelto a escribir sin parar. En el blog, en la web y pidiendo socorro a otras redacciones. La oficina de pronto se había convertido en un refugio en el que internarme y centrar mi cabeza. Bueno, tampoco iba a negar que el aire acondicionado lo hacía apetecible en esos días en los que Roma parecía un merengue al sol. Lo único que me desanimaba inevitablemente era la presencia de Francesca, que seguía paseándose por la oficina con su voz chillona, sus malas maneras, y a pesar del calor, aún con cuello alto. Definitivamente, tenía que haber algo horrible escondido allí abajo...

***V de Vendetta:** En esos instantes me invade un deseo irrefrenable de escupir en la cara de mi jefa la cosa más putrefacta que mi cuerpo sea capaz de crear e irme lejos como si fuese el Llanero Solitario, a la aventura por el mundo. ¡Jeheee! Luego ya me caigo de la cama y me froto el culo dolorido.*

Era muy frustrante ese desfile de instantes agridulces en los que Giorgio lograba confiarme un artículo de responsabilidad, pero que al final siempre resultaba ser algo que me la traía al paio. Un buen ejemplo era la final de la Eurocopa, que se celebraba aquella tarde y que reunía irónicamente a Italia y España en una batalla en la que yo no tenía claro de parte de quién ponerme. A fin de cuentas, el fútbol y las nacionalidades eran dos cosas que me daban exactamente igual. Pero la tensión previa a esos días había sido tan exagerada, que parecía imposible ignorar el evento. Giorgio me insistió con que lo cubriera desde el punto de vista de la juventud española expatriada en Roma.

—Pero yo no sé nada de fútbol —protesté.

—¿Y sabes algo de juventud expatriada? Ponte a ello, anda —me amonestó.

Nada me apetecía menos que empollar sobre fútbol, pero en realidad quería escribir el artículo, porque si España ganaba sería uno de los temas centrales de la web ese mes. Así que aquel domingo me dirigí hacia el *Circo Massimo* a visualizar esa batalla moderna entre gladiadores.

Llegué sudando y jadeando, a juego con el tacto que tenía para mí el fútbol. En el descampado del *Circo Massimo* habían instalado unas pantallas enormes para seguir la final. Todo estaba lleno de banderas italianas, pero los españoles también se hacían oír. Bruno, mi mecenas en la incursión al fútbol, me arrastró hasta un grupo de españoles, donde Tamara esperaba con las mejillas pintadas con la bandera nacional. Erasmus. Sus amigos votaban, cantaban, me ofrecían alcohol y todos querían hablarme cuando les dije que estaba haciendo un reportaje. Bruno me guiñó un ojo mientras le pasaba un brazo por los hombros a Tamara.

—¿Valentina no viene? —traté de gritarle por encima del ruido.

—¿Con esta panda de españoles? —se rio él—. Está viendo el partido con amigos italianos de la facultad, en alguna parte, por aquí.

«Por aquí» era solo un modo de hablar. El *Circo Massimo* fue un estadio para carreras de carros de la Antigua Roma, el mayor circo de la antigua civilización romana con sus seiscientos veintiún metros de longitud y ciento dieciocho metros de anchura. Antiguamente en sus gradas cabían unos trescientos mil espectadores. En la actualidad no parecía haber en el mundo ningún lugar que pudiese acoger a tanta gente, salvo como demostró aquel día, tal vez, el propio descampado que ocupaba ahora el lugar del *Circo Massimo*.

En el fondo las banderas se agitaban constantemente, yo pensaba que debía de resultar agotador hondear una bandera durante dos horas, pero los colores no cesaban en su vaivén. Los *tifosi* de Italia lanzaban bengalas, y también algún petardo que sufrí con sudores fríos. Descubrí que el fútbol era lo de menos. Lo mejor eran los gritos de furia del público. Los ¡Uuuuy! y los ¡Ahhh! ensordecedores, los pitidos a los contrincantes, al árbitro y, en general, a cualquier cosa que se moviera.

—Como decía Ned Flanders de Las Vegas: «Todo está hecho para exaltar los sentiditos» —le murmuré a Bruno al oído, recordando un episodio de *Los Simpson*.

Aunque estábamos en Italia, los aficionados de España se hacían oír sin pudor. Gritaban, aplaudían, abucheaban, y se pasaban todo el partido en pie.

Cuando España metió el primer gol, Italia se empequeñeció asombrosamente. En tanto, Tamara y sus amigos se abrazaban emocionados, los hinchas de Italia saltaban, gritaban y hacían gestos increíblemente gráficos a los hinchas españoles. No debía olvidar que el gesto era el medio de comunicación por excelencia para el italiano medio.

El segundo gol de España levantó todo por los aires.

—¡Mirad! —señaló Bruno.

Un hincha de Italia con muletas en mano trataba de buscar pelea. Enseguida perdió el equilibrio y tuvieron que levantarlo del suelo. Como por solidaridad, uno de los jugadores de Italia, del que Bruno me indicó el nombre para que lo apuntase rápidamente, se lesionó cinco minutos después de salir. Italia ya no podía hacer más cambios, por lo que se quedaron con un jugador menos. Los italianos estaban cada vez más abatidos y empezaron a darme pena. La chavalería se sentaba por el suelo, algunos con las manos en la cabeza, otros se marchaban porque no querían ver más el partido. ¡Cuánta pasión podía suscitar algo que yo nunca logré comprender!

Con el tercer gol de España los españoles del *Circo Massimo* se volvieron locos. Chillaban, pitaban, aplaudían y se levantaban a agitar sus banderas, mientras los hinchas de Italia maldecían desde sus sitios. Parecía claro que España ganaría.

Gladiadores del siglo XXI: Al menos esta noche nadie quiere tortas. Prefieren gritar y gesticular. El esqueleto del viejo estadio es todo lo que queda de las antiguas carreras de cuadrigas. No hay sangre y nadie pide sentencia de muerte al César. Al menos he descubierto que el deporte en mí no está muerto, solo huele un poco mal.

El partido terminó 4 a 0, con una cola de españoles borrachos que aquella noche quemarían la ciudad. Pero no yo. A mí el cuerpo me pedía cama después de haber visto tanta carrera para arriba, carrera para abajo. Incluso solo observándolo, el deporte ya me cansaba. Bruno también decidió retirarse conmigo y abandonar a Tamara, que se marchaba con sus amigos dando brincos algo ebria. Me pareció que se molestó un poco porque Bruno no se apuntaba a su plan. A fin de cuentas, Tamara regresaría a España en un par de

días y no se verían mucho más. Pero él no parecía estar pensando en nada de eso cuando la despidió mientras ella lo miraba como una niña enfurruñada. Pensé que ese era seguramente su gesto de enfado extremo, y por un momento me pregunté si sangraría si alguien la pinchase o si solo le saldría algodón como a un peluche. Casi podía visualizarla como una muñeca de trapo con las mejillas coloradas y un vestido de tela rosa palo.

Por otro lado, y a pesar de todos mis esfuerzos, Francesca no me dedicó ni un tímido «¡Buen trabajo!» por el artículo de la Eurocopa. Tras la discusión por aquel titular impreciso, me trataba como si fuese en sus propias y dulces palabras: «Deficiente». Aceptó el artículo solo después de que Giorgio lo revisase frente a ella. Francesca no entendía castellano, pero al parecer asumía directamente que yo tampoco.

Aun así, Giorgio me dijo que lo había hecho bien, sobre todo teniendo en cuenta que el deporte no era precisamente mi plato preferido, sino que siempre estaba pidiendo los artículos culturales. Me prometió que me compensaría e hice las paces con el mundo. Mi hermana y mis padres también lo leyeron, y todos alucinaron en colores de que estuviese escribiendo sobre fútbol, con todo lujo de detalles técnicos. Claro que no les confesé que Bruno tuvo que supervisar todo el texto, para explicarme la diferencia entre saque de banda y saque de esquina, que estaba usando indistintamente. Sí, vale, a veces era verdad lo de que no tenía ni idea de castellano. Pero Francesca no podía saberlo.

Entretanto, aquella semana Valentina y yo entramos en el piso para descubrir que en el hall de la entrada se había caído un pedazo del techo del tamaño de una manzana, y todo estaba lleno de escayola. Arriba, Nico y Camille nos saludaron por el agujero. Nuestro edificio literalmente se caía a trozos.

—Esto es de coña... —le dije a Valentina.

—Pues imagínate si nos llega a caer encima a alguna de las dos...

—No está tan mal —dijo Nico desde arriba, asomado al hueco—. Ahora podemos pasarnos un poco de sal sin tener siquiera que bajar las escaleras.

—Y os oiremos follar mucho mejor... —murmuré yo lanzando mi bolso sobre el sofá.

—No sufras —comentó Valentina pasando a mi lado para sentarse en el butacón—. Se van a Lyon este fin de semana. Para cuando vuelvan seguramente la casera lo habrá arreglado.

—¡Chicas! ¿Podéis dar de comer a Tigrot hasta que volvamos de Francia?
—nos preguntó Camille desde lo alto.

—Ese gato bulímico no tiene que comer más —negué alzando la voz, mientras me iba hacia la cocina a por la escoba para barrer la escayola del suelo—. Ayer le vi cenándose los restos de una pizza. Tiene que renunciar al queso, que no es un ratón.

—¿Sabes? El otro día leí un artículo sobre un estudio que había hecho la Universidad de Columbia —comentó Valentina asomándose tras el respaldo de la butaca—. Bueno, más bien una encuesta, en la que preguntaban a la gente a qué preferirían renunciar, si al queso o al sexo oral.

—¿La Universidad de Columbia también juega al Cuerno o Cola? —pregunté volviendo al hall a barrer.

—¿Te puedes creer que la mayoría de la gente prefería renunciar al sexo oral? —exclamó Valentina escandalizada.

—¡Yo renunciaría al sexo oral! —gritó Camille desde el agujero, y arriba y abajo nos reímos del susto y de que nos hubieran escuchado.

—¡Venga ya! —insistió alarmada Valentina, abandonando su butaca y corriendo a asomarse por el boquete desde donde veíamos un recorte de la cara de Camille—. Vale, no esperaba otra cosa de Alaia...

—Gracias por la parte que me toca —respondí a su lado empujando la escayola reunida al recogedor.

—Pero tú, Camille... —siguió ella como si no hubiese habido interrupción.

—¿Yo qué? —respondió la aludida desde el agujero—. Soy francesa, no puedes pedirme que elija entre sexo oral y queso...

—¡Y gracias por la parte que me toca a mí! —exclamó Nico a lo lejos.

—¡Pero amor! Solo estaría renunciando al sexo oral, no al sexo en general... —se explicó Camille desapareciendo del agujero para volverse hacia él, mientras todos seguíamos carcajeándonos.

—Claro, también solo estarías renunciando al queso, no a la comida en general —defendió Valentina.

—Joder, Valentina —intervine tirando los restos de escayola a la basura—, ¿pero cuánto sexo oral recibes al día para compararlo con el consumo de queso? Que vives en Italia, no en Asia. Tenéis tiendas que solo venden *mozzarella*...

Arriba seguían riéndose sin parar.

—A lo mejor no es tan malo que se haya abierto este agujero...

Terminé de recoger con una sonrisa en los labios, pensando que era la primera vez que me reía con ganas en mucho tiempo y que eso era una inevitable señal de que Paul dejaba poco a poco de ser el eje de mis pensamientos. La vida continuaba, como siempre me decía mi hermana.

En los días siguientes, nuestros vecinos franceses dejaron de destruir los muelles del piso de arriba y un silencio sepulcral se quedó en su lugar, recordándonos que la pasión gabacha se había vuelto a Lyon durante el próximo mes. En su lugar, Tigrot nos hacía compañía de vez en cuando en casa, antes de sacarlo de nuevo al patio para que dejase de maullar porque aún tenía hambre.

—No tienes hambre, gato gordo —le explicaba como si me entendiese, cuando lo sacaba para afuera—. Eso se llama gula. Lo sé porque, cuando me pasa, podría morir de una indigestión de Nutella si no me controlase. Pero no queremos morir, ¿verdad?

«Güiqui, güiqui». Cuando lo bajo al patio, el maldito gato gordo se apoya en la puerta de cristal del portal y la frota con frenesí para que lo dejemos entrar a comer más. ¡Güiqui, güiqui! He pensado que si le pongo un par de esponjas en las patas delanteras podría limpiar los cristales y hacerle un favor al portero. O tal vez limpiar su propio vómito él mismo la próxima vez.

Los Erasmus eran otros que también se batían en retirada. Pero la campana del final de clase nunca fue tan poco alegre y menos tumultuosa. La vuelta a casa pesaba lo suficiente como para adivinar que tampoco estudiaron tanto o, si lo hicieron, en la balanza pesaban más las amistades hechas, las fiestas, el pedacito de libertad que saborearon en sus paladares aún vírgenes. Yo al menos viví tal cual mi experiencia Erasmus en Bologna. Efectivamente los ojos me lagrimearon todo el regreso en el avión, porque aún no lo sabía realmente, pero aquella experiencia le había dado vueltas a mi persona igual que a una veleta, y para ese momento mi vida señalaba un rumbo distinto al que había señalado hasta ese momento. O sencillamente entonces señalaba un rumbo.

Así que, Bruno despidió a Tamara con un *Arrivederci!* muy a la italiana.

Pero no fue el único. También Gabriele regresó a Génova. Valentina fue a despedirlo empujada por mí, pero en lugar de corresponder el amor que Gabriele le había confesado algunas noches antes, solo logró balbucear un repertorio de palabras inteligibles de despedida que sonaban al cacareo de una gallina. Mucho más expresiva en lo físico que en lo verbal en esa situación, consiguió darle un confuso abrazo, que pretendía decirle que necesitaba más tiempo que la media para digerir aquella situación y formar una frase congruente. Esperaba simplemente que Gabriele comprendiese su significado.

Desde entonces seguían escribiéndose mensajes periódicos que Valentina recibía con una sonrisa de oreja a oreja y que explicaba con un «¡Nadie!» cuando yo le preguntaba quién le escribía. Pero la frecuencia de sus mensajes no había aumentado ni cambiado de tono en ningún momento, como si ambos fuesen capaces de fingir que la noche de la graduación de Valentina nunca había ocurrido. Aunque lo disimulase, me parecía que aquella posibilidad le preocupaba.

Capítulo 23

El *Lungotevere* había abierto su temporada estiva. Durante el verano, bares y chiringuitos se apostaban junto al río, llenos de banderolas de colores y bombillitas propias de la cubierta de un barco. En el aire se cruzaban cien mil olores de los restaurantes colindantes que preparaban pescado y mariscos a la parrilla, más adelante los pollos giraban en un horno, se ofrecían patatas fritas y bocadillos. Un montón de tenderetes en fila que vendían todo el habido y por haber. Sombreros, fulares, suvenires, pulseritas de tela y lana de colores. Más adelante, una imitación de la *Bocca de la verità* te leía la mano por veinticinco céntimos si la introducías en ella. Aquella noche Bruno, Valentina y yo hicimos la prueba, y nos dio la risa cuando vimos que a Valentina le había salido una puntuación penosa en la libido.

Aunque lo mejor fue cuando Bruno nos contó lo que la siciliana le había hecho. Desaparecida por un tiempo, había vuelto como *Terminator*, y loca de celos al ver pasar a Bruno todos los días frente a la peluquería de la mano de Tamara, se había enterado de quién era ella y le había escrito una carta. En esta se hacía pasar por el propio Bruno y le explicaba a Tamara que ya no quería verla más porque estaba enamorado de otra chica.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Valentina conmovida pasando entre la gente—. ¡Pero si esas cosas solo pasan en las telenovelas! ¿Y cómo lo hizo? ¡Si no habla español!

—No creo que eso fuera mucho impedimento —dijo Bruno siguiéndonos con cierta dificultad—. Si se había tomado la molestia de enterarse de la dirección de Tamara, también tendría algún amigo español que le tradujese el mensaje. Es tan retorcido que nadie se lo creería.

—Pero ¿y cómo supiste que era ella? —pregunté yo boquiabierta maquinando ya alguna historia para SuperCotidiana—. A esa pobre chica le

faltó oxígeno en el parto...

El HombreMierda purga sus pegados contra TetasHinchadas: Capítulo 14. Solo una supervillana mayor podía haber devuelto la honra al HombreMierda. Al sufrir estoicamente las venganzas desequilibradas de TetasHinchadas, el HombreMierda se ganó un jarro de agua fría, y un poquito de jabón, para descubrir que, a fin de cuentas, debajo de toda la Mierda, había simplemente un Hombre.

—Pero ¿quién iba a ser? —exclamó Bruno deteniéndose con nosotras a ojear un puesto de baratijas—. La llamé y empecé a presionarla, ella al principio lo negó todo, pero al final admitió que había sido ella, que había montado todo ese lío porque aún me quería.

—Joder, no tenía ni idea de que la siciliana fuera tan intensa... —me sorprendí mientras me apartaba para dejar pasar a una pareja entre nosotros.

—Está loca, le dije que no volviera a contactarme en su vida, y ella berreó y me dijo que no sabía bien a quién estaba dejando de lado y no sé qué hostias... —siguió explicando él por encima de la fila de personas que aprovecharon para pasar detrás de la pareja a la que yo había dejado hueco.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Valentina a mi lado—. Os dije que tenía cara de loca.

—No es verdad —espeté yo—, nunca hablamos de su cara, sus pechos no nos dejaban.

Molestos por la cantidad de gente, nos alejamos de los tenderetes. Caminamos junto al río, pasando los chiringuitos bajo una luna llena que iluminaba la ciudad sobre las luces urbanas. Atravesamos el aire solidificado por el bochorno del día, ahora arañado por la brisa nocturna que azotaba las banderas sobre los balcones de los hoteles.

—¿Qué dijo Tamara? —quiso saber Valentina cuando alcanzamos una zona menos transitada.

—Al principio alucinó. Pensó que era verdad. ¿Quién se imagina que una loca se esté haciendo pasar por el chico con el que sales? Bueno, Tamara creía que era una forma de librarme de ella ahora que se volvía a España —dijo—. Y la verdad es que ha sido un rollo, porque yo sí quería romper con ella. Me

refiero a que... ni siquiera estaba seguro de si había *algo* que romper, nunca me gustó lo suficiente. Pero con todo el lío que se armó, no he sabido bien cómo cerrarlo, y ella ahora sigue un poco molesta...

Sentí que se me revolvían las tripas al oír a Bruno hablar así, y pensé si Paul no estaría hablando de mí de la misma manera en Luxemburgo o allá donde se hubiera ido de vacaciones, mientras se tomaba unas cervezas tranquilamente con sus amigos. «Lo de Alaia estuvo bien, pero ni siquiera estaba seguro de si había *algo* que romper, nunca me gustó lo suficiente». No había tenido ni una sola noticia suya en todo aquel tiempo. Ni siquiera después de la carta.

Nos sentamos en un bar debajo del *Castello di Sant'Angelo*, en el local estival de un bar del centro. Ya nos gustaba su versión invernal, mezclando sofás victorianos con lámparas chillonas de los años 80 y papel estampado en las paredes. Pero sobre todo su música, toda vestida de grandes éxitos, en ese momento, de hecho, sonaba *Billie Jean*. El local repetía junto al río en aquellos meses de verano, colocando sus sofacillos y mesitas japonesas a la fresca nocturna junto al resto de locales que hacían lo propio, extendiéndose a lo largo del río Tíber. Recordé *Vacaciones en Roma*, el baile en el *Lungotevere* en el que Audrey Hepburn y Gregory Peck terminaban su maravilloso día, y pensé que era como estar allí, aunque con Michael Jackson cantando de fondo. Sus banderolitas agitadas por el piadoso aire nocturno, recortadas contra las luces del *Castello di Sant'Angelo*, las nubes arremolinándose en el cielo azulón, la música por encima del rumor de la ciudad, el río, el barullo de la gente... Me alegré de estar allí, y concluí que incluso si algún día llegaba a ser una famosa periodista, recordaría aquellas noches, las metería en mi Cajita de los Recuerdos, sentada en las sillas de tela a rayas, bebiéndome una cerveza helada que goteaba por la condensación y dejaba un cerco efímero sobre la mesita de hierro.

Alérgica a la responsabilidad de bote: No sé si querría ser una famosa periodista. Ser famosa implica tener una cierta responsabilidad mediática. Y yo soy el tipo de persona que habla sin pensar y mete la gamba hasta el fondo en un periquete. No me apetecería ser un fenómeno viral por alguna sandez de las que salen del buzón que tengo por boca. Además de lo del pote. Soy alérgica a varios productos de

maquillaje, mi cara se convertiría en un zeppelin naranja en menos de lo que se dice «rímel».

Mientras consideraba mi hipotética carrera televisiva, nos zampamos el aperitivo de verduras en tempura, arroz, nachos, salsas y otros picoteos. Bruno nos explicó su nuevo trabajo en la Librería de cine bajo las órdenes de la amiga de Gabriele, Ilaria. Montaban pequeñas charlas y eventos, y él hacía el trabajo del clásico secretario, pero le servía para hacer un millón de contactos. Finalmente, se revolvió en el asiento y consiguió captar mi atención de nuevo.

—Pues solo me queda darte la mala noticia... —me dijo, y sonó tan serio que por un instante sentí que se me paraba el corazón.

—¿Qué?

—Iker se va a casar.

—¿Iker? —se me paró un poco menos. El último ser de la tierra en quién pensaba en ese momento era en Elimbécil del Iker.

—¿Quién es Iker? —preguntó Valentina confusa

—Nadie —espeté con mala cara, porque frente a Bruno nunca me permitía llamarle «El imbécil» y eso me robaba toneladas de satisfacción.

—Ah, ¡ese Iker! —reconoció Valentina de todos modos, y se volvió aburrida a su mojito.

—¿Que se va a casar? Eso no es una mala noticia... —desdeñé con un aspaviento la broma de Bruno, aunque pensé inevitablemente: «¿Ese ser?»—. ¿Con quién se va a casar?

—No sé muy bien la historia —se excusó Bruno—. Pero al parecer una chica que conoció hace un par de meses...

Un par de meses. Justo lo que había tardado en largarme a mí. Y una chica había sido capaz de hacer que hincase la rodilla en ese tiempo. ¿Era ella una titana o yo insoportable? ¿Era posible que Elimbécil del Iker estuviera deseando casarse, pero no conmigo? ¿Pero de qué estaba hablando? Yo nunca quise ni lejanamente casarme con él. Me habría conformado con que no me soltase la mano cuando estábamos en público. Me habría conformado con alimentarme a base de pan duro a cambio de que me devolviese alguna llamada. Me daba igual que se casase, pero de pronto me sentía sumamente irritada de que aquel espécimen pudiera encontrar a su media naranja de la noche a la mañana,

mientras yo tenía que recorrerme toda la frutería. La mala baba era inevitable, porque ElimbécildeIker era mi primer HombreMierda. Elapestoso por el que todas caíamos al menos una vez, o algunas dos y tres veces.

—Di lo que quieras —se burló Valentina cuando llegamos a casa—. Pero lo de ElimbécildeIker te ha sentado como un tiro...

Ignoré su comentario y traté de concentrarme en cómo Valentina había pronunciado aquel apelativo peyorativo en su versión italiana, *Ikerlostronzo*, y por un momento me pareció maravilloso que el nombre se internacionalizara. Habría *Ikertheasshole*, *l'idiotdeIker*, 白痴*Iker*... Ahora sí que agradecía que Eburne me hubiera enseñado algunas palabrotas en chino.

Entretanto, aquella semana, Aldo quiso celebrar su cumpleaños pasando el día en la playa. Tomamos el tren en la estación de Pirámide para ir a la más cercana, porque el coche de Aldo estaba en el taller y además aquel día también venían con nosotros su compañero de piso, el langostino gigante, y su novia. ¡Sí, el langostino gigante tenía novia! Al parecer todo el mundo tenía novia menos yo.

Incluso el tren estaba en modo amoroso, pues íbamos enlatados como sardinas. Encajada entre el sobaco de un orondo señor y la neverita portable de una familia de rumanos, yo continuaba torturándome desconcertada. ¿Cómo podía estar casándose ElimbécildeIker si precisamente era imbécil? Un imbécil con la nariz muy larga y los ojos muy juntos. Y el cutis terrible, y mocos, y los dientes sucios. Vale, tal vez no tanto, pero desde luego no le sentaba nada bien salir con Bruno. Y de pronto me pregunté si yo producía el mismo efecto junto a Valentina. «¡Mierda, nunca lo había pensado!». Tal vez a mí también me sentaba fatal salir con ella y parecía una paliducha tabla de planchar llena de pecas. La miré de reojo; charlaba con Aldo animadamente mientras lucía un escote espectacular.

Me desanimé aún más y volví a mirar hacia la ventana por debajo del sobaco del señor gordo y el jaleo sudoroso del tren. «Hola», me imaginé que ElimbécildeIker me saludaba cuando yo llevaba un vestido espectacular y los pechos de Valentina. Él se acercaría con mucha naturalidad a besarme y yo le contestaría: «Quítame tus manazas de encima», y contendría una náusea, o tal vez no, tal vez le vomitaría directamente encima como lo hubiese hecho Tigrot. La verdad era que sería una escena espectacular. Nada más acercarse, ¡zasca!, pala de vómito. Tal vez en la fantasía podría ir de la mano de algún buenorro. O quizá no. Quizá debería ir agarrada al langostino gigante. Al lado de aquel

tipo cualquiera parecería una miss. Tal vez su novia salía con él por eso. Maldición, aquel era un pensamiento muy cruel, seguro que el karma me castigaría por ello.

Cuando llegamos a la playa la situación no mejoró. Aquello era *I Cancelli* de la playa de Ostia. Una parcela de arena mediterránea abarrotada hasta la bandera. Todo el mundo estaba moreno y lucía palmito playero, las chicas con sus tangas y las tetas levantadas hasta la barbilla. Y los chicos en plan *papagalli* italiano. Había un tipo que entre las múltiples horteradas se había tatuado unos agujeros de bala sanguinolentos en sus pectorales como toperas.

SuperCotidiana y la matanza de Ostia: Capítulo 15. El mundo está evidentemente superpoblado, y una manera fantástica de empezar a limpiar el planeta sería aniquilar a los especímenes de esta playa. En lugar de organizar un genocidio ridículamente aleatorio, SuperCotidiana propone una mejor organización. Un exterminio donde, independientemente de la raza o la religión, se eliminasen solo gilipollas.

Era como irse a una discoteca, pero durante el día. Y yo odiaba las discotecas, y mucho más si las tenía que aguantar con arenilla en el bañador y Aldo ligando como un cosaco porque, por supuesto, como era su cumpleaños, fuimos a tumbarnos a la zona gay. Al menos por una vez las escandalosas curvas de Valentina pasaron completamente desapercibidas. Incluso ella se sentía desconcertada por la falta de atención, y se pasó casi todo el día mirando el móvil con desilusión.

En ese instante un par de esos gilipollas con los que Aldo ligaba, mientras yo me planteaba su exterminio, me preguntaron si era mi primer día de playa, y me sugirieron que me pusiera al sol, que parecía una rusa con fotosensibilidad. Bueno, ellos no dijeron fotosensibilidad, esa palabra no se la sabía nadie en aquella playa, se hubieran atragantado al intentar pronunciarla. Aldo me lanzó una miradita de disculpa, y desechó a los tipos.

Mi teoría era que todos allí debían de estar bajo algún tipo de sustancia psicotrópica. Menos yo, que era masoquista, había sido muy malvada en otra vida, y encontraba en aquella tortura la única forma de purgar mis pecados. De

hecho, tal vez no había sido malvada en otra vida, sino en la actual, concretamente hacía solo un par de horas, con mis crueles pensamientos sobre el langostino gigante y su novia, y el karma se cobraba el precio lanzándome a aquella playa donde me subrayaba que era *yo* la que no encajaba en el mundo. Todos los demás encontrarían a alguien, se casarían y serían felices, menos yo, que me quedaría sola para siempre-siempre-siempre. Con la única compañía de Tigrot, si Camille y Nico se apiadaban, empezaríamos a comer pasteles compulsivamente hasta que no cupiésemos por la puerta. Acumularía todo tipo de basura, y me encontrarían momificada años después de mi muerte, tras haberme atragantado en la ducha de nuevo. Eso si Tigrot no me comía antes. Nadie se daría cuenta de mi desaparición porque en nuestra sociedad todo el mundo se unía por parejas y yo no tendría una.

Para las ocho de la tarde decidí que ya había soportado más que suficiente de esa fiesta, y de los gráficos lametazos que Aldo se daba con un desconocido de bigotillo de lápiz a nuestro lado. «Feliz cumpleaños», pensé. Al menos él se estaba divirtiendo antes de volver por las vacaciones de verano a su pueblo natal en Puglia, donde besar a señores con bigote o sin él jamás se le habría ocurrido.

Volví a imaginar a ElimbécildeIker intentando besarme y me pregunté si, además del vómito, sería excesivo plantarle una bofetada. ¿Y si era una bofetada pequeña? Solo quería una oportunidad para atravesar con mis manos su corazón y lanzarlo a un vertedero. O si no podía hacerlo con su corazón, ya fuese porque yo no podía alcanzarlo o porque él no tenía, tal vez podría al menos hacerlo con sus testículos.

—Bueno, a lo mejor Aldo y ese chico serán el uno para el otro y se casarán ellos también —imaginé en voz alta, emocionalmente agotada, cuando Valentina, Bruno y yo volvíamos en el último tren hacia Roma.

—Ah, no te lo he dicho —se iluminó Bruno en el asiento de al lado—. Ya sé toda la historia de Iker, pero me tienes que prometer que no se la cuentas a nadie...

—¿Y a quién se la voy a contar? —pregunté amargamente.

¡Como si yo tuviese algún interés en airear su felicidad a los cuatro vientos!
¡Como si yo tuviera ganas de contarle a alguien que después de largarme había encontrado el amor verdadero! ¡Como si yo quisiera explicarle a alguien que...!

—Ha dejado embarazada a la chica.

Agarré del brazo a Bruno completamente pasmada.

—¿Qué?

—Que va a ser papá —dijo poniendo mucho énfasis a la última palabra, y me di cuenta de que contenía una sonrisa a pesar de todo.

—¿Y se casa por eso? —intervino Valentina levantándose del asiento cuando llegamos a nuestra estación—. ¿Seguro que no es calabrés?

—Me ha dejado alucinado a mí también —siguió explicado Bruno mientras bajábamos del tren en la estación de Pirámide—. Mis amigos están todos que no se lo creen. Siempre ha sido un poco inconsciente, pero esto nos ha superado. Así que, en abril del año que viene hay boda, cuando el chiquillo haya nacido. —negó con la cabeza—. Y conoce a la chica desde hace solo dos meses...

Valentina siguió haciendo preguntas y Bruno contestando, pero yo desconecté. La había dejado embarazada. Tan simple. El muy imbécil. «¡Pues claro que era imbécil, eso ya lo sabías!», exclamó aburrida mi SuperCotidiana, pero había un matiz. No era imbécil por haberme ninguneado o dejado, su imbecilidad había sido previa a mí. Hacía tiempo que me preguntaba qué demonios me había interesado de él tanto tiempo atrás. Qué virus me había tomado cuando le conocí para no ver lo que había. En fin, era mono. Pero en cualquier caso no quitaba el hipo. Le gustaba el cine, recordaba, pero le encantaba el asiático, aquel en el que Bruce Lee daba patadas a todo lo que se movía. A mí me parecían películas terribles. En cambio, cuando me lo dijo, pensé: «¡Oh, qué indie!». Por supuesto, no hay más ciego que el que no quiere ver.

Y de nuevo esa verdad con la que mi sentido común había comenzado a flagelarme últimamente: El imbécil de lker nunca me gustó por lo que él era, sino por el cuento que yo me monté sobre él. Lo mismo que me había pasado con otros chicos en el pasado. «Lo mismo que me había pasado con Paul», reflexioné y me sentí absolutamente abatida.

Pero casi enseguida se me pasó. Ya estaba. Yo no había perdido en aquella batalla lejana que recordaba siempre con tanta amargura. Al igual que con Paul, aquella historia terminó para mi propio bien, aunque las hubiesen terminado ellos. No eran para mí, y como yo era incapaz de verlo, en realidad fue casi una suerte que ellos me lo hiciesen ver.

Y yo ahora tenía que dejar sus recuerdos aparcados, los rencores y las ensoñaciones rosadas de mi MariLoli, y centrarme en mí misma. En una Alaia

completa sin la necesidad de un Príncipe Azul, real o imaginario. No debería costarme. Estaba viviendo y trabajando en Roma, había encontrado una vía de escape con el blog, había hecho amigos, había viajado y visto cosas increíbles. Estaba buscando la chispita de la vida, o como Edurne me dijo una vez, haciéndome las preguntas, aunque tal vez no llegase a saber nunca las respuestas.

Ya no importaba. De pronto sentí que podía incluso renunciar a llamarle ElimbéildeIker, y devolverlo a Iker. Bueno, vale, no tanto. Me gustaba demasiado lo de *Elimbécil*. Lo cierto era que enganchaba decirlo. Pero en cualquier caso logré borrar mi despecho y, cuando a la mañana siguiente me desperté, no volví a pensar en él.

Capítulo 24

Prácticamente ninguno de los medios a los que escribí durante aquel verano en busca de un socorrito para salir de *Punto e a Capo* respondían, y cuando lo hacían me decían que no buscaban a nadie, pero que considerarían mi currículum para el futuro, y otros bla, bla, bla. Los que se mostraban interesados me ofrecían colaboraciones periódicas que no era capaz de compaginar con el trabajo en la web. Y otros, prometían que les encantaría trabajar conmigo, pero que lamentablemente no me podrían pagar por ello.

El fútbol es el opio del pueblo: ¿Os imagináis ir a la peluquería, pedir un corte, unas mechas y un peinado, y a la hora de pagar decir que: «Me encanta lo que me has hecho, no obstante, no te voy a pagar»? ¡Pero que nadie se agobie, que España ha ganado la Eurocopa!

Si la situación laboral española no hubiese dado tanta pena, me habría reído. España acababa de ser rescatada por el Eurogrupo, tras varias semanas en las que la prima riesgo del país había alcanzado niveles históricos. Edurne me decía que además aquel dineral que tenían que prestar las comunidades vecinas, probablemente solo serviría para ayudar a la banca y que dejaría igualmente en cueros al resto del país. A mis padres por lo pronto, como a otros muchos funcionarios, ya les habían reducido la paga de Navidad. El país parecía irse a pique y quien podía emigraba. Al parecer yo era de las que había tenido suerte con el látigo de Francesca chasqueando en mi espalda.

Así que, por buenos propósitos que me hubiese marcado, mientras esperaba

mejores ofertas, no tenía mucho que hacer, además de espantar los malos humos y procurar entretenerme. Por eso, tras recorrerme Infojobs por enésima vez aquel domingo por la tarde, terminé aceptando la invitación de Bruno a una exposición de fotografía en la Librería de cine. Bajo las órdenes de Ilaria, llevaban montando aquel evento casi todo el mes de julio. Valentina también fue algo reticente, aunque no porque estuviese buscando trabajo como yo. Ella estaba de vacaciones, a la espera de que una de sus solicitudes para realizar prácticas en septiembre fuese aprobada. No. Aunque no lo dijo, yo sabía que en realidad no quería ir porque odiaba a Ilaria, y ahora que su contenido amor por Gabriele se había destapado, se sentía aún más expuesta frente a otra fan contenida.

Pero Bruno dijo:

—Hay cóctel y *lunch* gratis.

—Vale, vamos —asentimos las dos, y corrimos a vestirnos, ante sus carcajadas.

Cuando llegamos la sorpresa fue mayúscula. Fuera había armada una cola alucinante, como de garito de moda, ¡y nosotros nos lo saltamos con más cara que espalda! Un gorila en la puerta abría y cerraba una cinta de terciopelo para dejar pasar a la gente, como si aquello fuera la puerta del cielo y él San Pedro decidiendo.

—Pero ¿qué habéis organizado aquí? —pregunté yo estirándome los shorts vaqueros en un tic compulsivo, pensando que podía haberme puesto algo menos informal.

—Nos hemos puesto elegantes para lo de hoy —sonrió Bruno, aunque para variar calzaba uno de sus múltiples sombreros y un chaleco.

Dentro, la decoración para la fiesta había abandonado su aire de caótica librería bohemia y ahora era toda de líneas rectas y ondas, blanco, muy minimalista. Te hacía pensar que, si te sentabas, tu ropa mancharía los sofás.

—¿De verdad nadie entiende por qué me cae mal Ilaria? —preguntó Valentina.

Bruno se rio.

—Es un poco modernita, pero tiene ideas originales, es buena jefa.

A nuestro alrededor todo el mundo era extravagante. Una chica llevaba unas perlas colgadas de la frente que le caían como un velo y otra iba vestida de clown para hacer referencia a una de las fotografías expuestas. Se conoce que temía que, si iba vestida con normalidad, nadie la reconocería como la modelo

de la foto. Todo el mundo sujetaba su copichuela poniendo morritos. Había una proporción desmesurada de gente llevando gafas de pasta gruesa, cámaras de fotos alucinantes y tacones de aguja.

—¡Madre de Dios! —exclamé—. El vestido naranja butano de esa chica me ha quemado los ojos con su resplandor, creo que necesito sentarme hasta que recupere la vista.

Nos separamos por la fiesta. La exposición fotográfica era más bien mala. Había unas ganas escandalosas de llamar la atención tanto en los autores como en sus obras. Resultaban tan pretenciosas como la fiesta. Pero cuando paseaba entre las fotos me pasó una de esas cosas que crees que solo suceden en las películas, cuando un apuesto desconocido se acerca a la chica y ambos comentan el cuadro.

Una de las pocas fotografías que me habían gustado mostraba una colorida imagen de la India y, casualidad, su autor era el que me hablaba. Era romano, pero parecía un vikingo. Tenía una barba cobriza que acababa en punta y el pelo del mismo color le llegaba hasta los hombros. Llevaba pendientes en las orejas igual que un pirata, y su cuerpo era un armatoste firme y musculoso. Además, tenía los ojos de un azul que mareaba. Le faltaba solo mirar a cámara y que le brillase un diente, clin.

—Si quieres hacer una crítica constructiva, adelante —me sonrió.

—Yo es que soy más de críticas destructivas —respondí divertida por la escena.

—Vaya, ¿tan mala te parece la fotografía?

Estaba tratando de espantarlo, pero no lo conseguía, en lugar de eso él se aproximó un poco más a mí y me habló más cerca de lo que le habría permitido a ningún desconocido. Pero, por algún motivo, aquellos ojos zafiro me tenían congelada. Y quién dice algún motivo, dice mi vagina.

—¿Puedo saber el nombre de esta saboteadora?

—¿Para qué? —pregunté aún tratando de sonar insolente, pero mi corazón se había acelerado con su proximidad, el profundo olor a perfume masculino que despedía y solo pude decir en un suspiro—: No sabrías pronunciarlo...

Él me retiró un mechón de pelo que se había soltado de mi trenza con una familiaridad que no le correspondía, y aunque sentía que lo lógico era apartarme, la verdad era que lo único que me apetecía en aquel instante era montar a aquel tipo a horcajadas. Me tomaría del cuello y me atraería contra esa boca carnosa que estaba pidiendo a gritos un mordisco. Nos empujaríamos

el uno al otro hacia la trastienda donde nos despelotaríamos, y él me auparía hasta su cintura con la fuerza de un dios vikingo y nos lo montaríamos entre cajas de libros, arriba y abajo sin control alguno... Joder, mi MariLoli estaba desatada y la SeñoritaRottenmeier parecía demasiado turbada como para detenerla.

Cuando él se acercó un poco más a mí, por un instante creí que lo de la trastienda iba a pasar de verdad, pero, en lugar de eso, alcanzó una servilleta que había en una balda tras de mí, sacó un bolígrafo de su bolsillo y escribió algo en ella.

—Bueno, entonces dejaré que tú pronuncies el mío. Fabrizio. —por supuesto, pensé yo—. Te dejo aquí mi número y si tienes ganas de enseñarme un poco de español, estaré encantado de practicar idiomas contigo.

Aquella frase era tan tópica que, si el tipo no hubiera estado tan bueno, habría estallado en carcajadas en su cara. «¡JA!», habría exclamado dejando al sujeto pasmado, pero de verdad que no tenía capacidad de reacción. Me colocó la servilleta entre las manos y, poniéndole el tapón al bolígrafo con la boca, se marchó sonriendo.

Vale. No debía entrar en pánico. Lo había comprendido. Los tipos buenos ponían en marcha a mi MariLoli y me convencía de que eran el Príncipe Azul. Y no, señor. Ese chico no era el Príncipe Azul. Tal vez era un príncipe vikingo y con unos abdominales como para rayar queso en ellos. Pero, definitivamente, no Azul. A menos que no lo estrangulase un poquito. Aun así, decidí quedarme con la servilleta de recuerdo y olerla de vez en cuando a escondidas.

Dos días después, Valentina se marchó a Calabria, dejándome sola con Tigrot y sus vómitos espontáneos, aunque debía admitir que nuestra dieta espartana los había reducido. Concluí que Nico y Camille lo estaban cebando, tal vez con intención de hacer paté de gato francés. Si no fuesen vegetarianos lo habría creído de verdad.

—*Pappardelle!* —exclamó Valentina entrando de nuevo en casa dos segundos después de haber salido por la puerta con su maleta, y provocándome un infarto—. Que coloquialmente significa papar o zampar, y están muy buenos con salsas de carne...

—¡Joder, Valentina, que susto me has dado! —exclamé, pues su tesis sobre los tipos de pasta nunca parecía terminar.

Salió riéndose por la puerta, terminando de vaciar la ciudad con el final de julio. Aquellos días recorrí una Roma abandonada por sus romanos, y atestada

por los turistas que se afanaban en lamer cucuruchos para paliar el insoportable calor del asfalto que despedía la urbe.

En mi soledad impuesta, chupaba horas delante del ordenador a punta pala. Generalmente buscando ofertas laborales, pero también viendo vídeos estúpidos de cachorritos y revisando la felicidad plastificada que emanaba todo el mundo en Facebook.

¿Tenéis wifi? No, aquí hablamos entre nosotros: Lo de subir fotos de mojitos en la playa empieza a clamar al cielo, y me pregunto si en realidad la gente se los bebe o los compran solo para ponerlos en la foto. Desayunos de película y frases de libro de autoayuda pueblan la red social, dándole a todo el mundo ese aire de estar sereno y bien alimentado, mientras yo me devano los sesos acerca de mi presente y mi porvenir.

Incluso Paul había subido algunos vídeos de sus primeros reportajes para el canal luxemburgués. Solo cuando me parecía haber alcanzado un número lo bastante patético de reproducciones, me obligaba a desconectar.

—A tu madre y a mí nos encantó el artículo que escribiste sobre la «Partícula de Dios». Porque lo escribiste tú, ¿no? —me preguntó mi padre durante una conversación por Skype.

Había sonado dudoso, pues ya había entendido que, aunque los artículos estuviesen firmados por mí, muchos eran traducciones casi exactas de la versión italiana.

—Sí, ese era mío —asentí con aburrimiento.

La Organización Europea para la Investigación Nuclear acababa de escribir un capítulo crucial en la historia de la Física, con la «Partícula de Dios», un hallazgo fundamental que podía explicar por qué existía la materia tal y como la conocíamos. El concepto era difuso para la mayoría de personas, el mismo Gabriele había tratado de explicarme sus fundamentos con dificultad, cuando se me ocurrió escribir un artículo para todos los públicos, que Giorgio me aprobó.

—Me pareció que tenía que ser tuyo con eso de «la explicación para los mortales» —asintió mi padre feliz de haber acertado.

Debió de notar no obstante mi desinterés. Mi artículo no había despertado ningún aficionado entre la frágil red de seguidores de *Punto e a Capo España*, quienes elegían mayoritariamente los temas de cotilleo y televisión, aunque la web tocase todo tipo de palos. No era ninguna sorpresa, pero en aquellos instantes de desamparo emocional y laboral se me hacía particularmente desalentador que mis ideas y enfoques pasasen directamente por el Arco de Trajano de los lectores. A mi creatividad solo le faltaba poner el culo en pompa e invitar.

—¿Qué pasa? Te veo muy pesimista... —me preguntó mi padre, y le noté esa arruga que se le hacía en la frente cuando Edurne o yo le preocupábamos.

—Nada, es que últimamente me ha dado por leer a Schopenhauer —negué de inmediato obligándome a sonreír.

Cuando colgamos llamé a Bruno, que me dijo que estaba con algunos colegas de la Librería de cine, echando el aperitivo en el Elephant, y decidí unirme a ellos. Fue una buena idea. En cuanto llegué me recibieron con cantos y risas, y enseguida logré venirme arriba. Estaba segura de que aquel rinconcillo piojoso, alejado del glamour de las terrazas del centro, o los cafés antiguos de mi barrio, se llevaría aquel año más de mí misma que cualquier otro. Tal vez porque me recordaba un poco a casa, a Bilbao, y los austeros bares del Casco Viejo. O tal vez porque lo relacionaría irremediabilmente con el verano, las noches de fiesta arrancando, lejos del alba, y la resaca del día siguiente, con toda la noche por delante para abrazar las estrellas y la luna. Acalorada, pero encantada, dando brincos en la pista de baile al aire libre, bajo las luces y la música. Entonces lograba, por unas horas, olvidarme de todo para saltar y berrear como solo lo habría hecho normalmente en la intimidad de mi habitación con un disco de Iggy Pop.

Tal vez era por esa desinhibición, pero en aquellos instantes veraniegos mi imagen comenzó a resultar atrayente a mi alrededor. Sería el verano que me obligaba a enseñar más carne o sería más bien porque ya no estaba Valentina a mi lado para hacerme puñetera sombra. Pero la ignorancia a la que me habían sometido los italianos todo el invierno había terminado súbitamente.

Donde fueres haz lo que vieres: Tal vez es el calor y las faldas cortas, pero Roma se ha encargado de mantenerme muy alta la autoestima este verano. Me entran italianos de todos los gremios:

camareros, taxistas, repartidores... En realidad, ligar con un romano es algo tan típico como comer pizza y pasta, o visitar el Coliseo. Forma parte de la cultura local.

Pensaba en el arrollador Fabrizio, y en la posibilidad de darle uso a la servilleta. Pero mi SeñoritaRottenmeier sacaba el látigo del sentido común cada vez que a mi mente se le ocurría sugerirlo. Me había costado sudor y lágrimas superar que Paul no estaría más para salvarme de las fauces del mundo, sino que solo yo podría salvarme a mí misma. Pero otra parte de mí aún se sentía anímicamente destruida. La pueril sensación de «Nadie me quiere» parecía tomar más chicha que nunca y consideraba que quizá Valentina tenía razón después de todo, que aquel podía ser el método definitivo para olvidar a Paul y al resto de mis penas. Como la Macarena, *darle a mi cuerpo alegría y cosa buena.*

Me reí de mi propia reflexión, antes de que el cielo empezara a abandonar su oscuridad, a tintarse de añil y alguien nos obligase a despejar el lugar, de vuelta a casa. El aire del amanecer nos secó las camisetas, y Bruno y yo regresábamos a casa bajo la luz de un sol bermellón que asomaba tras los edificios romanos. Se había ligado a una italiana morena muy interesante, pero no había conseguido arrastrarla hasta casa. Aun así, se reía feliz, sin importarle demasiado que fuera yo quien lo acompañaba, con risas, pero sin mambo.

Otro momento para guardar en la Cajita de Recuerdos delirantes, ver el horizonte romano clareando, pasando del oscuro al añil, al cielo, con esa brisa del amanecer que pone los pelillos de punta. De pronto me embriagó una sensación de *déjà-vu*, que me arrastró a mis primeros días en la capital a mi solitaria llegada. Cuando aún no conocía a nadie ni sabía qué me deparaba el futuro. Cuando paseaba por una Roma también vacía, reducida a soledad por culpa del aire helado que soplaba en aquel enero. Aún no había nevado, pero ya hacía un biruji de no hablar, y yo me cerraba mi chaquetón de la nieve, bajo la mirada despectiva de las siempre elegantes italianas. Aún no era amiga de Valentina y Gabriele, ni había conocido a Ilaria. Los franceses no habían llegado al piso de arriba, y apenas sabía de Aldo. Bruno no había llegado a Roma. No existía SuperCotidiana. No había salido con Paul ni me había abandonado de vuelta a Luxemburgo. Solo había seis meses de distancia entre

un momento y el otro, y sin embargo parecía una eternidad, tal y como había prometido Bruno.

La ausencia de Paul, la presencia de Francesca, o el eterno interrogante sobre la brújula de mi vida, eran detalles, esas pequeñeces que, aunque a veces me pesasen, finalmente no tenían la fuerza suficiente para impedirme fantasear con guapos italianos, bailar hasta el amanecer y regresar muerta de la risa hacia casa con un buen amigo. La voz de SuperCotidiana dentro de mí me lo recordaba: «¡Eh, estás en Roma, así que vívela antes de que se acabe!».

Capítulo 25

Desde que Bruno había empezado a trabajar en la Librería de cine, su agenda veraniega se había completado, y por consecuencia también la mía. Aquel jueves me invitó al pase al aire libre de una película independiente que habían organizado en *Piazza Vittorio Emmanuelle*. Lo que pasó fue que antes de la película la organización ofreció también el aperitivo. *Pizza margherita*, mortadela frita, aceitunas, galletitas saladas, hojaldres de salchicha... Comí como una vaca, y bebí como dos. Bruno me lanzaba miraditas risueñas entre el gentío porque sabía cómo me afectaba el alcohol.

—Mira que luego no me puedo sentar contigo a ver la película, y no podrás pedirme que te saque en volandas del cine —me dijo riendo, y yo me burlé con una mueca.

Me señaló mi asiento, y él se marchó a ocuparse de los ponentes y a probarles los micrófonos para la charla previa al film. A mi lado se empezó a sentar gente desconocida a los que observé con curiosidad. Me di cuenta de que había mucha gente de la exposición de fotos y, justo cuando pensaba en ello, se sentó junto a mí una imponente figura de increíbles ojos azules.

—Tengo la sensación de que me estás persiguiendo —me dijo la atractiva voz de Fabrizio.

—No es verdad —protesté encantada—. Tú has venido a sentarte aquí.

Él sonrió de lado, y luego posó su brazo en el respaldo de mi silla antes de preguntar:

—Dime, ¿tienes la servilleta que te di la otra vez?

—Me dan muchas servilletas, tendría que revisarlo —respondí ya en voz baja, pues los ponentes habían empezado a hablar.

Capté a Bruno a lo lejos, que me saludaba antes de sentarse en la primera fila con Ilaria y el resto de sus compañeros. Los ponentes hicieron algunos

comentarios sobre la película, pero yo no les atendí. Me mecía en el sopor de la tripa llena, y los colores que me sacaban un par de copas de vino blanco, más el agradable cosquilleo en la boca del estómago y en partes menos púdicas que me provocaba Fabrizio.

La ecuación maldita de vino blanco más cine bosnio: La peliculita comenzó y no resultó precisamente ligera, era lo que solía tener el cine independiente, que había que verlo con muchas ganas o te lo perdías. Y yo estaba ahí, al arrullo de la noche, con las chicharras cantando felices, en una silla de plástico tan incómoda, que habría estado más a gusto recolectando arroz en cuclillas o tumbada en una mesa camilla mientras científicos nazis decidían qué miembro cercenarme.

La película era bosnia subtitulada en un borroso italiano, ¡y no era el vino, todos decían que se veía borroso! Pero el vino no ayudó. Yo no hacía más que cabecear angustiada. «¡Por dios, me voy a dislocar el cuello!», pensaba. Y si al menos hubiera tenido a Bruno al lado, le habría apoyado la cabeza en la clavícula hasta hacerle sangrar, pero me habían sentado junto a Fabrizio. Así que habría sido un poco raro si hubiese caído inconsciente sobre él y empezado a roncar sonoramente. Que te babeara la camisa una desconocida siempre era menos agradable.

Cuando acabó el film aplaudí a rabiar. Madre mía, qué gusto levantarme de aquella silla de tortura. Pensé que me iría a casa agotada, pero, una vez pasó la película, los efectos soporíferos del vino y mi digestión digna de una boa constrictor, mi cuerpo le dijo adiós a la hibernación. Me acerqué a Bruno para saludarle y hablarle del infumable tostón que me había parecido la peli, pero él apenas pudo prestarme atención porque aún estaba muy ocupado.

—¿Tienes quién te acerque a casa? —me preguntó mientras a su alrededor la gente se levantaba para irse o se reunía en pequeños grupos que comentaban la película—. Porque a mí me puede llevar para largo...

—No —bostecé—, pero me pillo un taxi, no te preocupes.

—Espera —atajó—, que le pregunto a Ilaria.

Ilaria se me acercó al cabo de un rato con sus enormes gafas de pasta y su perfecta boca pintada del rojo más intenso. Mientras la gente pasaba atrás y

adelante a nuestro alrededor, me preguntó qué me había parecido la película. «Si hubiera durado más habría rociado todo de gasolina y quemado el cine. Conmigo dentro. Ya nada habría tenido sentido», estuvo a punto de decir mi SuperCotidiana, pero en lugar de eso mi SeñoritaRottenmeier mintió como una bellaca.

Después pasamos a su tema favorito: hablar de Gabriele. De cuándo volvía y si había hablado con él. Cuando charlaba con ella, Fabrizio pasó a su lado y la saludó con un beso en la mejilla.

—Adiós, belleza, yo ya me marcho —le dijo.

—Ciao, Fabrizio, ¿te ha gustado la película? —le preguntó ella mientras él ya se alejaba.

—Me ha gustado la compañía —sonrió evasivo, y me guiñó un ojo.

Me pareció el momento apropiado para estallar en preguntas cuando Fabrizio se marchó.

—¿Quién es? —primero de todo.

—¿Fabrizio? Estudió Fotografía con mi hermano. Tiene un estudio, creo que por *Barberini* —luego añadió con una mueca pícaro, mientras lo observábamos alejarse—: Sus clientas lo adoran...

—No me extraña —suspiré cuando desapareció entre la gente—. Está como para exterminar la población existente y recrearla de nuevo a partir de él.

Eso sí lo dije en alto, e Ilaria me lanzó una extraña sonrisa nerviosa. Aun así, no me decidí. Por más que Valentina me hubiese indicado que un polvo sucio era lo que yo necesitaba, no estaba acostumbrada a saltar en brazos de desconocidos. Y mucho menos a hacer el salto del tigre. No fue hasta más tarde, esa noche, cuando hablé con Edurne por Skype, que le dio la vuelta a mi mundo con un consejo impropio de ella:

—¡Alaia, hazlo!

—Edurne, créeme, yo te oigo, pero no entiendo cuándo ni por qué has sido abducida por los extraterrestres y tu cuerpo utilizado como cabina para alguno de ellos —respondí boquiabierto—. Tú, entre todas las personas de la Tierra, ¿me dices que me lance? ¡Pero si eres peor que yo! ¡Solo te echas novios de larga duración! Nunca te he conocido un rollito. Eres una chica super seria, no puedes predicar sin el ejemplo...

Era cierto. Mi hermana había tenido dos grandes novios y una novia. Aunque hacía poco que había dado rienda suelta a su bisexualidad, lo había hecho solo con una chica holandesa que había conocido allí en China. En

cuanto a los novios, uno en el instituto y otro en la universidad. Tres, seis y dos años. Desde que tenía edad para desnudarse, había escogido parejas de larga duración. Los rollitos que había tenido, fueron accidentes. Chicos con los que creía que funcionaría, pero que al final se quedaron en nada.

Al menos ella había logrado mantener relaciones de larga duración, mientras yo solo iba dando tumbos de rollete en rollete, intercalando a Paul constantemente. Aunque era cierto que, como mi hermana, yo tampoco los buscaba. Simplemente tenía mala suerte. O así lo había visto yo hasta entonces.

Ella se echó a reír:

—¡Pues a lo mejor por eso! Pero, Alaia, es perfecto. Estás soltera y aún un poco malherida. Es el momento de hacer un ejercicio de No-enamoramiento. Pero, sobre todo, estás en Italia, así que ¡cómete un *tiramisu* italiano!

Me estaba dejando boquiabierto. Que Valentina me animase a follar era una cosa, pero que lo hiciese Edurne era absolutamente desconcertante. Y tal vez por eso, tal vez porque me lo decía ella, me caló más hondo. ¿Podía yo salir con alguien y no colgarme hasta los huesos? ¿Era capaz? Si lo era, tanto Valentina como Edurne estarían probablemente en lo cierto, y aquella historia me vendría como anillo al dedo. Así que, en un ejercicio de No-Enamoramiento, tal y como lo había descrito Edurne, aquel domingo me decidí a cometer un fetiche. ¡Paseo en moto amarrada a un italiano!

Como experimento personal y posible distracción a mis pequeñeces, determiné darle uso a la famosa servilleta de Fabrizio. Valía ya de amores platónicos, tendría por fin una historia casual, un divertimento sin dolor, y sin expectativas no cumplidas. Sería un poco más terrenal, que como me había recordado mi hermana, para algo estaba en Italia.

Aun así, cuando le llamé me entró un ataque de nervios porque nunca había hecho nada parecido, y de pronto sentí pánico de que no supiera quién era yo, cuál de las múltiples chicas a las que les había dado su número le estaba llamando entonces. Pero no fue así. Me reconoció al instante y pareció contento de que le llamase. Aquello me animó bastante. El paseo en moto lo propuso él. Me dijo que, si no lo había hecho nunca, su aparición en mi vida era claramente una señal del destino.

Me pidió que le esperara en la entrada del museo del Vaticano, y así lo hice. El calor era insoportable a aquella hora de la tarde, pero la chicharra no impedía que la zona estuviera abarrotada de turistas ojeando los chiringuitos

de baratijas. Un grupo de monjas pasaron frente a mí cuando Fabrizio apareció con su imponente bronceado a mi lado, y me susurró:

—*Ciao, bambina.*

Estaba encantada de la cantidad de testosterona que emanaba. Diligente, siempre con el control de la situación. Me chiflaba porque me permitía llevar el cerebro en *off*. De acuerdo, probablemente él no era perfecto para mí. Aunque, por supuesto, que no fuese perfecto para mí no significaba que no fuese perfecto para aquel momento. Era como una ducha que se llevaba el hastío de aquel pegajoso verano con algunos recuerdos residuales de Paul.

Me colocó un bonito casco rojo y me condujo hasta su preciosa Vespa beis. Era demasiado tópico para ser cierto. Era Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*. Bueno, si *Vacaciones en Roma* tuviese una versión erótico-festiva. Monté tras él y me agarré a su cintura. Subimos hasta el *Gianicolo* y paró la moto en lo alto del mirador. La vista era impresionante, todos los tejaditos de Roma, el río, la redondez del techo del panteón, con su agujero en lo alto, el monumento a la patria, la cúpula de *San Pietro*, el *Castello di Sant'Angelo*, toda la ciudad se extendía a nuestros pies bajo el insistente cantar de las chicharras veraniegas. Me señaló rincones y me explicó historias. Yo asentía a todo como la niña en la que había decidido convertirme para él, y encontré agradable dejarle el peso de la conversación, y no tratar de ser más rápida ni más lista, no tratar de demostrar continuamente mi valía.

La falta de interés emocional por Fabrizio me ayudaba a vaciarme, a no preocuparme por lo que pudiera pensar de mí. Era refrescante, era fácil, y comprendí un poco mejor por qué Valentina se había dedicado a ese tipo de citas por tanto tiempo. Citas en las que no te preocupaba si el otro pensaba que hablabas mucho, poco, o si por las noches matabas viejas. Porque nada de eso era relevante. Yo solo tenía ganas de que me sostuviera entre sus brazos, me dijera alguna coquetería con su marcado acento romano, me diera un beso de película y, a poder ser, que me hiciera un hijo de madera.

Después de pasar un buen rato sentados en el mirador me acompañó a casa. Atravesamos *Trastevere* a la velocidad del viento adelantando al horrible tráfico romano atascado en el calor del verano, y sobre la moto vimos la puesta de sol naranja, fielmente diaria tras el Vaticano. Cuando terminó la vuelta, bajé de la moto con el pelo despeinado, las mejillas coloradas y la sonrisa clavada en la cara. Fabrizio me tomó por el cuello y me dio un beso largo, dulce y apasionado. El tipo de beso que pone los pelos de punta y hace

saltar todas las alarmas. Pero en aquella ocasión no hubo ninguna comida de coco acerca de si era pronto para acostarme con él o si debía esperar tres días para llamarlo, o sacrificar a una virgen durante la luna llena.

Lo agarré de las solapas de la camisa y lo arrastré hacia mi portal. Él pareció encantado con mi fiereza, y no leyó en mi desesperación o vacío de mujer abandonada. Al contrario. Me aupó entre sus fuertes brazos tal y como yo había imaginado la semana anterior en la librería, mientras nos degustábamos en el ascensor, y nos merendamos más tarde en mi sofá. Ropas fuera, besos, lametazos, mordiscos, empujones, gemidos, y... ¡Ah! orgasmo. Bendito orgasmo. Las ganas de bailar con los tenderos bajo casa volvieron, pero esta vez no había amor. MariLoli participaba entretenida pero formal en la coreografía, sin necesidad de imaginar escenarios de película. O como mucho de película porno.

Con esa sensación entre otras, los siguientes días me dejé liar un poco la manta con las atenciones de Fabrizio. Me encantaba que me viniera a buscar al fin del mundo y el sexo. Que me llevara a sitios preciosos de Roma y el sexo. Que me ayudara a mejorar con el italiano y el sexo. Me gustaba lucirlo, presumir de su aspecto devastador cuando me llevaba en moto, o solo del brazo. Y el sexo.

Las pocas veces que acepté salir a tomar un café con él, siempre acabé arrepintiéndome pues, en cuanto me daba un besazo, a mí me entraban ganas de montarlo allí mismo como a un semental y añoraba las quedadas directamente en la cama. Si además tampoco tenía nada interesante que contar mientras sorbía sus cafés *shakerati*... Pero, entre polvo y polvo, él seguía invitándome a cenar o a tomar algo, a sitios en los que definitivamente no podía acudir en bolas.

La realidad era que más de dos frases seguidas de Fabrizio me provocaban ideas homicidas. Prefería que estuviese calladito para observar simplemente lo guapo que era y concentrarme mucho en eso. El chico no entendía un chiste, aunque soltaba una risita un poco irritante cuando veía tropezar a alguien. Además, me había confesado que solo había salido de Italia para ir los veranos de fiesta a Ibiza. Algo que me chirrió en el alma, como cuando se fumó media cajetilla de cigarros una de las noches que salimos y me acabó besando un cenicero de carne y hueso.

Recordé a la siciliana de Bruno y me sentí un poco avergonzada por haber traicionado mis principios saliendo con un tipo buenorro con un delicioso

cuerpo de no haberse leído a Tolstoi. Aunque, al igual que Valentina, yo tampoco me hubiese podido acabar *Guerra y paz*. Pero pensé que quizá de vez en cuando todos necesitábamos sentirnos los amos de la situación. Sobre todo, justo después de que el que creías que era el amor de tu vida te hubiese dado calabazas de las gordas.

—El sábado que viene te quiero invitar a desayunar a una chocolatería estupenda de *San Lorenzo* —me dijo desde su cama mientras yo me metía en mi vestido para volver a mi casa.

La voz de SuperCotidiana murmuró en mi cabeza: «El sábado que viene lo que yo pretendía era embadurnarte en chocolate...».

—Ajá —asentí sin embargo calzándome mis sandalias—, ¿me llamas por teléfono o me despiertas con un morreo?

Él pareció confuso.

—¿Qué...? ¿Cómo con un morreo?

—Sí, para desayunar... —empecé a explicar yo, pero como vi que él aún me miraba como las vacas al tren, sonreí con mi boca cuadrada, por no echarme a llorar.

¡Por Dios, era un italiano buenorro que perseguía mujeres en exposiciones de fotos! ¡Era verano, y yo era una extranjera que se marcharía en unos meses! ¡Y se llamaba Fabrizio! Seguro que él sabía lo que eso significaba.

Nombres de amantes bandidos: No hace falta que lleven un cartel luminoso. Hay nombres que dejan clara la naturaleza de sus sujetos. Al igual que la mejor amiga de tu novio no se puede llamar Samantha, ningún esposo se llama Fabrizio. Fabrizio es nombre de profesor de tenis, o de socorrista. Son nombres de amante y punto.

Sin embargo, cuando Bruno me propuso que nos escapáramos un fin de semana a visitar a Valentina a Calabria, Fabrizio aún me hizo algunos pucheros en broma, que yo recibí desconcertada, y que fingí corresponder presa por un inmenso sentimiento de culpa. No comprendía bien por qué un buenorro italiano le ponía ojitos a una graciosa desaliñada como yo. Tal vez era el atractivo de la chica extranjera, tal vez era el verano o tal vez era el maldito rechazo que a veces tanto enganchaba. Igualmente me sentí putrefacta

por dentro y pensé que el karma me acabaría encontrando.

O quizá no. Quizá el karma estaba tan harto como yo de que me dieran candela y el único modo de restituir el equilibrio en el universo era que por una vez yo fuese la MujerMierda. Quizá Fabrizio había sido muy capullo con otras chicas en el pasado, tenía el cuerpo para haberlo sido. Tal vez el karma había estado observando a Fabrizio y pensaba que ya era hora de que alguien le diera unos azotes... ¿no?

Creo que fue entonces cuando perdí el hilo de lo que estaba cavilando al imaginarme dándole unos azotes a Fabrizio.

Agosto

Capítulo 26

Aunque al principio habíamos pensado bajar a Calabria en autobús, el viernes Bruno me dejó pasmada cuando me vino a buscar a la redacción montado en un viejo Fiat 500 azul marino, como los muchos que había por la ciudad y que tanto me llamaban la atención.

—He visto un sitio que los alquilaba —me dijo con culpabilidad—, y no he podido resistirme. Dime que no estás muy enfadada.

—¿Qué dices? —me reí yo rodeando aquella caja de cerillas dentro de la cual se encontraba Bruno—. ¡Me encanta! ¿Pero sabremos llegar? Que el pueblo de Valentina debe de estar perdido en el monte...

—Tengo GPS... —argumentó él.

—Vale —acepté de golpe y me subí al cochecito. Bruno me miraba sonriendo—. ¿Qué? No me mires así, lo has alquilado tú, ¿qué querías que hiciera?

—Tú pagas gasolina —respondió divertido y arrancamos carretera adelante con las ventanillas bajadas, el viento agitándonos los cabellos, el sol calentando nuestros brazos y codos asomados fuera.

De todos modos, la emoción me duró poco cuando empecé a caer rendida al sueño por culpa del traqueteo del coche, el calor y el madrugón del día. Nos esperaban seis horas de carretera, aquello iba a ser una paliza.

—¡Eh, no te duermas! —protestó Bruno agitándome—. O si no cuando te toque conducir a ti me tiro al asiento de atrás.

—Joder, tengo sueño... —protesté frotándome los ojos—. Francesca se acaba de ir de vacaciones y hemos estado currando como perros hasta su partida...

—Pues te lo aguantas. Venga, vamos a jugar a algo. ¡Un Cuerno o Cola! —propuso—. ¿Qué preferirías, vivir encerrada toda la vida en casa o que te

cortasen las piernas?

—¡Bruno! —me escandalicé.

—¡Solo por las rodillas! —se defendió, pero no pudimos evitar reírnos de nuestra propia sordidez.

—Lo del Cuerno o Cola se nos está yendo de las manos...

—¿Pues a qué jugamos?

El paisaje dorado pasaba por las ventanillas cuando se me ocurrió algo:

—¡Ya sé! Tengo un juego que me inventé y que llamo «Regreso al pasado» —expliqué mientras Bruno me escuchaba sin apartar los ojos de la larga autopista—. Bueno, no es exactamente un juego, sino una hipótesis, una idea. Porque imagino que vuelvo a tener quince años. Vuelvo a estar aún más flaca y a no ser la más alta de la clase. Vuelvo a no haber viajado a ningún rincón del mundo sin mis padres, a no haber salido con ningún chico...

—A la virginidad.

—Exacto —continué sonriendo, y saqué una mano por la ventanilla para jugar con el viento—, vuelvo a no saber cocinar un huevo frito, ni a decir una palabra en inglés. Vuelvo a desconocer a Pink Floyd o The Police, y aún no habría visto *Psicosis* ni me sabría *Pulp Fiction* de memoria.

—Qué asco de adolescente —dijo él con una mueca mientras adelantábamos a un camión.

—Pero es que aún no era yo —me defendí abriendo mucho los ojos—. Vuelvo al instante en el que no sabía ni qué carrera estudiaría, ni si estudiaría alguna. O si algún día descubriría qué querría hacer con mi vida...

Hice una pausa pensando en que la Alaia adolescente no estaba tan lejos de la actual en ese sentido, y me removí en el asiento un poco molesta antes de seguir:

—El caso es que imagino que esa yo de quince años puede observarme en este instante, puede ver a mi yo presente a través de una mirilla o algo así. Ve lo que soy ahora, en qué me he convertido. Porque la niña de quince años es otra distinta a la de veinticuatro —continué—. Y trato de imaginarme que hubiera pensado mi yo pasada, cuando me viese andando en bici por Roma hacia la redacción, manejando un ordenador supermoderno... que los de nuestra adolescencia iban a pedales. Ni siquiera creo que me importase que lo que escribiese en el trabajo fuese basura y solo lo leyesen mis padres, porque al menos estoy escribiendo. Observaría cómo visto y probablemente me avergonzaría de que todos mis pantalones ahora sean pitillos, ¿y las

campanas? Y por supuesto lamentaría que no mostrase continuamente mi aumento de talla de sujetador.

—Yo también lamento eso —asintió Bruno divertido y lo golpeé riendo.

—Me extrañarían las personas con las que salgo —dije señalándolo—, y las cosas de las que hablo, y echaría de menos a muchas personas que mi yo de veinticuatro años casi ni recuerda.

Pero, en general, mi yo de quince años estaría boquiabierta al verme, pensé. Seguro que no le importaría ninguna de mis pequeñeces; ni la ausencia de un novio, ni mi falta de realización laboral. Admiraría mi independencia, mis variopintos amigos, admiraría mis viajes y la cultura con la que me había hecho en aquella década. Incluso si aún no sabía a dónde me dirigía, ni qué sería de mí, el rumbo no tendría ninguna importancia, porque el trayecto de por sí solo ya le parecería grandioso. Sonreí pensando en ello y miré de reojo a Bruno.

—¿Y tú? —atajé—. ¿Se impresionaría tu yo de quince años si te viera ahora?

Bruno sopesó la idea durante un rato.

—¿Sabes? Cuando era pequeño me encantaba jugar a imaginar... A veces quería meterme pronto en la cama, solo para poder estar un rato tranquilo imaginando mis cosas, deleitándome con ideas disparatadas y juegos que me inventaba.

Mientras el sol caía y las sombras rosadas se iban alargando con el atardecer, yo sonreí divertida pensando en el pequeño Bruno que pedía ir a la cama para inventar fantasías sin que nadie le gritase que estaba en la luna de Valencia, y me sentí sumamente identificada.

—Mil veces imaginé cómo sería yo con veintisiete años —siguió—. Aunque veintisiete me parecía un número tan lejano, que siempre me figuré que ya estaría casado y con renacuajos. Así que creo que, si me viera ahora exactamente, desde luego me quedaría alucinado —sonrió—. Me vería a mí mismo trabajando para una librería especializada en cine, hablando en italiano, tocando la guitarra mucho mejor que entonces, y me vería alquilando un Fiat 500 enano y conduciendo a Calabria junto a una chica. ¡Eso seguro que me impresionaría!

Estallé en carcajadas.

—¡Una chica! —me reí.

—Aunque me sentiría francamente decepcionado porque me había cortado

la melena...

—¿Tenías el pelo largo? —me sorprendí.

—¡Más largo que tú! Una melena como para agitarla en conciertos rock.

—No me lo puedo creer. —no parábamos de reír.

Me estaba divirtiendo muchísimo y pensé en cuándo había sido la última vez que me lo había pasado tan bien haciendo algo tan simple o incluso aburrido como conducir todas aquellas horas, con Paul. Había necesitado sufrir un terrible desengaño amoroso para poder verlo, pero finalmente había comprendido que mi relación con él había resultado casi más un esfuerzo que una diversión. Junto a Paul sentía que tenía que estar permanentemente tratando de demostrar mi valía, como si nunca hubiera leído suficientes libros, periódicos económicos o biografías de genios. Y tal vez era cierto, pero me parecía claro que la persona que decidiese caminar a mi lado debía aceptarme con mis más y menos, no convertirse en una especie de listón inalcanzable que me llenase de angustia y frustración. Paul había sido un amor construido a base de expectativas. Un amor por el que poner toda la carne en el asador para descubrir finalmente que este era vegetariano.

Cuando pasamos Nápoles decidimos parar en un área de descanso y comer algo, después seguiría conduciendo yo. Regresamos a la carretera cuando sentimos que la sensibilidad volvía a nuestros músculos dormidos y proseguimos el viaje mientras la temperatura bajaba un poco, dándonos un respiro.

Miré a Bruno de reojo, que, ahora apoyado en la ventanilla del copiloto, parecía como yo, inmerso en sus pensamientos. Con él todo había sido siempre muy fácil, muy natural. Pero seguramente era porque, aparte de mi breve e infeliz cuélgue inicial, Bruno y yo nos habíamos hecho amigos. Buenos amigos. Amigos que no se besan ni se tocan. Porque besarse y tocarse lo haría todo raro. ¿Raro placentero o raro incómodo? Me revolví en mi asiento. ¿Por qué estaba mi MariLoli preguntándose esas cosas? A fin de cuentas, Bruno y yo ya habíamos cruzado la línea de la *friendzone*, ¿no? Ya no había marcha atrás. A mí me había gustado mucho, y ¿tal vez pudo haber por su parte algo de tensión en el pasado? Nunca estuve segura y, en cualquier caso, nunca fue más allá. Era la ex de su amigo que no tenía vagina. Y en realidad era mucho más fácil aceptar simplemente ese equilibrio que habíamos construido.

Además, yo seguía convencida de que no debía cederle terreno al color de rosa. Por eso había elegido a alguien como Fabrizio. Un ejercicio de No-

enamoramiento, para curar las heridas que me había dejado mi último flechazo.

Una luna roja y perfectamente redonda empezó a asomarse tras las perfiladas montañas negras del anochecer calabrés. Habíamos abandonado la autopista y comenzado a girar por una carretera empinada y toda curvilínea, bordeando el acantilado. Tomé aire y relajé los hombros, era uno de esos pequeños momentos que me gustaba recopilar, congelar ese instante para mi colección de la Cajita de los Recuerdos. Mi mano firme sobre el volante, y el silencio cómodo que manteníamos Bruno y yo dentro de aquella ratonera que nos llevaba al sur de Italia.

Capítulo 27

Llegamos al centro del pueblo, y paramos junto a una tasca para pedir indicaciones. En un banco largo fuera del bar, una fila de viejos hablaba en calabrés cerrado y con un fortísimo acento respondieron a nuestras preguntas y nos indicaron la dirección.

—Madre mía, parecen una caricatura —observé divertida cuando volvimos al camino.

—Me están recordando a los viejillos de *Asterix en Córcega* —asintió él.

Llegamos a la casa de Valentina cuando el anochecer ya había caído por completo, y los grillos cantaban por doquier. Aparcamos fuera del muro que rodeaba la casa, y ella misma salió a la entrada a recibirnos. Me quedé con la boca abierta, pero Bruno no pudo evitar echarse a reír. El calor había sido insoportable todo el día y, sin embargo, aquella era sin duda la vez que más tapada veíamos a Valentina. Iba toda de negro con una camiseta de manga corta y una falda campera larga. Los caracolillos de su pelo estaban todos recogidos en un moño alto, y su mirada era de dureza. Desaprobaba claramente mis pantalones cortos.

—Te dije que nada de shorts —protestó.

—Hola a ti también, *Miércoles* —la saludé y, luego, señalando el coche, añadí—: Me cambio en un minuto.

Mientras Bruno se acercaba a saludarla, yo me calcé una falda larga estampada que saqué en un pis-pas de mi mochila, y Valentina pareció calmarse un poco e incluso sonrió contenta de vernos. Cruzamos el jardín y un perrazo vino a recibirnos dando saltos. En el porche de la casa, la mesa ya estaba puesta para la cena y un grupo de gente nos saludó animadamente. Ella nos hizo pasar y procedió con las presentaciones. Empezó por el patriarca y por su hermano mayor. Luego la hermana pequeña de Valentina que, por lo que

me había contado, era una bicha que seguía sus pasos con mucha peor baba y más destreza, aunque en ese instante se sentaba junto a ella sin decir ni Pamplona. Nos presentó también a sus primos, que en nada se parecían entre sí. Su tía y su madre, una de las mujeres más guapas que había visto en mucho tiempo, que me hizo comprender de donde le venía la belleza a su hija.

Nos sirvieron vino a todos y sacaron platos de carne y pasta, ensalada de patatas y pepino, todo del huerto, hecho en casa. Cuando acabamos de cenar todos nos desperdigamos, y Valentina me arrastró hacia su cuarto. Entre la cama de su hermana y la suya habían colocado un colchón para mí. La hermana de Valentina estaba sobre su cama en pijama leyendo una revista para adolescentes, y cuando entramos preguntó algo en calabrés.

—Sí —respondió con sequedad Valentina.

—Llévame —pidió ella mientras yo me ponía el pijama.

—Ni lo sueñes —respondió Valentina soltándose su moño, y dejando libre su melena rizada.

Las dos hermanas empezaron a discutir en dialecto y no pude entender una palabra. De todos modos, me distraje cuando Bruno golpeó el cristal de la ventana del cuarto. La abrí.

—Hola, señoritas —nos saludó desde el balcón. Junto a él, el hermano de Valentina fumaba distraídamente.

En ese instante la hermana de Valentina pegó un grito de furia y se volvió enfadada a enterrar la cabeza bajo la almohada. Bruno me miró como las vacas al tren, entendía tan poco como yo.

—¿Qué le pasa? —preguntó al fin bajito, sentado en el alfeizar de la ventana.

—Que es tonta de remate —espetó Valentina acercándose a esta.

—Quiere que la llevéis a la playa —explicó el hermano apoyado en la balaustrada del balcón—. Pero no la van a dejar, el domingo es el mercado, nuestros padres venden los productos que fabrican, y el sábado es siempre día de mucho trabajo. A Valentina la han dejado como excepción, porque estáis vosotros aquí.

—¡No les tienes que explicar mi vida! —protestó la hermana desenterrando la cabeza de debajo de la almohada.

Lo hizo en dialecto, pero tanto Bruno como yo lo entendimos, porque nos echamos a reír a la vez. Cuanto más les oíamos hablar, más fácilmente descifrábamos lo que decían. Valentina le espetó algo en dialecto y la hizo

callar, luego se acercó a la ventana con nosotros.

—Y todo por esa chorrada de que se quiere presentar a miss y necesita estar bronceada —dijo con una mueca que declaraba cuánto le avergonzaban aquellos actos en su hermana—. Un día la degüello en el cuarto y se acabaron todas las tonterías.

Su hermano sonrió y apagó su cigarrillo. Arrancó unas cerezas del árbol que se elevaba hasta el balcón y se las metió en la boca.

—Bastará con que se case para que la perdamos de vista.

—Pero si tiene diecisiete años —dije yo sentada junto a Bruno en el alfeizar de la ventana.

—Está en la media calabresa —se rio él escupiendo los güitos balcón abajo.

—No digas bobadas —acusó Valentina como si pensase que las palabras de su hermano pudieran contagiarse—. Lo que tiene que hacer es estudiar o se le quedará el cerebro reblandecido como lo tiene.

—¡Aún os oigo! —protestó la pequeña desde debajo de la almohada.

Yo intentaba no reírme, pero no podía evitarlo. El cuadro familiar de Valentina era cuanto menos desconcertante, y me estaba diciendo más de ella que todos aquellos meses de convivencia.

A la mañana siguiente Valentina se despojó de sus ropajes del siglo pasado en la parte de atrás del Fiat de camino a la playa y se metió en unos shorts vaqueros que yo le presté, mientras Bruno conducía por los espectaculares paisajes calabreses. Las montañas empinadas, abiertas como heridas en la tierra, recubiertas de viñedos, olivos y espinos sobre la superficie árida, rocosa y polvorienta. Los pastos dorados meciéndose con el silbido del viento, y al fin el mar. Azul, cristalino, como un espejo aguamarina sobre la arena blanquecina. Ni una ola, una poza en calma como una sopa fría.

—¡Sí, Calabria es un sueño! —dijo Valentina cuando aparcamos a la sombra de unos árboles—. Lo que la mata es esta mentalidad en mi casa y en el pueblo, es agotador. Por eso insistí tanto en irme a estudiar a Roma, no lo soportaba. La forma que tienen de tratarme. Solo les interesa saber cuándo me casaré, están agobiados porque creen que se me va a pasar el arroz. Si les presento a un chico no me dejarán escapatoria, ¡esa presión me ahoga cada vez que los vuelvo a ver! Aún esperan que me case con mi primo y siga cocinando y limpiando como el resto de madres del pueblo.

—¿Con cuál de tus primos te quieren casar? —preguntó Bruno divertido

sacando nuestras cosas del maletero.

—No es un primo carnal y no estaba ayer en la cena.

—Joder, Valentina —siguió riendo él, a quien al parecer toda aquella historia le sonaba a chiste malo—. Tu vida es como para escribir un libro. Alaia, apunta, ¿no quieres inspiración?

Desde luego, escribir un libro sobre Valentina sería un best-seller seguro, pensé. Sobre todo, si incluíamos el concepto: «Rechazo a todos los hombres para escapar del matrimonio en el que mi familia ha querido meterme siempre y acabo enamorándome del único tipo que alguna vez se me resistió, tal vez para autoencerrarme en una paradoja en la que jamás tendré que casarme». Valentina 1-Familia 0. Ese podía ser un buen título.

Cuéntame un cuento y verás qué contento: ¿Podría yo escribir novelas? Es verdad que la ficción vive en mi cerebro, lo tiene de hecho tomado, conquistado y aplastado. La objetividad pocas veces logra sublevarse allí arriba. Pero mi ficción jamás será más interesante que la apasionante realidad que asoma cada día fuera. Hay algo mágico en la interpretación que cada uno puede darle a un mismo evento. El cristal con el que se miran las cosas. Además, yo soy muy poco fotogénica, todo el mundo me vería con careto de mal sueño en la biografía del autor.

Trotamos al agua límpida y dejamos que esta nos refrescara del calor abrasador del día. Mientras Valentina y Bruno forcejeaban por ver quién le hacía la aguadilla a quién, yo me hice la muerta, dejando que la gravedad se evaporara y el mar me permitiera flotar sin dificultad, como si no tuviera peso, como si me hubiera vaciado. El agua cubrió mis oídos y pude escuchar el sonido del mar apagando el de la tierra. Cerré los ojos y a través de mis párpados observé el color naranja que la claridad del sol me devolvía.

La extrema visión tradicional de la familia de Valentina me había aclarado uno de los grandes motivos por los que ella se había negado a entregarse a los brazos de su amor. Si finalmente presentaba un novio a sus parientes, tendría que ser el definitivo, el elegido. ¡Qué presión! A mí misma se me habrían muerto todas las mariposas si hubiese pensado que solo podía elegir a un

chico para enamorarme y que toda mi familia me miraría mal de lo contrario. Mis padres habían bromeado acerca de unir mi familia con la de Paul, pero tenía cristalino que a ellos se la traía al paio con quién salíamos mi hermana y yo.

La relación de mis padres había probablemente marcado el primer y más alto listón romántico de todos. Una compatibilidad completa, y una relación fuerte y buena. Rara en la sociedad que corría, pero absolutamente presente en mí día a día desde que mi hermana y yo teníamos memoria. Ellos nunca nos hablaron de príncipes y princesas, pero los representaban sin querer y probablemente fueron los primeros en grabarme en el inconsciente la idea del «alma gemela». Y eso que ellos eran los primeros en reírse de todo eso. Nos hablaron siempre sin tapujos de la sexualidad, nos compraron condones y nunca juzgaron con quién nos acostábamos, o levantábamos. Cuando Edurne habló de su primera y única novia, hubo solo una nota de curiosidad, nunca le dieron importancia alguna al hecho.

Admirar la libertad con la que siempre nos habían criado nuestros padres, no obstante, hizo que de pronto me sintiera un poco incómoda al recordar mi reacción cuando Camille me habló de su relación abierta con Nico. Probablemente mi nivel de escandalera fue parecido al de la familia de Valentina si se enterasen del número de chicos con los que yo había ido probando y fracasando. ¿Y todo eso por qué? Las bodas, y las relaciones románticas en general, eran una creación absolutamente artificial. Camille tenía razón. ¿Por qué teníamos que emparejarnos como los pingüinos? ¿Quién nos había lavado el cerebro de esa manera?

***SuperCotidiana y la Conspiración Disney: Capítulo 23.** Alguien nos ha estado diciendo que ser princesa era algo deseable. Que un día Peter Pan vendría a rescatarnos y llevarnos al País de Nunca Jamás. SuperCotidiana está sin embargo hasta los huevos de Pan y toda la colección de Niños Perdidos. ¡Es hora de ser nuestro propio caballero andante!*

Y eso incluía mis revolcones con el capitán Garfio. Mi ejercicio de No-Enamoramiento con Fabrizio había funcionado. De hecho, había sido un

maldito éxito. Paul había quedado relegado al olvido, mi ego se había refortalecido y mis hormonas se habían dado una fiesta. Pero ya no daba para más y, por mucho que hubiese intentado distraerme del hecho, ahora tenía que romper con él. Aunque una parte de mí se preguntaba, ¿es que hay algo que «romper»? Recordé a Bruno hablando de Tamara y me di cuenta de que yo jamás había roto con nadie. Yo era siempre la víctima, no el verdugo. Nunca antes había cometido una ejecución.

SuperCotidiana rompiendo con diplomacia: Capítulo 24. Lo pasamos bien, pero no creo que debamos seguir viéndonos. ¿Por qué...? Bueno, no eres tú, soy yo... Yo, que he dejado de pensar con la entrepierna y me he dado cuenta de que preferiría morir asfixiada en calcetines sucios antes que escuchar otra chorrada de las que salen de tu boca.

Esa ejecución. Desde luego que en una buena temporada no volvería a acercarme a un hombre ni para enamorarme ni para no-enamorarme. ¡Ya valía! Tenía que aprender a estar sola, por duro que me resultase. Me concentraría de una maldita vez en lo que *yo* quería, y dejaría al amor en la cuneta de aquel viaje. No más tipos interrumpirían mis verdaderos objetivos. Me convertiría en una mujer fuerte e independiente, de esas ejecutivas agresivas que salían en las pelis, que tenían un trabajo ideal y un tipazo de agarrarse, que vestían con faldas de tubo y tacones de aguja. No estaba segura de que pudiese caminar sobre tacones de aguja, normalmente cuando me ponía algo de cuña ya caminaba como un Bambi recién nacido, pero practicaría. Me compraría un bonito maletín de cuero y empezaría a beber solo cafés para llevar, que demostrasen continuamente el poco tiempo que tenía en general, pero a pesar del cual estaría igualmente feliz, con mi trabajo de responsabilidad, mi cuerpo de infarto y mi ausencia de vida romántica.

Iba por buen camino. De momento la ausencia de vida romántica ya la tenía. Solo me faltaba conseguir un trabajo de responsabilidad y un cuerpo de infarto. Eso estaba chupado.

La mañana soleada nos acompañó hasta el atardecer, pasando por los estupendos bocadillos de salami calabrés que nos había preparado la madre

de Valentina. El sol se fue poniendo muy lentamente, creando sombras oblicuas entre las montañas y las olas que creaba el viento sobre la superficie del mar. El aire sabía salado, mojado, y el mar sonaba al parloteo apagado de los bañistas, al chapoteo, a algún niño que correteaba panzón y alegre con el culete al aire. Sobre el resquicio de una sombrilla a rayas verdes y blancas que sostenía la luz del sol, las gaviotas volaban.

Cuando regresamos a casa, Valentina se puso a hacer pasta fresca para la cena, mientras Bruno y yo degustamos unos chupitos de licor de *amarena* casero, y ella nos contaba todas las cosas que cocinaban, enlataban y embotellaban. El queso, el embutido, las setas secas, las aceitunas... Preparaban incluso su propio vino ilegalmente. Yo nunca había visto hacer pasta fresca y fue muy interesante. Valentina la amasó y la pasó por un extraño molde que le devolvió un montón de fideos planos que separó y enharinó para evitar que se pegaran.

—Aquí me he acordado de otro montón de tipos, Alaia —me dijo Valentina como si no pudiese creer haberse olvidado de aquello—. *Linguine* son unos fideos planos y estrechos que se ponen mucho a la marinara. Los *Rigatoni* son tubos grandes que se suelen cocinar con *pagliata*, intestinos de ternera y cordero. Y por supuesto *Orecchiette*, que vienen de Calabria, pero que han ganado muchos adeptos en la capital, se preparan a menudo con brócoli o ragú.

El domingo tomamos de nuevo el coche, pero en aquella ocasión nos acercamos al pueblo, al mercadillo de productos típicos en el que los padres de Valentina vendían. Nos sorprendió ver que había bastantes turistas italianos comprando aquellas delicatesen caseras. Comimos picoteando los productos del chiringuito familiar y de algunos cercanos. Todos eran amigos y familia, así que nos llamaban para que probáramos sus quesos y carnes. Nos pusimos las botas, y Bruno aseguró que, si pasaba una semana más allí, ya no cabría en el Fiat de vuelta. Nos sacamos fotos con el atardecer rosado y la luna ovalada asomándose tras la montaña. Qué demonios, así yo también tendría algo de felicidad congelada que subir a Facebook.

Al final del día despedimos a Valentina y a su familia, y nos montamos en el coche, exhaustos y aún sorprendidos de la visión que nos había ofrecido el sur de Italia en solo un par de días. Aquella noche llegaríamos de madrugada a Roma, y parecía imposible que tan pocas horas nos separasen de dos universos tan distintos.

—*Oh Partigiano, portami via'* —recordé la canción pensando en el libro de *La sonrisa Etrusca* y su protagonista calabrés, y Bruno me siguió en el tarareo—: *Oh bella ciao, bella ciao, bella, ciao, ciao, ciao.*

Capítulo 28

Con nuestra vuelta, coincidió prácticamente la de Gabriele. Hubo muchos aplausos, bueno, tuvo mis aplausos y los de Bruno, que le hicimos un recibimiento coral con cena incluida. Yo agradecí su presencia particularmente pues la italianísima fiesta de Ferragosto se había extendido como un virus apocalíptico que desolaba la ciudad. Ahora que también Bruno me abandonaba para unos días rápidos en Bilbao, yo había empezado a comprender de donde habían desarrollado las viejecillas de la comunidad la manía persecutoria. También echaba la llave entonces, y no le abría ni al cartero.

Gabriele parecía feliz de volver a vernos y tal vez decepcionado de no poder ver a Valentina aún. Aunque no me hizo ningún comentario al respecto, pensaba que probablemente entendía que yo estaba al tanto de todo ese sarao. Aun así, se esforzó por disimular cualquier turbación:

—¡Alaia, casi me caigo redondo al leer lo de la señora española que ha restaurado muy inútilmente el fresco de una iglesia en Zaragoza!

—El Ecce Homo, sí, sí —asentí yo carcajeándome, viendo que Gabriele no pensaba mencionarme nada sobre Valentina, y que prefería resguardarse en la cháchara de lo para él familiar—. La señora lo ha petado, ¡muy grande!

Una mujer se había puesto a restaurar la pintura de una representación de Cristo en una iglesia, aparentemente, con el consentimiento del cura, y había transformado la desconchada pintura original en una aberración digna de un infante. Sin embargo, dada la inocencia de sus intenciones, había hecho que media España se *desorinase* por lo cómico de la situación. La noticia había saltado al panorama internacional, y el dibujo se había vuelto viral, sobre todo en los mundillos del arte, como era el caso de Gabriele. La señora por el contrario estaba mortificada, pues ella solo había querido ayudar.

—¿Qué dices? Me dolían los ojos de mirarlo... —se rio él mientras nos tomábamos una cerveza en honor a su vuelta—. Me han mandado la noticia todos mis colegas de la facultad.

A la mañana siguiente me pasé muy temprano por casa de mis vecinos para despedir a Bruno antes de irme a trabajar, y me encontré en la cocina con Ilaria, que trataba de escabullirse en silencio. La noche anterior había venido a tomar unas cervezas con Gabriele, Bruno y conmigo. Cuando yo me marché ella decidió quedarse un poco más, pero no imaginé que «un poco más» era hasta la mañana siguiente. Me dijo que bebió demasiado y que había terminado durmiendo en casa de mis vecinos. Pensé que a Valentina le iba a dar un ataque, y tendríamos suerte si no quemaba viva a Ilaria. Aunque estaba segura de que, para decepción de la rubia, una vez más, no había pasado nada entre ella y Gabriele, temía que a Valentina le valiese cualquier excusa para aferrarse al no. Al no tener que enfrentarse a Gabriele, al no comprometerse, y al no aceptar lo que probablemente sería su primer novio. Y por lo tanto, en su imaginario, obligatoriamente el último.

Antes de despedirme de Bruno traté de interrogarlo muy sutilmente, sobre cuánto sabía él acerca de Valentina y Gabriele. Pero los chicos al parecer no hablaban entre sí, no se contaban nada, se debían de comunicar con gruñidos y muecas como los chimpancés, o Bruno se estaba haciendo totalmente el loco. Por respeto a su persona traté de convencerme de lo segundo.

Y mientras todos andaban aún desperdigados por el mundo y yo pringaba, agradecí el buen ambiente laboral que creaba al menos la ausencia de Francesca, que seguía de vacaciones. Era como si se respirase mejor y la gente pareciese una versión Premium de sí misma. En las pausas para el café empecé a participar esporádicamente en las partidas de fútbol que se organizaban en la sala de descanso. Pero incluso en la versión reducida del fútbol era lamentable. Jamás nada que incluyese una pelota se me daría bien. Debía asumirlo.

Mi compañera Federica me dijo que, si lo mío era la cultura, debía convencer a Giorgio para que me consiguiese un pase para el Festival Internacional de Cine que se celebraba a finales de septiembre en Roma, y se me pusieron los ojos como platos.

—¡Giorgio, por favor, por favor!

—Que no, que estás muy verde aún —contestó él probablemente cagándose en todos los muertos de la pobre Federica, mientras trataba de ignorarme

tecleando en su ordenador.

—Haré el horóscopo todas las semanas por un mes —supliqué asomada por encima de nuestro separador.

—Ya haces el horóscopo todas las semanas —espetó deteniéndose brevemente para mirarme, y yo torcí el gesto tratando de ocultar que a veces copiaba los horóscopos viejos en las plantillas nuevas. ¡Nadie se daba cuenta y, de todos modos, yo no era astróloga!

—Por favor, llévame contigo al menos. Iré gratis —insistí alargando un brazo hacia él para recuperar su atención.

—¿Sabes que las redacciones pagan al festival por llevar a sus periodistas? —me miró molesto dejando la edición del artículo en el que estaba trabajando.

—¿En carne?

Él bufó cansado.

—¿Lo ves, Alaia? Vives desinformada y además no te tomas en serio nada.

Me bajé de mi separador y pasé al otro lado de este, para estar frente a Giorgio y mostrarle que sabía comportarme como una persona normal.

—¡No, no, no, venga! Era una broma. Claro que me lo tomo en serio. Vale, no sabía que pagabais por cada periodista que lleváis, pero a lo mejor podría pagarme yo mi propio pase... —sugerí.

Giorgio me miró un instante antes de suspirar y volverse a su ordenador.

—Ya veremos.

Salté como una loca y me puse a bailar muy mal. Más o menos como yo bailaba. Un «Ya veremos» de Giorgio sonaba a promesa, así que pensé que se merecía un poco de *moon-walking*. Giorgio me pidió que me callara, pero incluso con todo su esfuerzo no pudo ocultar una sonrisilla.

Cruce los dedos cuando Francesca regresó aquella semana, con su pequeña figura completamente bronceada de sus vacaciones en la Costa Amalfitana, y me pregunté si le habría quedado la marca del cuello vuelto. Pensé que tal vez aquella pausa la habría dejado de mejor humor. Y lo hizo:

—¿Alaia? No —respondió cuando Giorgio le preguntó si yo podría acompañarlo al festival de cine en septiembre. Pero casi no se le notó el asco en la voz.

Y no fue culpa de las reservas de Giorgio hacia mi persona, no. Cuando llegó el momento de la propuesta, él me vendió tan bien que estuve segura de que tuvo que contener alguna carcajada interna. Pero insistió en que era una

oportunidad buena para aprender, y que había mejorado mucho desde mi llegada. Y para ser sinceros, todo eso era cierto. Pero Francesca no solo era petarda puntualmente, sino que le gustaba serlo con regularidad. Así que, si había sido una petarda todo el año, no iba a dejar de serlo en aquel instante.

Volví a revisar mi correo electrónico con la esperanza de encontrar un canto divino que me llamase a sus filas y poder bailarle el *Aserjé* a mi jefa. Por supuesto no había nada, aunque tampoco esto me entristeció lo suficiente. No querer aguantar a Francesca no significaba que hubiese decidido qué quería hacer con mi vida. No querer aguantar a Francesca era natural y entendía que un signo evidente de mi salud mental. Pero yo seguía sin saber si quería trabajar en una redacción, en una cadena de televisión, o si quería escribir novelas erótico festivas.

¿Y la pastelería?: Yo sigo sin saber si tengo que dedicarme a escribir. Tal vez ni es lo mío, y simplemente estoy rodeada de personas amorosas que me alientan a creer que sí. Tal vez mi verdadero destino es ser pastelera. No tengo ni idea de hacer pasteles, pero comérmelos se me da genial.

En esas semanas en las que Roma aún estaba medio desierta también regresó Valentina. Había conseguido plaza como becaria en el bufete que le interesaba y desde septiembre pasaría ocho meses trabajando en un despacho cerca de *piazza Venezia*. Su familia había aceptado más o menos la noticia de la nueva fecha de retorno que su hija alargaba, pero solo porque aún no habían perdido la esperanza por completo de que regresase prometida o de que regresase a secas. Valentina, por su lado, había decidido que se ocuparía del problema cuando éste llegase. De momento estaba contenta con la noticia.

Aun así, su vuelta resultó agrídulce por otros motivos.

—Esa vaca... —decía Valentina refiriéndose a Ilaria.

No había podido evitar contarle la pernoctación silenciosa que Ilaria había realizado en casa de nuestros vecinos. Temía que ella lo mencionase en algún momento frente a Valentina y esta me acusase por siempre de no habérselo contado. En lo que a Gabriele respectaba, mi amiga se comportaba de un modo bastante adolescente. Aunque no podía culparla. Gabriele era su primer amor,

y aunque la mayoría lo pasábamos a los quince años, a Valentina le había tocado a los veinticinco. Igual que una varicela que llega tarde, con los consecuentes peligrosos efectos secundarios.

Aun así, traté de restarle importancia y me concentré en que no perdiese el rumbo. Valentina tenía que hablar con Gabriele, o este acabaría sintiendo que solo había sido otro nombre de la interminable lista de mi amiga. Pero ella no parecía interesada en mis consejos.

—Haría siempre ha estado detrás de él, ¿sabes? —siguió protestando sin escucharme—. Todo el día «que si Gabriele esto, Gabriele aquello», que le invita a no sé qué historia, «Ven a cenar...». ¡Joder, chica! ¿No pillas que no está interesado?

También Aldo había regresado de sus vacaciones en Puglia, donde, conservando ese sutil nexo de unión que mantenía con Valentina, se comportaba como un señorito tradicional y nadie sabía que era gay. Y eso que a mí me parecía francamente imposible no adivinarlo. Pero suponía que no había más ciego que el que no quería ver. Solo su madre, a una madre no la engaña nadie, había comprendido que su hijo nunca se casaría con una chica vestida de blanco, y aunque la idea la había apenado al principio, defendía a su hijo a capa y espada, y lo protegía de las malas lenguas del sur. Claro que su madre no sabía de todas las locuras de su hijo.

Aldo nos tenía reservado un cotilleo impresionante. La noche de la graduación de Valentina había hecho un trío con nuestros vecinos franceses Camille y Nico.

—¿Qué? —exclamamos Valentina y yo de un modo tan estridente que toda la terraza en la que nos habíamos sentado se volvió hacia nosotros.

—Shhh —nos amonestó él, aunque se le veía encantado—. Lo habíamos mencionado algunas veces, y aquella noche nos decidimos.

—Pero, pero... Camille —opuso Valentina—. A ti no te gustan las mujeres...

—¡Pero me encanta lo perverso! —exclamó divertido antes de brindar con su Spritz—. Y aquello era una oportunidad única, por no mencionar lo que me pone Nico.

—Me dejas patidifusa —solo pude admitir pensando que quizá Camille, con su negación a depilarse, le había facilitado el deseo a Aldo.

Entonces, ¿algunos de los gritos de sexo salvaje que nos llegaban a Valentina y a mí desde el piso de arriba habían incluido los de Aldo?

Agradecí haberme emborrachado tan pesadamente aquella noche, alguna parte de mí había comprendido la necesidad de pasar inconsciente algunas horas. Me reí de nuevo reflexionando sobre las últimas conclusiones sobre el amor romántico. Con todos los problemas que me hacía yo frente a mi panorama amoroso, allí estaba el otro extremo, compartiendo la novia de un colega en una bacanal que seguro ninguno de ellos olvidaría jamás. ¿Y cuál era el problema? No me cabía duda de que a la mañana siguiente todos seguirían tan amigos.

—¿Y tú qué? —me preguntó él como si hasta el momento hubiéramos estado hablando del tiempo—. ¿Cómo te va con ese bombón romano? ¿Cuándo me lo presentas? Las fotos hablan por sí solas, pero quiero saber a qué huele ese hombre...

Negué con una sonrisa de agotamiento.

—Pues huele que alimenta, pero puedes quedártelo.

Les expliqué mi ruptura con Fabrizio, y el tenso diálogo que habíamos mantenido aquel mismo martes. Había comprendido por qué los hombres los evitaban, pero al mismo tiempo me sentía orgullosa de mí misma por haber pasado por el mal trago, en lugar de corretear lejos como una avestruz asustada. Aun así, la conversación no había sido moco de pavo. Primero se había negado en redondo a aceptar mis explicaciones, luego se había enfadado muchísimo, hasta me había parecido amenazador en sus formas. Gritó, y su expresión corporal rozó la agresividad. «Oh, espera. Si me atizas, eso lo cambia todo y te amaré para siempre», pensé en decirle, pero mi Señorita Rottenmeier no quiso hacer sangre, sobre todo por si él decidía hacérmela a mí.

Aquel tipo no era el hombre de mi vida, por más hombre que fuera. Las hormonas me habían mantenido drogada y sumisa durante veinte días, pero una vez pasado el efecto, Fabrizio tenía toda la pinta de ser un atajo de carne posesiva y celosa. Luego, cuando mi rechazo tomó más consistencia, empezaron las súplicas y el chantaje emocional. Definitivamente nada me había preparado para aquel dramón, y agradecí haberme librado a tiempo. Después de aquello aún me enviaba mensajes de texto lacrimógenos cuando tocaban las tres de la mañana, pero supuse que irían perdiendo fuerza con el tiempo.

Valentina se estremeció recordando a su psicópata personal:

—Definitivamente, no debemos ligar en las fiestas que da Ilaria.

Y yo no debía ligar en ninguna. Estaba muy concienciada con respecto a mi promesa de centrarme y aprender a estar sola. Y sola no significaba soltera. Sola significaba sola. Sin pasarme el día fantaseando con un Príncipe Azul que llegase en unicornio. Sin el plan B de un Paul cuando no había ningún otro espécimen interesante ocupando el panorama. Pero la tarea se me hacía cuesta arriba. Llevaba demasiado tiempo gastando malas costumbres, y eso de ser una mujer fuerte e independiente me parecía mucho más cansado de lo que sonaba. Además, calzarme tacones de aguja por los adoquines de Roma aún no lo veía.

Interrumpí mis pensamientos cuando apareció frente a la terraza de nuestro café el Mago *Guarda*. Era el mago más famoso de toda Roma. Si uno tenía la suerte de disfrutar de su esperpéntico espectáculo callejero, ya podía sentirse un poco más romano.

Guarda!: *Sus trucos de magia, por cutres, son hilarantes, y la gente termina por adorar a este personajillo de peluquín móvil que, al repetitivo grito de Guarda!, Mira!, va mostrando sus trucos de pacotilla. Al canto de «Guarda la spada! Guarda, guagggg!». La asombrosa espada de plástico atraviesa su tráquea sin hacerle un rasguño. Nos reímos a carcajadas mientras el público de Campo de' Fiori se arranca en aplausos, y la ovación le merece unas monedas.*

Agosto terminaba, cerrando el verano que había pasado veloz como la estrella de Oriente. Los veranos de juventud eran frágiles y efímeros, los veía pasar como al carrito de los helados. Me gustaba su música de caja de muñecas, sus colores y todo lo que esos símbolos acontecían, pero debía darme prisa, porque el carrito seguía implacable su ruta, y había que tomarse el helado antes de que se derritiera. Aquel día, Aldo, Valentina y yo sorbimos las últimas gotas de nuestro cucurucho, justo antes de que un trueno sonase en la lejanía y comenzase a chispear. Finalmente. El calor abrasador de aquel eterno verano no podía seguir sosteniéndose por más tiempo y, si no hubiese empezado a llover, nosotros habríamos acabado haciendo una danza tribal para pedírselo a la madre tierra.

Nos subimos a un autobús para regresar, mientras observábamos la lluvia

mojar los cristales. Preciosa, fresca y purificadora lluvia. Agua que mojaba todo, que se llevaba el polvo, el calor del verano, arrastraba los sudores que agosto había dejado tras de sí. Y pensé que, aunque el verano se acabase, la vida seguía con un otoño que me llenaría de nostalgia. Me traería sabor a tweed y a pana, a las bufandillas ligeras y a las katiuskas. Recuerdos de casa, de amaneceres de niebla, helechos llenos de gotitas brillantes, de charcos en los que mojar las suelas y dejar un rastro de bellas huellas. De hojas de platanero rosadas, amarillas, marrones y algunas pocas verdes que llegaron tarde, y que colgarían alicaídas de las ramas de los árboles, como el último resquicio del verano. A fin de cuentas, cada etapa de la vida tenía su aquel.

Y bajo esa lluvia que cerraba la temporada estiva, todo el mundo abandonó sus vacaciones; Valentina comenzó sus prácticas en el bufete, donde acudía con unos trajecitos de ejecutiva agresiva arrolladores. Su jefe la adoraba, aunque de momento no podía ser por sus aptitudes en la abogacía. De hecho, el puesto consistía esencialmente en tramitar montañas de papeleo. Un trabajo sucio que sin embargo ella realizaba encantada. Había logrado escapar de su destino de ama de casa forzada.

Gabriele también estaba acabando su doctorado, y aquel curso empezó a dar más clases de Historia del Arte en La Sapienza. Incluso Bruno, que en teoría habría de terminar sus prácticas en la Librería de cine en solo un mes, parecía encantado de la vida bajo el mando de Ilaria, que le había prometido otro contrato en octubre.

La única que seguía siendo otro cantar era yo. Además de la semana que la oficina cerró, a mí no me habían dado más días libres, por lo que me sentía un poco quemada aún, como si me hubiera hecho falta más tiempo muerto para recuperarme de la vomitiva sensación de volver a ver a Francesca. ¿Podía una jefa hacerte odiar un trabajo que podría encantarte? Ningún ser humano debería tener tanto poder. Sobre todo, concentrado en tan poco espacio de cuerpo. Cuando a veces se ponía a chillar la imaginaba como un pequeño chiguagua que quería llamar la atención con sus ladridillos escocidos.

Aunque, que me asignasen la columna de cotilleos periódicamente tampoco ayudaba. Le había pedido a Giorgio una y otra vez que por favor no me hiciese escribir sobre la profunda televisión basura que tantas visitas traía a nuestra web.

Hacer algo que no te gusta por dinero tiene un nombre: He descubierto que prefiero pasarme el día maquetando anuncios de contactos antes que escribir otro titular como: España es el país que más Gran Hermanos ha celebrado del mundo. Exacto, prefiero contribuir a la industria de la prostitución redactando Maduritas pechugonas buscan mambo.

Giorgio leía en mí esa desesperación y generalmente se había apiadado, pero ser un equipo tan pequeño en el que el jefe era él, a veces dificultaba las cosas. Además, mis ansias de huida ya no se debían solo a que *Punto e a Capo* me desesperase. Era también que mi contrato terminaría aquel diciembre, y aunque cuando firmé hubo promesas de renovación al final de mi periodo, no sabía si estas seguirían en pie. Sobre todo, desde que Francesca parecía que quería aplastarme como a una cucaracha cada vez que pasaba a mi lado, aunque suponía que no lo hacía porque temía a los sindicatos, y porque como cucaracha yo tenía un tamaño desmesurado para ella. Aunque probablemente Kafka estaría en desacuerdo.

Así que había empezado a sentirme un poco desesperada. Pero más que por la falta de respuesta de otros medios, era por la falta de respuesta de mi propio cerebro. La aparición de Paul en mi vida lo había dejado apagado demasiado tiempo y me parecía que me había oxidado de no usarme.

Septiembre

Capítulo 29

Una semana después los franceses regresaban, y toda la panda volvía a reunirse en Roma, por lo que decidimos celebrarlo con una excursión a Nápoles. Era el primer encuentro oficial entre Valentina y Gabriele y, aunque nadie aparte de mí misma sabía lo que había sucedido entre ambos, a mí me parecía que la tensión se podía cortar con un cuchillo. Quizá era porque a la excursión también se había apuntado Ilaria, cosa nada habitual en las salidas entre mis vecinos. Pensé que tal vez Ilaria estaba totalmente enamorada de Gabriele, y calculaba cómo arrastrarlo a la cama. Me los imaginaba como los protagonistas de un culebrón latinoamericano, en el que María *Ilaria* representaría a la mala que quería conquistar a *Alberto Gabriele*, mal metiendo contra *Valentina Rosaría*. Aunque no me quedaba claro el reparto de los roles, porque normalmente en las telenovelas la mala solía estar inusualmente más buena que la buena, y Valentina le daba sopas con honda a Ilaria en ese aspecto.

Pero, en cualquier caso, Gabriele me parecía estresado con la presencia de Ilaria y Valentina al mismo tiempo. Si contábamos a Aldo, jamás había tenido tantos pretendientes al mismo tiempo, y al parecer lo gestionaba mal. Permanecía silencioso y no levantaba la cara del suelo.

O tal vez nada de eso estaba pasando y a mí me gustaban las películas demasiado. Tal vez Gabriele estaba callado porque no tenía nada que decir, tal vez Ilaria había venido aquel día con nosotros porque le apetecía el plan de Nápoles, y tal vez Valentina estaba tensa porque... No, Valentina odiaba a Ilaria, eso estaba claro. En cualquier caso, solo hizo falta una gota para colmar el vaso, pues cuando descubrimos que nos habíamos equivocado con la hora de la salida del tren y que debíamos esperar dos horas para el próximo, estalló la guerra:

—Pues nada, lo dejamos para otro día —se encogió de hombros Ilaria, que había visitado Nápoles en varias ocasiones.

—Si no podemos ir a Frascati, que nos pilla aquí al lado. Y además creo que hacen un vino estupendo —propuso Nico, a quién el destino no le importaba tanto como la jarana.

—Venga ya, tomamos el siguiente —insistió Aldo, que había estado chateando con un ligue napolitano que esperaba ver.

—Pero es que el siguiente es como dos horas más tarde, y encima sale más caro —insistió Ilaria, que, a pesar de ser la extraña, parecía mandar más que nadie.

—A Frascati con solo un par de euros vamos —insinuó Nico.

—¿No queréis ir a Nápoles? —preguntó entonces Valentina a quien Nápoles, Frascati o la luna le daban igual con tal de contradecir a Ilaria.

—¿Tú? —se encogió de hombros Bruno, a quien, como a mí, le daba lo mismo con tal de que la gente estuviera de acuerdo.

—Yo sí —contestó Valentina, y por alguna razón miró a Gabriele desafiante.

—¡A mí me da igual! —respondió Gabriele encogiéndose ante el desafío.

—¿Pues vamos? —insistió molesta.

—Pero es que se hace supertarde para volver —respondió Ilaria un poco incómoda ante las exigencias de Valentina—. ¿Por qué no lo organizamos otro fin de semana con más tiempo?

Silencio, nadie movía un dedo mientras Ilaria y Valentina se disputaban el gallinero. No podía creer que un tema tan simple estuviese dando para una conversación tan extensa y estúpida. Era el momento más borrego de toda mi vida.

—Venga, tampoco tenemos que tomar un tren por narices —quise buscar una solución intermedia—. También nos podemos quedar en Roma, comemos por *Trastevere* y a la tarde nos vamos al cine a ver la nueva del *Caballero Oscuro*.

—Yo paso de ver a Batman doblado en italiano —me dijo entonces Bruno, y poniendo voz ronca añadió—: ¡Joker! ¡Pipiripapi!

Me reí por no llorar.

—Venga, vamos a Nápoles, ¡era lo que habíamos dicho desde el principio! —insistió Aldo después de mirar su móvil por quinta vez.

—Ya, ¿para qué hemos madrugado? —protestó Valentina animada por su amigo.

—¡Y no salimos ayer! —apuntó Aldo como si aquello fuese un sacrilegio.

—Me da igual, pero ¿podemos decidir algo? —se agotó Bruno desesperado mirando a Valentina, pues fuera de la oficina la consideraba a ella más jefa que a Ilaria.

—¿Tú tenías muchas ganas de ir a Nápoles? —se atrevió Gabriele a preguntar.

—Sí, probablemente no supere el trauma de no visitarla —respondió Valentina con mordacidad.

—Déjate de chorradas, sí o no —intervino Ilaria, y a todos se nos cortó la respiración por una fracción de segundo.

Supe que Valentina quería soltar una barbaridad, pero un rápido vistazo al rostro de Gabriele le bastó para contenerse. Imaginé el ejercicio de diplomacia que estaba haciendo en aquellos momentos. Probablemente lamentaba no tener una taza de desayuno de Ilaria a mano para relamerla a escondidas como hacía con el viejo vampiro que había vivido con Gabriele.

La verdad era que jamás lo había advertido porque nuestra relación era muy superficial, pero tal vez, después de todo, Valentina tenía razón con lo de que Ilaria era una terca vanidosa. Lo de terca lo acababa de añadir yo.

Finalmente, y aunque todos estábamos medio enfurruñados, nos decidimos por viajar al colindante pueblo de Frascati. Por supuesto, como encima teníamos la mala, llegamos tarde a nuestro tren, que partía del binario más lejano del mundo. Lo mismo corrimos durante un kilómetro con mis desentrenados pulmones obligando a que escupiera la lengua fuera.

***La discusión corporal:** Corazón pidiendo socorro a Cerebro bajo la amenaza de: «¿Quieres que obligue a Estómago a vomitar?». Mientras Cerebro piensa: «Vomita si te da la gana, yo no me quedo otra hora atrapado en la estación con este atajo de cerebros acompañantes a discutir chorradas».*

Claro que Cerebro no era tan fuerte, terminó por sucumbir a las exigencias de Corazón y perdimos el tren. Aunque ya a esas alturas nos lo tomamos con humor. Compramos unos botellines de agua y nos sentamos a esperar al siguiente y al aliento.

Frascati tuvo la magia decadente que podía haber tenido Nápoles, por lo que concluimos que nos bastaba aquella pastillita de metadona. Observamos los tenderetes de ropa de mercadillo y caminamos por sus calles empinadas de viejos adoquines. Sacamos fotos, y nos sentamos a comer. A fin de cuentas, llenar la panza siempre daba alegría. *Porchetta, mozzarella di bufala, prosciutto*, y por supuesto vino, para no decepcionar a nuestros amigos franceses. Blanco y tinto, para regar.

—*Fusilli* es la pasta que tiene forma rizada de sacacorchos... —nos aleccionaba Valentina entretanto.

Nos lo zampamos todo en la terraza de una tienducha en una plazoleta encantadora. Bajo la tarde de otoño que había comenzado a tomar la provincia de *Lazio* con un cielo empastado de nubes, plomizo como una mañana bilbaína. Y mientras el vino nos iba arrullando, y nos sacaba unos colores, nos reímos y nos dimos cuenta de que daba exactamente igual dónde hubiéramos terminado aquel sábado.

Amor gastronómico: El pesto y la mozzarella di bufala son de pronto ingredientes esenciales en mi alimentación sin los que me resulta inexplicable haber vivido hasta ahora. De hecho, creo que ya siempre recordaré esta ciudad con todo el amor de mi barriga, pues aquí esta se ha hecho mucho más grande que mi corazón.

La excursión terminó por ser un éxito, incluso tuvimos tiempo de leer el rechazo incómodo al que Gabriele estaba sometiendo a Ilaria. Tal vez esta era la infalible arma de Gabriele, resistirse hasta despertar un deseo irrefrenable. «¿Qué tendrá?». Se preguntaban las muchachas a su alrededor. Yo misma me había empezado a sentir presa de una irremediable curiosidad hacia mi amigo, y eso que nunca le había visto con ojos de desnudar. En cualquier caso, cuando nos despedimos, Valentina parecía tener un par de ganchos sujetos al rictus. Y siguió mejorando. La semana siguiente me encontré a Gabriele revolviendo en nuestra cocina.

—Hola —me sorprendí.

—Hola —me saludó él risueño—. Lo siento, estaba intentando robaros una cafetera, a la mía se le ha estropeado la gomilla.

Me mostró la copia de la llave de nuestra casa que los chicos tenían.

—Pensé que no había nadie... ¿Estás... estás sola en casa? —me preguntó nervioso asomándose ligeramente hacia el cuarto de Valentina.

—Estoy yo sola —negué y noté cómo Gabriele se relajaba inmediatamente.

Me acerqué al armario de la cocina donde teníamos la cafetera y se la extendí:

—Este rollito raro que os traéis podría acabar ya, ¿no? —le dije y él me miró un tanto desconcertado.

Aunque sabía que yo lo sabía, solíamos fingir muy bien lo contrario. Sonríó con melancolía:

—Creía que estaba enfadada.

—Lo que está es como una cabra —negué yo y conseguí que Gabriele se riese—. Pero ¿tú ya lo sabías, no? Te gusta así.

Él tomó la cafetera mientras me escudriñaba, pero no dijo nada y yo tampoco me atreví a añadir nada más. Me parecía que ya me había aventurado bastante en aquel pantano. Me encogí de hombros y me volví con intención de ir al baño, pero Gabriele me interrumpió:

—El viernes es la noche abierta de los museos en Roma.

Me volví confusa y él continuó hablando:

—Quería ir a un par de exposiciones. Se lo comenté a Bruno, pero él tiene que trabajar, así que... si queréis... Quiero decir, Valentina y tú, podíais acompañarme —dijo ya cerca de la puerta.

—Claro —asentí entre la sorpresa y la sonrisa—. Se lo comento luego a Valentina.

Hubo una pausa un poco larga y finalmente él sonrió y desapareció por el rellano. Valentina en cambio se puso como un terremoto cuando se lo dije más tarde. Nos conocíamos demasiado bien como para no comprenderlo. Aquello era una cita, una con carabina, pero una cita. De hecho, Valentina fingió pobremente indiferencia, mientras correteaba por el piso rezumando hiperactividad, y pensé que implodiría de puro nervio. ¡Bum! Imaginaba de pronto a Gabriele salpicado por trocitos de Valentina, antes de que pudiese mediar palabra, y de pronto me desagradó profundamente ser el árbitro de aquella partida.

Cuando llegó la hora de vernos, Valentina se había gastado por completo. Sus baterías estaban a cero y parecía un maniquí silencioso con los ojos como platos. Casi me apetecía cargarla a una carretilla como si fuese un palé y

llevármela así de un lado para otro.

—Hola —tuve que saludar a Gabriele por las dos, pues Valentina apenas fue capaz de balbucear un saludo.

Era alucinante. Ella, que era toda verborrea, que jamás se quedaba sin saber qué decir, que habría sido capaz de hacer un análisis en profundidad del *Quijote* bajo el agua, se había quedado muda.

Tomamos el metro hasta Testacio, donde yo me esforzaba por crear algo de conversación y Gabriele y Valentina me lo dificultaban con una ristra de monosílabos, mientras trataban de fingir que entre ellos no había pasado nada. A mí en cambio me parecía que era como si tuviéramos que meter en aquel vagón con nosotros un enorme elefante rosa, pero no pudiésemos hablar de él. Agradecí enormemente llegar al MACRO, que había puesto música alta y luces oscuras, ayudando a llenar el vacío que se extendía entre mis amigos y que a mí me pillaba en medio.

Me pareció que el museo estaba inusualmente lleno, y pensé que el adjetivo gratuito había probablemente arrancado a los habituales de las discotecas, para lanzarlos dentro de las galerías de arte de la ciudad, de los museos y aquellos lugares culturales a los que tanta pereza les solía dar a algunos. Y, además, parapetados por la oscuridad de la noche, los gatos más feos pasaban por pardos, y ¿quién sabía si no podrían ligarse a una culturetilla de enormes gafas de pasta en el rincón oscuro de una muestra de arte pop?

Vimos la exposición de fotografía y, aunque algunas piezas me gustaron, otras me parecieron basura perfumada.

El amplio espectro del arte contemporáneo: No deja de sorprenderme la variedad que puede adquirir la palabra contemporáneo. Como si al pronunciarla se pudiesen abarcar desde carteles hechos con luz de neón, hasta una colección de mocos secos. No hay límite. Un ladrillo envuelto por una serpentina de Navidad puede ser arte y costar un par de riñones en el mercado negro.

—Algunas de estas fotos son una mierda pinchada en un palo —dije yo tratando por enésima vez de llenar el silencio ineludible al que mis amigos estaban condenando todos mis intentos de conversación.

Pensé que ese podía funcionar, a fin de cuentas, Gabriele era profesor de Historia del Arte, y Valentina solía mostrarse siempre muy folclórica en lo que a biología se refería.

—Hay una obra conceptual que se llama *Mierda de artista* —apuntó Gabriele sonriente pues probablemente estaba contento de tener algo más extenso que expresar—. El polémico artista Piero Manzoni la produjo en los años 60, y consiste básicamente en un montón de latas de metal que, según Manzoni, contienen eso, mierda de artista.

—¡No! —exclamó Valentina, y yo repetí la exclamación internamente, pero no por la mierda enlatada, sino al ver que mis amigos se hablaban el uno al otro sin que yo tuviese que intervenir.

—Sí, sí —asintió Gabriele detenido junto a una rara escultura hecha con pajitas y cucharillas de plástico—. Creo que en las etiquetas puso algo como «Contenido neto, tantos gramos, conservada al natural». Y ponía el año de producción y envasado. En inglés y en francés.

—¡Ay, me muero! —Valentina se partió de risa parada a su lado—. ¿Y cuál era el concepto?

—Bueno, eso era lo interesante —respondió él encantado de estar dando una de sus lecciones y recibiendo atención, además, del objeto de sus deseos—. Se trataba de una mordaz crítica del mercado del arte, en el que la simple firma de un artista con renombre revaloriza una obra independientemente de su valor intrínseco.

Me puse a caminar más despacio por la galería y les dejé que avanzasen charlando sobre el tema que les había reunido de nuevo. La mierda en bote.

—... las puso a la venta al mismo valor que en aquella época tenía el oro y, por lo que tengo entendido, hoy en día su precio alcanza cifras de cinco dígitos en euros cuando la obra sale a subasta —le escuché a Gabriele seguir contando mientras su voz se alejaba, al igual que las risas de Valentina.

Para cuando salimos del museo ambos volvían a hablar con el mismo entusiasmo de los viejos tiempos, así que cuando insistieron en ir a tomar algo, yo decidí plantar una bomba de humo y evaporarme con alguna excusa barata. Aunque sentí cómo cada uno a su modo me fulminaba con la mirada, me pareció que a la larga me perdonarían la jugarreta.

Capítulo 30

Valentina regresó en una nube de aquella cita encubierta con Gabriele. Habían pasado la noche paseando y hablando de la vida y la muerte, pero no se habían acostado. ¡Finalmente! Solo hubo un tímido beso al concluir de la noche. Valentina nunca se había ido solo con un beso de buenas noches y estaba atacada. No soportaba tanta tensión sexual y al mismo tiempo la disfrutaba por primera vez. Disfrutaba de esa sensación previa a que sucediese. Disfrutaba de las mariposas y de los nervios. «¿Estará bien que le haya dicho esto o lo otro? ¿Le habrá parecido bonito mi vestido?». Y toda una lista de inseguridades horribles y maravillosas al mismo tiempo.

Se habían prometido ir despacio y tratar de ser amigos incluso si todo se iba al garete. Aunque esa era una batalla hartó complicada, de momento no tenían que pensar en ella, pero estaba bien que lo tuvieran en perspectiva. De pronto, un mundo en el que Valentina y Gabriele no fuesen amigos se me hacía insoportable.

—¡Pero no va a pasar, es imposible! —negó Valentina con la ilusión de una colegiala.

Me alegré de que Gabriele la conociese tan bien y la supiese torear. Que supiese dónde había entrado, o mejor, que hubiese entrado por todo ello. Al final, a su manera, había conseguido encontrar a su princesa de cuento. Al menos virgen en lo emocional. Alguien que no se había entregado a ningún otro, y que al hacerlo le regalaría su corazoncito inquieto y tiraría la llave al *Tevere* si era preciso.

De pronto los envidié mucho. Pero fueron unos celos tranquilos, ninguna inquietud se asomaba tras ellos, ninguna falta, ninguna necesidad de llenar un hueco que yo misma había creado. Había dejado KO a mi MariLoli, acabando con mi ajado imperativo de encontrar a alguien. Me había costado varios

batacazos, pero al menos evolucionaba, al menos seguía aprendiendo. Me hacía las preguntas, trataba de responderme y de colocarme en el lugar adecuado, aunque fuese solo a fuerza de rechazar aquello que no quería, me acercaba allí donde deseaba estar.

Pensaba en lo madura que me sentía cuando mi jefa me llamó a su despacho y me cagué literalmente encima. Vale, literalmente no, pero las tripas se me revolviéron lo suficiente como para haberlo hecho de verdad. El pánico se me agarró a los tobillos y comencé a repasar mentalmente todas mis faltas y a considerar por cuál de ellas me llamaba. Tal vez se había dado cuenta de que durante todo el año había estado descargando los episodios de la primera temporada de *Juego de tronos* en el trabajo, o quizá desde contabilidad le habían hecho notar el inmenso agujero en las cuentas causado por el aumento de gasto en post-it de colores. No, los post-it no, por favor, los necesitaba para mis castillos de papel. Esos papelitos adhesivos eran una droga dura para mí.

Sin embargo, cuando pasé a su despacho me dijo:

—Alaia, necesito que me hagas un favor.

Me quedé planchada. Que Francesca pidiese un favor era raro, que me lo pidiese a mí era al menos el descubrimiento de una nueva especie, un perro verde, concretamente.

—¿Qué...? ¿De qué se trata? —carraspeé, cuando casi me atraganté de la sorpresa.

—Como sabes, el Festival Internacional de cine de Roma empieza este mismo sábado. Giorgio tenía que cubrirlo para la publicación española, pero ahora resulta que no puede... —lo dijo como si fuese un capricho, cuando Giorgio se había ido el día anterior a casa con la misma gripe intestinal que habían incubado sus hijos la semana anterior. Pero así era Francesca, toda altura y comprensión. Siguió hablando—: Iba a mandar a uno de los chicos de Italia para que recogiese dossieres, pero Giorgio ha insistido en que sería más adecuado... mandarte a ti —pronunció esas palabras con el mismo desprecio con el que alguien hablaría de un chicle pegado a su zapato, pero a mí me pareció que me cantaba una copla—. Dice que has trabajado muy duro últimamente y que está seguro de que harás un gran trabajo.

Dentro de mí misma, una Alaia virtual bailaba la samba.

—El festival será el artículo central de la semana. Aunque para la versión española no podrá ir en portada, tenemos que darle peso, porque muchos de

los patrocinadores lo son también en el festival. Tendrán que ser unas diez mil palabras divididas en varios artículos y fotogalerías...

Asentí mientras ella seguía hablando. Tendría que trabajar como una loca para poder completarlo a tiempo y todo en cuestión de unos días, pero era la oportunidad que estaba esperando. No dormiría y lo tendría acabado. ¿Cuánto podía vivir un ser humano sin dormir antes de enloquecer? Debería leer sobre eso también. O tal vez podría convertirme en vampiro, le preguntaría a Gabriele si su excompañero de piso mordía por encargo. El caso era que daba igual, era joven, podía permitirme no dormir. Y encima le estaba haciendo un favor a la jefa. Si hubiese sido una foca, el festival habría sido el arenque.

—¿Te lo puedes creer? —le dije a Bruno aquella noche mientras caminábamos bajo mi paraguas de vuelta a casa por la atestada *via del Corso* —. Pasado mañana estaré mano a mano con actores de la talla de Sylvester Stallone.

Él negó con la cabeza.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido?

—¡Es Rocky! —protesté yo escandalizada.

Bruno y yo habíamos salido a celebrar con una birra mi pequeño logro en *Punto e a Capo*. También se lo había propuesto a Valentina y Gabriele, pero con la excusa de la lluvia se habían rajado. En realidad, nuestros amigos se habían convertido en un par de tórtolos que, además de amor y palabras bonitas, disfrutaban de la casa vacía cada vez que podían. Su periodo romántico había sido bello e intenso, pero también había acabado rápido. Valentina había descubierto el sexo con amor y Gabriele el sexo con Valentina. Su vida era una fiesta.

—Perdona, olvidaba que tú ahora estás inmerso en la *beatlemania* en el curro, y estás encantado de conocerte... —bromeé.

Tras sus prácticas, Bruno había logrado que la librería del cine le ofreciese un contrato de seis meses. Poco a poco estaba alargando su estancia romana más y más. Y para empezar con sus nuevas responsabilidades había propuesto organizar en la Librería de cine la proyección del documental que había dirigido Scorsese sobre George Harrison, por lo que su trabajo se centraba últimamente en uno de sus temas preferidos; creaba *playlist*, recopilaba fotografías de aquellos maravillosos años 50 en los que todo comenzó en blanco y negro, y John Lennon, Paul McCartney y George Harrison eran unos adolescentes desconocidos...

—¿Sabes que en el documental sale Clapton, y cuenta cómo compuso *Layla* y se ligó a la entonces esposa de George Harrison?

—¡Oh! Esa es probablemente mi canción preferida de todos los tiempos — le dije a Bruno mientras nos apartábamos a un lado de la acera, para dejar pasar a un grupo de turistas que seguían a su guía—. Si Eric Clapton me escribiera a mí *Layla*, también me habría lanzado a sus brazos.

—En serio, es una vida trepidante, alucinante, y no me refiero al dinero y la fama —siguió él desdeñando mi broma, antes de volver a avanzar—. Eso es lo de menos. Es vivir de esa manera, tocando canciones con Jimmy Hendrix y Bob Dylan, el rollo del Hare Krishna y los viajes espirituales de Harrison a la India. Vivir una existencia abrasadora. Una vida en la que no transcurre un solo día insípido, un solo día gris, y siempre sucede algo que te hará recordarlos...

Me vino a la mente la frase de Bruno sobre que la vida eterna era una existencia llena de emociones, y recordé inevitablemente aquella otra tarde de invierno después de haber pasado las horas entre discos de vinilo y viejas películas.

—Me estoy acordando de aquella vez...

—¿Te acuerdas de cuando...? —dijimos a la vez, y nos reímos.

—¿La tienda de discos?

—No hemos vuelto a ir —respondí, y me acurruqué más bajo el paraguas al pasar bajo la gotera de un edificio.

—¿Qué dices? Yo he ido varias veces. A Tamara la engañé una vez, pero no fue tan divertido. No conocía nada. Cuando le enseñé la carátula de los *Cazafantasmas* y me preguntó si era de terror casi me mareo...

Me eché a reír sintiendo renovada compasión por la chica de los mofletes colorados. Me apenaba que su corazoncito de niña pudiera haberse roto con la inconstancia de Bruno. Tal vez su incapacidad o desgana para centrarse en una relación se la había regalado su ruptura con Naia. Pensé nuevamente que para todo lo que ambos charlábamos, en realidad, hablábamos poco.

—¿Sabes? —siguió él como si me hubiese leído el pensamiento—. Aquel día, cuando regresábamos a casa, me acuerdo que hacía una rasca de morirse, acababa de nevar, pero a mí apenas me importaba. Y me acuerdo de aquel paseo con más claridad de la que recuerdo muchas cosas. Fue una de esas primeras veces en las que me sentí absolutamente feliz sin Naia.

Seguimos hablando de su complicada relación con su ex y me di cuenta de

que al fin nos sumergíamos en la conversación que habíamos dejado aparcada hacía tanto tiempo, la noche que fui a verle después de que Edurne se hubiese marchado. Por un instante me sentí increíblemente egoísta por no haber hablado antes con él. Por haberme enfurruñado como una colegiala sin pensar en el momento que él podía estar pasando. Siempre me quejaba de no ser capaz de descifrar a Bruno, pero tal vez parte de la culpa la tenía yo, por no hacer suficientes esfuerzos en atenderle. Como si algo en mí se negase a llegar a ese nivel de intimidad en el que cruzas definitivamente la *friendzone* de no retorno. ¿Y por qué? ¿No había decidido que éramos amigos y ya? Pero con Bruno siempre parecía que necesitase una especie de manita que me empujase hacia atrás para terminar de convencerme. Seguramente la manita de la Señorita Rottenmeier.

—... pero hasta que me marché a Roma siempre pensé que podía arreglar las cosas con ella, aunque fuesen fatal —explicaba él mientras esquivábamos un charco—. Separarnos fue una prueba que nos impusimos al descalabro que ya se había iniciado un año antes. Pensamos, en fin, que para bien o para mal las cosas se solucionarían. No tuve que esperar mucho para darme cuenta de que no la echaba de menos.

—Cuando me dijiste que venía te pusiste superraro... —recordé algo risueña aquella tarde de invierno en la que acabamos comiendo pizza y viendo episodios viejos de *Los Soprano*—. Pero, si te sentías así, ¿por qué seguíais juntos?

Pregunté pensando si mi relación con Bruno podría haber sido completamente diferente si Naia hubiese desaparecido de su vida antes de que él se mudase a Roma.

—Creo que tenía miedo —reconoció inusualmente serio e inevitablemente redujo el paso, como si no fuese capaz de hacer reflexiones tan profundas y caminar con celeridad a la vez—. Ya no la quería, pero eso es algo muy difícil de admitir en una relación larga.

Negó con la cabeza recordando su yo pasado, igual que me sucedía a mí cuando pensaba en Paul. En las cosas que estaban ahí y sin embargo no vi. Las cosas que a veces no somos capaces de ver porque no queremos, porque tememos las consecuencias, el cambio. En ocasiones somos capaces de aferrarnos a una rutina dolorosa, antes de lanzarnos a una novedad emocionante, solo porque nos hemos acostumbrado al dolor. Lo conocemos bien, y hemos llegado a desarrollar una extraña comodidad en este.

—Ahora pienso que me vine a Roma porque quería escaparme de ella sin tener que decirlo. Y cuando por fin vino a verme yo le solté lo de las prácticas en Roma. En un momento, además, en el que ella se sentía supercelosa... — admitió él—. Así que se puso como una fiera y concluyó diciéndome que podía pudrirme en Roma.

Se me quedó cara de pasmo con aquella última declaración. La perfecta Naia de perfectos bucles parecía un poquito histérica. Mi intestino se permitió sonreír con mala leche. Pero había dicho «celosa». ¿Por qué Naia se habría sentido celosa...?

—Conseguí lo que quería, pero la ruptura no fue limpia —siguió él cuando nos detuvimos en un paso de peatones para que pasase una larga fila de coches atascados—. No hemos vuelto a hablar, y a mí me quedó una especie de mala leche hacia el género femenino en general. Un poco como lo que me dijiste tú la noche de la graduación de Valentina: «Odio a los hombres y no puedo hacer excepciones».

Se rio, pero yo no pude acordarme de qué demonios estaba hablando, así que asentí fingiendo que aquella noche no me había emborrachado vilmente y era perfectamente consciente de todo lo expresado entonces.

La larga calle de tiendas estaba llena, a pesar de la lluvia que remitía lentamente, con pequeños claros que se abrían entre las nubes desde los que asomaba la luna, menguada como la sonrisa del Gato de Cheshire. Cansados del jaleo de los turistas y romanos que atravesaban la larga vía, decidimos girar por una calle paralela más tranquila.

—No es que os odie, pero me asustáis un poco —siguió él sonriendo al paso de las farolas—. No os comprendo. Las chicas insustanciales son fáciles de sondear, pero claro, son insustanciales. Y las que, por el contrario, tienen algo de sustancia, me parecen un misterio, y me intimidan. ¡Me intimidáis!

Ser incluida por Bruno entre las chicas intimidantes y con sustancia me pareció un regalo, y me devolvió distraídamente a mi duda anterior:

—¿Por qué has dicho que Naia estaba celosa?

—¿Qué? —preguntó él distraído mientras seguíamos caminando.

—Antes has dicho: «En un momento en el que ella se sentía supercelosa...». ¿A qué te referías?

Bruno sonrió de lado y me sopesó un momento como si se estuviera decidiendo a hablar, pero al final no dijo nada, sino que carraspeó.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Es código morse? ¿Carraspeo, carraspeo, flema?

Él se rio. La lluvia ya había parado casi por completo.

—Habíamos tenido una pequeña discusión por ti.

—¿Por mí? —enrojecí sorprendida.

Y enrojecí doblemente al sentir que la sorpresa era plácida, y el horror que me provocaba que eso pudiera notarse. La perfecta Naia de perfectos bucles había tenido celos de mí y mi pelo lacio.

—Sí. Tuvo un pequeño ataque de celos, porque cuando llegué a Roma yo le empecé a hablar mucho de ti, y claro, cuando vino y vio que no eras ni calva ni bizca se puso un poco nerviosa.

—¿Qué le habías dicho? —pregunté riéndome, tratando de ocultar que me había encendido como una calefacción.

—Nada. Lo normal, que me habías ayudado con el piso y que salíamos a veces. Pero al final la tranquilicé asegurando que solo éramos amigos, y que tú... estabas enamorada de Paul, aunque aún no hubiera venido.

—¿Le dijiste eso? —me sorprendí, y mis niveles de emoción se relajaron un poco con la aparición de Paul en el relato.

Él pareció dudar un momento, amagó una sonrisa, y acabó diciendo:

—La verdad es que me tiré un poco a la piscina con eso. Pero al final no fue exactamente una mentira...

Mientras hablábamos, llegamos caminando a una bonita calle que no habíamos explorado antes. Nos sorprendió que estuviese desolada. Era una sensación impresionante cuando salías de una calle por la que pasaban los diminutos autobuses de línea del centro, colas de japoneses fotografiándose frente a los escaparates de Dolce&Gabbana, los camareros de los restaurantes acosándonos para que nos sentáramos en sus terrazas, los guías con flores de plástico o paraguas de bolso levantados entre el gentío para no ser perdidos de vista... y de pronto nada.

—*Via Margutta*... —leí yo la placa con el nombre de la calle.

—La conozco... —sonrió Bruno—. Gabriele me habló de esta calle, pero aún no la había visitado. Me dijo que era la calle de los artistas; que pintores, músicos y actores de toda Europa se trasladaron aquí a vivir en otros tiempos. Picasso, Stravinsky, Puccini, Truman Capote, Federico Fellini y su gran amor, la actriz Giulietta Masina... todos vivieron en este lugar.

Aplaudí feliz con el descubrimiento y exploramos la callejuela observando sus fuentes barrocas y el millón de verdes enredaderas creciendo por sus muros y enlazándose entre sí hasta crear arcos mágicos. Entre sus paredes,

galerías de arte y anticuarios, y algún restaurante tranquilo en el que el dueño se sentaba con amigos a tomar un vaso de vino.

—¿Sabes? —reflexioné contenta—. Creo que, aunque nuestra vida no sea la de George Harrison, este año en Roma se parece bastante a una vida eterna.

Y troté contenta fuera del paraguas, mientras Bruno me observaba risueño.

Capítulo 31

Al final de aquella semana me acreditaron para pasar como periodista al Festival Internacional de Cine. Este se celebraba en el norte de Roma en El Auditorio del Parque de la Música, y aunque los invitados llegaban en estupendos cochazos, yo me fui hasta allí en bici. Con un par. La aparqué un poco lejos para que nadie me viese, pero me había calzado unos tacones prestados por Valentina y no estaba dispuesta a caminar demasiado. Por lo demás, era pobre para pagarme un taxi o, mejor dicho, tenía otros vicios que no podían incluir viajar en taxi. Tenía que priorizar.

Me encontré en la entrada con Federica, que cubría el evento para la versión italiana, y a un chico que trabajaba como fotógrafo *freelance* para *Punto e a Capo*. Cuando llegamos ya estaba todo lleno, fotógrafos tomando sus posiciones, luces, alfombra roja, algunos periodistas tan famosos como las estrellas. Tal vez no eran los Oscar, pero a mí me supieron parecido. Sobre todo cuando Adrien Brody se bajó de un inmenso Mercedes y pasó junto a mí rozándome el codo. ¡El codo! A partir de ese día sería mi codo de *Pianista*.

Durante aquellos días Federica y yo asistimos a todo el porrón de pases a películas, mientras recogíamos dossieres y apuntábamos datos enloquecidas. En las pausas aprovechábamos para salir fuera, donde asomadas a un hueco de la entrada veíamos pasar a algunos famosos que se paraban en la alfombra roja frente a los flashes de los fotógrafos, y aunque mi versión del reportaje tenía que centrarse en el panorama Internacional, no dejé de notar a varios actores italianos, como la espectacular Isabella Ferrari, el objeto de los deseos de Gabriele desde que era un adolescente, o a Luca Argentero, que dedicó a los flashes su reluciente sonrisa de doscientos dientes antes de marcharse dentro para reunirse con su mujer. «¡Ámame!», quise ordenarle en un grito desesperado, mientras el seguridad que estaba parado frente a nosotras

me miraba cabreado. En fin, tal vez era mejor que no pudiese hablarle, porque si me lo hubieran presentado, era posible que le hubiese pedido hacerle un traje de saliva, y en algunos países como Italia eso era considerado acoso sexual. Por lo menos logré no entrar en absoluto pánico cuando, mientras Charlotte Rampling posaba frente a los fotógrafos, ¡Bill Murray! se asomó tras ella y le hizo algún chiste con el que algunos de los presentes rieron.

Y colorín colorado...: Yo no alcancé a oír el chiste, y quise desollarme viva allí mismo porque me había perdido una broma de Bill Murray en directo. Decidí que con el tiempo me convencería a mí misma de que lo oí perfectamente en ese instante, y que me morí de risa de lo gracioso que fue. O mejor, diría que el chiste me lo hizo a mí y que después me pidió que fuese la madrina de uno de sus hijos. ¡O de todos!.

En general todos parecían amables, aunque no me cabía la menor duda de que muchos estaban aburridos y pensé que probablemente alguno hubiese agradecido la pregunta del traje de saliva. Aunque seguramente Luca Argentero no, y mucho menos su mujer, que tenía pinta de poder partirme en dos con uno de sus inmensos tacones.

Cuando terminó la última proyección del tercer día me acerqué al bar y agarré una copa de vino por banda. Me la bebí de un sorbo y alcancé otra más. Necesitaría muchas de esas para espabilarme, me sentía agotada tras varios días seguidos asistiendo al festival y escribiendo por las noches, y aún me quedaba otro día más. Pero el cine me gustaba más que a un tonto un pirulí, y que me pagaran por ver películas y escribir sobre ellas me parecía una lotería.

Despellejar al prójimo por pasta: ¿Me gustaría ser crítica de cine? Lo cierto es que no creo tener suficiente mala baba como para escribir críticas negativas, o mejor dicho; sí que tengo muy mala baba (SuperCotidiana), pero tengo peor conciencia (La SeñoritaRottenmeier). Tendría que espachurrarla para poder desgarrar profesionalmente a diversos cineastas, y no sé qué tal me sentaría vivir

con una conciencia hecha papilla. Probablemente me liberaría de los pocos límites que ya tengo, y terminaría mi vida como crítica por el día y destripadora en serie por la noche.

Me reí charlando con Federica sobre el trajín intenso que habíamos vivido y comparé algunas notas con ella. El fotógrafo también se nos unió y acordamos algunas cosas para el envío de las fotos. Revisamos la agenda de la mañana siguiente. Nos tocaba una película ucraniana de la que no sabía absolutamente nada. En realidad, la mayoría de las proyecciones me eran desconocidas, había mucho cine independiente, italiano y francés sobre todo. Pero revisando de nuevo la programación fue cuando descubrí que la última tarde teníamos el pre-estreno de *La saga Crepúsculo, Amanecer (parte II)*.

—¿En serio? —exclamé martirizada, mientras Federica sonreía ante mis espavientos—. ¿Cómo puede colarse una peli palomitera en medio de todo este indie internacional? ¿Cómo vamos a catalogarlo dentro del repertorio? «Tras el drama catastrófico chino *Back to 1942*, donde se desgrana una guerra épica entre China y Japón, ahora os hablamos de la devastadora lucha entre hombres-lobo y vampiros de instituto. Que, perdóname que insista sobre este punto —seguí y Federica no dejaba de reír—, pero ¿vampiros que van al instituto? Su clase preferida será biología, donde en vez de abrir una rana, abren al profesor... Pensándolo bien, yo tuve más de un profesor en el instituto al que no me habría importado mucho ver colgado como un jamón... Vale, se me está yendo —Federica no paraba de reír—, tengo que escribir sobre esto en mi blog porque Francesca jamás me dejará publicar algo así...

Según decía aquellas tonterías oí una risita feliz a mi espalda. Me volví un poco avergonzada y vi a un periodista delgaducho que me miraba risueño.

—Perdona, es que no pude evitar escucharte, tienes toda la razón —añadió con un acento que no identifiqué.

Sonreí vagamente sintiéndome un tanto confusa.

—¿Española, no? —siguió él preguntando, y yo asentí con un gesto ausente—. Lo noté por el acento, yo soy argentino. ¿Para quién trabajan?

—Para *Punto e a Capo* —contestamos Federica y yo al unísono. Era la primera vez que alguien del evento, famoso o no, se interesaba por nosotras.

—Ah, sí, lo conozco —reconoció él, y pareció un tanto decepcionado. Aun así, trató de disimularlo—. *Ciro Rojas, yo vengo con Tanoshīdesu.*

Nos extendió la mano para estrechárnosla, y yo pronuncié mi nombre mecánicamente. Los músculos de todo mi cuerpo parecían haberse bloqueado. *Tanoshīdesu* era una revista japonesa que había crecido en los últimos años por medio mundo, con versiones americanas, españolas y francesas. La revista había aprovechado el creciente movimiento hipster, y había creado un medio dedicado al cine y la música indie, sobre una maquetación exquisita. La guinda del pastel era que, además de la versión *online*, publicaban una en papel mensualmente. Toda en blanco y negro con tapas brillantes, era casi un catálogo, una biblia de la melomanía, el cine de autor, la literatura y el arte. *Online* solo se podían leer gratuitamente algunos artículos mensuales y cada volumen de papel costaba un ojo de la cara. Definitivamente, estaba en shock. Logré salir de este cuando me di cuenta de que él volvía a hablarme.

—¿Y tú escribes en italiano?

—No, yo no soy nadie —balbuceé y evité por un segundo añadir: «Señor Todopoderoso»—. Escribo... recojo dossieres para la versión española. Nada comparado con lo que hacéis vosotros. Bueno, es que yo os leo fielmente y me encanta vuestro proyecto. Madre mía, daría mi hijo primogénito por trabajar con vosotros.

Sí, dije eso. Lo dije además muy rápido y al final me reí con una carcajada estridente y nerviosa, como para insinuar que era broma, pero que solo me dio un toque neurótico que parecía afirmar que de verdad vendía a mis hijos. Sentí los ojos de Federica mirándome desconcertada, mientras Ciro sonreía educadamente. Pero ¿por qué estaba diciendo esas cosas?

—Ah, no sabía que *Punto e a Capo* tuviera versión española —fue a lo que él decidió responder de entre toda mi confusa verborrea.

—Es un proyecto en el que la empresa se ha embarcado hace poco —quise explicarle aturullada—. Si quieres te puedo dar la dirección de contacto...

—No, gracias —negó tan rápido que me avergoncé de habérselo propuesto siquiera—. Pero has dicho que escribes un blog, ¿no?

No contesté. Tenía la sensación de estar siendo evaluada de algún modo. Como si estuviese en medio de una entrevista de trabajo no concertada. Y de pronto me dio mucha vergüenza que aquel mesías de *Tanoshīdesu* leyese mi blog, algo que nunca se me había pasado por la cabeza hasta ese instante. Necesitaba releerlo y recortar paridas y chistes escatológicos antes de que aquel dios de la cultura indie se dignara a echarle un vistazo a mi blog. Tenía que mentir; le diría que estaba caído o que estaba cambiando de servidor,

debía camelar como una bellaca, debía contarle cualquier cuento...

—Sí... —admití antes de que se me ocurriese ninguna bola a la altura. «¡Ahí queda eso!», me felicitó mi SuperCotidiana con tono sarcástico.

Quise arrancarme la piel a tiras mientras apuntaba mi dirección en su libreta completamente colapsada. *Tanoshīdesu* escribía sobre cosas serias, era un medio respetable, con un criterio sensacional, lleno de información completamente *freaky* sobre cada tema que seleccionaban. Si llegaban a leer mis absurdas historietas sobre SuperCotidiana, no solo perdería cualquier oportunidad de ser considerada por aquella panacea, sino que era probable que escribiesen un artículo poniéndome como ejemplo de mal gusto. ¡Oh, Dios! ¿A quién quería engañar? Jamás tendría el honor de ser nombrada en *Tanoshīdesu*, ni tan siquiera como mal ejemplo. Tenía que regresar a casa corriendo y reescribir la mitad de mis posts, y mejorar la navegabilidad del sitio. Y la maquetación era absolutamente recargada, tendría que probar a hacer algo mucho más ecléctico. Algo que pudiese encajar remotamente con el trabajo que ellos hacían.

... este cuento se ha acabado: Recuperé mi bicicleta aparcada en la periferia del evento. Verdaderamente era una auténtica Cenicienta, escapando del baile en mi carruaje convertido en calabaza, ni siquiera me dejé el zapato en la escalinata. Habrían pensado que era un zapato de pobre.

Llegué aquella noche completamente estresada. Decidí abrir Google y teclear el nombre de *Ciro Rojas*. Enseguida me salió su perfil de LinkedIn y una dirección asociada a *tanoshīdesu.es*. Era coordinador de la redacción. Me tembló todo el cuerpo y pensé que me caería redonda. Abrí el blog y enseguida vi varias cosas terriblemente erróneas. Pero había escrito demasiado, no podría corregirlo todo y además conseguir acabar el artículo sobre el festival. Era demasiado trabajo, yo nunca había escrito el blog pensando en *Tanoshīdesu*. No era culpa mía, el blog era un chiste, un entretenimiento para mis amigos. ¿Por qué no se me había ocurrido que además pudiese ser una plataforma de salida para encontrar otros trabajos? Tal vez sí se me había ocurrido, solo que jamás habría considerado que otros trabajos incluyesen *Tanoshīdesu*. De todos modos, quizá aquel periodista no

entrarse jamás en mi blog. Quizá solo quería ser amable, o quizá solo lo pidió como curiosidad personal, porque le había hecho gracia, quizá, además de ser mesías de *Tanoshīdesu*, tenía otros proyectos personales, quizá me consideraba para otros medios. O quizá no. Quizá perdería la nota que le había escrito, u olvidaría que nos conocimos. ¿Qué más daba? Tenía un montón de trabajo que realizar para la web para la que *sí* trabajaba. Y nada de lo que tratase de arreglar o cambiar en la medianoche de un jueves sería suficiente para encajar en el estilo de uno de los medios más interesantes del panorama. O quizá no era tan interesante y yo lo vivía así, porque a mí me gustaban mucho los temas que tocaban, y el punto de vista que le daban. A mí me gustaba, sí.

¿Acababa de decidir que algo me gustaba? ¿Que me haría ilusión dedicarme a algo en concreto? ¿Acababa de decidir algo por una vez en mi vida y de un modo tan repentino? Dios, me dolía la cabeza y aún tenía que escribir dos mil palabras más para el artículo del festival.

Trabajé durante un par de horas a la luz de mi portátil, y me acosté a las cuatro de la mañana muerta de sueño, esperando que el día siguiente asomase más sencillo.

Octubre

Capítulo 32

Tras unos días intensos sin pegar ojo, y trabajando a contrarreloj, logré terminar mi reportaje sobre el Festival Internacional de Cine. Presenté todo a tiempo y Giorgio me aseguró que había hecho un trabajo sensacional. Enrojecí de buen gusto y casi pude ignorar la indiferencia helada que me dedicó Francesca una vez más. De hecho, volví pedaleando a casa más feliz que una perdiz y soñando con la hibernación de un oso.

Pero tuve la mala idea de abrir mi correo electrónico antes de meterme en el sobre, y esa fue mi ruina. En la bandeja de entrada encontré un *e-mail* desconocido de los recursos humanos de *Tanoshīdesu*. Me dijeron que me habían contactado recomendada por Ciro Rojas, jefe de redacción, y me pedían que, de estar interesada, les enviase mi currículum para considerarlo en el proceso de selección de una vacante en prácticas para sus oficinas en Barcelona.

Todo mi cuerpo empezó a sudar y a temblar al mismo tiempo. ¡*Tanoshīdesu* quería mi currículum! Esa hoja con una licenciatura, trabajitos en redacciones por cuatro duros y un par de idiomas, me parecía demasiado escuálida incluso para una oferta en prácticas. Pero era todo lo que tenía. Entré en un absurdo ataque de pánico que no menguó hasta que logré establecer una conversación por Skype con Eburne.

—Alaia, estás hiperventilando —se asustó ella, y me alegré de que a través de mi imagen pixelada no pudiese ver los gotones de sudor que me resbalaban por la frente.

—No lo entiendes, Eburne —negué pensando en que sería una piltrafa inservible en una verdadera situación de vida o muerte—. Es la primera vez en mi vida que deseo algo con tanta intensidad. Hasta ahora, en el aspecto laboral, siempre ha sido todo relativamente irrelevante para mí. Cuando hacía

una entrevista, las hacía siempre bien porque en el fondo pensaba que daba igual que no me seleccionasen, que lo mismo estaba ahí que aquí, y que siempre podía cambiar de carrera en el último instante.

Pensé en la ironía de hacer particularmente bien entrevistas a trabajos que no me importaban, precisamente por la calma que me daba el no estar verdaderamente interesada. Cuando estaba muy interesada tendía a esforzarme demasiado, lo que me daba un toque histérico aterrador, que, estaba bastante segura, no me ayudaría a ser contratada en ninguna parte.

—¡Alaia! —me llamó Edurne con autoridad, y la miré como un cachorro desconcertado al que llaman al orden tras haberse distraído con el culo de otro perro—. Es solo una revista, un trozo de papel, y te ofrecen unas prácticas a tus veinticinco años.

—¡Veinticuatro hasta la semana que viene! Y el mundo laboral está hecho un asco... —argumenté pensando en que, en esa situación de recesión económica, la mayoría de mis amigos se encontraban sin empleo, con trabajos por horas, alargando sus estudios, o en prácticas mal pagadas.

En Italia estaban escandalizados porque el paro juvenil había superado el treinta y seis por ciento, pero en España este alcanzaba más del cincuenta y cinco.

—Lo sé —añadió paciente—. Pero relájate, esto no es una ganga, ni será tu única oportunidad. Lo harás bien. Envía tu currículum y, aunque suene a tópico, recuerda que ser tú misma es lo que te ha brindado esta oportunidad. Así que, si tienes que fingir que eres otra cosa para entrar en ese medio, a lo mejor es que no es donde tienes que estar.

—¡Claro que es donde tengo que estar! —exclamé indignada, y la posibilidad de que *Tanoshīdesu* no fuese para mí me pareció una crueldad indigna de escuchar de la boca de mi hermana.

—Alaia, lo harás bien —repitió—. Pero no dejes que cunda el pánico. Esto es algo bueno, deberías estar feliz, no histérica. Envía ese currículum y vete a dormir. No te lo estarías tomando así si hubieses dormido bien últimamente.

Dormir... Pensé en ese verbo lejanamente familiar y noté el peso de mis pestañas. Dormir, sí. Dormir era importante, o eso tenía entendido. Dormir solía sentarme bien, enterrarme bajo la colcha y tener vagas ensoñaciones que iban desde lo consciente a lo más profundo de la fase Rem. Solté un ronquido extraño que me espabiló.

—Alaia, ¿te estabas quedando dormida mientras te hablaba? —se rio mi

hermana al otro lado.

—Tengo que dejarte —farfullé y colgué.

Respondí al *e-mail* de *Tanoshīdesu* adjuntando mi currículum y un texto muy breve, porque temía que si me extendía metería alguna gamba, o simplemente babearía el teclado en sueños y reventaría mi frágil ordenador. Enviado. Cerré el portátil y me tiré sobre la cama.

Tuve un extravagante sueño en el que me encontraba en mi pueblo de Segovia, aunque se parecía mucho al Elephant. Estaba ahí, y tenía que bailar. Ejecutar una pieza que debía ser evaluada por una oveja. No, no era una oveja, era más bien un carnero. Y yo no sabía bailar nada, estaba bloqueada. Bruno me decía de pronto: «¡Venga, baila!», y yo le miraba indignada. «¡Métete en tus asuntos!». Y pensaba que si se marchase no me daría tanta vergüenza bailar. «¡Vete!», le insistía, y él se marchaba decepcionado porque Paul también estaba ahí y no le había pedido que se marchase. El carnero entretanto parecía impacientarse. «¡Pero si tampoco quiero que estés tú aquí!», le espetaba a Paul, y este se marchaba airado, pero Bruno no lograba verlo porque ya se había ido. Me sentía completamente culpable, pero el carnero seguía esperando mi baile. Finalmente, me concentraba y daba unos pasos como si fuese una bailarina de ballet. Yo no era bailarina de ballet, pero estaba decidida a que el carnero no se diese cuenta. Finalmente, *Ciro Rojas* aplaudía en el lugar del carnero, reía un poco y me aseguraba que tenía talento para eso.

Me desperté en un mar de sudor. Recordaba mi sueño a medias, y de pronto me sentí completamente vacía al darme cuenta de que *Ciro Rojas* jamás me había dicho que tenía talento. Ni para escribir ni para el ballet. Eran las diez, había dormido once horas seguidas, y me sentía mucho mejor. Revisé mi *e-mail*, pero no había respuesta a mi mensaje. Recordé que era sábado y traté de calmarme un poco. Una ducha me vendría bien. Y después tal vez una o dos toneladas de Nutella.

Aquella semana trabajé sobre todo por mantenerme ocupada, asignándome cualquier artículo de pacotilla, en un intento de que no me explotase la cabeza, que se había puesto a imaginar continuos y futuros escenarios en los que *Tanoshīdesu* me entrevistaba y me sentaba al mando de la redacción de Barcelona. Sin pasar por el puesto de becario, porque era demasiado genial para quedarme de peón. Claro, porque *Ciro* quería volverse a Argentina, y me confiaría a mí su puesto. Y yo me ponía a editar artículos, a sugerir reportajes

y a molar tanto que no sabía si podría soportarlo. Sería esa mujer fuerte e independiente con el trabajo de responsabilidad, y solo me quedaría la tarea de conseguir el cuerpo de infarto. ¡Qué demonios, era mi imaginación! Ya tenía un cuerpo de infarto y un montón de admiradores que se pelearían por mí, y mucha pasta para gastar en un vestido descomunal. No me interesaba mucho la moda, pero si iba a tener un tipazo serrano tendría que vestirlo con algo a la altura.

Y mientras soñaba despierta, seguía actualizando la página de mi correo electrónico cada dos minutos. Finalmente, recibí un *e-mail* de *Tanoshīdesu* y recé para que no fuera el estándar de «Le agradecemos su interés, pero...». ¡Y no, no lo era! Querían hacerme una entrevista vía Skype, que concertamos para el viernes por la tarde. Todo parecía estar saliendo como debía, aunque cada vez que pensaba en ello se me revolvían tanto las tripas que me entraban ganas de imitar al creador de *Mierda de artista* del que nos había hablado Gabriele. Aunque mi mierda era sin duda mucho menos ilustre, pues no tenía claro que fuese artista.

Cuando llegó el viernes esperé con sudores fríos la llamada en mi habitación, pero estaba tan nerviosa que mis retortijones de tripa cada vez eran más fuertes. Decidí correr al baño antes de que me llamasen. Pensé que si era rápida me daría tiempo. Pobre ilusa. Por supuesto la ley de Murphey vino a tocar mi puerta, concretamente la del baño, y tuve que saltar en bragas hasta el ordenador para responder a la llamada. Conseguí presionar el botón verde antes de pisarme los pantalones bajados y partirme la crisma. Afortunadamente el ordenador se quedó revirado y la webcam no lo captó, aunque el micrófono tuvo que registrar el golpe.

—¿Alaia? —preguntó la voz de *Ciro Rojas* en mi ordenador, mientras yo sufría en el suelo mi golpe mordiéndome la lengua para ahogar un lamento.

Logré sentarme derecha y volver el ordenador hacía mí, pero no pude subirme los pantalones. Ellos solo podían verme de cintura para arriba, así que esperaba que no me pidiesen que me pusiese derecha para hacer un número de baile como en mi extraño sueño. Además de *Ciro*, había una mujer de unos cuarenta años que miraba a la pantalla con curiosidad.

—Perdonad, no debería beber antes de las entrevistas —dije pensando en que, si yo era la primera en reírme de mí misma, ellos ya no podrían hacerlo.

Ciro pareció sonreír un poco con mi chiste, pero la mujer no se inmutó. «Cállate, Alaia, cállate», dijo la *Señorita Rottenmeier* en mi cabeza.

La mujer se presentó como la jefa de recursos humanos en Barcelona. Recuperé la compostura mientras la piel de las piernas se me ponía de gallina por el frío. Intenté tirar para arriba del pantalón disimuladamente, pero hacerlo me distrajo de la pregunta que me estaban haciendo y tuve que pedir que me la repitiesen. «Joder, Alaia, ¡concéntrate!», me dijo de nuevo la Señorita Rottenmeier. ¿Cómo iba a concentrarme ahí medio en cueros, con las tripas revueltas torturándome y aquella gente haciéndome preguntas? Y no solo preguntas sobre mi currículum, también de tendencia, de directores, películas y libros. Me inquirieron sobre mis últimas lecturas, y me sentí feliz de poder mencionar a Murakami, pues mi hermana me había recomendado *Tokio Blues* y lo acababa de terminar. Pero cuando me preguntaron si conocía a los últimos ganadores de varios premios, y acabamos hablando del cine de Haneke, mi corazón volvió a acelerarse. Había visto su última película, *Amour*, y aunque la crítica había hablado muy bien de ella, a mí me había parecido un tostón, y no sabía si podía decir a *Tanoshīdesu* que no me gustaba Haneke. Era como decir que no me gustaba alguien de su familia: sincero pero inapropiado. Terminé por hablar vagamente de su trabajo en general, pero no supe si quedaron satisfechos.

Me di cuenta de que aquello era un examen, ¡y yo estaba en bragas! Era una de esas situaciones dignas de aparecer en mis sueños. No sabía si prefería eso o el baile frente al carnero. Tal vez podía hacerles una lambada en ropa interior para concluir la surreal llamada, eso sin duda los obligaría a recordarme.

Durante la entrevista intercalé de nuevo alguna broma entre mi repertorio, no podía evitarlo, las hacía normalmente, pero las hacía más cuando estaba nerviosa. Ciro se carcajeó sin ningún pudor y eso me alentó un poco, pero la mujer seguía con cara de estar chupando un limón. Sonreí sintiéndome muy torpe y traté de recordar las palabras de mi hermana: «Si tienes que fingir que eres otra cosa para entrar en ese medio, a lo mejor es que no es donde tienes que estar». Se despidieron diciendo que me contactarían tanto si me seleccionaban como si no. Colgué y me quedé mirando el ordenador un buen rato, hasta que me di cuenta que aún necesitaba ir al baño.

SuperCotidiana en una entrevista laboral, respuestas y respuestas:
Capítulo 36. Todas las preguntas que nos hacen las empresas durante

una entrevista de trabajo tienen dos respuestas posibles: La que ellos esperan escuchar y normalmente nosotros damos por la cuenta que nos trae, y la respuesta que SuperCotidiana querría dar. Como esa que dice: «¿Por qué cree que deberíamos contratarla?». En lugar de soltarles la respuesta estándar de «Porque soy una persona trabajadora y muy cualificada para el puesto», alguna vez me gustaría dar rienda suelta a la que quiere decir «Porque las voces de mi cabeza me lo han pedido. Eso, y que queme cosas». Tal vez no lograría el trabajo, pero ¿y lo que me iba a reír?

Tuve que regresar de nuevo corriendo desde el baño, cuando escuché que mi Skype volvía a sonar. Tal vez se habían olvidado de preguntarme algo importante. ¿O quizá habían decidido ya que me querían a mí? ¿Tan rápido? No podía ser tan lerda, si habían decidido algo tan rápido, solo podía ser que no. «Estás muy pirada, y no queremos a alcohólicos en nuestras filas», me dirían.

Llegué en un vuelo de nuevo hasta mi ordenador, pero quien me llamaba no era *Ciro Rojas* ni su colega *la de la cara de limón*. Era *Paul*.

Me detuve media milésima frente a la pantalla que se iluminaba con su musiquilla y la foto de *Paul* que aparecía como un recorte parcial de lo que me esperaba si descolgaba. No habíamos vuelto a hablar desde que se había ido. Ni un mensaje, ni una respuesta a mi carta. Nada. Me mordí el labio y me miré a mí misma, sopesando si estaba visible. Resolví que, si lo estaba para *Tanoshīdesu*, también lo estaba para *Paul*. Y ahora al menos llevaba los vaqueros puestos. Descolgué.

—Hola— me saludó la imagen de *Paul* al otro lado de la pantalla.

Pero yo fui incapaz de despegar los labios.

—No dices nada —continuó sonriendo él—. Quería haberte llamado mucho antes, pero no estaba seguro de si te apetecía hablarme...

—Nunca he dicho eso —me encogí de hombros.

Cuando *Paul* se marchó, de hecho, lo único que pensaba era en hablar con él a todas horas. Pero había pasado bastante tiempo, y ya hacía mucho que no pensaba en si quería o no hablar con él.

—¿Cómo estás? —logré preguntarle.

Al principio sorteamos cualquier tema peliagudo en una especie de son de

paz no pactado. Él me habló de Luxemburgo y de su nuevo trabajo en el canal de televisión para el que trabajaba, y del que yo fingí no haber reproducido ninguno de sus vídeos hasta siete veces. Me dijo que estaba atareado pero muy contento, y podía viajar muy a menudo. Se alegró de mis mejoras en la web y me escuchó sorprendido cuando le dije que me habían dado el artículo central con el tema del festival de cine. No dije esas cosas para impresionarlo, realmente salieron en la conversación, pero al pronunciarlas en alto, me impresioné a mí misma.

—Oye, yo... —se aventuró él al cabo de un rato—. Quería disculparme por cómo terminaron las cosas entre nosotros. Quiero que sepas que recibí la carta que me escribiste este verano y me pareció tan brutalmente honesta, tan triste, que fui incapaz de responder. Por una vez en mi vida no tenía palabras que estuvieran a la altura. No te estaba ignorando, pensaba que probablemente lo imaginabas porque me conoces, pero seguramente estabas lo suficientemente resentida como para querer creer cualquier otra cosa. Solo quería darte espacio.

Se calló esperando alguna respuesta y yo pensé en lo que quería decirle exactamente, en el discurso dramático que había preparado durante aquellas semanas posteriores a su abandono. Pero deseché todo. Aquella ruptura había sido irónicamente la que me había devuelto a la realidad, me había ayudado a dejar atrás mis enamoramientos pueriles y mis pucheros resentidos, y su ausencia de respuesta nunca me angustió verdaderamente. Lo acepté como parte del cierre y en cierto modo casi lo agradecí. Como había aprendido de mis resentimientos hacia ElimbécildeIker, el rencor no lo recibe otro que quien lo siente.

—Está bien —dije—. Ya es agua pasada.

Paul sonrió encantado, seguro que no había esperado un desenlace tan sencillo, maldita fuera su estampa y su don de la oportunidad.

—Eres estupenda, Alaia. Me tratas mejor de lo que me merezco —me dijo sin poder ocultar su sonrisa—. Tal vez podamos vernos un día, ¿qué te parecería?

No tuve tiempo de pensar en qué me parecería. ¿Vernos? Hablar ya me había parecido la repanocha. Vernos se jugaba en otra liga. Pero él no parecía considerar nada de eso, y siguió explicando:

—Pasaré por Roma a principios de noviembre, porque hago escala hacia Túnez. ¿Tal vez entonces podríamos quedar?

—Ehhh... —dudé, mientras trataba de ignorar el modo tan casual en el que había mencionado que «hago escala hacia Túnez», como si fuese un comentario casi irrelevante.

Me pareció que estaba agitando virtualmente su pelo sin bucles de *sí* haberse leído a Tolstoi. Traté de concentrarme en la pregunta. Me sentía más fuerte, pero no estaba segura de cuánto pudiese ser inmune a quedar con el exnovio que hacía solo unos meses me había pisado el corazoncillo hasta hacérmelo puré. Y tampoco sabía si Paul y yo éramos el tipo de personas que pueden ser amigos después de todo lo vivido.

—Tal vez —decidí responder con vaguedad y Paul pareció conformarse.

Pero aquella noche, por primera vez, volví a revolverme inquieta en la cama pensando en Paul. Él había sido una parte importante de mi vida, y aunque sentía que siempre estaría unida a él de un modo único, por mi propia supervivencia me había empeñado en eliminarlo de mi imaginario. Y mientras había estado ausente lo había logrado. Pero pensar en volver a verle, de pronto me agitó el corazón de un modo que pensaba que mi nueva yo ya tenía olvidado.

Capítulo 33

Ese fin de semana cumplía veinticinco otoños en el mundo, y para celebrarlo mis amigos decidieron arrastrarme al cercano pueblo de Marino, donde se celebraba la fiesta de la uva.

A mí me gusta el Pipiribipipi: Cuando me lo contaron, pensé que seríamos cuatro primos codeándonos con los lugareños, mientras comíamos bocadillos de porchetta y bebíamos vino hasta perder el conocimiento. Pero resultó que no, ¡que teníamos que perder el conocimiento junto a un millar de personas! Y es que ya no hay nada por descubrir, la gente se las sabe todas, ¡y los Erasmus más!

Una nueva hornada de becarios había regresado con el nuevo curso, ¡y estaban por todas partes! Y eso que la Unión Europea, con sus serios problemas de liquidez para cubrir estas becas, prometía dejar en cueros a cientos de estudiantes, que ya no podrían solicitarlas. Pero si así era, no se advirtió en el apelotonado tren hacia Marino, donde se celebraban unas fiestas de pueblo muy a la española, con chiringuitos, globos, y feria por sus callejuelas empinadas, pintorescas, muy de villorrio, todo regado de mucho vino, muchísimo.

—¡A tu salud, Alaia! —brindó Bruno con toda la botella.

—¡Eh, eh! Que mi cumpleaños no es hasta mañana —protesté—. Así que no utilices mi cuarto de siglo para justificar tu alcoholismo.

—Vale, lo justificaré con... ¿la victoria de Moldavia en los cien metros mariposa? —propuso sonriente.

Había mucho jaleo a nuestro alrededor, mientras nosotros buscamos un hueco en la plaza donde nos terminamos sentando en el suelo a devorar nuestros bocadillos de *porchetta* y berenjenas en aceite. Gabriele y Valentina eran dos tórtolos cariñosos a los que Aldo tomaba un poco el pelo de cuando en cuando, acusando a Valentina de haberle robado su amor platónico.

—Los amores platónicos no se pueden robar porque nunca fueron alcanzables —corrigió Gabriele frunciendo el ceño, pero en realidad sonreía.

A pesar de todo, el despecho de Aldo era una broma frente al de Ilaria. Aunque no era un secreto que ella y Valentina no se gustaban, desde que la última había empezado a salir con Gabriele, Ilaria rehuía los encuentros con el grupo, y Bruno me dijo que buscaba cualquier excusa para poner a parir a Valentina e insistir en cuánto le parecía inadecuada para Gabriele. Que era una niña y que no entendía qué podía encontrar Gabriele de interesante en ella, aparte de que estaba buena. Al parecer, Ilaria tampoco creía en el reparto equitativo de las virtudes y asumía que Valentina tenía las piernas demasiado largas para saber multiplicar dos por dos. O al menos le parecía muy injusto que así fuera, y la verdad es que eso no se lo podía discutir.

—Venga, Gabriele, ahora lo puedes decir —se rio Valentina—. Si hubieras tenido que enrollarte con un chico, ¿no habrías elegido a Aldo? ¡Con lo que le queremos!

—¡Y tengo la misma perilla que el Che! —afirmó el susodicho, recordando el único interés masculino que le había conocido a Gabriele.

—Y está más bueno —afirmó Nico guiñándole un ojo, pues al parecer no sentía ninguna necesidad de ser particularmente discreto respecto a su pasada bacanal.

—Yo no te haría ascos —asintió Bruno ufano y nos volvimos a reír.

—Te venden tan bien que te vas a tener que quedar con este Cuerno o Cola... —sonrió Gabriele.

—¿En serio? —se emocionó Aldo como si le hubiesen dedicado el mejor halago del mundo.

Seguimos bebiendo, charlando y riendo hasta que empezó el ritual de la fuente del pueblo. Todos los años la llenaban de vino y la gente podía beber directamente de esta, si la multitud lo permitía. Yo no tenía intención de beber más, pero aun así decidimos levantarnos para verlo, tratando de hacernos paso entre la gente. Me di cuenta que efectivamente habíamos bebido demasiado para mantener la vertical, pero lo intentamos de todos modos.

Las luces de fiesta se balanceaban sobre nuestras cabezas en un vaivén juguetón, interrumpidas por grupos de globos de helio coloridos que ofrecían los vendedores callejeros. El cielo se estaba acostando de un color violeta y rosado, con un fondo de nubecillas rizadas que despedían las horas largas y aceptaban las sombras del otoño. La gente subía y bajaba por las callejuelas como un inmenso hormiguero eléctrico, y entonces me di cuenta. Me acababa de perder. Anonadada con las luces, las nubes y la muchedumbre, me había separado del resto de mis amigos, como una niña distraída. A mi lado, alguien me tomó del brazo. Era Bruno. El gentío también lo había dejado rezagado a él.

—¿A dónde vas? —se rio.

—Iba sin rumbo —respondí a pesar de mi embriaguez.

Él sonrió y me ayudó a detenerme apoyándome en un soportal en el que conseguimos resguardarnos de la marabunta de personas que pasaban calle arriba y abajo. Desde su escalón tratamos de vislumbrar a los otros sin mucho éxito:

—Qué patine, esto parece *Miedo y asco en Marino*.

—Ya tienes título para la siguiente entrada de tu blog —me dijo.

—¿Mi...? ¿Tú has estado leyendo mi blog? —me escandalicé de pronto.

Nunca pensé que Bruno hubiese estado leyendo las historietas sobre SuperCotidiana, sobre todo al principio. Al menos nunca me lo había mencionado. Apoyado en el portón que nos resguardaba, Bruno sonrió, pero no dijo nada.

—¡Serás canalla! —exclamé esperando interiormente que no hubiese entendido el símil con el HombreMierda.

Estaba muy despechada cuando lo creé, pero cuando lo utilicé después de aquel instante para mis historietas, lo hice como representante general del sexo masculino. No era Bruno, sino alguien que englobaba a los tipos basura, egoístas y las relaciones tóxicas. Paul también había sido el HombreMierda con su pánico al compromiso y con su arrogancia. Y ElimbéildeIker se había llevado la presidencia del HombreMierda aquel verano con su matrimonio por bombo.

—Un día me dejaste tu ordenador para mirar mi correo y tenías la página de tu blog abierta —explicó Bruno, sin poder contener una sonrisa listilla que para mí expresaba claramente que estaba al tanto de mi pequeño e inicial cuelgue por él—. Leí un poco por encima el contenido y enseguida me di

cuenta que era tuyo...

Se rio con esta última declaración, pero yo me puse roja hasta las cejas.

—¡Bruno, lo siento! —oculté la cara entre las manos y traté de explicarme precipitadamente—. No fue nada, es que, al principio, cuando llegaste, me pareció... tuve un pequeño cueltito por ti, la novedad y que nos llevábamos muy bien, ¡pero se me pasó enseguida! —desenterré la cara para berrear esa declaración—. No era nada, me pasa continuamente. Me pasaba —corregí rozando la histeria. Lo sabía porque estaba dando todas esas explicaciones en falsete—. Además, el resto de historias que vinieron después ni siquiera iban por ti, lo siento, de verdad. No pensé que estuvieras leyendo, yo...

Logré mirarle absolutamente martirizada, pero él sonreía de oreja a oreja.

—¡No te rías de mí! —protesté escondiendo la cara de nuevo y él soltó una feliz carcajada.

—No me río de ti —aseguró—. Si a mí también me pasó...

Me giré hacia él confusa. ¿Le pasó? ¿Se refería al cueltito o ya estábamos hablando de otra cosa? No, no. Se refería al cueltito. Se tenía que referir a eso. ¿Era eso, no? Mierda, ¿por qué estaba tan borracha? ¡Me estaba dando incluso sueño! ¿Bruno había tenido un cueltito por mí? ¿Había tenido? Eso era pasado. «Me pasó». Eso era pasado remoto. De pronto no sabía si estaba contenta porque él también hubiese tenido un cueltito o triste porque esa situación estaba demasiado lejos.

—Yo... —aunque hubiera tenido la capacidad de articular algún sonido, probablemente tampoco habría salido nada más coherente de mi boca.

Cerré los ojos agotada y, antes de que él pudiese añadir nada más, me lamenté abrumada:

—¡He bebido demasiado para procesar esto! Me han pasado más cosas en dos días que en todo el año; primero *Tanoshīdesu*, luego Paul, y ahora...

—¿Paul? —me preguntó él entonces extrañado y recordé que a Bruno no le había contado aún sobre la llamada.

Empecé a explicárselo con bastante confusión, pero, casi enseguida, Bruno se mostró increíblemente molesto.

—¿Y has quedado con él otra vez? —me preguntó sin disimular su indignación.

—No he quedado con él —respondí yo desconcertada por su tono y, sin poder evitarlo, me puse en sus mismos términos: a la defensiva y a volúmenes dignos de un equipo de alta fidelidad—. Le he dicho que *tal vez*. Eso no es

quedar con alguien, eso es dar largas.

—¡No deberías darle largas, deberías largarlo! —respondió él con la condescendencia apropiada de un progenitor autoritario—. ¡Pero si te convertiste en un trapo pocho cuando se fue!

No podía creer que Bruno, el hombre indiferente, el rey del hielo, estuviese juzgándome de un modo tan entrometido. Pero ¿quién se había creído que era? ¿Le había acaso sermoneado yo cuando se puso a salir con *TetasHinchadas*? Bueno, a decir verdad, un poquito sí que lo había hecho, y por escrito y públicamente. Pero en aquel instante no me apetecía pensar en esos detalles. Prefería seguir concentrada en mi propio enfado.

—Pero ¿de qué me estás hablando? —pregunté completamente colapsada—. ¡Nada de esto es asunto tuyo! Mira, ahora estoy bastante borracha para responder a esta versión de la Inquisición emocional en la que te has convirtiendo. Es mi vida, Bruno. ¡Son mis errores! No tiene nada que ver contigo, no puedes ponerte así —terminé de mala baba.

Bruno tomó aire para decir algo, pero este pareció quedársele dentro, como si lo hubiese guardado para otro rato. Me pareció que estaba dolido por mis palabras, o quizá solo las estaba tratando de digerir. Pero, una vez más, él no hablaba, no acababa sus frases, ni expresaba sus emociones.

—Esto parece el cuento de nunca acabar —suspiró, y aunque podía referirse a mí y a Paul, me pareció que no era esa su intención.

Algo de luz quiso entrar en mi cerebro ebrio, pero no la suficiente. ¿Estaba Bruno celoso? ¿Estaba queriendo decirme que su «me pasó» no era tan pretérito como me había parecido? Pero en ese instante estaba demasiado cansada, y sospechaba que mi dolor de cabeza no era solo por culpa de la estúpida resaca que estaba a punto de explotar en mí. Tenía pinta de que el primer resfriado del otoño quería hacer su entrada en esos días de defensas bajas.

—¡Bruno! —llamó una voz familiar.

A unos pasos cerca de nosotros se estaba desarrollando una pelea que protagonizaba al parecer Nico. Gabriele y Camille trataban de separarle de otro tipo borracho sin mucho éxito, y nos llamaban para ayudarles. Corrimos hacia nuestros amigos y la oscuridad se hizo nuevamente.

Miedo y asco en Marino: La vuelta desde Marino, una locura.

Hiné la rodilla en el suelo del tren para conseguir subir entre la masa indecente de gente que intentaba hacer lo mismo. Temí por mi vida, y aunque Freddy solía cantar eso de «¿Quién quiere vivir para siempre?», a mí me pareció muy bochornoso morir así, tan poco digno como lo de morir bajo la ducha. Aunque para todo lo que arriesgo mi vida, debería empezar a decidir cómo me quiero ir.

El tren también nos dividió nuevamente. Había tantísima gente, que Bruno, Aldo, Gabriele y Valentina se vieron arrastrados por el gentío hasta la puerta de otro vagón, y yo me quedé con Camille y Nico. Terminamos por encerrarnos en el baño para evitar la multitud que furiosa golpeaba la puerta, porque al otro lado debían de ir como sardinas enlatadas. Nico seguía borracho y amenazaba de vez en cuando en francés a los del otro lado mientras Camille le hacía carantoñas para pedirle que se calmase. Al parecer la pelea lo había dejado calentito. Un tipo entre la multitud había sobado a Camille sin su consentimiento, y Nico se había vuelto completamente loco. Tal vez era el vino de Marino, pero había sacado de dentro su *Macho Man* y se había puesto a atizarse directamente con el tipo sin mediar palabra. Resolví que Marino y su fiesta de la uva jamás se vendrían en mi Cajita de los Recuerdos preciados de Roma. Al menos la pelea había servido para que Bruno y yo encontrásemos al resto.

Bruno. Bruno había abandonado a su lacónico ser por un instante, para... ¿Para qué? ¿Había querido declarármeme o algo así? No. Él solo había admitido muy tímidamente un interés inicial por mi persona. Aunque podía estar siendo simplemente cortés, para no dejarme sola en mi amargo instante de pudor. Algo que dices para romper el hielo y que el otro no se sienta absolutamente humillado y miserable. «¡Pero Bruno no tenía por qué decir nada, lo ha dicho porque ha querido...!», protestó una vocecita pueril en mi interior. Una vocecita conocida que una vez llenó de corazoncitos de purpurina las fotos mentales de Bruno. «¡NO!», rugió de nuevo la Señorita Rottenmeier, pero en realidad sonó más asustada que amenazadora. Rugió como un profesor que necesita gritar mucho para hacerse oír en una clase desmadrada, donde nadie le tiene ya ningún respeto.

Con nadie me había reído jamás como lo había hecho con Bruno, ni con nadie había compartido tantas paranoias, intereses y sobre todo un pasado, una personalidad loca y creativa, una imaginación desbordante que casi nadie

comprendía. O al menos casi nadie alentaba. Y si todas esas sensaciones eran indicadoras de que él era el amor de mi vida o algo así, me asustaba todavía más. Tiraba abajo todo lo que había intentado ser desde que Paul se marchó. Una chica de piedra, para que no me pudiese romper nunca más.

Si algo había decidido era que necesitaba encontrarme a mí misma antes que a ese supuesto amor de mi vida. Decidir que MariLoli no debía dirigir mi existencia había sido la única decisión en condiciones que había tomado aquel año. Era lo único que había logrado centrarme en el trabajo, lo que me había llevado al festival de cine, y con suerte a *Tanoshīdesu*.

Sacudí la cabeza, decidida. Me concentraría en *Tanoshīdesu*. Eso era un nuevo horizonte. Quizá no un horizonte claro y definido, pero era algo, ¿no? En realidad, no mucho. Al llegar a casa tenía un *e-mail* de los que sí comenzaban con: «Le agradecemos su interés, pero...».

No había conseguido el puesto.

Capítulo 34

Tenía ganas de berrear como una niña protestona: ¿Por qué, por qué, por qué? Repetir de manera constante mis lamentos no me consolaba, pero era lo único que me quedaba. Había estado tan segura de que sucedería... Quizá no tan segura, pero la intuición había soplado por allí. Algo me había hecho creer que de algún modo había logrado al menos apuntar hacia el destino correcto. ¿O había vuelto a idealizarlo? A convencerme de que era para mí, a crear un Príncipe Azul también de una oportunidad laboral.

Pero no era solo eso. Giorgio había comenzado a sondearme sobre mi futuro. Me quedaban aproximadamente dos meses más de contrato, y nadie me había insinuado siquiera la posibilidad de renovación. A pesar de mis mejoras en la redacción, lo cierto era que el proyecto de *Punto e a Capo España* aún era poco solvente y era fácil que dejaran a Giorgio solo ante el peligro cuando mi tiempo en la web llegase a su fin. O que buscasen una becaria que cobrase la mitad que yo, y eso que yo no cobraba mucho.

Cuando se lo conté a mis padres, también ellos parecieron decepcionados. Lo sentían por mí, pero además la idea de que me acercase un poquito a casa, aunque fuese solo hasta Barcelona, les había gustado.

En medio de mi amarga desazón recibí una llamada. Era Paul. La sorpresa me pilló desprevenida, y de pronto consideré no contestar. Estaba triste y malhumorada, me sentía cochambrosa, no me había quitado el pijama, llevaba los pelos arrebuados en un moño torcido y mi catarro había avanzado dejándome los cartílagos de la nariz enrojecidos y pelados. No era como si él pudiese verme a través del teléfono, pero tuve que decírmelo a mí misma un par de veces hasta convencerme. Lo dejé sonando un rato y finalmente acepté la llamada con un suspiro:

—Hola.

—Hola, Alaia, ¿te pillo mal? —preguntó, y su voz sonó un poco entrecortada como si llamase de algún lugar con poca cobertura.

—No, no, para nada, dime —respondí mientras pensaba en si el instante en el que el País de la Piruleta te ha negado la entrada cuando te encuentras al borde de la inanición se consideraba un mal momento—. ¿Cómo estás?

Mi SuperCotidiana estaba de muy mala leche y tenía ganas de espetarle un simple «¡piérdete!», pero mi MariLoli acababa de regresar desolada por el desánimo, clamando desesperadamente atención, y pensé que la llamada de Paul podía proporcionarla. Las voces de mi cabeza tenían siempre jaleo allí arriba.

—Bien, bien —siguió él al otro lado—. Acabo de aterrizar en Luxemburgo, estoy bajando del avión de hecho.

No pensaba interrogarle sobre de dónde venía. Como si llegaba de la luna. Como si venía...

—Venía todo el viaje pensando en ti.

Me temblaron las rodillas. ¿Pensaba en mí? «¡Alaia!», llamó a la orden la SeñoritaRottenmeier. Pero incluso ella sonó con poca chicha. Me sentía inmensamente vulnerable en ese instante. Rechazada por *Tanoshīdesu*, abrumada por el abandono de proyectos y la vuelta a la realidad. Había hecho muchas promesas ese año, había aprendido un carro de lecciones emocionales, pero lo que aún necesitaba aprender era el peligro de los halagos en un instante de miseria anímica.

La vanidad: ¿Si no por qué la Reina quiso reventar a Blancanieves cuando el espejo dejó de decirle que era la más guapa del mundo? Me parece mucho menos violento dejarnos camelar que arrancarle el corazón de cuajo a una adolescente que canta con los pajarillos.

Él siguió hablando mientras yo paladeaba la idea de Paul recordándome. La imagen de alguien apreciándome, echándome de menos. Esa era una parte importante de haber sido capaz de conservar con tanta facilidad el recuerdo de Paul. Siempre aparecía en el momento adecuado con las palabras que necesitaba. Era demasiado cómodo tenerle allí girando, como un satélite que viene y va, iluminando algunas noches oscuras.

—Te llamaba porque, como te comenté, en un par de semanas pasaré por Roma. Es una escala rápida. Mi vuelo hacia Túnez sale a la mañana siguiente a las seis, así que no podré trasnochar. Pero a lo mejor podíamos hacer un aperitivo... ¿Sigue abierto aquel local que me gustaba tanto de *Trastevere*? El que estaba en esa plazoletilla... ¿Cómo se llamaba?

No recordaba cómo se llamaba. Pero de pronto ver a Paul me pareció una idea genial. La idea de regalarle un nuevo recuerdo de mí misma sin lágrimas ni mocos, de observarme otra vez a través de los ojos de alguien que me estimaba, y frente a quien podía fingir otra vida distinta a la que en ese momento me estaba aplastando de muy mal gas. Probablemente debería sacarme el pijama y ponerme algo menos *pistoso*, peinarme la melena y arreglarme la cara. De pronto me vi a mí misma con un vestido vaporoso que el viento agitaba sobre un balcón, un mirador iluminado por la luz de la luna, y un Paul vestido de esmoquin se acercaba por detrás con los andares de una pantera: «*Ey, baby*». Bueno, no sabía si diría «*Ey, baby*», pero en cualquier caso yo me giraría con un batir de pestañas lánguido y le sonreiría con cierta condescendencia. Y esa misma idea también me animó a decir que sí.

Entretanto, en los días siguientes, el disgusto inicial sobre la entrevista de trabajo fallida se me empezó a pasar solo, cuando volví a hablar con mi hermana, a pasear en bici bajo las alamedas de árboles marchitos por el invierno que se acercaba. Cuando volví a hacer todas esas cosas que amaba y que me recordaban que mi vida era mucho más que un empleo.

—Alaia, ¿este horóscopo que has puesto aquí es el mismo que el de hace seis meses? —me preguntó Giorgio con el ceño fruncido, asomándose tras nuestro separador, tres días después.

Pero yo no contesté. Un *e-mail* del mismo *Ciro Rojas* centelleaba en mi bandeja de correo electrónico. Esta vez no eran los recursos humanos de *Tanoshīdesu*, era el propio redactor jefe el que me escribía.

Hola, Alaia:

Como sabes, finalmente no pudimos seleccionarte para el puesto de becaria en la redacción. Nos pareció que no te adaptabas al perfil de lo que buscábamos. Queríamos alguien más dedicado a la documentación e investigación, que viniese de algún medio más especializado.

Genial, *Ciro Rojas* estaba juzgando mi experiencia laboral como si fuese un

jurado de American Idol. Sin cortarse un pelo.

Si te hablo con esta franqueza es porque hay muchos candidatos que no tienen claro a qué sector periodístico se quieren dedicar y necesitan probar diferentes campos para descubrirlo. No creo que ese sea tu caso.

¡Qué iba a saber! Yo no tenía ni idea de qué quería, estaba más perdida que un pulpo en un garaje hasta que encontré *Tanoshīdesu*. Ellos eran mi nueva fe, mi religión y todos mis dioses.

Me he tomado la libertad de pasar tu perfil a una colega, que tiene una pequeña revista satírica en Buenos Aires, La Paparrucha, en la que escriben ficción, redactan noticias falsas humorísticas y columnas de opinión en un lenguaje coloquial. Están buscando siempre nuevos redactores y quieren a gente creativa y con sentido del humor. He pensado que te podría interesar.

—¿Qué? —exclamé sin poder evitarlo.

—El horóscopo... —insistió Giorgio enfadado.

Lo miré confusa incapaz de reaccionar. Parecía que me hubiese dado una parálisis muscular, hasta que logré articular algún sonido:

—Ahhh, puede que me haya repetido... a veces no se me ocurre qué poner. Dame un segundo y lo corrijo —logré responder mientras Giorgio volvía a su ordenador mirándome con desconfianza.

Regresé al *e-mail*.

Si tienes algún interés en la propuesta, te dejo aquí la dirección de correo de mi colega, así como un link a la versión online de la revista. Fue un placer conocerte y te deseo mucha suerte en tu futuro profesional. Atentamente...

¡Joder, qué estrés! Vuelta a empezar, sudores fríos y taquicardias. Demasiadas emociones seguidas. Ni una oportunidad interesante en todo el año y ahora me iba a volver completamente turuleta. ¿Qué revista? ¿Qué futuro? ¿Buenos Aires? ¿Era yo una persona creativa y con sentido del humor? ¿Quién era aquella gente?

Me eché las manos a los carrillos y tiré de ellos con mucha fuerza hasta que mi cara se deformó, se puso roja y tirante, y me dolió. Cara de pez abisal se me puso, y Federica, que pasaba cerca de mi mesa en ese instante, me miró asustada. Sonreí para disimular, pero en aquella mueca que sostenían mis manos, mi careto daba más miedo aún. Finalmente, cuando el sentimiento de vergüenza y el dolor de cara fueron más fuertes que el estrés, logré pinchar en el link que me había adjuntado Ciro.

No conocía la revista, pero me pareció que el sitio estaba bien cuidado. Los artículos de *La Paparrucha* eran todos simpáticos, escritos a la argentina, igual que Quino ponía a hablar a Mafalda en sus viñetas. Me hizo reír, y pensar en si Ciro Rojas tenía razón y ese era mi sector. El lugar donde debía meter la cabeza y dar de mí misma todo lo que tenía. ¿Había adivinado él mejor que yo lo que necesitaba, y no lo que creía necesitar? Aquel año había quedado bastante claro, que esas dos opciones me eran constantemente difusas.

Traté de tomar aire, confusa. De aclarar el torbellino de ideas que me pasaban a toda velocidad por la cabeza. No podía llorarle de nuevo a Edurne o a mis padres. No. Tenía que resolver aquello sola. Era un contacto, no era una oferta de trabajo, pero era una posibilidad, era bueno. Bueno, era Buenos Aires. ¿Buenos Aires? Eso estaba muy lejos. Pero no estaba lejos hasta que no me marchase en un avión. No estaba lejos hasta que no me hiciese el visado y comprase un vuelo. Realmente no estaba lejos hasta que fuese contratada, hiciese una entrevista de trabajo y me hiciesen una propuesta laboral. No estaba lejos hasta que les escribiese presentándome. Esos eran muchos pasos antes de cruzar remotamente el Atlántico, me dije.

Suspiré relajando los hombros, y me puse a escribir un *e-mail* de agradecimiento a Ciro, y otro de presentación a su colega de *La Paparrucha*, una tal Susana.

—¿Qué pasa con ese horóscopo? —volvió a pedirme Giorgio cansinamente desde su mesa.

—Te repites más que el ajo —le contesté, pero logré sonreír.

Noviembre

Capítulo 35

Pero, al parecer, algunos de los primeros pasos previos a la remota posibilidad de cruzar el Atlántico se sucedían a una velocidad impensable. A mi *e-mail* de presentación le siguió una respuesta rápida de Susana, que me dijo que había estado leyendo mi blog, que le hacía mucha gracia y que le encantaría que charlásemos un día por Skype. Mi respuesta fue también inmediata, impresionada por su calidez, y concertamos la charla para el día siguiente.

Usó «charla», y no entrevista, lo que me gustó aún más. Y efectivamente no parecía una evaluación. Susana era solo algunos años mayor que yo, y me explicó que en el equipo eran un grupo de jóvenes colgados con muchas más ganas de reírse que de trabajar, pero que aun así se trabajaba mucho. Les gustaba lo que hacían, así que meter horas no se hacía tan pesado, pero había veces que les daban altas horas de la noche en la redacción inventando chorradas.

—Lo bueno es que en la oficina tenemos una nevera llena de cerveza siempre —admitió riendo.

Normalmente no se iban a buscar redactores tan lejos, pero la recomendación de Ciro, junto con mi blog, les había intrigado. Mientras hablamos, pasaron otros miembros de la redacción por detrás de ella y me saludaron. Todo era tan casual que me sentí inmediatamente atraída por ellos. Me preguntaron por mi disponibilidad y, cuando respondí que sería prácticamente inmediata, parecieron satisfechos. Cuando colgamos, tenía la cabeza tan llena de información, que solo pude agradecer al menos, no haber realizado en bragas aquella segunda entrevista.

Buenos Aires. Seguía pareciéndome muy lejos, aunque aún quedasen muchas cuestiones por resolver para mi hipotético cruce del océano. Pero de

nuevo no tanto. Susana me volvió a llamar algunos días más tarde, y reconocieron que no había por qué alargarse con rollos, cuando los trámites para un visado ya serían lo suficientemente largos de por sí. Que, si quería, contaban conmigo para subir a bordo de *La Paparrucha*. Hasta la propia propuesta me sonaba genial.

Me hablaron de sueldos, ninguna maravilla, pero lo del sueldo digno no estaba de moda ni en Argentina, ni en Italia, ni en España en aquel instante. Me podrían hacer un contrato de un año y, si todo iba bien, podríamos hablar de alargarlo. Que lo pensase, y que le diese una respuesta lo antes posible.

No sabía mucho de Argentina, pero rellené con retazos de mi imaginación los huecos que me surgían, y ya casi podía verme bebiendo mate en callejuelas coloridas, jugando a las damas con el dueño del bar que se habría convertido en un amigo. Bailando tangos y atiborrándome a churrasco. No me pareció una idea complicada de asimilar.

Aquella mañana peleaba con mi imaginación mientras trataba de escribir un artículo sobre la segunda huelga general que se celebraba en España, cuando Francesca me llamó a su despacho. Su voz chillona asomó por la puerta reclamando mi presencia. Me había dicho que quería hablar conmigo y, como no esperaba que me fuese a conceder un nuevo reportaje como el del Festival Internacional de Cine, temí lo peor. Pero cuando entré en el despacho descubrí que también estaba Giorgio, que me sonreía amablemente, y me pedía que me sentase.

—Bueno, Alaia —empezó a hablar Francesca. O a gritar, para ella no había diferencia—. Como sabes, tu contrato termina el mes que viene, y Giorgio está contento contigo. Así que queríamos renovarte para otro año más.

¿Qué le pasa en la boca?: Hoy mi jefa me ha mirado con una extraña mueca. Sus ojos estaban encogidos, de estos le asomaban ligeras patas de gallo, y su boca estaba curva mostrando una fila de dientes. Me ha dado mucho miedo hasta que me he dado cuenta de que era una sonrisa.

—¡Se ha quedado sin palabras! —le gritó a Giorgio.

Giorgio pareció un poco irritado por el grito, pero lo disimuló y se volvió

hacia mí.

—Alaia, ¿qué dices? ¿Estarías interesada en quedarte con nosotros?

Pero, por una vez, Francesca tenía razón. Me había dejado patidifusa. Lo último que me había esperado era que, a un mes del fin de mi contrato, y tras un año de indiferencia helada, estuviesen dispuestos a renovar conmigo. Mi mente llevaba los últimos días prácticamente en Buenos Aires, y las semanas anteriores en Barcelona. *Punto e a Capo* y Roma habían dejado de ser una posibilidad en mi imaginario, aunque, ¿por qué? Tal vez no era la mejor redactora de la oficina, pero estaba empezando y había aprendido muchísimo desde el inicio. ¿Y qué si Francesca era una bruja? No era nada personal, era una bruja con toda la redacción. Su desequilibrio mental no debía de ser un obstáculo para mí, demasiados desequilibrados había por el mundo como para preocuparse de eso.

—¿Alaia?

—¡Pero cómo no va a estar interesada! —volvió a interrumpir Francesca con ese altavoz que tenía por garganta.

—Yo... —empecé a hablar, pero como mi boca se abrió, pero mi voz no sonó, decidí carraspear—. Ejem, yo os lo agradezco muchísimo. La verdad es que tenía otra oferta que estaba sopesando, pero... la vuestra es también una opción que me gustaría considerar definitivamente.

Comenté mientras la cara de Francesca empezó a colorarse como una remolacha. Para una vez que abría aquel agujero que tenía en la cara para decir algo agradable, yo no saltaba en sus brazos loca de la alegría:

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo? —me espetó con mucha acidez, le iba a salir una úlcera.

—Cuando lo decidiese —respondí yo con una arrogancia impropia en mis relaciones con mi jefa.

Sentí cómo Giorgio se tensaba en el asiento a mi lado.

—Ah, me parece estupendo —siguió ella palmeando la mesa—. Nosotros aquí, formándote, apostando por ti, y tú entretanto pensando en largarte sin darnos previo aviso.

Aquella frase me pareció una de las muchas sentencias injustas de Francesca. Esas frasecitas llenas de mala baba y sin ningún sentido, que soltaba a diario al que le tocase escucharlas. Pero entonces, recordar que tenía otra propuesta en la recámara, hizo que por una vez no me diese la gana de cerrar el pico:

—Francesca, en mi contrato pone que solo he de daros dos semanas de preaviso antes de largarme. Y tú nunca me has formado. Me forma Giorgio en todo caso, así que no me vengas con chorradas.

Espetó mi SuperCotidiana, por primera vez en voz alta. La habitación se quedó completamente congelada. Me pareció que el aire se podía cortar con tijera. Francesca me miraba de hito en hito, y por un segundo me pareció escuchar a Giorgio tragar saliva, aunque estaba casi segura de que por dentro bailaba samba al ver que alguien le respondía a la petarda de su jefa.

Pero mi corazón iba al galope después de mi salida de tono. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba torpedeando una oportunidad de trabajo así, de buenas a primeras? ¿Me gustaba sabotearme? Me encogí ligeramente asustada de lo que acababa de hacer, e imaginé que el cuello alto de Francesca se estiraba y estiraba hasta transformar a mi jefa en una larga y peligrosa serpiente que me comería de un bocado. Pero cuando abrió la boca ni me mordió ni fue capaz de articular sonido alguno. Estaba tan desconcertada que no parecía poder reaccionar, y me acordé de mí misma, cuando allá por febrero me llamó deficiente y me dejó sentada. Seguía esperando un rapapolvo mayúsculo, cuando de pronto observé horrorizada que le lagrimeaban los ojos...

—¡Pero cómo me hablas así! —empezó a llorar—. ¿Por qué me atacas así? ¿Por qué me dices estas cosas...?

Siguió soltando lamentos, mientras se tapaba la cara y las lágrimas brotaban a chorretones por sus mejillas. Si Francesca hubiese sido de etnia gitana, yo habría dado unas palmas para acompañarla en su canción flamenca. Tal vez Giorgio se habría unido con un cajón.

—... para mí siempre has sido una redactora válida, y a lo mejor no te lo digo porque no soy así, pero siempre he estado aquí para lo que necesitates, y lo estoy —siguió, y me pareció que cuantas más bobadas berreaba, más se lo creía ella. Vivía en una realidad paralela.

Tuve un pequeñísimo ataque violento en el que contuve las ganas de colgar a mi jefa de un gancho, arrancarle una pierna y golpearla con ella, mientras exigía a grito pelado: «¡Cállate, cállate, cállate!». Pero en lugar de esa escena dantesca, al final logré pedirle que no se alterase más y retrocedí diciéndole que seguramente no nos habíamos entendido. Giorgio también le pidió que se calmase, y finalmente nos despedimos con mucha frialdad.

Cuando Giorgio y yo regresábamos hacia nuestras mesas, sin embargo, él se reía.

—¿Te ríes? —pregunté desconcertada, ya junto a mi silla.

—Esta mujer es la bomba —me explicó él sentándose en la suya frente a mí—. Trata de pena a todo el mundo, pero en cuando alguien le alza la voz se pone a hacer pucheros. No es la primera vez que la veo hacer eso, al parecer es una especie de táctica defensiva.

—¿Habías visto llorar antes a Francesca? —exclamé sin poder creerlo.

—¡Uf! —asintió vigoroso recostándose contra su respaldo—. Le encanta el drama. Lo raro es el año que no monte una escena. A veces no hace falta siquiera que sea por algo que le dice un empleado, a veces la monta solo para hablar de su matrimonio y que su último marido no comprende su carga de trabajo y otras gaitas.

—¡Joder, Giorgio! Me tenías que haber contado estas historias —protesté y me senté en mi silla con aire alicaído—. ¡Me habrían ayudado a perderle el respeto antes!

Giorgio sonrió:

—Bueno, ya es tarde. Porque entiendo que no vas a quedarte por aquí teniendo otra oferta, ¿no? Sabes que esto ha sido el acto uno. El acto dos es en el que tú regresas suplicante para quedarte en *Punto e a Capo*, pierdes la otra oportunidad y ella vuelve a tener el poder de torturarte.

Sonreí vagamente, aunque intuía que no era exactamente una broma. Francesca había comprendido perfectamente que, de responderme con su agresividad habitual, habría tenido que escuchar mucha más mierda de mi boca. ¡Oh, sí! Había acumulado toneladas desde mi llegada a la redacción, tenía una lista de mamarrachadas que podía echarle en cara, de reproches y juicios de valor que quería hacerle con mucho veneno. Así que la muy retorcida se había escapado por la tangente y yo se lo había permitido. Pero no habría más oportunidades como esa. Después del numerito, si me quedaba sería sodomizada desde todos los ángulos.

Buenos Aires parecía el único destino posible, como una nueva aventura que me esperaba a la vuelta de la esquina. No podía seguir considerando como posibilidad a Francesca y *Punto e a Capo*. Roma estaba por lo tanto fuera de la mesa. Roma y mis amigos, Roma y... Joder, ¿por qué no podía tomar una maldita decisión?

Capítulo 36

—¡Uow, siempre he querido ir a Argentina! —exclamó Valentina desde el sofá de nuestros vecinos cuando les conté todo lo ocurrido—. ¡La Patagonia, Buenos Aires! ¡Ay, sería una pasada!

Gabriele nos acercaba unas cervezas en aquel instante a ambas, y sonreía coincidiendo con su chica, aunque yo aún no hubiese escrito a Susana para aceptar o rechazar el trabajo. Justo entonces, Bruno salió de su habitación.

—¿Qué sería una pasada? —preguntó confuso, y al instante sus ojos se fijaron en mí.

No nos habíamos visto desde la visita a Marino y de pronto me pareció que se sintió algo avergonzado de tenerme de frente, y yo me contagié sin querer de ese mismo sentimiento. Por más alcohol que corriese por nuestra sangre en la excursión al pueblo vecino, y nuestra capacidad para quitarle importancia a todo, aquel día no pudimos evitar sonrojarnos un poco al vernos.

—Alaia tiene un trabajo en Buenos Aires.

—No tengo un trabajo —negué cuando Bruno me interrogó con una mirada sorprendida.

¿Era sorprendida alegre o sorprendida triste? Decidí determinar que era sorprendida a secas. No tenía la cabeza para más flautas.

—Es solo una oferta, aún no he firmado nada.

—Pero ¿de qué hablas? —siguió Valentina tajante—. ¿Tienes acaso otra posibilidad?

—Bueno, aún estaría *Punto e a Capo* —dije mirando de reojo a Bruno, que seguía de pie cerca de la puerta del pasillo.

—¡Sí, venga! Es el Cuerno o Cola más fácil que te han propuesto jamás. ¿Qué prefieres, quedarte en *Punto e a Capo* a que te den de latigazos? —exclamó ella horrorizada, mientras Gabriele se sentaba a su lado y elevaba los

ojos al techo con una media sonrisa—, ¿o volar como una mariposa a un país desconocido?

Volví a mirar por el rabillo del ojo a Bruno, pero no me atreví a hacerlo directamente. *Punto e a Capo* era una ratonera, y la verdad era que solo me habría planteado renovar con ellos si hubiese agotado todas las demás posibilidades de la tierra. Y eso incluía un puesto en una mina de carbón.

—¡Alaia, *Farfalle!* —exclamó Valentina entonces, interrumpiendo su propio discurso—. ¡La pasta que tiene forma de mariposa y que son muy comunes en las ensaladas!

Nos reímos los cuatro, mientras ella y Gabriele nos daban las buenas noches y se metían en el cuarto del último, aunque seguro que no a dormir. Quise entonces despedirme de Bruno también, pero, cuando iba a hacerlo, él me detuvo sonriendo:

—Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —me sorprendí volviendo sobre mis pasos.

—Es que... bueno, no llegué a darte tu regalo de cumpleaños, y ahora que parece que te vas a Buenos Aires y eso, pues casi me viene mejor como regalo de despedida...

—¿Me has hecho un regalo? —lo miré risueña echándome una mano al pecho con sorpresa.

Una parte de mí quería aceptar con normalidad el gesto, pero en el otro lado la Liebre y el Sombrerero Loco ya se habían puesto a cantar: «¿Para mí? ¡Para tú!». Bruno sonrió y me pidió que esperase donde estaba. Salió rápidamente hacia su habitación, y regresó con una caja cuadrada de cartón, demasiado grande para el tipo de regalo que podía esperar de él.

—¡Ay, Dios mío! —me emocioné como una niña saltarina, y él se rio mucho, divertido ante mi exaltación.

Posamos la caja en el suelo, y yo me arrodillé para abrirla. La desembalé como una loca, sin poder contener la curiosidad. Bruno me observaba encantado también arrodillado frente a mí. Saqué el papel, pero debajo, la caja de cartón marrón, probablemente perteneciente a otra cosa anteriormente, no me dio ninguna pista. Cuando la abrí, encontré que bolitas de plástico cubrían el regalo.

—¡Como me salga un cachorrito de aquí, me va a dar un telele! —me reí.

Finalmente logré alcanzarlo. Era cuadrado y algo pesado. Traté de tirar hacia afuera para sacarlo de la caja, pero me dio miedo romperlo.

—¿Qué es? —pregunté sin poder contenerme mucho más.

Bruno seguía riendo y me ayudo a sujetar la caja para que yo pudiese tirar de mi regalo. Lo saqué con cuidado y me quedé boquiabierta.

—¿Te gusta? —me preguntó Bruno.

Pero no tenía palabras. Se había acordado. Era verdad que se lo decía a cualquiera que quisiese escucharlo, pero aun así se había acordado. En la caja había un tocadiscos.

—Es de segunda mano, no te creas —siguió él explicando, y yo miraba pasmada el tocadiscos posado en el suelo—. Estuve en esa calle que nos gustó tanto, la de los artistas, *Via Margutta*, y allí encontré un auténtico tesoro que supe que te chiflaría si lo vieras. Era un badulaque muy loco, abarrotado, y lleno de cachivaches raros, antiguos y de segunda o cuarta mano...

Siguió explicando cómo el lugar casi parecía sacado de un sueño de cabaret; vendían lámparas bajas de tela, copas de cristales de colores y velas. Sus paredes estaban llenas de cuadros de las mezclas más diversas, incluso había un piano que coronaba la saturada tienda. Y en medio de toda aquella amalgama encontró varias gramolas y tocadiscos, y le había parecido que era una señal, o algo así.

—¿Qué? —terminó un poco tenso—. ¿He acertado o no? Ya sé que aún no tienes casa propia, pero también puedes enchufarlo en una de alquiler... Había unos gramófonos muy chulos con el típico altavoz en forma de flor abierta, pero es que eso se me iba de presupuesto...

—Es perfecto... —conseguí decir anonadada.

Él dejó de hablar y me observó intrigado.

—De verdad, es...

Y de pronto no pude evitar emocionarme. Me emocioné al sentir que Bruno me conocía tanto, que adivinaba lo que yo era. Me había visto, me veía, como pensaba que no me veía nadie. Se me saltaron las lágrimas y me avergoncé muchísimo, pero él sonreía de oreja a oreja.

—¡Venga ya! —se rio.

Yo también me reí entre lágrimas y me levanté para darle un abrazo.

—Me encanta, de verdad —me reí lloriqueando—. Soy una llorona, lo siento.

Además, estaba muy agobiada y vulnerable en aquel instante, así que hizo falta poco para que llamase a la bola de mocos rosa.

—No importa, me encanta que te encante —dijo él feliz cuando nos

separamos.

—¡Espera! —dije de pronto recordando que había comprado hacía meses un disco de Clapton, y que aquella era la ocasión perfecta para probarlo.

Corrí hasta mi casa, y recuperé el disco del fondo del armario. Regresé dando saltos, ante su mirada divertida, y lo puse a girar. Cuando las primeras notas de *Layla* empezaron a sonar, los dos saltamos contentos y cantamos con el disco riendo.

*¿Qué harás cuando te encuentres sola
y nadie esté esperando a tu lado? Has estado corriendo y
escondiéndote durante demasiado tiempo Tú sabes que esto es solo tu
estúpido orgullo*

De acuerdo, tal vez la canción no era la más adecuada. O precisamente era perfecta. Pero dejé de bailar un poco incómoda y Bruno pareció confundido.

*Layla, me tienes a tus pies Layla, te lo estoy rogando, querida, por
favor Layla, querida, no alivias mi preocupada mente*

—Bueno... —farfullé sobre la música—. Creo que voy a irme a dormir. Aún trabajo para *Punto e a Capo* y mañana tengo una reunión con Francesca...

—¿La enana chillona? —preguntó él con voz divertida.

—La misma —sonreí aún tensa.

—Sí, yo también tengo historias mañana con Ilaria y a ella le encanta madrugar...

*Intenté darte consuelo Cuando tu viejo te dejó Como un tonto, me
enamoré de ti Giré mi mundo entero poniéndolo al revés*

—Muchísimas gracias, Bruno, de verdad —interrumpí deteniendo el disco y casi rayándolo dada mi poca delicadeza—, es el mejor regalo que me han hecho en mucho tiempo.

—Me alegro —asintió él un tanto desconcertado—. ¿Quieres que te ayude a llevarlo a tu casa?

—Nah —deseché abrumada, pensando en que quería salir de allí cuanto antes—. Déjalo aquí de momento.

—¿Tal vez lo usemos en tu fiesta de despedida...? —insistió él siguiéndome.

—Cualquier excusa es buena —sonreí evasiva, y salí de la casa precipitadamente.

Era la primera vez que un regalo me hablaba tan claramente. Y no estaba perdiendo totalmente la cabeza, oyendo voces en todas partes, aunque eso también. Pero me pareció que aquel regalo me quería decir todas las cosas que Bruno nunca se atrevía a decirme, todas las palabras que no sabía cómo ni cuándo pronunciar. Todos los silencios incomprensibles que me había dedicado siempre, en forma de tocadiscos de segunda mano.

De pronto consideré que Buenos Aires sí que estaba demasiado lejos. Mientras que *Punto e a Capo* significaba Roma. Roma significaba Vespas volando junto al Coliseo, significaba *jam sessions* en el Elephant, birras en las plazoletillas del centro y paseos en bici por calles adoquinadas. Roma significaba Valentina, Gabriele, Aldo, los franceses locos, y Bruno. Bruno.

Pasé los dos días siguientes hablando por Skype con mis padres y con Edurne. El que estuviese disponible. Les di la tabarra repitiendo los mismos pros y contras una y otra vez. O tal vez no todos los pros. Pero mi hermana se quemó casi enseguida. Al igual que a Valentina, le parecía que no había nada que decidir y que Buenos Aires era claramente mi siguiente paso a dar. Que me vendría bien salirme de la comfortable pecera europea y que el trabajo parecía ideal para mí.

—¿Y qué pasa si la Susana esta, que parece tan maja, resulta que es en verdad una psicópata como Francesca? No lo sabemos, no sé nada de ella. Tal vez le gusta matar viejitas por las noches.

—Alaia... —trató de intervenir ella aburrída.

—A lo mejor las descuartiza y las guarda en la neverita esa de la oficina que dice que está llena de cervezas, ¿no has visto *American Psycho*? De hecho, toda la oficina podría ser una tapadera de tráfico de órganos. Tal vez no haya redacción y a mí no me quieren por mi sentido del humor, sino por mi bazo.

—Alaia —logró interrumpirme—, si estás considerando solo como contra la posibilidad de que *La Paparrucha* quiera tu bazo...

—Nunca he sabido para qué sirve el bazo. ¿Lo sabes tú?

—¡Alaia!

Mis padres eran menos radicales, porque Argentina les parecía un país definitivamente lejano. Sobre todo, ahora que tras semanas de entrevistas y

espera, gracias a su experiencia, y sobre todo sus conocimientos de chino, mi hermana había logrado entrar a trabajar en la UNESCO y regresaría a París a comienzos del año siguiente. Había sido muy emocionante y todos estábamos flasheados por la noticia. El orgullo que sentíamos por ella se mezclaba con la idea de que regresase a vivir más cerca y pudiésemos vernos más a menudo.

Y ahora iba yo y me largaba hacia el otro lado de la tierra, a otro hemisferio además. Los sentimientos de mis padres se encontraban y los míos también. No era solo Roma lo que me retenía, era la idea también de estar lejos de todo lo que entendía y quería, de sentirme completamente sola y abandonada en medio de la nada, donde no conocía a nadie, ni sabía si me gustaría nada de lo que me esperaba. Podía tener toda la buena pinta que me pareciese, pero no lo sabría hasta que me marchase.

Estaba definitivamente muerta de miedo.

Capítulo 37

Paul llegó muy tarde aquel jueves. Su avión se retrasó y después el tráfico hizo que lograra llegar a su hotel a las nueve de la noche. El aperitivo parecía destinado a convertirse en cena, y esa idea me incomodaba un poco.

La hora de desnudarse: A veces parece que el momento en el que quedamos para ingerir comida, convierte en cita romántica lo que podía ser una quedada entre amigos. ¡Como si no se pudiese follar después de desayunar!

Mis sentimientos se encontraban en una batalla campal. Mi SuperCotidiana deseaba ver a Paul solo como a veces deseábamos ver a cualquier ex: para demostrarle que nuestra vida sin la otra persona es mucho más maravillosa y él se lo estaba perdiendo. Una voz sutil que dijera: «Desde que te fuiste soy más feliz, me brilla más el pelo y me han crecido las tetas». Vale, quizá no tan sutil. Mi MariLoli interior, un poco más fantasiosa, se escondía tras esa excusa, desarrollando culebrones mentales en los que él hacía o decía algo lo suficientemente perfecto como para anular todas las fechorías pasadas, abriendo una puerta a la reconciliación. La SeñoritaRottenmeier se peleaba con la anterior, rugiendo con voz feminista que mi objetivo era el mundo, y que por lo tanto eso jamás ocurriría. La hermana pequeña de esta insinuaba, además, que, si renunciase al mundo, sería por Bruno, no por Paul. Y otra parte muy negativa, que aquel verano había leído mucho a Schopenhauer, sostenía que ni tan siquiera sabía si Paul, Bruno o el mundo, me corresponderían.

Vale, alguien podía haberme diagnosticado un agudo trastorno de personalidad múltiple, pero planeaba cargarme a todas mis partes como en la película de *Identidad*, y quedarme tarde o temprano solo con una de ellas. Probablemente con la parte más tímida de todas; la que únicamente quería reencontrar a una persona por largo tiempo querida, y comprobar si finalmente era inmune a sus encantos, y podía seguir adelante conservando solo un bello recuerdo. Esta era la que más asustada estaba de todas.

Paul me esperó bajo el arco de Octavia, cerca del hotel en el que se alojaba en el *Getto*, el barrio judío, y otro secreto de la capital. Recogidito entre la *isola Tiberina* y *piazza Venezia*, sus callejuelas descansaban tranquilas, ajenas a la vorágine que soportaban las vías más transitadas del centro por las que corrían los turistas, rodeados por la habitual cola de chiringuitos ambulantes.

Lo vi de lejos, parado, vestido más elegante de lo que estaba acostumbrada. Con una americana sobre una camisa. El pelo claro más peinado. Al menos cuando le vi de nuevo, el shock no fue el mismo que todas aquellas veces que había aparecido por sorpresa. Le encantaba usar ese factor, hacía todo más encantador y suponía una debilidad para mí. Pero el haberme preparado anteriormente para verle hizo que el hechizo perdiera fuerza, aunque no pude evitar que me temblasen las rodillas un poco. Me pareció que estaba guapo, aunque por primera vez advertí que me quedaba un poco bajo, y que si me hubiese plantado un par de buenos tacones habría podido contarle los remolinos de la coronilla.

Me abrazó sonriente, y yo recibí su repentino contacto, primeramente con tensión, pero su familiaridad me tomó con rapidez, y terminé rindiéndome a la calidez de ese recuerdo.

—Me alegro de verte. —su sonrisa parecía absolutamente franca.

—Yo también —tartamudeé, no tan segura de mis palabras como él.

Paul reconoció estar cansado, así que decidimos buscar algún restaurante cercano. Acabamos en una de mis trattorie preferidas, perfecta para quien soñaba con visitar el tópico italiano. Nos sentamos entre sus paredes verdes y sus pequeñas mesas cubiertas por manteles de cuadros, su terraza abarrotada, su cocina en movimiento y sus camareros veloces y dicharacheros.

Paul me hablaba sin parar de su nuevo empleo y yo me descubrí escuchándole nuevamente ensimismada. Suponía que, al igual que mi SuperCotidiana, él también trataba de mostrarme que, incluso sin mí, era feliz,

exitoso y le habían crecido las tetas. Pero lo cierto era que su vida parecía un carrusel inesperado y maravilloso, y sus historias siempre resultaban apasionantes. Leí no obstante entre líneas la arrogancia de la que Valentina le había acusado, pero pensé que Paul era uno de esos pocos narcisistas que podían permitirse serlo. Y no era que en el pasado no hubiese advertido esa faceta suya, sino que más bien la había pasado por alto, cubierta por otras de sus virtudes. Que me gustase escucharlo, no me convertía en una MariLoli como decía mi hermana. Era la ilógica adoración que yo le había otorgado, la que me había relegado a una simple groupie. Como al ElimbécildeIker, yo le había dado ese poder.

—Estoy acaparando la conversación —se interrumpió entonces sonriendo y aprovechando para tomar un sorbo de vino—. Pero ¿qué hay de ti? ¿Qué me cuentas?

Mientras hablábamos, en la cocina removían los calderos y sacaban platos inmensos de pasta deliciosa. A mí me sirvieron una carbonara como para hacer llorar de felicidad, y una de sus bellas alcachofas fritas.

—Eh... Bien, no, te estaba escuchando encantada —admití girando el tenedor en la pasta—. Tu trabajo realmente parece genial, verás cosas alucinantes. Cuando quiera enterarme de algo a partir de ahora, no leeré periódicos, te escribiré a ti inmediatamente.

Él sonrío, tal vez paladeando la idea de que volviéramos a retomar el contacto, y de nuevo dejar esa ventana abierta, como lo había estado siempre en el pasado.

—En realidad yo también tengo noticias —continué tras aquella pausa—. Me han hecho una oferta de una revista en Buenos Aires.

—¿En serio? —se sorprendió él mientras cortaba su cotoletta milanesa.

—Sí, es un rollo satírico, a partir de las noticias del panorama internacional crean artículos cómicos, cuentan también con algún ilustrador en el equipo... Tiene muy buena pinta.

—¿Y cuándo empiezas?

Me encogí de hombros mientras masticaba.

—Aún no me he decidido. Punto e a Capo también quiere que me quede. Y no sé muy bien qué hacer —pensé en Bruno, pero decidí dar otros nombres—. Me gusta estar cerca de casa, y Edurne se muda a París en marzo...

—¿Entró en el puesto de la UNESCO? —me preguntó Paul mucho más interesado por las noticias laborales de mi hermana que por las mías, y no le

culpé.

—Sí, es una crack —admití orgullosa—. Pero vamos, que ese es otro de los cientos de motivos por los que la oferta de Buenos Aires me ha pillado en un momento un poco así...

Paul asintió a mis palabras, pero no dijo nada. Todo el mundo, incluso mis padres, que no querían que me alejase tanto de Europa, me habían animado a tomar el empleo que más me motivase, independientemente del resto de factores. Estaba algo sorprendida.

—¿Qué? —pregunté curiosa, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Crees que debería marcharme?

Paul sopesó un momento mi pregunta, un poco más serio de lo que esperaba.

—No sé, Alaia. Cada uno tiene que hacer aquello que le inspire más y, aunque este trabajo te parezca perfecto, puede ser que esté llegando en el momento equivocado. Es una decisión muy importante y tienes que pensar bien si estás preparada. O si es para ti. —Hizo una pausa para limpiarse con la servilleta, y añadió en un tono más distendido—: Que tu hermana sea capaz de adaptarse a Shanghái o Pekín, o que yo quiera recorrerme el planeta Tierra, no significa que todo el mundo tenga que hacerlo o que valga para ello.

El tono ligero era solo para cubrir la pulla que me acababa de meter. Paul no pensaba que yo estuviese preparada para irme al fin del mundo. Yo tampoco lo pensaba, pero que me lo dijese él me sentó como un tiro. Aun así, ¿y si tenía razón? Y si me conocía lo suficientemente bien para comprender las dudas que yo albergaba, el miedo que me daba pensar en irme a donde Jesucristo perdió la zapatilla, lejos de todas las personas que me querían, de las personas que *yo* quería...

Tal vez ese era verdaderamente el trabajo perfecto en el momento equivocado, como decía Paul. Tal vez solo me estaba forzando a dar un salto para probarme yo que sé qué a mí misma, y estaba a punto de estamparme contra algo. Perfecto en el momento equivocado... Esa frase me recordaba a algo.

Cuando dimos la cena por concluida salimos del restaurante, y nos acercamos a la sinagoga charlando y observando los antiguos locales de siempre, sostenidos en el tiempo como si alguien los hubiera congelado en el pasado. La estrella de David pendiendo de los escaparates, sus restaurantes judío-romanos, y nos cruzamos con algún viejillo con la kipá colorada sobre la coronilla. Paul hablaba mientras atravesamos el *Pórtico d'Ottavia*, en

ruinas y siempre en continua remodelación, como si de un pasadizo secreto se tratase, y yo me cerré un poco mejor mi jersey de punto cuando la corriente nos despeinó.

El amor perfecto en el momento equivocado, volví a pensar mientras Paul leía el panel descriptivo frente a las ruinas. ¿Cómo no me había dado cuenta? Esa frase me la había dicho él mismo unos meses atrás, rompiéndome el corazón en mil pedazos. Me pareció una pavada entonces, así que, ¿por qué ahora le debía dar algún valor?

El momento adecuado no existía. Siempre había excusas disponibles para negarnos a alcanzar algo. Siempre había trabas ineludibles o problemas insondables. O tal vez solo el tipo de pequeñeces de las que se ocupaba SuperCotidiana. En realidad, cualquier cosa podía ser un impedimento si nosotros queríamos que lo fuese. Igual que la nieve que había aterrizado en Roma a principios de año, eso me lo había enseñado Edurne. Todos los sucesos variaban dependiendo del cristal con el que los mirábamos. *La Paparrucha* podía ser imposible si yo quería, y al contrario. El mundo podía ser lo que yo quisiera.

Aquella oferta de trabajo me brindaba la posibilidad de viajar a un nuevo lugar, de trabajar con mentes desquiciadas como la mía, de explorar los límites de mi escritura. La idea de no tener que encajar a la fuerza en un lugar, sino que el lugar encajase conmigo. Y si todo salía mal, siempre podía regresar. Tenía esa suerte. No debía acabar bajo un puente pidiendo limosna. Siempre tendría una sopa caliente y un sitio en el que guarecerme, eso me lo habían enseñado mis padres. Tenía todos los seguros necesarios para lanzarme a volar. Roma no se movería, para algo era la Ciudad Eterna.

De pronto me sentí eufórica. Tantas horas devanándome la sesera sin saber el rumbo que debía tomar, cuando a veces el mismo camino te llevaba a donde necesitabas ir.

***SuperCotidiana y el Desastre Fabuloso: Capítulo 47.** A veces nos esforzamos tanto en planificar nuestra vida, en llenarla de objetivos y de metas, de necesidades y de pequeñeces, que olvidamos la importancia del recorrido. Nos agotamos trazando mapas, enloquecemos buscando soluciones a problemas que no existen y comprando brújulas costosas e inservibles. Pero tal vez si dejásemos*

conducir a SuperCotidiana más a menudo, nos daríamos cuenta de que en realidad no necesitemos saber exactamente lo que queremos hacer. Quizá en realidad nadie tiene ni pajolera idea, sino que simplemente van improvisando. Dejar todas las puertas y ventanas abiertas, todas las opciones al alcance de la mano, para cuando queramos tomarlas y como queramos, porque hagamos lo que hagamos, vivir será una gran aventura. Ese es el verdadero modo de crear un desastre fabuloso.

Seguí pensando: «Pero si esta es mi decisión, si he llegado a la conclusión de que Buenos Aires es la siguiente etapa de mi viaje, ¿qué estoy haciendo aquí?».

Me había enfrentado a Paul para superar su recuerdo y no había habido mariposas agitándose descontroladas, no había habido nostalgia, ni dudas sobre el cierre que me había empeñado en darle a lo nuestro. Le estaba echando agua oxigenada a una herida que ya estaba bien cerrada. La última vocecilla de mi cabeza había ganado, aunque las otras estaban agitadas y lanzaban alaridos diferentes. Si me iba a marchar de Roma tenía muchas cosas que hacer. Muchas últimas veces sabrosas, y alguna que otra primera vez. Si me iba a marchar tenía que ver a...

—¿Puedes detenerte un minuto? —dijo Paul entonces tomándome del brazo y poniéndose frente a mí.

Nos habíamos parado en una pequeña callejuela del Getto, toda de piedra, tenuemente iluminada y cubierta por la hiedra que crecía esquivando forzosamente las ventanas y contraventanas.

—Quiero hacer una fotografía mental de este instante —me dijo mirándome directamente a los ojos—. Aquí, reencontrados en Roma, jóvenes, antes de convertirnos en lo que sea que la vida tenga preparado para nosotros. Quiero acordarme de todo. De estas ruinas que crecen donde quieren, y de los árboles que se encaraman alrededor reventando las aceras con sus raíces, las hojas secas, y a ti, Alaia, con todas esas pecas, el pelo suelto que te cae en mechones sobre tu jersey. Quiero acordarme de tus ojos grises, abiertos como platos, porque probablemente no entiendas por qué te digo todo esto...

Efectivamente mis ojos estaban como platos, pero porque temía precisamente lo que me quería decir. Porque me asustaba lo hermosas que podían sonar sus palabras y el efecto que podían tener en mí, en esa noche,

iluminada por las farolas, la luna, las estrellas y la madre que parió a Paul.

—Quiero retener esta fotografía mental en mi Cajita de los Recuerdos particular. Eso lo aprendí de ti. Quiero retenerla porque necesito acordarme de todo lo que siento cuando estoy a tu lado —siguió explicándome sonriendo—. Todo lo que trato de negarme porque siempre temo a ese futuro incierto que tenemos. Quiero recordarte.

Mi corazón latía a mil por hora cuando Paul se inclinó hacia mí para besarme. Sus labios rozaron los míos durante una décima de segundo antes de que mi cerebro reaccionase y ordenase al resto de mi cuerpo retroceder.

—Paul, no.

No se molestó. Como siempre, la conquista era para él un desafío demasiado divertido. Y entonces logré acordarme. Aquella frase que había decidido fijarme tiempo atrás. La verdad que él mismo acababa de reconocer con palabras bonitas: nunca querría tenerme, sino recordarme.

Negué con la cabeza mortificada.

—¿Qué? —quiso adivinar él, sin esperarse lo que estaba a punto de decirle.

—Yo ahora... —farfullé, pero ni siquiera yo sabía lo que quería decir—. Yo... quiero a Bruno.

Decirlo en voz alta me pareció una catarsis. «¿Lo quería?» Lo quería lo suficiente como para decirlo en voz alta, como para no cubrirlo con más eufemismos. Lo quería lo suficiente para detener a Paul, como para confesárselo a Paul. ¡Quería a Bruno! Desde su lejana llegada jamás me había atrevido a admitirlo, fantaseaba levemente con la idea, pero la mantenía a raya. Desde que Paul se había ido me había prometido a mí misma no más Príncipes Azules, no más enamoramientos banales, no más niñerías ni caprichos. Y para no caer en la tentación, había decidido ser tajante. Necesitaba encontrar mi propio destino antes de volver a entregarme en los brazos de nadie. Nadie. Y Bruno no podía ser una excepción.

—¿Bruno? —preguntó Paul como si no conociese ningún Bruno.

Me encogí de hombros sintiéndome muy culpable. Bruno había estado en Roma antes de que Paul llegara y también durante. Habíamos pasado centenares de momentos solos, incluso cuando Paul había estado en la ciudad. Una parte de mí se había sentido atraída hacia él incluso cuando prodigaba amor por los cuatro costados hacia Paul. Una parte de mí lo había sabido siempre, y confesar ese sentimiento era como si admitiese que de algún modo le había sido infiel a Paul. Le había estado tomando el pelo y había llorado

lágrimas de cocodrilo cuando se marchó.

—¿Cuándo? —preguntó él frunciendo el ceño, claramente consternado ante el inesperado giro de los acontecimientos.

Hice una pausa buscando alguna excusa que encajase en la situación en la que me había metido sola. Pero no la encontré:

—Creo que siempre.

La cara de Paul se descompuso en un gesto que se debatía entre la irritación y la clásica sonrisa con la que él disfrazaba su rostro en cualquier momento.

—Creía que, si había un *siempre*, era yo —dijo con el ceño fruncido.

Por una vez en mi vida había sorprendido a Paul y no al revés.

—Yo también —asentí.

Por ecléctica que estuviera siendo la conversación me sentía incapaz de añadir más. En realidad, decir más habría sido un relleno, una decoración para la verdad que estaba escupiendo. Y Paul no necesitaba de la decoración, y tampoco estaba segura de que se la debiera. Aun así, al final tomé fuerzas para resumir:

—Todas las cosas que he sentido por ti han sido ciertas. Todas las cosas que hemos vivido; cuando viniste a Roma, la alegría de encontrarte y la tristeza de despedirte. Todo fue cierto. Pero también fue cierto lo que te dije cuando te marchaste, y la carta que te escribí este verano. —hice una pausa—. Paul, tú y yo no fuimos el amor perfecto en el momento equivocado, como me dijiste una vez. Fuimos el amor imperfecto, en el momento adecuado.

Él no fue capaz de responder nada. Por una vez se había quedado sin palabras, ni bonitas, ni feas.

—Y ahora tengo que marcharme —añadí con mucha simplicidad.

Él asintió despacio y yo suspiré y le di un beso en la mejilla midiendo la expresión de su rostro. Aún muy cerca de su cara susurré:

—Adiós, Paul.

—Adiós, Alaia —logró decirme.

Nos sostuvimos la mirada un poco más y finalmente me alejé. Me volví a buen paso bajo la brisa de aquel invierno que se acercaba, y dejé a Paul a mis espaldas, elegante con su nueva americana, abandonado como un perro herido en aquella preciosa calle medieval, igual que al final de una película. Nuestra relación siempre había sido así y debía acabar con una escena a la altura.

Capítulo 38

Corrí a casa pensando en cómo de tarde podía ser para ir a ver a Bruno. Era tarde, pero ahora que había llegado a todas esas conclusiones, sentía la urgencia de verle. Cuando llegué a mi calle decidí echar a correr y, al entrar al patio de mi edificio sin aliento, por poco me parto la crisma al encontrarme de frente con él.

—¡Bruno! —exclamé jadeante.

—Alaia, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó al verme llegar como un pollo sin cabeza.

—Sí, sí —respondí apresuradamente.

Le miré mejor. Arrastraba una bolsa de basura no bajada a tiempo.

—¿Basura de medianoche? —pregunté risueña.

No podía explicar lo feliz que me sentía de verle.

—Gabriele no me perdona —asintió.

—¿Te importa si te acompaño? —pregunté.

—¿Al contenedor? —se extrañó él mientras continuaba avanzando por el patio y yo trotaba a su lado recuperando el aliento.

Salimos fuera del arco de piedra de nuestro edificio y Tigrot nos seguía maullando para que le diéramos algo de comer. La calle estaba en silencio.

—Bueno, ¿qué tal ha ido? —me preguntó Bruno cuando hubo lanzado la basura, y no tuve ni remota idea de qué me estaba hablando.

—¿Qué tal ha ido el qué?

—Tu cita con Paul —respondió encogiéndose de hombros, aunque parecía claro que no le daba igual—. ¿Os habéis vuelto a prometer amor eterno?

Sonreí abiertamente sin poder evitarlo. Él parecía querer seguir frío, pero mi enorme sonrisa lo estaba templando. Suspiré, y decidí pronunciar en voz alta las rápidas decisiones a las que había llegado hacía solo unos minutos.

—Soy muy torpe, pero finalmente hoy he comprendido dos cosas. Una es que creo que, de un modo absolutamente inconsciente, me he ido enamorando de ti. —hice una pausa muy leve, antes de continuar nerviosa—: Y ya sé que eso suena absolutamente cursi e impropio de mí, pero no sé de qué otro modo decírtelo.

Bruno no habló, sino que se limitó a observarme desconcertado, como si no estuviese seguro de haber entendido bien. Sus oscuros ojos brillaban a la luz de las farolas, fijos en mí. Decidí continuar completamente abrumada:

—La otra es que, a pesar de esto, he decidido que he de irme a Buenos Aires. Esta oportunidad es todo lo que llevaba buscando aún sin saberlo. Es lo que necesito hacer, el siguiente paso a explorar. Y por una vez tengo claro que he de elegirme a mí misma, antes que a nadie más.

Durante un minuto que me pareció eterno, ninguno de los dos movimos un músculo, sino que continuamos mirándonos. Entonces Bruno pestañeó y dio un paso hacia mí, hasta quedarse increíblemente cerca. ¿Cuántas veces le había tenido tan cerca y no había sucedido nada? ¿Cuántas veces hasta que realmente me había desencantado de la idea romántica, hasta que había asimilado que solo éramos amigos? Apoyó su frente contra la mía y sentí que las rodillas no me sostendrían.

Me tomó con mucha intensidad, como si quisiera fundir su piel con la mía. Buscó mi boca, y me besó. Fue un beso estrecho, ansioso, sin escapatoria, y yo me sentí increíblemente extraña, como si nunca antes me hubieran besado, como si aquella vez fuera la primera de todas. Pude pensar mientras nos besábamos, tomé consciencia de que lo hacía, de que el cuerpo pegado al mío era el de Bruno, sus labios y su boca. Nos separamos, pero no del todo, seguía teniéndome estrecha entre sus brazos.

—¿No has oído nada de lo que te he dicho? —pregunté en un susurro.

—Lo siento, he entrado en trance después de que me dijeras que te habías enamorado de mí —respondió y los dos nos echamos a reír.

Bruno se separó y tomándome de la mano me arrastró.

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Venga, vamos a dar un paseo, que no hace frío.

Empezamos a caminar bajo las alamedas de árboles, cruzamos las calles rosadas, crema, ocre. El espectáculo era fantástico bajo la brisa de aquel invierno que hacía su tímida aparición. Como la noche que de niña me impresionaba, aquel también parecía un paisaje encantado por el que solo

transcurrían algunos barrenderos, y nosotros mismos.

Tanto Bruno como yo hablábamos como lo habíamos hecho siempre, aunque de vez en cuando no podía evitar perderme un poco en sus ojos oscuros, o me fijaba en las líneas de su rostro, sus pómulos y la permanente barba de tres días, como si no le hubiese mirado hasta ese instante. Había feromonas en el aire, eso estaba claro.

—... probablemente no tenga ningún sentido —expliqué mientras me llevaba de la mano—, pero creo que necesitaba ver a Paul para darme cuenta de que ya no tenía efecto sobre mí. Que ya no podía hacerme caer en sus brazos con solo chasquear sus dedos. Algo dentro de mí quería someterme a la prueba.

—Al karma le encanta traerme a Paul a Roma siempre en los peores momentos —me dijo él entonces sonriendo—. O al menos siempre había pensado que era el karma, que me castigaba por no haber sido capaz de verte antes. La primera vez que Paul llegó, de pronto me morí de celos, tenía unas ganas locas de acercarme a ti y agarrarte, pero al mismo tiempo tenía tan claro que no podía...

Nos detuvimos a observar la quietud de Roma a través de una plazoletilla cercana a *Cola di Rienzo*, bajo los inmensos pinos recortados de la capital. Nos sentamos en un banco de madera, y nos acurrucamos en él.

—Cuando la noche anterior a su llegada te vi aparecer por mi casa, tan pecosilla, fue como si de repente entendiera muchas cosas —siguió explicando con naturalidad, sin las tensiones previas que siempre nos habían terminado sumiendo en el silencio—, y me acuerdo que te di un abrazo excesivo, que luego me avergoncé un poco. Fue como el inicio de todas las veces que me contuve después. Todas las cosas que quería decir y hacer, y que sencillamente no podía.

Me abrazó entonces con fuerza, y mientras yo reía me besó la cara, la frente y los labios, como para compensar todas las caricias que nos habíamos perdido. Sonrió desviando la mirada ante un súbito recuerdo:

—Me acuerdo que quise preguntarte si de verdad no habías notado que las cosas no nos iban bien a Naia y a mí, pero de pronto me asusté pensando que quizá tú me preguntarías que por qué habrías debido darte cuenta. Y empecé a temer que esa conversación se retorciese seriamente, así que me rajé, pensé que la retomáramos en otro momento. Pero perdí mi oportunidad, porque a la mañana siguiente llegó Paul.

De pronto vi tan claramente cómo ambos nos habíamos contenido por sistema, convencidos de que todas las señales eran imaginarias. En otro momento, la amargura de haber perdido tanto tiempo me habría carcomido, pero en aquel instante, en el que finalmente el desastre que solía ser mi vida me parecía en orden, pensé que todas las cosas sucedían por algún motivo. Que todas nuestras decisiones nos llevaban al punto en el que nos encontrábamos, y que, de haber tomado otra ruta, quizá nunca hubiésemos llegado ahí. Tal vez si Bruno se hubiese atrevido a hablar esa noche, la llegada de Paul habría sido para mí imposible de manejar. Tal vez habría tenido que apartar a Paul, hacerle daño, y preguntarme eterna y equivocadamente si no era él mi verdadero destino. O quizá habría apartado a Bruno, anulando cualquier posibilidad futura con él. En un universo paralelo otra Alaia jamás había llegado a esa noche. Aunque tal vez era millonaria y se había casado con Brad Pitt.

—¿Me odias por marcharme ahora? —pregunté, porque sabía que Bruno no tenía por qué haber alcanzado esos niveles de aceptación para con el destino.

Él lo pensó un momento:

—Creo... que si no eligieras marcharte... quiero decir, si eligieras quedarte por mí, en lugar de seguir tus sueños o algo así... creo que sin querer te querría menos. ¿Tiene eso sentido?

Lo escruté con una sonrisa velada, y pensé que precisamente esa declaración hacía que yo le quisiese más a él.

—Probablemente no tenga sentido que tenga sentido para ti y para mí — asentí divertida con el trabalenguas que acabábamos de inventarnos, y él pasó su brazo cariñosamente sobre mis hombros.

—Creo que de hecho una de las cosas que más me gustan de ti es que no tienes planes de futuro —me dijo dándome un beso en la frente—. Todo está abierto.

—¿Cómo que no tengo planes de futuro? —deseché elevando mi cabeza hacia él—. ¡Si tengo pensados ya los nombres de cinco gatos!

Nos reímos como siempre. Nos reímos como nunca. Pasamos horas paseando, besándonos, y hablando de mil cosas. Todas las cosas que en algún momento quisimos decirnos y contuvimos, y el tiempo se pasó volando. El cielo ya no era oscuro, si no que se estaba tintando de un añil amanecer cuando regresábamos hacia casa. El sol estaba a punto de asomar.

Iba a amanecer y, aunque el barrio seguía tranquilo, se percibía el

movimiento, el quiosco abría y alguien sacaba al perro. Tigrot se asomaba por el portón de la entrada, y se escabullía de nuevo hacia dentro cuando veía a otros gatos merodeando por fuera de la verja. Pensé que nunca me había sentido tan despierta y que si alguien me jurase que todo ese tiempo había estado dormida y que todo había sido un sueño incierto, me lo creería.

—Deberíamos irnos a dormir —sugerí, aunque no quería irme. Bruno asintió, pero no dejó de mirarme, ni yo pude dejar de hacerlo.

—Deberíamos... —traté de volver a decir, pero Bruno se acercó de nuevo para besarme, y yo protesté riendo—. ¡Bruno!

—Solo quiero besarte —me dijo en un susurro cuando ya estaba solo a unos centímetros de mi boca, y como si eso fuera la explicación que necesitaba oír, no pude impedirselo.

Era como si no pudiera parar, como si pensase que de apartarme se me escaparía ese momento. La luz del sol empezó a asomarse por el final de nuestra calle y a través de mis párpados cerrados adiviné la claridad que nos estaba rodeando. Sentí que el hombro de mi chaqueta resbalaba, y no pude evitar subirlo por reflejo, por lo que interrumpí el beso.

Subimos las escaleras a casa, porque alguien se había dejado el ascensor abierto y no funcionaba. Maldijimos al culpable hasta que llegamos a nuestro rellano y descubrimos que seguramente había sido el propio Bruno unas horas antes. Nadie en *Prati* salvo nosotros saldría a la calle después de la media noche y nos sentimos como delincuentes. Nos miramos un poco jadeantes por la subida. Por primera vez en nuestra charlatana relación no sabíamos qué decirnos. Al final me volví para entrar en casa, dejando la puerta abierta para Bruno, como lo había hecho tantas otras veces.

No. Le dejé entrar por primera vez.

Diciembre

Me despedí del trabajo primero, aquello fue lo más fácil. No le hice una pedorreta en la cara a Francesca de milagro, pero le subrayé que el contacto lo había hecho en el festival de cine, para que, a poder ser, se culpase a sí misma por haberme brindado la oportunidad.

Me despedí de mis compañeros de oficina, de la dulce Federica y de todos los demás. Incluso le di un sincero abrazo a Giorgio, que lo recibió sorprendido.

—Gracias por todo, Giorgio, ha sido un auténtico placer trabajar contigo, y aunque yo haya sido un poco coñazo a veces, te prometo que te admiro muchísimo. Tu paciencia y tu buen humor. He aprendido una barbaridad de ti —reconocí.

Giorgio asintió, y trató de quitarle hierro al asunto con una mueca, pero supe que estaba conmovido. Brindamos con un poco de *spumante* que llevé a la oficina por la ocasión y dejé la redacción de *Punto e a Capo* con mucho mejor rollo del que había sentido en toda mi estancia allí.

Después de eso, hablé con mi familia y comencé con los preparativos para mi marcha y el envío de mis cosas a Bilbao. Valentina estaba enfurruñada porque debía ver quién entraba a vivir de nuevo con ella. Tenía que quedarse aún en el despacho de abogados cuatro meses más y juraba que si no aguantaba a su próximo compañero de piso, se mudaría a algún otro sitio. Sin la excusa del control parental a través de nuestra casera chanchullera, *Prati* era un barrio demasiado caro y aburrido en el que quedarse, aunque tuviese de vecino de puerta a su chico.

En tanto, yo asimilaba información a contrarreloj. Cuando Susana me envió mi contrato, me di cuenta de que realmente estaba sucediendo. Era tan irreal que casi parecía que de un momento a otro saldrían unos presentadores

televisivos de algún rincón y me dirían con mucho bombo que todo era una broma. Sin embargo, los días pasaban y nada de eso sucedía. Me estaba marchando de verdad, lo estaba haciendo. Era una de esas pocas afortunadas en un año que, sobre todo en España, había estado marcado intensamente por la crisis, los recortes y el desbordante paro juvenil. Y era verdad que para ser una de esas afortunadas, tenía que irme al otro lado del mapa, tan lejos que, si seguía un poco más, ya estaba volviendo. Pero como ya había aprendido ese año, todo podía ser tan bueno o malo como nosotros quisiéramos verlo. Lejos podía querer decir soledad, miedo y abandono, o podía querer decir aventura, aprendizaje y crecimiento.

El último día antes de partir, ya todo el peso de los acontecimientos me había sobrepasado totalmente. Había empaquetado y enviado una montaña de cosas a mi casa en Bilbao, le había regalado mi bici a Gabriele, mis maletas estaban cerradas y mi habitación, aquella que me había acogido a mi fría llegada aquel invierno, estaba vacía, como si no fuese mía de verdad. Pensé que eran mis últimas horas entre aquellas paredes y me sentí muy extraña y nostálgica antes de haber siquiera partido.

Mis amigos prepararon una cena con todas las cosas que me gustaban. Por supuesto había demasiada comida, como siempre. Todo el año había sido tradición juntarnos en cenas y comidas, era casi como un ritual. Cuando terminamos, Valentina me agarró por el hombro en uno de sus pocos gestos cariñosos y me dijo:

—Venga, vayámonos de fiesta.

—Mi último tango en Roma —bromeé.

Nos acercamos, como no podía ser de otro modo, al Elephant. Pero aquella vez lo hicimos serpenteando entre el laberinto de calles del centro de la ciudad. Últimamente estaba precioso. El frío había empezado a soplar barriendo a los turistas que, con la marcha precipitada de la luz a media tarde, adelantaban sus cenas y la hora de meterse al sobre. Así que podíamos atravesar la normalmente ajetreada *via dei Coronari* casi en completa soledad, mientras veíamos a los anticuarios regresar los viejos muebles dentro de los negocios, bajar sus persianas y apagar las últimas luces.

Pasamos por las plazoletillas del centro. En una calle, una enorme higuera asomaba retorcida pegada a la fachada de un bar, y cubría con su melena de hojas verdes las mesas de la terraza, donde todas las tardes se organizan ávidas partidas de ajedrez entre amigos y desconocidos, y decenas de ojos

curiosos que se acercaban a observar. Dejamos atrás las fuentes que chisporroteaban con el continuo pasar del agua sobre los adoquines mal cimentados. Las fachadas de las casas medievales que descansaban desconchadas, con sus coloridas contraventanas cerradas a cal y canto en las tardes de verano, y abiertas de par en par durante toda la noche.

Cuando llegamos al Elephant, volví a fijarme en todo de nuevo, como la primera vez que lo había pisado hacía casi un año. Me fijé en sus portones de madera abiertos, el local lleno de banquetas dispares, unas más altas que otras, sus mesas ajadas, sus techos altísimos con los restos de algún fresco que nadie jamás restauró. El lugar lleno de gente modernilla que sostenía cascos de moto bajo el brazo, y en aquella época del año se atusaban sus bufandas y sus chaquetones de tweed de cuellos amplios. Traté de hacer muchas fotografías mentales de aquel instante para llevármelas en mi Cajita de los Recuerdos.

Sentados en una de sus mesas del jardín, Valentina, Gabriele, Aldo, Camille, Nico, Bruno y yo charlamos mientras bebimos cerveza fría, y comimos deliciosas patatas al horno. Esa noche era para nosotros, para el origen de todo.

—¡Me he acordado de otra! Los *Strozzapreti*, que tienen forma de lazo corredizo —soltó de pronto Valentina, recuperando sus tipos de pasta.

—*Strozzapreti*? ¿Eso no quiere decir literalmente estrangula-curas? —se sorprendió Bruno.

—Pues sí.

—¿Y dices que tienen forma de lazo corredizo? —preguntó Camille divertida.

—Ajá —asintió ella.

Nos echamos a reír y seguimos charlando como habíamos hecho siempre, como solo nosotros sabíamos hacer. Escuchamos el barullo y observamos la noche italiana, puramente italiana, sin un ápice de maquillaje para turistas, y me recosté en mi silla con una sonrisa feliz.

Se acababa. Mi periplo por tierras italianas tocaba a su fin como lo hacía aquel diciembre, que ya había empezado a soplar con un aire frío. Una nostalgia inmensa se había adueñado de mi cuerpo y lo desgarraba sin ningún impedimento. No solo abandonaba una ciudad, no solo despedía buenos amigos. Abandonaba una etapa de mi vida. Cerraba el paréntesis que había abierto y concluía aquella bitácora. Nunca regresaría a aquel instante, era

imposible sostener el tiempo entre los dedos, se escapaba como los granillos de arena en la playa. Y ni mis veinticuatro años, ni mis recién cumplidos veinticinco, regresarían para quedarse a pasear conmigo por las desconchadas calles de Roma. El tiempo pasado junto a gente distinta, amigos y conocidos, ya no volvería. Vendrían otras personas, y pasaría por otros lugares, pero ese instante vivido, ese momento concreto que había atesorado ese año, se había extinguido. Si volvía a Roma, sería siempre una visita distinta.

SuperCotidiana y el secreto de la vida eterna: Capítulo 50. Puede que SuperCotidiana peque de banal y distendida. Puede que sea vaga y más bruta que un arado. Pero su bochornoso hedonismo esconde el secreto de la Vida Eterna. Una visión del mundo en la que el tiempo es oro y ella es el ser más tacaño de la creación. Todo es fugaz, breve, tan pasajero que, si no lo quema hasta sus raíces, el momento pasa de largo y se lo pierde. SuperCotidiana sabe que no existe una casa permanente, ni caras para siempre, ni siquiera el bar de la esquina al que va cada semana con sus amigos, ese que lleva años allí y parece que continuará inamovible. Así que no se acomodaba, no se permite sumergirse en la rutina, no se deja envolver por ella porque pronto partirá a un nuevo destino, y debe vivir cada segundo antes de que el espejismo que es esta vida se disuelva.

Me despedí de los franceses, y de Aldo, a quién le lagrimeaban los ojos.

—Joder, menos mal que los chicos no usamos máscara de pestañas y esas cosas... —dijo, y Gabriele lo consoló con una carantoña que nos sorprendió a todos, sobre todo a Aldo—. ¡Mierda, Gabriele, ahora no puedo enrollarme contigo, sales con mi mejor amiga!

Nos reímos y yo les abracé a todos uno por uno. Valentina y yo nos estrechamos por largo rato, y nos echamos a llorar como idiotas. Como a mis padres, le pedí que «no dejara de molar». Aunque dudaba que algo así pudiera suceder.

Los dejé marchar a todos, amparada bajo el brazo de Bruno, y me preguntaba cómo haría para despedirlo a él solo unas horas más tarde. De momento paseamos por toda la ciudad visitando por última vez sus rincones y

nos sentamos frente a los foros imperiales, apretados el uno contra el otro para paliar el frío. Observamos las ruinas romanas, increíblemente hermosas, iluminadas bajo una media luna que se perdía entre las nubes.

—Dios... no quiero que te vayas —dijo Bruno, y en ese instante no quedó claro si era porque así le ayudaba a soportar mejor el frío de la noche o se refería seriamente a mi partida.

Le sonreí bajo su abrazo y tras mirarnos nos dimos un largo beso. Cuando nos separamos sonreíamos con dificultad porque no teníamos claro si estábamos contentos de besarnos o tristes porque no sucedería más.

—¿Vendrás a visitarme? —pregunté.

—La duda ofende. Quiero tomarme un mate contigo. ¿Cuánto tiempo podré parasitarte si voy? —me preguntó entonces—. Acuérdate que mi contrato en la Librería de cine termina este febrero y es posible que me quede bochornosamente libre...

—Bueno, creo que el visado turista te permite quedarte tres meses en Argentina.

—Eso es mucho tiempo... —dijo, y una vez más no tuve claro si lo decía impresionado o alegre.

—Escucha —reflexioné girándome más hacia él—, sé que me dijiste que me entendías, y has sido genial apoyándome desde el principio. Pero no quiero que pienses que esta decisión ha sido fácil, de hecho, me gustaría que entendieras que precisamente tú has sido la persona que más difícil me lo ha puesto. La razón principal de que esta partida sea tan agridulce... Pero es que llevo demasiado tiempo persiguiendo a amores y falsos sueños. Demasiado tiempo desorientada, sin ponerme a mí misma en el centro de mi vida, acobardada por la soledad o por la sensación apremiante de que debía encontrar a esa media naranja...

—Seguramente Camille y Nico alegrarían que es culpa de esta sociedad monógama que ha mitificado el romanticismo —comentó él sonriendo de medio lado.

—Tal vez —admití riendo—. Pero, aunque no pueda coincidir del todo con ellos, si algo he aprendido este año es que mi felicidad no puede depender de nadie más que de mí. No existe nadie hecho para completarme y hacerme feliz. Y con esto no quiero sonar cínica, al contrario. Ya no quiero una media naranja que me complete, sino un medio limón independientemente feliz a mí, que tenga ganas de *acompañarme* por la senda de esta vida loca.

Miré a Bruno para cerciorarme de que me había entendido, y sin una palabra ambos nos sonreímos conocedores de un secreto no pronunciado. Ahora nuestros caminos se separaban, el mundo era tal vez así de aleatorio. Pero de algún modo sentimos la certeza de que no lograríamos salirnos de la existencia del otro tan fácilmente. Bruno era tan valiente como yo me había vuelto aquel año y siempre arriesgaría todo por aquello que deseaba con muchas ganas. Y, por lo tanto, si yo formaba parte de esos deseos, estos se cumplirían. Esa fue probablemente la lección más importante que él me enseñó, que en la vida lo más complicado no era alcanzar los sueños, sino resolver cuáles eran estos en realidad. Una vez nos habíamos decidido, solo quedaba lo fácil: lanzarnos a por ellos.

Así, a mí solo me quedaba despedir la ciudad.

HQN™

LA
IRLANDESA

MIRANDA
BOUZO

